

Bajo la dirección de Fernando Devoto y Marta Madero



Historia de la vida privada en la Argentina

La Argentina entre multitudes y soledades.



De los años treinta a la actualidad

3

Historia de la vida privada en la Argentina

Historia de la vida privada en la Argentina

Bajo la dirección de Fernando Devoto y Marta Madero

Coordinación iconográfica: Gabriela Braccio

Tomo III

La Argentina entre multitudes y soledades.
De los años treinta a la actualidad

taurus

UNA EDITORIAL DEL GRUPO
SANTILLANA QUE EDITA EN:



| | |
|----------------|-----------------|
| ESPAÑA | PORTUGAL |
| ARGENTINA | PUERTO RICO |
| COLOMBIA | VENEZUELA |
| CHILE | ECUADOR |
| MÉXICO | COSTA RICA |
| ESTADOS UNIDOS | REP. DOMINICANA |
| PARAGUAY | GUATEMALA |
| PERÚ | URUGUAY |

© De esta edición:

1999, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860 (1437) Buenos Aires

- Grupo Santillana de Ediciones S.A.
Torrelaguna 60 28043, Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Avda. Universidad 767, Col. del Valle, 03100, México
- Ediciones Santillana S.A.
Calle 80, 1023, Bogotá, Colombia
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile, Chile
- Ediciones Santillana S.A.
Javier de Viana 2350. 11200, Montevideo, Uruguay
- Santillana de Ediciones S.A.
Avenida Arce 2333, Barrio de Salinas, La Paz, Bolivia
- Santillana S.A.
Prócer Carlos Argüello 288, Asunción, Paraguay
- Santillana S.A.
Avda. San Felipe 731 - Jesús María, Lima, Perú

ISBN obra completa: 950-511-539-3

ISBN tomo III: 950-511-564-4

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Ilustración de cubierta: *El casamiento de Ramona*.

Óleo y materiales varios sobre tela de Antonio Berni, 1959.

Colección particular.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: noviembre de 1999

Primera reimpresión: enero de 2000

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Edición digital

ISBN: 950-511-564-4

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Introducción

Fernando Devoto

Marta Madero

Ante todo hablemos de los recortes temporales de este tomo 3. Desde luego que 1930 no es una fecha de significación evidente para una historia de la vida privada cuyos diversos registros se mueven con distintos ritmos. Una crisis económica y una crisis política pueden influir indirectamente, por distintas vías, en la sociabilidad y en la intimidad de las personas, pero no bastan para proponer un corte. Sin embargo, 1930 puede ser visto como un punto intermedio entre dos sociedades que son muy diferentes: la de los años veinte y la de los años cuarenta. Equidistante momento de pasaje, no es del todo arbitrario proponer ese punto de partida. En cuanto al momento de finalización, la expresión “actualidad” es siempre engañosa y lo es más para los historiadores. De todos modos, la actualidad aquí propuesta es la de los años ochenta, no la del fin del milenio. En esos años nuevamente dos fenómenos –lejanos *a priori* de la vida privada–, como lo son el retorno democrático y la nueva crisis económica, aunque no puedan tampoco filiarse directamente con los aspectos privados de la experiencia, contribuyen a desintegrar unas formas de la acción social derivadas de su articulación, de su interpenetración con un “Estado de bienestar”. Del mismo modo esos dos extremos –1930 y 1980– signan una tendencia, no sin marchas y contramarchas, a la progresiva intromisión de ese mismo Estado en los derechos privados y en la cotidianidad de los argentinos: identificar, controlar, reprimir. El totalitarismo de la última dictadura militar y la hiperinflación del retorno democrático llevan hasta los extremos la crisis y desde allí redefinen las relaciones entre Estado y sociedad civil en la Argentina, y esto sí produce consecuencias en la privacidad y en la intimidad de las personas.

Si algo caracteriza, pues, este período, es una redefinición de lo privado a partir –al menos– de dos conjuntos de fenómenos. En primer lugar, las crecientes vías de intervención del Estado en la sociedad civil y en la vida de las personas generan movimientos de respuestas de éstas, que, a la manera de nuevos refugios, redefinen los límites entre público y privado. En segundo lugar, la emergencia de una sociedad cada vez más movilizadora en la construcción de colectivos sociales visibles y activos. Comencemos por lo último. El proceso de movilización e integración de crecientes grupos de personas (masas, si se utiliza una terminología convencional) es un fenómeno, tal vez el fenómeno de las sociedades occidentales contemporáneas.¹ Hemos preferido usar para ello un término más antiguo y menos desgastado: multitudes. Las personas que llenan la Plaza de Mayo el 6 de septiembre de 1930, el 17 de octubre de 1945 o el 16 de septiembre de 1955, son distintas multitudes que comparten algo en común. Son personas que se reúnen con otras en público, que expresan o aspiran expresar un conjunto social, una parentela simbólica o imaginaria, en el sentido de que nada las une salvo la creencia de que algo las une; en este caso, una causa política. Personas que llenan los estadios de fútbol o de box, he ahí otras multitudes que comparten esa misma ilusión de identificarse con un ídolo o con una divisa. Ilusiones de expresar –desde esas adhesiones– combates, partidos, conflictos con otras, contra otras multitudes, presentes o ausentes. Y no se trata sólo de la política o del deporte; también está la muerte. La muerte en multitud es un fenómeno de los nuevos tiempos: sea la muchedumbre que acompaña a Yrigoyen o la que escolta, a lo largo de la avenida Corrientes desde el Luna Park a la Chacarita, los restos de Carlos Gardel. Muerte en multitud pero, en contraposición (la contraposición del título de este volumen), también la muerte en soledad, en intimidad. Leopoldo Lugones que se suicida en la soledad de un recreo del Tigre. ¿Pero no sería otra muerte en la intimidad la elegida por otro poeta, Borges, yendo a morir a Ginebra, lejos, deliberadamente lejos de la multitud? Se dirá: “Poetas por un lado, políticos y artistas por el otro”. No necesariamente. He ahí a Elpidio González, el vicepresidente de Yrigoyen que dejamos en el tomo 2 viviendo en la pobreza en una pensión de la calle Cramer, muriendo luego en la total indiferencia general, también él en soledad.

Multitudes que son grupos colectivos visibles pero también grupos colectivos no visibles, que operan desde su privacidad. A ese colectivo invisible Gabriel Tarde lo denominó con un término no menos equívoco: “público”. Para Tarde, el público, es decir, las personas que en el sillón de su casa leen el diario –un acto íntimo que, a pesar de su apariencia, no es individual–, tienen conciencia de que participan también ellas de un

yo colectivo, de una identidad con aquellas personas que en ese mismo momento están leyendo ese mismo diario en otros lugares.² No son individuos solitarios y aislados, sino que están siendo contruidos como sujetos colectivos desde ciertos mensajes emitidos con el fin de unificarlos —la publicidad, por ejemplo—; pero, al mismo tiempo están ellos mismos, una vez contruidos, contruyendo dialécticamente el discurso de los emisores. Se han convertido en la “opinión” a la que es necesario estudiar, auscultar, halagar. Todo ello concierne a las formas de la acción política pero también a otras. Podríamos formular la misma contraposición de conjuntos comparando a las personas en un estadio de fútbol con aquellas que escuchan o miran el mismo partido en su casa, a través de la radio, primero o de la televisión, después. También ellas imaginan que comparten un conjunto social con otros que están disfrutando, padeciendo en el mismo momento, las mismas sensaciones, las mismas ilusiones.

Según Tarde, ese público anónimo, creciente, debía sustituir a las multitudes declinantes a lo largo del siglo XX. Como tantas otras predicciones, ésta tampoco se realizó. Nuestro período en estudio, más bien verá un proceso paralelo de expansión de las multitudes visibles y de aquellos otros colectivos invisibles, los públicos. Las multitudes que, acongojadas, se expresan en la calle ante la muerte de Evita son una multitud doliente visible que contrasta con aquellos otros que festejan esa misma muerte en el secreto de sus casas, en su intimidad, pero que saben que en ese comportamiento no están solos, que muchos otros como ellos están en ese momento sintiendo lo mismo: son la multitud invisible. Sin embargo, esos mismos procesos siguen también otras vías. Cuando desde la más profunda intimidad las personas envían cartas a esos consultores psicoanalíticos que les responden desde sus columnas en los periódicos —y que nos muestran nuevamente lo incierto de las fronteras en la relación entre público y privado—, ¿a qué aspiran sino a formar parte, desde su extrema individualidad, de una multitud invisible, de un público? ¿Y aquellos otros que, disponiendo de una multiplicidad de opciones para el tiempo libre de sus vacaciones, aspiran también ellos a compartirlas, a integrarse suprimiendo buena parte de esa privacidad para formar parte, en este caso, de una multitud que puebla las playas, las calles céntricas, de un “sueño argentino” como Mar del Plata?

¿Habrán cambiado las cosas en la última década y, finalmente, habremos dejado atrás las multitudes? ¿Lo habrá logrado la variedad de instrumentos que intentan recrear en forma incesante al público: la televisión, la prensa, los movimientos editoriales que ahora también producen su público, haciendo que el hecho de leer un libro sea crecientemente menos una decisión individual que algo compartido, leer el libro que nos han sugerido leer, que otros leen? ¿Lo habrá logrado la constante

fragmentación de grupos y de formas autoidentificadorias de consumo? Compartir es también identificarse socialmente, como argumentamos en el tomo 2. ¿Habrá aquí cada vez más plurales y menos singulares, cada vez más multitudes y públicos?

Aludimos antes a un segundo proceso, las intromisiones del Estado y sus efectos sobre la privacidad, sobre la sociabilidad. Desde luego, no se trata de poner en entredicho los efectos redistribuidores en lo económico que ese Estado –que acostumbramos llamar “Estado de bienestar”– produjo en las sociedades occidentales, ni de ignorar los efectos de expansión amplia y profunda de los derechos sociales producidos a partir de él en la sociedad argentina –como en tantas otras–. De lo que se trata, más bien, es de preguntarnos en qué forma ello afecta las formas de sociabilidad. Por ejemplo, en la Argentina de entreguerras las sociedades de socorros mutuos de los inmigrantes que vimos en el tomo 2 decaen por muchas razones, pero una no menor es que el Estado es el que ahora empieza a proveer los instrumentos que brindan la cobertura social y sanitaria que antes las personas debían buscar en esas asociaciones voluntarias. Hasta tal punto ellas son desplazadas de los servicios que brindan, que finalmente sólo sobreviven porque conservan la gestión de la muerte –el entierro, el lugar en el cementerio–.³ Y, desde luego, tanto esas asociaciones mutuales como las recreativas sufren también, en especial durante algunos regímenes políticos (especialmente el peronismo, pero no sólo él), la competencia de las estructuras públicas que intentan organizar otras dimensiones de la experiencia de las personas que antes se desarrollaban en esos espacios intermedios: lo que se denominaba el tiempo libre, las horas posteriores al trabajo. Un Estado que se inmiscuye, a través de la oferta, en las fiestas, en los recitales, en las mismas vacaciones, el turismo que, antes que social, será estatal. También un Estado que avanza más allá intentando conformar, desde lo público o desde lo político, hasta la propia memoria de las personas a partir de programas que parten de instituciones nacionales, provinciales, municipales. He ahí ese privado familiar, los recuerdos, la memoria personal, los antepasados, los vínculos con el *paese* del Sur de Italia o con el pueblo del Norte de Salta, todos esos fragmentos que deben extinguirse o, al menos, subordinarse a una memoria común, ya sea provista por las mitologías políticas, ya sea por medio de una educación patriótica. Una educación que, desde luego, viene desde principios de siglo y opera en la construcción de una memoria colectiva, pública, que escinde la historia familiar, la pequeña historia no comunicable a los otros, de la historia general que cultiva a ese Estado, sus mitos y sus orígenes y en la cual y con la cual hay que identificarse. Es decir, el Estado que se celebra a sí mismo. La

escuela pública: instrumento igualitario, nivelador –qué duda cabe–, pero uniformizador, invasor de la diversidad de la pluralidad.

La omnipotencia de lo público, por una parte, y de lo político, por la otra: tal la denominación que podríamos dar a ese proceso. Quizás esto tampoco era tan nuevo. En el siglo XVIII, durante su polémica con los fisiócratas, el abate Galiani pensó que bastaba que las personas se reunieran espontáneamente a hacer alguna actividad para que inmediatamente surgiesen aquellos que intentaran organizarla para beneficio propio. Aunque él se refería a lo económico –en una sensata crítica a la idea del mercado espontáneo–, podríamos aplicarlo a la sociedad, a la privacidad, que no es sólo aquello a lo que aspiramos, sino lo que existe en los intersticios que encontramos para resguardarla.⁴ Una enorme diferencia hay, de todos modos, entre aquellos tiempos y éstos: ahora esos intentos invasores proceden de un Estado o de grupos que se arrojan su representación y disponen de sus medios de coerción para recortar no sólo la privacidad individual sino también aquellos espacios intermedios entre el Estado y el individuo que fueron objeto de exploración, bajo el término *sociabilidad*, en los precedentes volúmenes.

Esas sociabilidades eran, o mejor dicho se presentaban, como parentelas o comunidades imaginarias. Aludían a la posibilidad de las personas que las integraban de reconocerse como dimensiones autónomas que buscaban diversos objetivos. A veces, conjurar las amenazas del siglo, suprimiendo (o aspirando a suprimir) el conflicto y prescindiendo del Estado invasor pero nivelador. Así ocurre, por ejemplo, con las experiencias industriales paternalistas, posibilitadas por la productividad de ciertos segmentos de la actividad económica y por una retórica comunitaria que parte de oponer los intereses concretos de una gran familia imaginaria (en la que el empresario ocupaba el lugar simbólico del “buen padre”) a los derechos más generales de una categoría social o profesional.⁵ Allí la presión del Estado se hace sentir a través de estructuras –los sindicatos– que, aunque no le son propias, responden a sus orientaciones generales y a sus fines particulares, que vienen a cuestionar esa experiencia paternalista en nombre de intereses de la clase trabajadora, de su conciencia, de su autonomía. Pero todo ello no deja de generar una tensión en esos mismos trabajadores entre estrategias familiares y estrategias globales, entre su identidad primaria y su identidad simbólica.

Lamentablemente, no se trató sólo de expandir los beneficios económicos, sociales, sanitarios a muchas más personas. La omnipotencia del Estado llegó mucho más lejos, yendo *in crescendo* a una invasión en lo más íntimo de las personas, en lo más propio, en los pliegues de su corporeidad, en la vida misma. He ahí, por ejemplo, los controles del Estado, a través de los papeles, certificados, documentos que cada vez más

se le imponen a esos inmigrantes o exiliados que aspiran a integrarse en el país que ha prometido abrirse “a todos los hombres del mundo de buena voluntad”. Pero todo irá mucho más allá, hasta esa última Thule de la omnipotencia, esa desorbitada/excesiva forma de barbarie estatal que constituyó la represión de la última dictadura militar, límite extremo de la inhumanidad donde, sin embargo, es posible reconocer destellos, restos, huellas de supervivencia de lo humano: la voluntad de reconocerse como personas.

Eludamos, sin embargo, toda linealidad. Si en muchas dimensiones ese Estado o esos grupos colectivos, multitudes, públicos, grupos de pertenencia, avanzan sobre el individuo, la familia, la privacidad, en otras éstos recuperan o amplían sus espacios. He ahí, en el tema de la sexualidad, esas mujeres, trabajadoras o no, que encuentran mayores espacios, debido tanto a los cambios en sus grupos de referencia, como a la menor represión estatal y a la disminución del control del grupo de pertenencia sobre ellas.⁶ Mujeres que, en ése como en otros temas, expenden los espacios de lo que les es propio, ante todo porque los retienen como propios. He ahí también el mayor espacio de los jóvenes, en el marco de los cambios en las relaciones intergeneracionales, e incluso el de las anónimas personas sin atributos que buscan redefinir los términos de su privacidad desde las ambiguas posibilidades que les brindan las viviendas masivas.

¿Juego de ganancias y pérdidas? ¿Ganancias y pérdidas desde qué punto de vista y desde qué sujeto social? Más bien dinámicas, pluralidades, fronteras móviles e inciertas, discontinuidades temporales y espaciales. El lector podrá unir de diferentes modos los puntos propuestos en los ensayos reunidos, para conformar distintos retratos de una historia argentina, en algunos de los cuales tal vez alcance a reconocer (nos ilusionamos) un aire de familia.

Notas

1. G. Mossé, *La nazionalizzazione delle masse*, Bologna, Il Mulino, 1982.
2. G. Tarde, *L'opinion et la foule*, París, Presses Universitaires de France, 1989.
3. Sobre la declinación del asociacionismo, véanse los trabajos reunidos en F. Devoto, E. Míguez (compiladores), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, Buenos Aires, CSER-CEMLA-IEHS, 1988.
4. F. Galiani, *Dialogo sulle donne ed altri scritti*, Milano, Feltrinelli, 1978.
5. Acerca del problema del paternalismo, el clásico estudio de T. Hareven, *Family Time and Industrial Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, y el número monográfico "Paternalismes d'hier et d'aujourd'hui", en *Le mouvement social*, Nº 144, julio-septiembre, 1988 (en especial la contribución de G. Noiriel).
6. La clásica tematización de las ideas de "grupo de referencia" y "grupo de pertenencia", en R. Merton, *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1995, cap. X-XI.

Espacios y lugares

Anahi Ballent

Elisa Pastoriza, Juan Carlos Torre

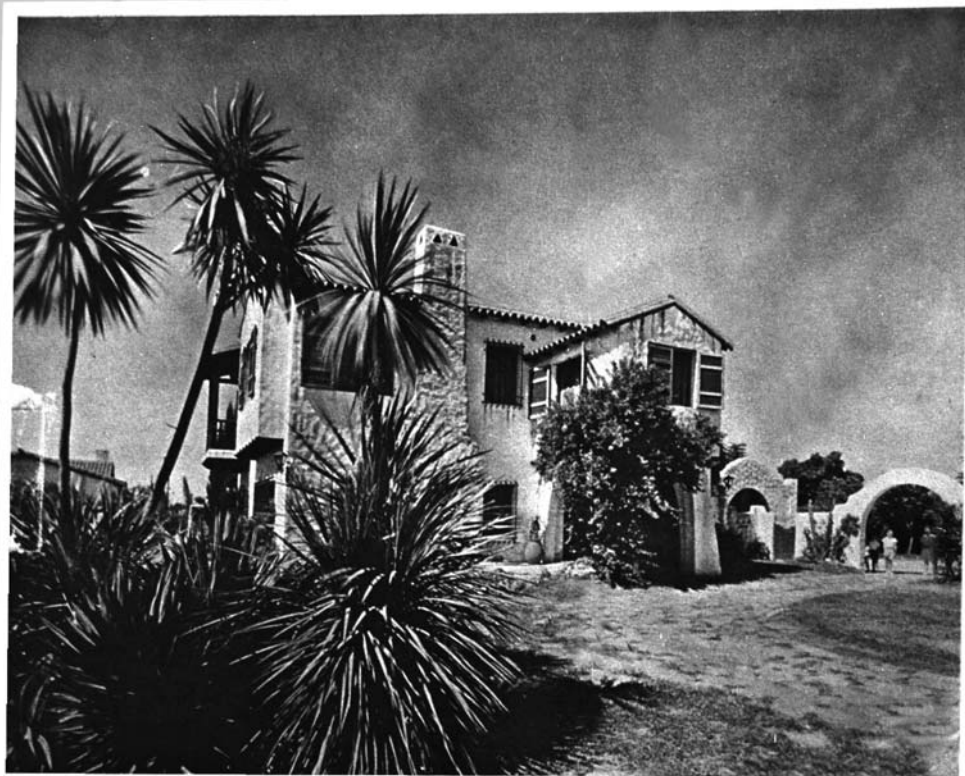
Andrés Di Tella

Los dos primeros textos que presentamos analizan la construcción y modificación de escenarios fundamentales de la privacidad: el triunfo de la vivienda “moderna” como modelo habitacional de “traducción de los afectos sinceros”, la construcción de Mar del Plata, el “Biarritz argentino”, que condensa el imaginario de las vacaciones –momento breve de no sujeción a los ámbitos laborales y públicos– y que Perón definiría en 1954, de manera más programática que real, como la “maravillosa síntesis de toda nuestra patria”. En los años treinta, para las clases altas, la casa se asocia con los principios de confort y sencillez. Se propone una reducción notable de los espacios públicos (los salones), o de los de tránsito hacia la privacidad (antesalas y halles), que se reemplazan por un lugar único de recepción, el living room “donde –como dirá la revista Casas y Jardines en 1933– se comparten alegrías y dolores con los amigos sinceros”. La “modernidad” es sinónimo de la idea de vivir “para nosotros mismos”, es decir, de una estética que escinde la intimidad sin afectación, de la vida social que se despliega cada vez más en clubes y hoteles, en canchas de golf y de tenis. Contemporáneamente, en los sectores populares, a pesar de que subsiste el hacinamiento en espacios únicos y exiguos que albergan con frecuencia a varias familias, se verifica también un movimiento incesante del centro al suburbio y el deseo del lote propio que una efectiva aunque contradictoria y desigual movilidad social hace posible. Así, a partir de 1946, año en que –junto al congelamiento de los alquileres y la inicial expansión del salario real– el peronismo implementó acciones de construcción y financiamiento a escala masiva, se aplicarán a la vivienda de los sectores populares y medios los principios de un modelo consolidado entre las clases altas, más compacto, más racional. Paralelamente, a partir de los años treinta, con el sábado inglés, la institución del weekend y las vacaciones pagas, se produce una democratización del turismo que expandirá el ideal de la oposición entre la semana urbana y el weekend campestre o marítimo, del que Mar del Plata será la gran beneficiaria cuando el mar deje de pensarse como un lugar hostil. En

efecto, en Europa la playa estará ligada, hasta mediados del siglo XIX, al imaginario de la pintura romántica –torbellinos, furia y naufragios–. Poco a poco, las virtudes terapéuticas aplacarán los elementos desatados y a comienzos del siglo XX la clase alta argentina combinará la contemplación de la naturaleza con la suya propia. A partir de los años veinte surgirán las políticas que deberán hacer de Mar del Plata un lugar accesible a los sectores medios y al “propio pueblo trabajador”, políticas que serán prolongadas luego por la Asociación de Propaganda y Fomento, favorecidas por la mejora de los transportes en los años treinta, y que culminarán en el turismo de masas, a partir de los años cincuenta y sesenta.

Mar del Plata, la “casa para todos”... pero, ¿es pensable ahora el pasaje hacia el horror? No hay pasaje. La ruptura es brutal y sería indecente no nombrarla. Sin embargo, es necesario hablar de esos lugares de desaparición, de tortura y de muerte que fueron la siniestra realidad de la Argentina del fin de los años setenta y comienzos de los ochenta: los campos de concentración por los que transitaron decenas de miles de personas y a propósito de los cuales es aún difícil producir un metalenguaje. Por lo tanto, se ha optado por una forma, la de los testimonios que se dan como evidencia, no en el sentido de una verdad redoblada, más intensa o sin exterioridad, sino en el sentido etimológico de la palabra *euidētia*, inventada por Cicerón, y, más aún, de su original griego, *enargēia*. *Enargēs*: la fuerza de la presencia de lo invisible, la manera como lo invisible se hace visible, la visibilidad de lo invisible; la evidencia está siempre próxima a la afasia. Quisiéramos agregar un recordatorio. Para la Grecia arcaica, lo que se opone a la verdad (*Alētheia*) no es lo falso, sino el silencio, el olvido (*Lēthē*). La memoria es la condición de la verdad; sin ella no ha de haber palabra verdadera, “aunque tuviera diez lenguas, diez bocas, una voz que nada quiebra y un corazón de bronce en mi pecho” (*Ilíada*, canto 2). Porque la memoria no sólo dice lo que fue, sino lo que es, lo que será.

Fernando Devoto
Marta Madero



VIVIENDAS ARGENTINAS

SELECCION DE CASAS INDIVIDUALES

EDITORIAL CONTEMPORA

BUENOS AIRES

La “casa para todos”: grandeza y miseria de la vivienda masiva

Anahi Ballent

Hoy nos agradan todavía las casas de antaño; tan bonitas con sus viejos muros llenos de recuerdos; pero para conformar a nuestra vida moderna, ¿no nos hace falta, acaso, un hogar nuevo? Necesitamos habitaciones claras, aireadas, de líneas simples y un conjunto de confort y calma [...]¹

Porque nosotros, hombres de la ciudad, estamos acostumbrados a un espacio de dieciséis metros cuadrados. A la oscuridad de los departamentos. Y a todo lo francamente abominable que el progreso, la tacañería de los propietarios y los digestos municipales han amontonado sobre nuestras cabezas.

Roberto Arlt²

En los años treinta se observan intensos procesos de difusión de nuevas tipologías y estéticas del habitar individual dirigido a sectores medios; tal es el caso de la publicación “Viviendas Argentinas”.

(Viviendas argentinas, selección de obras aparecidas en Casas y Jardines y Nuestra Arquitectura, Buenos Aires, Contémpora, s/f., circa 1940)

Las citas anteriores, provenientes de la prensa de fines de los años veinte, pueden ser utilizadas para evocar dos conjuntos de representaciones diferentes que aún hoy coexisten en el imaginario de la “casa moderna”: en efecto, pese a los setenta años que nos distancian de ellas, podemos reconocer allí nuestra propia experiencia sobre el habitar doméstico. En tal sentido, la revista *Femenil* nos recuerda que esperamos que nuestra casa se adapte al ritmo de la vida moderna y fundamentalmente a nuestra escasez de tiempo y voluntad para ocuparnos de ella. Necesitamos que nuestra vivienda sea confortable, cómoda y eficiente, pero sobre todo exigimos desesperadamente que sea “fácil”: fácil de operar, fácil de mantener y fácil de limpiar. Apelando a una historia todavía relativamente próxima como es la del siglo XX, sabemos que en este aspec-

to hemos ganado mucho y que la modernización del hogar, simplificando la disposición y el equipamiento de las viviendas con la incorporación de gran cantidad de avances tecnológicos, nos ha liberado de innumerables tareas domésticas y ha reducido los tiempos de ejecución de muchas otras.

Sin embargo, la cita de Arlt nos recuerda que, comparadas con las casas del pasado, las viviendas del presente suelen ser, en muchos sentidos, mezquinas: sobre todo en cuanto a las dimensiones y cantidad de habitaciones. En efecto, no siempre nos adaptamos pacíficamente a la reducción en el tamaño y la cantidad de los ambientes que se viene operando en la vivienda desde los años veinte, en especial en las grandes ciudades y en las construcciones económicas. En esta representación que con frecuencia nos abruma, la casa moderna constituye una forma de habitar donde siempre “falta lugar”: ya sea lugar para los objetos que no usamos cotidianamente pero nos resistimos a desechar, lugar para los muebles viejos, inútiles pero queridos, o lugar para los recuerdos. No es infrecuente que falte también lugar para las personas: un nuevo hijo, un abuelo enfermo o un huésped inesperado, con diferentes niveles de dramatismo, ponen en crisis el siempre frágil equilibrio que sustenta el uso cotidiano de los espacios domésticos.

Como nos ocurre con otros productos de la modernidad, nuestra experiencia nos induce a valoraciones ambivalentes sobre los espacios del habitar doméstico: somos conscientes de que hemos ganado cosas pero, a la vez, sospechamos que dicha ganancia ha comportado un empobrecimiento en otros aspectos. Y no es casual que podamos reconocer la ambivalencia del presente a través de citas de la década del veinte, ya que en muchos aspectos todavía nos encontramos inmersos dentro de problemáticas construidas históricamente. En efecto, para referirnos a la construcción de la casa moderna entendida como dispositivo social, tendríamos que remitir sus orígenes a 1870 y observar un lento proceso de reflexión y crítica sobre las formas de habitar existentes y las propuestas de alternativas a ellas, que se produjo en la Argentina entre 1870 y 1930.³ Este proceso estuvo guiado por la búsqueda de la “casa para todos”, es decir, por el intento de transformación del habitar masivo, buscando tipologías que, al menos como ideal, pudieran difundirse en toda la sociedad.

Lo que se define aún hoy como una “casa moderna”, ya sea como unidad aislada unifamiliar (vivienda individual) o agrupada multifamiliar (departamentos en vivienda colectiva), no ha variado en sus rasgos esenciales desde los años treinta, y se basa en ciertas características tipológicas (disposición y forma de la unidad), de provisión de infraestructura e higiénicas, que se enumerarán seguidamente. En cuanto a la disposición general de los ambientes, se registran distinciones funciona-

les entre cada uno de ellos (estar, dormitorio, cocina, etcétera). Además, se establece una diferenciación entre área pública y área privada de la vivienda y, en el caso de esta última, se distinguen los dormitorios de los hijos del destinado a los padres. Con respecto a los servicios, la provisión considerada mínima siempre fue variable en relación con la existencia o ausencia de redes públicas; de todas formas, como características esenciales de la “casa moderna” deben señalarse la provisión de electricidad, los servicios sanitarios distribuidos por cañerías internas a dos sectores especializados como “ambientes de servicio” sanitarios (cocina y baño), ubicados en el interior de la vivienda y con equipamiento específico, además del uso de combustibles “limpios” (electricidad o gas). En relación con las condiciones de iluminación, asoleamiento y ventilación, las superficies y aberturas se ampliaron en tamaño y cantidad con respecto a las tradicionales, con el fin de asegurar la entrada de sol directa y la renovación del aire. Finalmente, la reducción de las alturas de locales, el uso de superficies y paramentos lisos, la preferencia por colores claros y materiales impermeables y lavables en locales sanitarios, son características que, a grandes rasgos, terminan de caracterizar las tipologías modernas. La provisión de servicios sanitarios y de combustibles limpios permitió que la disposición general de los ambientes se compactara, ya que la cocina y el baño podían así incorporarse al interior de la vivienda, posibilitando el desarrollo de todas las funciones domésticas dentro de la unidad. De esta forma, la casa moderna adoptaba *plantas compactas* (llamadas también *cajón*), oponiéndose a la tradicional *casa alargada* de patio lateral (*casa chorizo*) –sucesión de habitaciones conectadas por una galería, en la cual la cocina y el baño se ubicaban en último término.

Todas estas características ya estaban fijadas para los años treinta: en efecto, la “casa chorizo” era un modelo en declinación. Aunque la inercia de las tradiciones del habitar seguía impulsando su ejecución, sobre todo en la construcción popular, tal modelo era desaconsejado por la literatura técnica y de difusión referida al habitar doméstico. Para los años treinta, entonces, se había avanzado en una transformación cualitativa de los modelos de vivienda; de allí en adelante, lo nuevo consistiría en una difusión social amplia de características y tipologías ya estabilizadas. Con algunas excepciones de emprendimientos estatales ejemplarizados –pero de escasa magnitud cuantitativa–, y unas pocas operatorias crediticias, hasta 1946 las posibilidades de materialización de los nuevos tipos quedaron libradas a la iniciativa privada, razón por la cual sólo los sectores altos y medios podían acceder a una vivienda de nuevo tipo. A partir de 1946, en cambio, el peso de la acción del Estado en la difusión de la vivienda moderna aumentó de manera notable, ya que,

desde el poder, el peronismo implementó las primeras políticas estatales de vivienda en el país, entendidas como acciones planificadas, sistemáticas y sostenidas por el tiempo de construcción masiva y por la financiación de viviendas. El ideal político de la “casa para todos” avanzó notablemente hacia los sectores populares y en la transformación concreta de las ciudades a partir de la intervención del Estado en la materia, que se desarrolló hasta fines de la década del setenta, momento a partir del cual el Estado comenzó a disminuir su intervención, sobre todo en las áreas de acción social.

Es posible, entonces, definir dos subperíodos. El primero, desarrollado entre 1930 y 1945, caracterizado por la fijación de tipologías e imágenes modernas difundidas entre los sectores altos y medios; y el segundo, entre 1946 y 1980, que comprende la extensión de estos modelos a otros sectores sociales a través de la acción del Estado. Las acciones desarrolladas en los dos subperíodos se hallan íntimamente vinculadas entre sí: en primer lugar, porque la acción estatal desarrollada en el segundo se basará en tipologías, imágenes y representaciones ya estabilizadas en los años treinta. En segundo lugar, porque el avance cuantitativo producido en el segundo subperíodo introducirá matices y variantes en los referentes de los años treinta, que tenderán, sobre todo, a lograr viviendas más económicas, impersonales y anónimas, en tanto dirigidas a un público cada vez más amplio. En efecto, lo que la historia de la vivienda fue ganando en cobertura social lo fue perdiendo en calidad constructiva y espacial: la “casa para todos” se halla recorrida por conflictos entre cantidad y calidad que construyen buena parte de nuestra compleja experiencia sobre el habitar doméstico moderno.

*El placer de “ser modernos”:
los años treinta*

Las propuestas de los años treinta se relacionan con una mayor oferta industrial para la tecnificación del hogar, tanto en lo relacionado con aparatos vinculados al trabajo doméstico, al confort y a las comunicaciones, como con cambios constructivos (sobre todo, una mayor utilización del cemento). En un momento en el que se reducían las tarifas eléctricas, la tecnificación del hogar –en especial, la introducción de electrodomésticos– ocupaba un lugar destacado en la difusión de modelos e imágenes del habitar, como simplificadora del trabajo doméstico y transformadora de costumbres. Por ejemplo, posibilitando la incorporación de la cocina al interior de la vivienda, la cocina eléctrica y la heladera eliminaron el tradicional aislamiento del ama de casa en ese ambiente; la heladera permitió modificar hábitos, tiempos de compra y preparación de alimentos.⁴ Estos elementos que hoy nos resultan cotidianos eran difundidos por la publicidad de la época de manera increíblemente



sofisticada y seductora. Una de ellas nos muestra una informal reunión familiar nocturna en una cocina moderna, equipada con cocina, heladera y tostadora eléctricas: “La cocina eléctrica que aquí vemos equipada con elementos modernos muestra cómo, en traje de etiqueta, después del baile o del teatro puede prepararse y tomarse el refrigerio en un ambiente limpio y confortable”.⁵ Por un lado, la imagen asimilaba un nuevo símbolo de estatus —el electrodoméstico— a otro conocido —el traje de etiqueta—; por otro, apelaba a la perplejidad que suscitaba lo que en el momento sólo podía ser visto como inadecuación extrema entre vestimenta y escenario. En el cruce de ambos tópicos emergía una imagen familiar cálida, íntima e informal: un símbolo de los nuevos placeres domésticos que la técnica depararía. El trasfondo de la imagen es un tema presente en gran parte de la publicidad de los años treinta, que consiste en el contraste entre las posibilidades del presente y las carencias del pasado: el choque entre el “ayer” y el “hoy” producía un mundo pleno de significaciones positivas.

La técnica también le brindó a los hogares un nuevo corazón: el de las comunicaciones masivas, a través de la radio y, a partir de 1950, de la televisión. La radio era el electrodoméstico de mayor popularidad y

Cocina moderna de los años treinta: la heladera y la cocina eléctrica terminan con la imagen de la cocina como el local “sucio” de la casa; el ambiente puede utilizarse hasta en traje de etiqueta.

(Casas y Jardines, N° 7, enero-febrero, 1934)

En la publicidad, la radio es presentada como un nuevo centro del hogar, a cuyo alrededor se congrega la familia.

(Casas y Jardines, N° 8, abril 1934)



DOMINANDO AL MUNDO

Nº hay límites para los posibilidades. El mundo es un campo de batalla de ideas y de voluntad. El poder de todo es la voluntad de todo. Westinghouse, la potencia de la radio, es el poder más grande que jamás haya existido. Multiwave WR-30, el más poderoso instrumento que haya tenido la humanidad, es el instrumento de potencia por el mundo, transmitiendo y recibiendo sus mensajes con precisión de timing atómico. Esta posibilidad, que brinda hoy por hoy una realidad sin precedentes en radio, que es el mundo entero, es controlada en un hecho más sencillo y la realidad del mundo que el Multiwave WR-30, diseñado especialmente para las necesidades de las transmisiones mundiales en onda corta y de broadcasting nacional.

SOLICITE UNA DEMOSTRACION EN
Westinghouse
 AV. DE MAYO 1035 • BUENOS AIRES
 Y EN LAS MEJORES CALLES DE BAJO Y MEDIO

de uso más extendido en los años treinta, ya que según el censo de 1947 se encontraba en el 54% de los hogares argentinos, porcentaje que en Buenos Aires alcanzaba el 82%. En las publicidades, la radio se presentaba casi como un sinónimo de hogar: reunía a la familia en torno de un centro, de la misma forma en que antiguamente lo había logrado la chimenea. Sin embargo, pese a la enorme difusión de los electrodomésticos en la prensa y la publicidad de los años treinta, es necesario recordar que su incorporación concreta a los hogares fue lenta —conviene situar el momento de generalización de los mismos en la década del sesenta—, sobre todo si se tiene en cuenta la totalidad del país. En 1947 el 85% de los hogares contaba con plancha, pero sólo el 38% de ellas eran eléctricas, y la distribución territorial era desigual: oscilaba entre el 73% en la ciudad de Buenos Aires y el 4% en La Rioja; sólo el 20% de los hogares tenía heladera (el 40% en Buenos Aires), de las cuales apenas el 3% eran eléctricas (el 7% en Buenos Aires). La máquina de coser era un artefacto que registraba una extensión importante (48% de los hogares) aunque tampoco en todos los casos utilizaban energía eléctrica.⁶

Por otro lado, los cambios en la vivienda de la década del treinta son también resultado de una serie de modificaciones culturales en el uso de espacios públicos y privados. Desde fines del siglo XIX, la diversificación de espacios de uso público desplazaba ciertas funciones asignadas anteriormente a la vivienda: fiestas, recepciones, reuniones, prácticas deportivas, configuraban nuevos espacios de sociabilidad, haciendo que la vivienda se asociara cada vez más con el entorno familiar e íntimo. La revista *Nuestra Arquitectura* describía ese fenómeno del modo siguiente:

“¿Dónde están las casas señoriales del centro de la ciudad? Si se atraviesa Florida, por ejemplo, apenas si será dado encontrar alguna, allí donde hace veinte años se alineaban los hogares de la alta sociedad porteña. [...] fueron desapareciendo poco a poco las viviendas que tenían ya una tradición, y modernas, lujosas y confortables casas de departamentos han ido agrupando a sus moradores en una nueva colmena más de acuerdo con las modalidades del día, que hacen alternar la vida en la ciudad con largas estadas en la casa de la estancia, de las sierras o de la playa o con frecuentes viajes por el extranjero.

”Los grandes salones comienzan también a no tener razón de ser, ahora que la mayor parte de las diversiones se buscan fuera de la casa: en las canchas de golf, de tenis [*sic*], en las piscinas de natación y en las fiestas de toda clase que tienen cada vez más por escenario el club o el hotel; así, naturalmente, el departamento va llegando a ser el necesario y deseado lugar de íntimo y tranquilo encanto y son cada vez más buscados los departamentos con habitaciones de tamaño moderado y

amuebladas en alguno de los estilos en boga y que expresan el gusto del decorador o del propietario”.⁷

Dentro de este marco donde se combinan avances técnicos con la conciencia de la transformación de los modos de vida doméstica, en la década del treinta se observarán dos procesos asociados entre sí: por un lado, la difusión de tipologías modernas a través de la prensa, de revistas especializadas y de manuales y catálogos de construcción, y, por otro, la aparición de nuevas estéticas para el habitar doméstico. En efecto, la vivienda no sólo debía modernizar su disposición y características técnicas, sino también sus imágenes y representaciones. Los beneficios de la casa higiénica y moderna ya no se propagarían en la sociedad como consejo exclusivo de higienistas o reformadores sociales, sino como modas, como cambios del gusto dentro del habitar, como renovadas maneras de experimentar y vivir los espacios domésticos. No sería la obligación la que impulsaría a la transformación de la casa, sino el gusto: el placer de “ser modernos” y de mostrarse como tales. En este sentido, la modernidad se imponía como un “estilo de vida” que implicaba aceptar cambios y discutir las tradiciones, llevar una vida dinámica y, sobre todo, más simple y auténtica.

La “concepción de vida moderna” podía adoptar dos formas: la de la casa individual o la de la vivienda colectiva, tipos que eran vistos como condensadores de dos universos diferentes. La segunda —es decir, la vida en departamentos— ganará terreno en dicha década, aunque avanzará más en los imaginarios del habitar que en su materialización concreta. En efecto, por razones geográficas e históricas, aún en el presente existe en la Argentina un notable predominio de la vivienda individual sobre la colectiva: según el censo de 1991, sólo el 7% de los hogares son departamentos, valor que aumenta drásticamente en los grandes centros urbanos, trepando al 73% en la ciudad de Buenos Aires.

Aunque la casa ocupaba un lugar destacado en la prensa diaria y periódica, es necesario destacar la aparición de *Casas y Jardines* (1933), la revista de arquitectura y decoración de vida continua más larga en el medio local destinada a un público no especializado. El éxito de su apuesta se expresa en su pervivencia —hasta los años ochenta—, y su aparición fue el síntoma de un momento en el que se producían grandes transformaciones en el habitar, razón por la cual el público parecía particularmente ávido de consejos y referencias. Como su homónima norteamericana *House and Garden*, publicaba casi con exclusividad viviendas individuales. Eran obras ya construidas en nuestro medio local, destinadas a sectores altos y medios. En menor medida, se presentaban algunos

*La vivienda unifamiliar
y la aventura del ocio fuera
de la ciudad*

proyectos para casas populares, que ensayaban la extensión de las transformaciones modernas al habitar popular. Desde el punto de vista tipológico, la revista mostraba casas de plantas compactas con jardín: el ideal de vida pregonado, que tomaba como modelo las urbanizaciones norteamericanas, se desplegaba en suburbios, fuera de la ciudad o en localidades turísticas, donde el habitar doméstico podía desarrollarse en contacto con la naturaleza.

En efecto, la exaltación del contacto entre vivienda y naturaleza y el énfasis en los encantos y beneficios de la vida al aire libre, eran otros de los tópicos reiterados por la revista, en un momento en el que la expansión del automóvil ampliaba las posibilidades del turismo y ponía de moda el *weekend*. La publicación estaba captando certeramente una serie de procesos sociales: la democratización del turismo. Entendida como ampliación de dichas prácticas a los sectores medios, fue un proceso iniciado en los años veinte, que se intensificó en los treinta y creció en las décadas siguientes, extendiéndose socialmente a partir de las políticas del peronismo en la materia. Mar del Plata vio crecer su afluencia de visitantes de 65.000 turistas en 1930 a 380.000 en 1940 y hasta cerca de un millón en 1950.⁸ En los años treinta, las políticas estatales de fomento al turismo, ciertas leyes sociales como la de sábado inglés (1932) o la primera de vacaciones pagas (empleados de comercio, 1934), el mejoramiento de las redes camineras ejecutado a partir de 1933 por la Dirección Nacional de Vialidad, el uso extendido del automóvil, propiciaron una ampliación del tiempo del ocio y un aumento de las posibilidades de viajar. El auto también permitió abandonar la ciudad por lapsos cortos: el *weekend*, “institución anglosajona [que constituía] una costumbre ya arraigada en el centro y norte de Europa y en los Estados Unidos”, también avanzaba en la Argentina.⁹

Todos estos procesos ponían en primer plano formas del habitar suburbano, rural o ubicado en localidades turísticas. El contacto con la naturaleza era una característica central de estas renovaciones que, sin embargo, no las teñía de intenciones antiurbanas. En efecto, no se proponía ningún tipo de huida de la ciudad: el habitar fuera de la ciudad era considerado como la imprescindible contracara del habitar urbano. Por lo tanto, la relación entre ambos era de complementariedad más que de oposición: “En lo más profundo del corazón de todo habitante de la ciudad está el deseo de poseer una casa en el campo. [...] Moverse toda la semana en las calles dominadas por el tráfico y hormigueantes de gente, despierta la necesidad urgente de hacer rodar la carretilla, de plantar bulbos o de rastrillar hojas secas el domingo por la mañana. Así, después del estimulante torbellino de la ciudad, se tiene la ocasión de reposar en algún tranquilo rincón rural”.¹⁰



El ferrocarril promovía la vida suburbana con un desarrollo sostenido desde principios de siglo. En las décadas del veinte y del treinta, la difusión de automóvil acentuaría esa tendencia.

(Casas y Jardines, marzo-abril, 1934)

El hombre moderno, protagonista del turismo y del *weekend*, era ante todo un hombre móvil, que podía desplazarse con libertad: ni el habitante urbano ni el rural eran vistos como ideales. Este hombre partía de la ciudad con la ligereza, el entusiasmo y el desenfado propios de la excursión, con el fin de desarrollar sólo un aspecto parcial de sus actividades: el esparcimiento. Éste era un viaje al campo con la vuelta asegurada; se abandonaba la ciudad para regresar poco tiempo después. En este caso, entonces, el campo no sugería un modelo de vida, sino que se presentaba tan sólo como una parte de la vida: el espacio

del ocio. La movilidad y la libertad que se exaltaban se vinculaban directamente con la técnica moderna. Además, se hacía hincapié en un nuevo tipo de relación entre el hombre y la naturaleza mediada y posibilitada por la técnica. Las casas publicitadas aludían en todos los casos al confort moderno; no se destacaba la vida de la población rural ni se incluían prédicas antitecnológicas ni propuestas de relaciones directas e inmediatas con la naturaleza; todo posible “fundamentalismo telúrico” era descartado. En la arquitectura publicitada existen numerosos ejemplos de esta combinación sofisticada entre naturaleza y técnica, pero tal vez el más impactante lo proporcione un *cottage* en Beccar, con techos de paja, cuyas analogías con el rancho criollo eran evidentes y que la revista presentaba como “Arquitectura autóctona. Confort contemporáneo bajo techo de paja”.¹¹ Allí no faltaba nada, aun por un costo módico: luz eléctrica, sistema cloacal, agua corriente, baño interior y habitación y baño de servicio, brocal “simulado” y nido de hornero “colocado” por el arquitecto; la actitud impostada y frívola frente al medio natural no se ocultaba.

Por otra parte, este nuevo ideal de vida más dinámica, más móvil, menos formal, demandaba nuevas formas de vivir el espacio doméstico que se alejaran de las convenciones heredadas buscando una nueva autenticidad:

“Para que la mujer argentina arregle bien su casa, primero será necesario que desaparezca definitivamente la detestable sala Luis Tanto, con esas sillas tísicas y sus fundas horrosas; hace falta que se acabe con el pomposo escritorio, con el vergonzante comedor de diario y con el solemne comedor para las visitas y que la gente comprenda que la casa es para que sus habitantes vivan bien y no para despatarrar de asombro a los escasos visitantes. La incorporación a nuestras casas del *living room* sencillo y confortable [...] donde se comparten alegrías y dolores con los amigos sinceros, será la manifestación externa de que, por fin, hemos aprendido a vivir para nosotros mismos”.¹²

“Vivir para nosotros mismos” parecía ser la consigna que guiaba la transformación del habitar del momento: la casa debía pensarse para vivir y no para recibir, transformarse en sinónimo de afecto y familia, construyéndose a partir de las demandas propias de ésta, antes que con base en los requerimientos de representación social. Si en los años treinta, desde el punto de vista técnico, sólo podía ser “moderna” la casa que incorporara los adelantos del confort, en términos de cultura del habitar, un hogar “moderno” sería la traducción espacial de los afectos sinceros, un lugar de autenticidad y libertad. Para lograr este nuevo ideal la casa debía romper con su pasado, y, en tal sentido, la mención despectiva de las “sillas Luis Tanto” presente en la cita anterior



En la casa de weekend, la combinación de rusticidad y modernidad se reitera en viviendas suburbanas de la década: la imagen de un rancho criollo se articula con el confort contemporáneo, tanto en la disposición de los ambientes como en la provisión de servicios.

Arquitecto Luis Aberastain Oro (1935).
(Viviendas Argentinas, Contémpera, Buenos Aires, circa 1940)

puede considerarse un emblema de esta incitación imperiosa al abandono de las formas del pasado y a sus referencias históricas y culturales. De la misma forma, la insistencia en el *living room* como nuevo centro de la casa, desplazando a la antigua sala, entendida como lugar de recibir, constituye un tópico reiterado desde los años diez que, haciendo referencia a las llamadas “costumbres anglosajonas” –consideradas desde fin de siglo como introducciones modernizadoras del habitar–, intentaba reducir la solemnidad y formalidad del habitar tradicional.

Con respecto a las estéticas que se reiteraban como imágenes de la modernización de la casa, es posible registrar dos grandes líneas, que habían comenzado a difundirse ya a mediados de los años veinte: la modernista y la rústica. La primera se basaba en una clara tendencia a la abstracción y a la geometrización de las formas, enfatizando la introducción de productos de la tecnología moderna (vidrio, acero y hormigón); mientras que la segunda apelaba a materiales tradicionales (ladrillo, madera y teja), buscaba volúmenes fuertemente articulados y efectos pintorescos. Aunque cada uno de ellos contenía una amplia cantidad de variantes, en los años treinta el “estilo náutico” de muros blancos era un típico exponente de las estéticas modernistas, mientras que el multicolor “chalet californiano” era el protagonista privilegiado de la línea rústica. Tal vez la diferencia más saliente entre ambas se encontraba en la forma de la cubierta, el techo plano o el inclinado a dos aguas, que en cada uno de los casos delineaba siluetas contrapuestas, evocadoras a su vez de dos universos diferentes: un mundo moderno y urbano, por un lado; un mundo tradicional y rural, por otro.

Aunque desde el punto de vista estético las diferencias entre ambas

La rusticidad de los exteriores se complementaba con las decoraciones interiores, dentro de las cuales se reiteran los muebles “en estilo provenzal”. La empresa Au Meuble Rustique se especializaba en este tipo de estilos.

(Casas y Jardines, N° 9, mayo-junio, 1934)



ambientes cordiales y dignos
... con muebles Provençal

Una decoración y hermosa, sencilla y sencilla, que transmite y aporta el ambiente Provençal. Un ambiente en todos los aspectos y en todos los detalles, consiguiendo la armonía de los colores y el equilibrio de las formas.

Una decoración principal, elegante en sus líneas, sencilla en sus detalles, se adapta para ser en los ambientes y puede combinarse con la decoración de los estilos cercanos.

En Au Meuble Rustique los muebles se fabrican en el taller de fabricación en su taller, para ser entregados en su habitación.

ORATORIOS • MUEBLES

Au Meuble Rustique
Furno & Venesio

ENCUENTRO DE LA CALIDAD EN EL DISEÑO

líneas eran enormes, la revista estimulaba ambas, ya que las dos modificaban el habitar en un sentido modernizador, abandonando las formas del pasado, suprimiendo el ornamento aplicado y actuando globalmente en un sentido simplificador de las formas del habitar. Según *Casas y Jardines*, la elección “correcta” de una u otra estética se basaba en la comprensión de que cada una de ellas expresaba un carácter distinto: el modernismo se adaptaba fundamentalmente a la vivienda urbana, mientras que el rústico era la imagen adecuada para la vivienda suburbana, rural o de veraneo. Sin embargo, este equilibrio racional sugerido por la publicación se desequilibraría en las prácticas de los consumidores en favor del habitar rústico, en particular del chalet californiano. En efecto, a partir de mediados de la década, las imágenes rústicas avanzaron aun dentro de las grandes ciudades y se publicaba “un departamento moderno en plena Avenida Roque Sáenz Peña (que) se decoró rústicamente cual si fuera una casa de campo”, realización de *La Casa Inglesa*, que junto con *Au Meuble Rustique* eran los anunciantes más importantes de la revista.¹³ Al mismo tiempo, mueblerías más económicas como Baratti o Diez proponían sus estilos “provençal” o “aldeano”, que permitían incorporarse al imaginario del nuevo y fascinante mundo rústico de manera mucho más económica. Siguiendo esta misma dirección, comenzaban a publicarse viviendas rústicas entre medianeras y en los lotes angostos característicos de la traza tradicional de las ciudades argentinas: la empresa constructora Machiavello y Cía. demostraba las bondades de sus planos mostrando sus obras californianas entre medianeras, que pretendían resolver con inteligencia el difícil problema, ya que estos chalets estaban pensados originalmente para predios más amplios, a la manera de las suburbanizaciones norteamericanas.¹⁴

La moda, entonces, trasponía los condicionantes que le habían dado origen. Así, el “estilo californiano” se extendía y banalizaba, sobre todo hacia fines de la década y, aunque no se participara realmente del nuevo universo del ocio fuera de la ciudad, ni se accediera a una segunda casa, era posible compartir sus imágenes e ilusiones. A su vez, entre 1935 y 1948 se construían los pequeños chalets marplatenses cuyo volumen y características definieron gran parte de la morfología de la ciudad y construyeron su imagen urbana: en los años treinta, el “chalet Mar del Plata” se incorporó de manera indeleble al imaginario de la “buena vida”.¹⁵ El universo de valores creado por el cine no estuvo ausente en este proceso de construcción de representaciones alrededor de la casa individual: *Casas y Jardines* publicaba a partir de 1936 la sección “Casas de las estrellas”, donde los hogares californianos de Hollywood añadían una cuota adicional de prestigio a estéticas que se arraigaban en el medio local.



para proyectos y presupuestos
 dirigirse a
MALBRANCHE
 Av. R. S. Peña 760 - Bs. As.

El Arq. Carlos Malbranche, proyectista, por ejemplo, del Tortugas Country Club, fue un profesional exitoso en el uso del “estilo californiano”, de gran difusión en la década del treinta.

(Casas y Jardines, N° 11, septiembre-octubre, 1934)

Aunque las nuevas estéticas que acompañaron la difusión de la casa moderna se adaptaban a su utilización por parte de los sectores medios, los sectores altos fueron actores pioneros de estos procesos. En la década del treinta se formaron los primeros *country clubs*, como iniciativas de elite: el Tortugas, a principios de la década; el Hindú Club, en Don Torcuato, a fines de la década; Highland Park, en Ingeniero Maschwitz, en la siguiente, y el Olivos Golf Club, en los años cincuenta. Se trataba de una combinación de vivienda y deportes terrestres –polo, equitación, golf, tenis y natación en piscina– que, según los proyectistas del momento, estaba llamada a tener un futuro exitoso. Ya contaba con antecedentes en Canadá, en la costa Este de los Estados Unidos y en algunos países latinoamericanos, aunque bajo estas referencias no es difícil rastrear otras de mayor desarrollo, como la transformación del territorio californiano combinando vivienda, deportes, vida al aire libre y expansión del automóvil en los años veinte.¹⁶ Estas nuevas propuestas vinculaban vivienda de fin de semana y deporte: el deporte podría gozarse en familia, y el club y la vida doméstica dejarían de ser alternativas.

Consolidando una tendencia, estos primeros *country clubs* eligieron estéticas rústicas para identificarse: californiano en el caso del Tortugas y *cottages* con techos de paja para el Hindú. Una de las muchas formas a través de las cuales el imaginario rústico avanzaba como identificación de los espacios del ocio de los sectores altos y medios, identificación que aún hoy sigue operando.

El Tortugas Country Club fue el primer establecimiento de estilo californiano a principios de la década. La imagen, de 1938, muestra su estado de desarrollo en sus primeros años de vida.

(Archivo General de la Nación)



*La vida en departamentos:
la modernidad
en la gran ciudad*

En los años treinta, el interés por la vivienda suburbana o ligada al turismo tuvo una contrapartida en los sectores céntricos de las grandes ciudades, sobre todo en el caso de Buenos Aires: se trata del aumento en la cantidad de casas de departamentos, en su mayor parte desarrolladas en altura y portadoras de una imagen caracterizada por la austeridad modernista de sus fachadas blancas y lisas. Estos departamentos modernos constituyeron un símbolo de lo que se consideraba el habitar doméstico metropolitano, inserto en la gran ciudad, participando de su dinámica y permitiendo a sus habitantes descubrir un nuevo y privilegiado punto de vista para el disfrute del espectáculo metropolitano: la altura. “Un jardín sobre Buenos Aires en el piso veintiocho”; titulaba *El Hogar* en referencia al edificio Kavanagh (arquitectos Sánchez, Lagos y De la Torre, 1933-35), condensando una serie de elementos que lo transformaban en un símbolo de la Buenos Aires de esos años que la prensa y la publicidad reproducirían incansablemente. El “rascacielos más alto de América Latina”, con sus treinta y cinco pisos, superaba a sus antecesores, exasperando temas que se reiteraban en las casas de departamentos destinadas a los sectores altos: en la obra se vinculaban los progresos de la técnica y el confort, las ventajas de la privacidad, un equipamiento colectivo sofisticado y el privilegio de gozar visualmente de la ciudad desde lo alto, incorporando, además, la naturaleza a la altura.¹⁷

Aunque el edificio Kavanagh era excepcional desde todo punto de vista, de manera más modesta, una masa relativamente importante de edificaciones en altura lo secundaba en la creación de un nuevo imaginario sobre el habitar metropolitano “en vertical”. Según un estudio mu-

nicipal de 1943, sólo el 20% de la población de Buenos Aires habitaba en departamentos; sin embargo, dicho valor se juzgaba alto, ya que se había incrementado notablemente en la década anterior. Los mayores porcentajes se concentraban en el norte de la ciudad, sector asociado a la población que acusaba “el standard de vida más alto”; en algunas de las circunscripciones se comprobaba que “las tres cuartas partes de sus habitantes habían elegido el departamento como vivienda”.¹⁸

En rigor, las casas de departamentos en altura habían comenzado a desarrollarse en Buenos Aires en 1885 y, lentamente, habían acompañado el proceso de concentración producido en el centro de la ciudad. Pero fue la crisis económica de 1930 el hecho que estimuló este proceso, ya que en tal momento la inversión inmobiliaria comenzó a considerarse como una de las pocas rentas seguras: es necesario recordar que los departamentos se alquilaban pero no se vendían, porque la subdivisión de la propiedad estaba prohibida por el Código Civil. Por otra parte, y como se ha planteado anteriormente, la vivienda había dejado de albergar una cantidad de funciones sociales desplazadas a ámbitos públicos. Por último, el nuevo clima económico percibido a partir de la crisis aconsejaría reducir los gastos exigidos por la vida doméstica, aun entre los sectores altos. En este contexto, el departamento o piso “de lujo” desplazaría parcialmente al petit-hotel como modelo del habitar urbano de los sectores altos, ya que “[...] [muchas] familias [...] acostumbradas al buen vivir, han comprendido que el departamento moderno es un sustituto muy ventajoso del antiguo petit-hotel con todos sus inconvenientes y gastos enormes de manutención”.¹⁹ Frente a estos cambios, el departamento urbano dejaría de repetir las distribuciones del petit-hotel,



Concentración vertical de la edificación en el centro de Buenos Aires, producida en base a la construcción de edificios de oficinas y casas de departamentos. Frente a la plaza San Martín, el edificio Kavanagh es el ejemplo de mayor envergadura de las nuevas casas de renta. (El Hogar, N° 1434, 9-4-1937)

para buscar configuraciones que hicieran mayor centro en la vida privada. La sustitución de la sala por el *living-room*, planteado como núcleo central de la vida doméstica, es un signo de estas transformaciones, que ya se ha indicado a propósito de la vivienda individual. En tanto los aspectos sociales pasaran a ser considerados actividades eventuales pero no permanentes de la casa, era posible reducir las superficies y promover usos alternativos de los espacios: el sector público dejaba de estar rígidamente compartimentado para ofrecer la posibilidad de integrarse (a través de arcadas o puertas corredizas) en un gran ámbito para recepciones. A su vez, el funcionamiento cotidiano de la vida doméstica podía resolverse de forma más sencilla y con menos personal: los sectores privados y los de servicios se simplificaban y la distinción de circuitos circulatorios perdía importancia.

La racionalización espacial y el cambio de relaciones entre público y privado no eran los únicos procesos observados en el habitar de los sectores altos. Al mismo tiempo, se generalizaban nuevos programas que demandaban viviendas pequeñas (entre uno y tres ambientes) sin servidumbre permanente: departamentos para personas solas, solteros o parejas sin hijos, para usos eventuales o vinculaciones de vivienda eventual y trabajo (*ateliers*). Así, por ejemplo, el edificio de Corrientes y Maipú (arquitecto C. Vilar, *circa* 1938) ofrecía departamentos mínimos –lo que hoy se denominarían “monoambientes”–, amueblados, con “una cancha de ‘squash racket’ sobre el último piso de departamentos, con salón, bar, baños, vestuarios, terrazas para baños de sol con duchas, terraza para tomar té [...], etcétera”.²⁰

La vinculación entre equipamiento colectivo y departamento individual era una característica de este tipo de emprendimientos que ofrecía un “plus” de servicios; en otros casos consistía en piletas de natación, gimnasio o juegos infantiles en la azotea. Aunque muchos inversores, como se observará más adelante, se dirigieron a un “standard medio”, otros trataron de introducir elementos que hicieran particularmente atractiva su propiedad, y algunos buscaron lo que hoy llamaríamos un “nicho” en el mercado. Estas estrategias producían un alto grado de diversificación de las inversiones destinadas a los sectores altos, incorporando una amplia gama de posibilidades de desarrollo de la casa de departamentos, que se transformaba en una especie de *boîte à miracles* cuya riqueza y complejidad interior, escondida detrás de sus rígidas formas geométricas y de sus fachadas blancas, no podía sino deslumbrar.

Aunque un equipamiento colectivo sofisticado sólo podía ser económicamente rentable entre consumidores de alto poder adquisitivo, la casa colectiva era pensada en algunos casos como una solución perfecta para la vivienda popular del futuro. Tal era el caso de la cooperativa El

Típica casa de departamentos modernista de los años treinta, obra del Arq. Carlos Vilar (1938), ubicada en Maipú y Corrientes.

(Nuestra Arquitectura, N° 6, junio, 1938)





Balcones, terrazas y vistas: nuevos temas de las casas de departamentos (en este caso obra del Ing. Alejandro Enquin, ubicada en Victoria 1782) que permitían descubrir nuevos puntos de observación de la ciudad.

(Nuestra Arquitectura, noviembre, 1938)

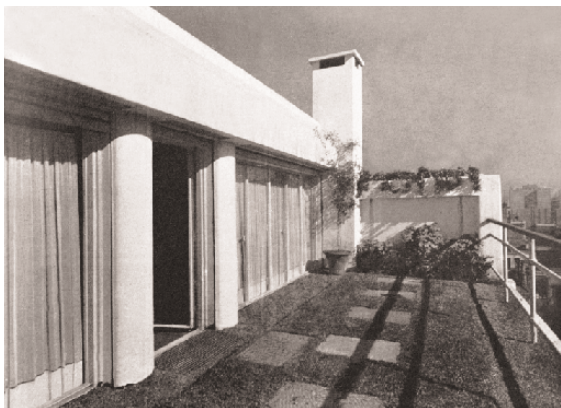
Hogar Obrero, estrechamente vinculada al Partido Socialista, que a fines de la década proyectaba una gran casa colectiva modelo que incluía local de cooperativa de consumo, jardín de infantes, consultorios médicos, restaurant y equipamiento cultural. Pensada en cuanto vivienda destinada a los sectores populares, la casa colectiva combinaba una notable reducción del trabajo doméstico femenino con una amplia oferta de formas de sociabilidad. Sin embargo, la obra –Avenida Rivadavia y Ángel Giménez; arquitectos W. Acosta, F. Bereterbide, A. Felice y J. C. Ruiz–, inaugurada recién en 1956, a causa de su alto costo se encontraba fuera de las posibilidades de los inversores privados.

Si el mercado inmobiliario avanzaba poco sobre el campo popular, en cambio lo hacía de manera intensa sobre la demanda de los sectores medios. En tal sentido, el hecho de que estas unidades se alquilaran y no se vendieran condujo a una construcción de una calidad media alta, que intentaba minimizar los costos de conservación y mantenimiento. Muchos elementos presentes en las construcciones de lujo, como el mármol Boticio, los grandes espejos de las recepciones, el roble de Eslovenia en los pisos, al igual que cierto equipamiento colectivo, se reiteraron en gran parte de las edificaciones medias en altura. En comparación con los departamentos de lujo, los alquileres más bajos dirigidos a los sectores medios se conseguían eligiendo terrenos de menor costo y proyectando mayor cantidad de departamentos por piso, reduciendo las dependencias de servicios y también el número de ambientes principales: el living –que era a la vez comedor–, junto a un diminuto hall, solían permanecer como las únicas dependencias públicas de la casa.

En este tipo de departamentos se llevaron a cabo procesos de racionalización del espacio con mayor intensidad que en los familiares de lujo, llegando a extremos brutales pero habituales, como los dormitorios de servicio de 1,80 m de ancho. Se trataba de dimensionar los locales de acuerdo a su función y equipamiento: así, se imponía la “cocina mínima”, cuyo ancho estaba determinado por el ancho de paso y las dimensiones de una o dos mesadas enfrentadas, y el “baño célula”, cuyo ancho se determinaba por el largo de la bañera.²¹ También significaba la reducción al mínimo de la superficie destinada a servicios para preservar en cambio el máximo de superficie a las áreas de las habitaciones principales. Dentro de estas últimas, se abandonaron los antiguos dormitorios de cuatro metros de lado, para reducir sus dimensiones atendiendo únicamente a los requerimientos de la función “dormir”, mientras se privilegiaba en dimensiones el *living-room* como lugar de encuentro familiar, etcétera. Algunas de estas transformaciones encontraron su condición de posibilidad en los cambios producidos en la década anterior de los conceptos higiénicos relacionados con la habitación, como por ejemplo el desplazamiento del concepto de “cubaje” de aire para ser reemplazado por los estudios del movimiento del aire en los interiores y de su renovación, tanto como de las condiciones óptimas requeridas para lograr el “bienestar” o el “confort” corporal.²²

Otras transformaciones, en cambio, se basaban en la incorporación de nuevos dispositivos tecnológicos en la vivienda, que encontrarían en las casas de departamentos un ámbito especialmente propicio para desarrollar su penetración en la vida cotidiana. Así, se observa que los fabricantes de electrodomésticos centraban buena parte de su publicidad en las casas de renta: Westinghouse afirmaba que “los propietarios cuyos edificios están equipados con refrigeradores Westinghouse, tienen siempre alquilados sus departamentos y obtienen de ellos mayor renta, pues los inquilinos los prefieren”.²³

A fines de la década del veinte comenzaron a alquilarse departamentos equipados con heladera y cocinas eléctricas o a gas. Además, ya habían adoptado con anterioridad sistemas de agua caliente y calefacción central e incineración de residuos; en algunos casos comenzarían a incorporar teléfonos internos, y en los departamentos de lujo se añadía aire acondicionado. En la década del treinta, estos elementos se transformaron en argumentos centrales para la oferta de viviendas entre los sectores altos y medios, y por varios motivos constituyeron un aspecto particularmente importante de las casas de renta. Por un lado, el equipamiento ofrecido por el departamento constituía un “plus” que incidía poco en el precio de la renta y mucho en el interés que despertara el emprendimiento entre potenciales usuarios. Por otro lado, la introducción



Balcones, terrazas y vistas: nuevos temas de las casas de departamentos (en este caso obra del estudio Sánchez, Lagos y de la Torre), que incorporaban la naturaleza en altura. Las terrazas-jardín y las piletas de natación en azoteas eran temas frecuentes en las casas de departamentos de lujo y también en las destinadas a sectores medios.

(Nuestra Arquitectura, septiembre, 1938)

del confort funcionaba como un elemento compensador de la reducción de superficies: los departamentos serían más pequeños, pero más confortables.

La lógica de los propietarios no se dirigía a proporcionar casas donde un locatario viviera durante toda su vida —como proponía el anhelo del “hogar” de la casa individual autoconstruida—, sino a unidades que respondieran a un determinado momento de la conformación familiar, pasado el cual se buscaría un alojamiento más adecuado —o se soportaría el mismo en condiciones de hacinamiento—. Los departamentos que más abundaban eran pequeños, de dos y tres ambientes: la oferta reclamaba una pareja como inquilino ideal. Por lo tanto, el departamento se perfilaba como el habitar adecuado para dos momentos extremos de la conformación familiar, prescindiendo de los inquilinos que los propietarios tradicionalmente consideraban indeseables: los niños, tal como observaba, con asombro e ironía, el escritor español Ramón Gómez de la Serna:

“Las casas que se construyen actualmente en Buenos Aires, tan exigüas, a la vez que tan perfectas, no admiten ni un hijo en la familia. [...] Todas se hacen como para matrimonios sin hijos, pareciendo creer los dueños que existe demasiada humanidad libre de carga infantil. [...] —Es que son casas para recién casados —me decía un amigo. ¿Pero, hay tantos recién casados en Buenos Aires, que sobre las ya construidas se están construyendo otras doscientas por el estilo? [...] Son tan inhumanas esas casas, que muchas veces no tienen ni habitación para la criada. ¡Ni niños ni criada! ¿Qué va a pasar si toda la ciudad se llena de esos pisos angostos que prohíben crecer la demografía? [...] ¿Modificaré la cons-

titución de la ciudad esta moda de casas ingratas o la verdad de la vida y sus urgencias se impondrá a esas casas con agua caliente, heladera, cajnilla para la cerveza y reloj eléctrico?”²⁴

Las objeciones de De la Serna no eran excesivamente acuciantes en la década del treinta, cuando la cantidad de casas de departamentos era limitada. Sin embargo, su extensión a través de la propiedad horizontal tensaría la exigüidad de los departamentos tanto como su carácter de mercancía.

*La intervención del Estado:
masividad y crisis
del habitar moderno*

Como se ha planteado anteriormente, estas innovaciones en el habitar eran adoptadas por los sectores altos y medios, pero la realidad de las condiciones de vida domésticas del conjunto de la población era muy distinta. Por ejemplo, el censo escolar de 1943 registró condiciones de hacinamiento colectivo (más de cuatro familias que compartían una casa) y hacinamiento individual (más de cuatro miembros de una misma familia que dormían todos en una misma pieza), según las cuales Buenos Aires mostraba el valor más alto del país en hacinamiento colectivo (22% de las familias censadas), pero uno de los más bajos de hacinamiento individual (18,5% de las familias censadas). En otros términos, en las grandes ciudades una familia tenía más posibilidades de disponer de una mayor cantidad de cuartos, pero tendía a compartir la vivienda, hecho mucho menos relevante en el Interior, donde, en cambio, el hacinamiento individual era alto: oscilaba entre el 61% de los hogares (Santiago del Estero) y el 19% (provincia de Buenos Aires), valores que aumentaban en las áreas rurales.²⁵ Este indicador revelaba la existencia de viviendas constituidas por una única habitación o un número muy limitado de habitaciones que albergaban varias funciones a la vez y en las cuales gran cantidad de tareas se realizaban al aire libre o en ámbitos semiexteriores, como la galería.

En los grandes centros urbanos, los valores de viviendas compartidas entre varias familias, aun sin llegar al límite indicativo de hacinamiento, eran altos: en Buenos Aires ascendían al 54% de las familias, y superaban los valores de inquilinatos o pensiones. Por lo tanto, es posible pensar que estos valores aludían a una práctica popular muy corriente en las ciudades: el subalquiler, o el alquiler de habitaciones en casas de familia. La vivienda servía en estos casos para compensar el presupuesto familiar, y pese a que la “vivienda moderna” pretendía erigirse como reducto íntimo de la familias, expulsando de su seno a los “extraños”, las prácticas concretas del habitar popular mostraban otro tipo de realidades y de usos de la casa. Otro aspecto claramente deficitario era el de la propiedad de la vivienda. Aunque la “casa propia” era



Los nuevos departamentos se decoraban con frecuencia siguiendo austeras líneas modernistas. En tal contexto, Daniel Duggan fue uno de los decoradores más apreciados de los años treinta, por la sobriedad de sus creaciones.

(Casas y Jardines, mayo-junio, 1934)

un anhelo arraigado entre los sectores medios, su realización no era sencilla, ya que quedaba limitada, en general, a la capacidad de ahorro familiar. Según el censo de 1947, sólo el 37% de las viviendas del país estaba ocupado por su propietario, valor que descendía al 17% en la ciudad de Buenos Aires.

A partir de 1946, reconociendo el antes desconocido “derecho a la vivienda”, el peronismo implementó acciones de construcción (acción directa) o de financiamiento de nuevas unidades (acción indirecta) a escala masiva, fundamentalmente a partir de la reestructuración del Banco Hipotecario Nacional (BHN), secundado por otras reparticiones como el Ministerio de Obras Públicas o las municipalidades y también por la Fundación Eva Perón (FEP).²⁶ Los nuevos emprendimientos retomaron las tipologías ya consolidadas en la década del treinta, aumentando notablemente su expansión social. En tal sentido, cabe destacar el Plan Eva Perón, política de acción indirecta del BHN que financiaba la construcción de viviendas unifamiliares: cada asignatario del crédito recibía una carpeta técnica con la documentación de obra completa, siguiendo los tipos compactos estabilizados en la década anterior y manteniendo la libertad de elección en cuanto a estéticas: casa *cajón* con techo plano o chalet californiano. En la acción directa predominó sobre todo la vivienda individual, en particular el chalet californiano, que, inmensamente difundido por la propaganda política del gobierno, llegó a identificarse como una suerte de “arquitectura peronista”. En realidad, las gestiones del peronismo estaban utilizando como imagen de felicidad popular formas creadas con anterioridad e inmensamente difundidas en

la década anterior: los símbolos de la “buena vida”, del habitar y el ocio de los sectores medios y altos. “Vivimos como reyes”, manifestaban los jóvenes albergados en la californiana Ciudad Estudiantil:²⁷ esto significaba que la redistribución operada por el peronismo les permitía compartir imágenes y espacios cuyos significados reconocían, pero cuyo consumo pleno les había estado vedado: ahora, y en gran medida, a través del simbolismo de las imágenes, podían considerarse parte de la clase media.

Un hecho trascendente en la democratización del acceso a la propiedad fue la sanción de la Ley de propiedad horizontal 13.512/48, que admitió la división de las propiedades por unidades, proponiéndose, además, estimular la concentración del habitar en vertical. Hay que recordar que los alquileres habían sido congelados en 1943, y que el peronismo mantuvo durante todo su gobierno dicha medida: este hecho significó la ruina de las casas de renta –analizadas en el punto anterior– y paralizó el proceso creciente de construcción de las mismas. Aunque el gobierno pretendió estimular la construcción a través de la nueva Ley de propiedad horizontal, no logró tal objetivo en el período de su gestión; sin embargo, favoreció la venta de unidades existentes. El *boom* de la construcción en propiedad horizontal se registró en las décadas del sesenta y del setenta, hasta la crisis de 1975, y se basó en el apoyo del crédito oficial a través de planes de ahorro y préstamo.²⁸ Como consecuencia de ello se produjo una notable concentración vertical de sectores céntricos de las grandes ciudades y de ciertas localidades turísticas, como Mar del Plata. En tal momento, la propiedad horizontal y las políticas públicas de acción en vivienda resultaron dinamizadores centrales del mercado inmobiliario, pero a costa de empobrecer notablemente la calidad de las construcciones, imponer nuevas disminuciones de espacios, eliminar los equipamientos colectivos y reducir al mínimo los sectores comunes. Por estas razones, el carácter de mercancía que había marcado este tipo de edificaciones se agigantaba frente a la presencia de un público masivo y anónimo –por un lado–, y a un promotor que se desligaba de la unidad en el momento de su venta –por otro–. El “hombre de dieciséis metros cuadrados”, con el que, *malgré soi*, Arlt se identificaba en los años veinte, configuraría una suerte de privilegio frente al “hombre de diez metros cuadrados” impuesto por la propiedad horizontal masiva.

De esta forma, la vivienda masiva mostraba sus logros y sus miserias: en efecto, la vivienda moderna había aumentado su alcance social, pero también había perdido en cuanto a la calidad de vida que era capaz de proporcionar. Esta percepción de perplejidad, que a nivel individual solía implicar una insatisfacción con los modelos que el mercado de la

vivienda estaba proponiendo en los años setenta, parece desprenderse de nuevas elecciones que los sectores medios comenzaban a realizar –y que se analizarán en el punto siguiente–. Lo que es interesante destacar es que esta insatisfacción coincidió con el retiro del Estado del sector vivienda: en efecto, el gobierno militar de 1976 apenas mantuvo la inercia de ciertas operaciones de acción directa implementadas por el peronismo en 1972; el cercenado “derecho a la vivienda” alentó acciones de la renacida democracia en 1983, que no tardaron en encontrar incesantes límites en la desfavorable situación económica nacional y en el cambio de papeles asignados al Estado. El retiro del Estado y la insatisfacción con las propuestas del mercado eran dos procesos de naturaleza distinta –político-económico, el primero, y cultural, el segundo– que no reconocían una vinculación directa entre sí, pero que confluyeron condicionando la subjetividad que se proyectó sobre el habitar doméstico en las dos últimas décadas.

A mediados de los años setenta, la casa chorizo, *bête noire* de modernizadores en la década del treinta, hizo un reingreso triunfal de la mano de la moda del reciclaje: para los sectores medios, comprar por poco dinero una antigua casa chorizo y modernizarla comenzó a resultar más atractivo que adquirir un departamento-tipo en una anónima propiedad horizontal. Aunque adaptar una casa chorizo a las necesidades actuales no es una tarea fácil ni necesariamente exitosa (alguna habitación siempre subsiste sin iluminación directa, por ejemplo), muchas personas han preferido aceptar sus limitaciones para gozar de mayor amplitud, de sus techos altos, de muros sólidos y de su particular espacialidad, pero sobre todo para huir de la abstracción del habitar masivo anónimo, apelando a la historia e instaurando un lazo con un pasado que la modernización del habitar había roto en los años treinta. Así parece haber comenzado la reivindicación de las “casas de antes”.

Casas como las de antes

Por otro lado, en la década del setenta se expandieron los *country clubs*, aunque en un contexto social diferente del que les había dado origen en los años treinta.²⁹ Los promotores inmobiliarios tomaron la iniciativa de ampliar este mercado entre la clase media alta; a ellos no tardarían en sumarse muchos beneficiarios de la “plata dulce” de la política económica del gobierno militar, que constituyó un disparador de transformaciones en los hábitos de consumo y en el horizonte de expectativas culturales de amplios sectores de la clase media, que en sus viajes a Miami no sólo compraron electrodomésticos. En este contexto, la Ley de ordenamiento urbano y territorial de la provincia de Buenos Aires 8912 /1977 contempló la instalación de *country clubs* con caracte-

rísticas específicas y, al legislar sobre un vacío legal que anteriormente complicaba las transacciones, constituyó un poderoso motor para la expansión del fenómeno.

El fenómeno *country* sufrió una inflexión decisiva cuando, en los años ochenta y noventa, dichos establecimientos dejaron de ser viviendas de fin de semana para transformarse en permanentes: aunque habían surgido en los años treinta como complementos de la gran ciudad, amenazan ahora con transformarse en su alternativa. Las transformaciones viales producidas por las nuevas autopistas de acceso a Buenos Aires en los años ochenta y noventa fueron condiciones que permitieron la ampliación y diversificación de estos emprendimientos. Estas nuevas formas de la suburbanización y del habitar fuera de la ciudad ya no son iniciativas de élite, como las del período que va entre 1880 y 1940; tampoco son propuestas masivas, como las del período 1930-1970. En cambio, están protagonizadas por lo que los promotores gustan denominar “clase media de ingresos razonables” y se relacionan con la fragmentación económica y cultural de la clase media.

Actualmente, el término *country club* se ha transformado en símbolo de un conjunto de fenómenos referidos a la vida fuera de la ciudad mucho más complejo y diferenciado que el programa original en sí: sobre todo, se ha producido una complejización de sus desarrollos, al incorporarse dos nuevas tendencias. Por un lado, las residencias permanentes han constituido los llamados barrios privados o barrios cerrados, que, aunque pretenden disfrutar de la naturaleza, exigen cada vez más valores urbanos: seguridad –un requerimiento nuevo, que no era particularmente importante en los primeros emprendimientos–, comunicaciones rápidas, accesibilidad y equipamiento urbano. Por otro, se observa un desarrollo de los *farm clubs* o fraccionamientos de chacras, de lotes más amplios, para quienes ambicionan mayor aislamiento de sus vecinos, o han decidido “volver a la tierra” a través de pequeños cultivos. Mientras que la primera opción produce demandas fundamentalmente urbanas, esta segunda opción condensa expectativas más rurales o pastoriles, que pueden corresponder a perfiles de usuarios tan distintos como un aficionado a la equitación o al polo o un naturista-ecologista-*new age*.

Si se observan las elecciones estéticas que hegemonizan los nuevos emprendimientos, se registra una notable y enigmática vuelta a imágenes de los años diez o veinte: abundan los techos de gran pendiente, los *bow windows*, las lucarnas, las torretas y los falsos *pans de bois*. Obviamente, no toda la arquitectura de los *country clubs* responde a estas características, pero se trata de una tendencia notable y sostenida, difundida intensamente por los medios. Las casas “estilo inglés”



parecen ser imbatibles en el gusto del público, aunque la variedad de imágenes a disposición del consumidor es amplia: un profesional exitoso en arquitectura de *country clubs*, publicitado por la revista *Inter-countries*, presenta sus obras en “estilo campo italiano”, que incorpora “columnas toscanas, molduras florentinas y balcones con balaustradas”, pero aclara que también ha desarrollado proyectos de “casas inglesas y gregorianas”.³⁰

Esta arquitectura parece intentar el regreso a un pasado de formas señoriales y lujosas: la clase media que creció con la imagen de la decadencia del californiano y la masificación de Mar del Plata acude actualmente a un imaginario que podríamos llamar *precaliforniano*. Se buscan “casas como las de antes”: tal parece ser la nueva consigna de esta arquitectura, que puede verse como condensadora de nuevas expectativas por transformaciones sociales recientes. Ese sugestivo *antes* de las “casas de antes” alude a un momento previo a la década del treinta, es decir, a un tiempo anterior a la modernización y masificación de la arqui-

El gobierno del peronismo (1946-55) desarrolló amplios planes de vivienda. La vivienda fue también un tema central de su propaganda política, en la cual puede observarse la insistencia en la imagen del “chalet californiano” como sinónimo de hogar y familia. (La Nación Argentina, justa, libre, soberana, Buenos Aires, Peuser, 1950)

tectura, procesos de los cuales el californiano constituyó un paradigma en clave rústica.

Más allá de las imágenes con que muchos de los nuevos protagonistas del fenómeno *country* buscan identificarse, los cambios notables que se han producido en las viviendas —es decir, en la vida doméstica—, se observan en las plantas. Una clase media que bien pudo haber pasado su infancia en una casa tipo, moderna, mínima, o en una poco confortable casa chorizo, probablemente no soporte esas construcciones en el presente, porque se han operado transformaciones culturales importantes: actualmente se demandan más espacios, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, equipamientos sanitarios y cocina mucho más sofisticados, nuevas relaciones entre los ambientes, un nuevo sistema de comunicaciones, climatización artificial, etcétera, todo eso a un relativo bajo costo. A diferencia de lo que se observaba en los años treinta, la aspiración de la clase media de hoy no consiste en simplificar la vida doméstica, sino en complejizarla.

En las grandes ciudades, la casa de departamentos dirigida a los sectores altos y medios-altos reconoce el mismo afán de complejización, que se revela fundamentalmente en las nuevas torres de departamentos, donde reaparece un sofisticado equipamiento colectivo que era frecuente encontrar en las casas de departamentos de la década del treinta y que la propiedad horizontal había desterrado. Por otra parte, los *lofts*, apelando a las técnicas del reciclaje, buscan espacios y escenarios no convencionales. Las “casas como las de antes” vuelven también en estos emprendimientos de alto costo, que recrean un imaginario que podríamos denominar *prepropiedad horizontal*.

*Balance: la vivienda del presente
vista desde su historia*

Si se observa este proceso en todo su desarrollo histórico, desde la década del treinta hasta este fin de siglo, se constatan sin duda continuidades (nadie renuncia voluntariamente a la tecnificación del hogar, por ejemplo), pero se registran también cambios sustanciales en el habitar moderno. Así, por ejemplo, a partir de los años treinta, las diferencias entre las viviendas de los sectores altos y los sectores populares se atenuaban: este hecho no implicaba que desaparecieran las distinciones sociales en el habitar; en todo caso, se hacían más sutiles y refinadas. Pero el proceso de modernización de la casa consideraba desde una misma perspectiva la casa del pobre y la del rico: sus lógicas de transformación eran las mismas. Por lo tanto, la casa moderna tendió a cierta homogeneidad básica y mínima, inalterada por las diferencias sociales, hecho que no se observaba, por ejemplo, en el habitar doméstico del siglo XIX. Esta característica parece desdibujarse en el habitar do-

méstico de los sectores medios y altos del fin de siglo: los modelos a los que acceden distintos sectores sociales se distancian irremediablemente, en tanto los sectores de mayor capacidad de consumo sofistican sus demandas y los de menor capacidad carecen del apoyo del Estado como mitigador de las diferencias.

Aunque el ideal político de la “casa para todos” no ha desaparecido como demanda de la sociedad, el conjunto de representaciones a las que ella se asociaba entre los años treinta y setenta parece languidecer en las prácticas y elecciones, tanto en las del Estado como en las de la sociedad. En este segundo nivel es necesario reconocer, además de nuevos procesos de segmentación social —que traen aparejadas diferencias en el consumo—, cambios en la composición familiar y en las relaciones entre los miembros de la familia, tanto como transformaciones en la tecnología hogareña, que modifican las demandas y las representaciones sobre la vivienda. Se trata de procesos aún ambiguos, todavía no cristalizados y cuyo sentido es aventurado predecir; sin embargo, ello no impide afirmar que el conjunto de representaciones forjado alrededor de la casa está sufriendo transformaciones importantes, y que en muchos sentidos se distancia velozmente del universo construido en relación con la idea de “casa para todos”.

Notas

1. "Casa clara, decoración moderna", en *Femenil*, N° 142, 14-5-1928, p. 141.
2. Roberto Arlt, "Pueblos de los alrededores", 31 de marzo de 1929, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, Alianza, 1993, p. 40.
3. Véase Jorge F. Liernur, "Casas y Jardines. La construcción del dispositivo doméstico argentino (1870-1930)", en Fernando Devoto y Marta Madero (ed.), en *Historia de la vida privada en Argentina*, tomo II; Jorge F. Liernur, "Buenos Aires, la estrategia de la casa autoconstruida", en Diego Armus (comp.), *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires, CLACSO, 1984, pp. 107-12.
4. Sobre la historia de la introducción de electrodomésticos en Buenos Aires, véase Jorge F. Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópoli. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
5. *Casas y Jardines*, N° 7, enero-febrero, 1934, p. 337.
6. Eduardo A. Coghlan, *La condición de la vivienda en la Argentina a través del censo de 1947*, Buenos Aires, Rosso, 1959, pp. 87-100.
7. "Una casa de departamentos", *Nuestra Arquitectura*, N° 15, octubre, 1930, p. 573.
8. Véase Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, "Mar del Plata, un sueño de los argentinos", en Fernando Devoto y Marta Madero (ed.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo II.
9. "Casas para fin de semana", en *Casas y Jardines*, N° 4, julio-agosto, 1933, p. 154.
10. "La casa del fin de semana", en *Casas y Jardines*, N° 2, marzo, 1933, pp. 59-63.
11. *Casas y Jardines*, N° 14 de marzo, 1935, pp. 59-63. La obra fue republicada poco más tarde a pedido de los lectores, y también la recogieron otras publicaciones como *El Hogar*.
12. *Casas y Jardines*, N° 4, julio-agosto, 1933, p. 151.
13. *Casas y Jardines*, N° 56, septiembre, 1938, p. 408.
14. *Casas y Jardines*, N° 85, marzo, 1941, en *ibid.*, N° 86, abril, 1941, avisos.
15. Javier Sáez, "La máquina promiscua. El estilo Mar del Plata y la formación del espacio doméstico entre 1935 y 1950", en Fernando A. Cacopardo (ed.), *Mar del Plata, ciudad e historia*, Buenos Aires, Alianza Editorial - Universidad Nacional de Mar del Plata, 1997, pp. 271-309.
16. Mansilla Moreno y Tívoli, "El country club", *Nuestra Arquitectura*, N° 72, julio de 1935.
17. *El Hogar*, N° 1356, 11-10-1935, p. 53.
18. "Las casas de departamentos en la ciudad de Buenos Aires", en *Revista de Información Municipal*, N° 49-50, 1944, pp. 393-402.
19. "Casa de departamentos de lujo", en *Nuestro Hogar*, N° 8, agosto, 1940, pp. 700-703.
20. "Casa de departamentos", en *Nuestra Arquitectura*, N° 6, junio, 1938, pp. 184-197.

21. Sobre las transformaciones de ambos ambientes, véase Alejandro Crispiani, “Baño” y “Cocina”, en Jorge F. Liernur (proyecto) y Fernando Aliata (dirección operativa), *Diccionario histórico de arquitectura, hábitat y urbanismo en Argentina*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 1992, tomo I, pp. 26-35 y pp. 96-104.
22. Sobre la historia de las transformaciones de conceptos centrales de higiene de la habitación, véase Alejandro Crispiani, “Asoleamiento”, “Orientación” y “Ventilación”, en Jorge F. Liernur (proyecto) y Fernando Aliata (dirección operativa), *Diccionario histórico de arquitectura, hábitat y urbanismo en Argentina, op. cit.*, tomo I, pp. 12-15; tomo II, pp. 312-313 y pp. 405-409, respectivamente.
23. *Nuestra Arquitectura*, N° 1, enero, 1936.
24. “Casas ilógicas”, *EH*, N° 1439, 14 de mayo de 1937, p. 8.
25. *IV Censo escolar de la Nación, 1943*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, 1948, 4 tomos. Por la metodología censal empleada, los datos en su precisa magnitud deben ser tomados con precaución; pero de todas formas, son indicativos de tendencias.
26. Sobre las políticas de vivienda del peronismo, véase Horacio Gaggero y Alicia Garro, *Del trabajo a la casa. La política de vivienda del gobierno peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, Biblos, 1996; Anahi Ballent, “Vivienda de interés social”, en Jorge F. Liernur (proyecto) y Fernando Aliata (dirección operativa), *Diccionario histórico de arquitectura, hábitat y urbanismo en Argentina, op. cit.*, tomo 1, pp. 200-216.
27. “Esta obra de amor”, *Mundo peronista*, N° 24, 1° de julio de 1952, pp. 28-30.
28. Sobre propiedad horizontal, véase *Summa Temática*, N° 4, 1985; Anahi Ballent “Propiedad horizontal”, en AA.VV., *Materiales para la historia de la arquitectura, el hábitat y la ciudad en Argentina*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 1996, pp. 211-220.
29. Sobre los *country clubs*, véase Carlos R. Verdecchia, “Los clubs de campo”, *Arquís*, N° 5, mayo de 1995, pp. 26-28; Anahi Ballent, “*Country life*: los nuevos paraísos, su historia y sus profetas”, en *Block*, N° 2, mayo, 1998, pp. 88-101.
30. “El estilo campo italiano”, en *Intercountries*, N° 111, enero, 1995, p. 24.



Mar del Plata, un sueño de los argentinos

Elisa Pastoriza
Juan Carlos Torre

Cada año llegan, como los peregrinos de un santuario, largas caravanas que se forman en los rincones más opuestos del país. Mar del Plata es, así, la ciudad-imán hacia la cual convergen los grupos dispares pero que, sin embargo, en su conjunto son los que van fundiendo el crisol de la nacionalidad.

Josué Quesada, 1951

Como sobre un lienzo en blanco, los cambios sociales de la Argentina moderna fueron dejando su marca en Mar del Plata. Desde la villa balnearia que fue primero, cuando hacia fines del siglo pasado es levantada para servir de solar veraniego de las clases altas, hasta la capital del turismo de masas en la que se convierte en los años cincuenta y sesenta, con la proliferación de rascacielos y hoteles sindicales, la evolución de su geografía urbana describe una trayectoria que acompaña, a cada momento, las mutaciones de la estructura social. Su historia se confunde, en efecto, con la historia de una sociedad que, con el paso del tiempo, amplía las oportunidades de mejoramiento social y con ellas hace accesible a cada vez más argentinos el sueño de pasar unas vacaciones junto al mar. Vistas retrospectivamente, las transformaciones de Mar del Plata condensan, quizá mejor que ninguna, la eficacia de una de las principales fuerzas movilizadoras del país en este siglo: la pasión por la igualdad social.

Situada a orillas del océano Atlántico, sobre el extremo sudeste de la provincia de Buenos Aires, sus treinta y nueve kilómetros de riberas presentan un perfil escarpado que quiebra la monotonía horizontal de la

Mar del Plata en todo su esplendor en la década del setenta. Vista panorámica de la parte céntrica de la ciudad balnearia.
(Archivo Museo Histórico Municipal)

La villa balnearia

llanura pampeana. Hay en su paisaje un suave predominio de la diversidad. En esta porción litoral descienden al mar las sierras que integran el sistema de Tandilia modelando una fisonomía en la que se destacan las lomas de Santa Cecilia y Stella Maris. Estas ondulaciones caen casi a pico sobre el océano, dando lugar a tres puntas, Iglesia, Piedras y Cabo Corrientes, que ayudaron a delinear las pequeñas bahías o ensenadas en las que se instalaron las primeras playas: La Perla, Bristol y Playa de los Ingleses. Desde el Cabo Corrientes hasta el puerto hay otra pequeña bahía que ocupará Playa Chica y que presenta una estribación hacia el mar, delimitando junto a la escollera Norte, a Playa Grande. Luego se encuentra hacia el sur la bahía de Punta Mogotes, con densas dunas alrededor del faro, que sirven de marco a extensas playas. El enclave costero se halla circundado en un radio de veinte kilómetros por sierras, lagunas y mar, un mar cuyas aguas brillantes y transparentes aparecen ora azules, ora verdes, de acuerdo con el cambiante cielo de la pampa.

Este paisaje no fue inicialmente apreciado por sus playas y su atractiva geografía. Las primeras actividades en el lugar tuvieron que ver con la instalación, a mediados del 1800, de un saladero y un pequeño puerto para abastecer de carne salada a la mano de obra de plantaciones brasileñas. Éste fue un emprendimiento que conoció sucesivos fracasos. Luego de uno de ellos, Patricio Peralta Ramos, gran propietario de tierras de la zona, reorientó sus esfuerzos hacia un nuevo negocio: la conversión de tierras rurales en lotes urbanos. Con ese fin subdividió y puso en venta algunas parcelas de su estancia en Laguna de los Padres y solicitó a las autoridades el permiso para levantar en ellas un poblado. Mar del Plata surgió así, en 1874 como pueblo de campaña. Sus primeros pobladores se radicaron en torno a las actividades creadas por la expansión de la cría de ovejas y el movimiento creciente del puerto ubicado en la desembocadura del arroyo Las Chacras. En 1877, la fiebre del lanar que ganó la provincia de Buenos Aires atrajo a Mar del Plata a otro gran propietario rural, Pedro Luro, quien le dio un nuevo impulso: adquirió la mitad de los lotes del poblado con vistas a su urbanización y promovió un floreciente comercio de exportación de lanas a Europa, además de instalar un molino de granos cuya producción llevó también a través del puerto a los centros de consumo de Buenos Aires. Fue a principios de los ochenta cuando el destino agropecuario del enclave costero habría de experimentar una radical transformación. Entonces, Peralta Ramos y Luro vislumbraron la posibilidad de hacer de Mar del Plata una estación de baños para la recreación de la elite social porteña.¹

Para realizar el proyecto movilizaron sus recursos e influencias,



procurando alistar el apoyo oficial. En 1883, el viaje de Dardo Rocha, gobernador de la provincia de Buenos Aires, fue al respecto un paso decisivo. Las promesas que hizo al cabo de su visita se cumplieron enseguida. Un año después, la primera sucursal bancaria fue inaugurada; en 1885 se tendieron las líneas del telégrafo provincial y en 1886 llegó el ferrocarril. En la Semana Santa de 1887, por la flamante extensión del Ferrocarril del Sur, otra comitiva oficial arribó a Mar del Plata, traída por Pedro Luro, quien alojó a los visitantes en el Grand Hotel que acababa de construir sobre los cimientos de un almacén de campaña de su propiedad. El principal de ellos era Carlos Pellegrini, el vicepresidente argentino. Pronto, Pellegrini tendrá un papel relevante en el desarrollo de la villa balnearia, sobre la que volcará el mismo empeño y dedicación que desde 1883 venía aplicando a la fundación y el engrandecimiento del Jockey Club en Buenos Aires. Entre los que acompañaban a Pellegrini se hallaba su amigo, el escritor Paul Groussac. Las impresiones que éste dejó registradas de su primera visita son elocuentes del impacto del descubrimiento del mar, una experiencia prácticamente desconocida en su propio país para la mayoría de los argentinos de entonces.

El elegante Bristol Hotel en 1933. La fotografía muestra la parte posterior del edificio con su playa de estacionamiento: en un primer plano el ómnibus de la Cía. Explanada y a su derecha, estacionados, los vehículos popularmente llamados Bañaderas, destinados a recorridos turísticos. (Archivo General de la Nación)

“A las siete de la mañana estamos todos de pie, mirando por la ventanilla del vagón la pampa infinita, con su verde tapiz reavivado por el rocío nocturno. Los rebaños formaban manchas parduscas en la pradera; las vacas alzaban lentamente su cabeza tranquila y más allá, los potros airosos disparaban locamente con las crines al viento, como si escucharan por primera vez el trueno prolongado del tren en marcha. El terreno perdía poco a poco su aspecto de llanura monótona e inconmensurable, acentuándose más y más la ondulación de la serranía que llena el poniente. [...] Pasa una hora más de charla alegre, alternando con la muda contemplación: la locomotora lanza sobre el rumor del tren un silbo más prolongado; estamos llegando a Mar del Plata. En un cerrar de ojos están ocupados los diez o quince carruajes que volverán repletos, de la estación hacia la playa por la ancha avenida central [...]. La brisa del mar nos llega de frente, impregnada de humedad salina. Alzamos los ojos y desde el coche abierto, por la escotadura de la avenida, muy lejos al confín del horizonte, divisamos un segmento más claro entre la tierra oscura y el cielo matutino: es el Atlántico, el océano cuyas olas, quizá traídas por la corriente, van entibiándose bajo el sol africano y lamiendo sus arenas. La sensación es brusca, extraña y grandiosa. Después de la pampa inmensa, del desierto eternamente inmóvil, la vista del mar agitado y mudable aparece como la perpetua y universal comprobación de nuestra vida planetaria. [...] Hay en este espectáculo siempre igual y siempre nuevo, en esta eterna demencia de las olas destrozadas y renacientes, una como fascinación irresistible. Uno pasaría allí las horas muertas, absorto en no se qué meditación impersonal y extrahumana, mecido por el espíritu de los rumores del abismo, aletargada el alma por la influencia de esa vaga e infinita vida elemental. [...] Recorremos la playa de norte a sud, trepando rocas, bajando de las estrechas grietas de granito, admirando los tonos ricos y variados de los arrecifes cubiertos de aterciopelado musgo. Es una fiesta perpetua para los ojos.”

En los tramos finales de su evocación, Groussac retribuye las atenciones que Luro ha prodigado durante cinco días a los distinguidos huéspedes y, con la mirada puesta en sus lectores de Buenos Aires, proclama que el paraje de la Laguna de los Padres “será el paseo que nadie dejará de repetir cuando lo haya hecho una vez y del cual llevará el visitante una de las impresiones más gratas, entre tantas que puede recibir en el único ‘resort’ marítimo de la república”. El público al que Groussac se dirige pasaba por entonces los meses de verano en las estancias o en las quintas que rodeaban Buenos Aires, en Adrogué, Quilmes, San Isidro, Tigre, San Fernando, San José de Flores, Belgrano. También había quienes frecuentaban el balneario del pueblo de Po-

citios, próximo a Montevideo, en la margen oriental del Río de La Plata. Para atraer a unos y otros a una experiencia novedosa –las vacaciones junto al mar– los promotores de la naciente villa balnearia completan las postales literarias a la manera de Groussac con una estrategia simbólica de certera eficacia: su comparación con famosos centros balnearios europeos en notas periodísticas y avisos del ferrocarril. Menos como modelos a seguir y más como referencias prestigiosas, los nombres de Trouville, Biarritz, Dieppe, a los que se asocia Mar del Plata en sus primeros años, sirven para capturar el interés de una burguesía de reciente origen y, por ello, sensible, hasta la imitación, a los patrones de refinamiento social de la época.

Las tareas de propaganda tienen un éxito inmediato y los veraneantes comienzan a afluir en gran número después de la primera temporada oficial, en 1886-1887. En 1907 ya puede anotar un cronista que “el veraneo en Mar del Plata es un rito obligado, complemento indispensable de la vida aristocrática en Buenos Aires”.³ Al albergue y la comodidad que los visitantes encuentran inicialmente en el Grand Hotel se agrega en 1888 el Bristol Hotel. Construido por una sociedad de veraneantes, presidida por otro Luro –José– con materiales espléndidos y detalles de lujo y confort, el Bristol Hotel, con capacidad para trescientos pasajeros, se convierte en el principal ámbito de sociabilidad de la villa balnearia. Paralelamente empiezan a surgir los primeros balnearios sobre las playas, construcciones hechas de madera que van alineándose en sus orillas y que permiten cambiar la ropa de calle por el traje de baño. Algunos de los propietarios de estas casillas levantan plataformas de madera, las cuales, al unirse, dan origen a las primitivas ramblas, que sirven de lugar de encuentros y de paseos junto al mar. Con la instalación de las ramblas se inicia la construcción de las primeras residencias de veraneo. Al principio, éstas siguen el esquema de la quinta de recreo, pero ya a la vuelta del siglo comienzan a ser desplazadas por suntuosas mansiones que realizan, en su exhuberante pintoresquismo, las fantasías de elegancia y emulación social de la población veraneante.

Estos tempranos signos de opulencia privada vuelven manifiesta la modestia de las facilidades balnearias. Figuras prominentes de la alta sociedad porteña retoman entonces la obra de los pioneros de la estación de baños, y a través de iniciativas particulares y comisiones de fomento, movilizan cuantiosas sumas con destino a los adelantos edilicios y los lugares de esparcimiento. El apoyo del gobierno provincial se suma a esos esfuerzos y cobra forma un nuevo escenario urbano mediante el trazado de plazas, paseos, explanadas, pavimentaciones, empedrados y espigones. La culminación más notable y fastuosa del proyecto de la elite para Mar del Plata se produce en 1913. En el mes de febrero, las anti-

guas ramblas de maderas destruidas por la fuerza de las olas y por los incendios, son suplantadas por el esplendor de la Rambla Bristol, de estilo francés, que con sus cuatrocientos metros paralelos al mar pasa a ser el corazón de la vida veraniega.

Hasta aquí, al ser comparada con la de otros balnearios europeos, la trayectoria seguida por Mar del Plata puede ser definida por un primer contraste, la concentración en el tiempo de procesos que en aquéllos se dieron en forma más pausada. En Europa la cultura de la playa tuvo un origen más demorado. Como lo ha destacado Alain Corbin, en el imaginario europeo de los siglos XVIII y comienzos del XIX, la costa, y más precisamente, la playa eran los lugares donde el encuentro agitado de los elementos de la naturaleza, la tierra y el mar, despertaba sentimientos de inseguridad, reforzados por los relatos y las visiones de los naufragios, así como por las imágenes desoladas del mar transmitidas por la literatura y la pintura de inspiración romántica.⁴ Fue sobre ese telón de fondo que se produjo el tímido descubrimiento de las riberas, promovido sobre todo por razones médicas. Estos inicios, ligados a las virtudes terapéuticas marinas, tomaron alrededor de un siglo hasta que en torno del hábito de los baños de mar surgieron los balnearios como lugares urbanos para el disfrute del tiempo libre.

En Mar del Plata esa secuencia se comprimió en el plazo de poco más de una década. Es posible que los primeros veraneantes —llegados con la extensión de la red ferroviaria de Maipú a Mar del Plata en 1886— lo hicieran estimulados por las bellezas del paisaje y los valores curativos del mar y el aire marino, evocando a su arribo, junto con Groussac, “el grito de los diez mil de Jenofonte: ¡*Thalassa, Thalassa!* ¡Salud al mar propicio y libertador!”. Hacia el comienzo del nuevo siglo la actitud es otra, porque, más bien, es la expectativa de una intensa vida social la que atrae el flujo creciente de familias de los sectores altos a la villa balnearia, sobre la que vuelcan además, y generosamente, las señales confirmatorias de su mayor prosperidad económica. Los rasgos ascéticos del primitivo vacacionar no desaparecen del todo pero Mar del Plata se vuelve primordialmente urbana en espíritu, expresando más acción que contemplación, a medida que el vértigo de una sociabilidad hedonista y elegante eclipsa las emociones elementales de la naturaleza.

Jules Huret, viajero de visita en Argentina para asistir a las fiestas del Centenario, destacó esa transformación en sus memorias: “Se entiende que nadie va a Mar del Plata a disfrutar del mar, para admirar los cambiantes juegos de las olas sobre las rocas, la magia de los crepúsculos o de los claros de luna, porque todo el día, con una sinceridad que desarma, las gentes vuelven la espalda al océano y no tienen ojos más que para los paseantes. Se va a Mar del Plata a lucirse, a lucir la fortu-



na”.⁵ En el momento en que el viajero francés dejaba su testimonio, las bases materiales de las prácticas de figuración social que absorbían a la población veraneante eran más sólidas y contundentes que nunca. En la década de 1910 Argentina experimentaba un verdadero milagro económico, gracias al *boom* de las exportaciones agropecuarias. Sus beneficios fluían ciertamente hacia las clases terratenientes. Pero en las filas de la burguesía enriquecida proliferaban asimismo las nuevas fortunas surgidas a partir de las oportunidades también nuevas que la expansión del país abría: una aventura colonizadora, una empresa industrial, una especulación en tierras, una jugada en la Bolsa. Esta ampliación y diferenciación en los niveles altos de la jerarquía social no tardó en hacer sentir sus efectos sobre la villa balnearia.

Todavía en la crónica de la temporada de 1889 se podía ponderar el Bristol Hotel destacando que “el gerente del Hotel, lo mismo que el Doctor Luro, no transige en cuanto a la calidad de las familias que solicitan albergue en el vasto establecimiento. La sociedad congregada allí está a salvo de encuentros desagradables. El mundo del Bristol Hotel es uniforme, pertenecen sus componentes a una misma categoría, y se halla exento de contrastes inconvenientes”.⁶ Una década más tarde la situación ha cambiado. Y ese mundo social tan celosamente preservado se encontró envuelto en un combate desigual, bajo la presión de las nuevas fortunas en busca de un lugar en el reducto selecto de la eli-

La Rambla Bristol, inaugurada en 1913. Es posible observar en la parte norte, el Club Mar del Plata, a la derecha el muelle Luro y sobre la arena la pileta de Giacaglia y Zárate. (Imágenes de una Mar del Plata desconocida. MGP-CitiBank, Mar del Plata, 1999)

te porteña. Éste habría de ser un combate desigual porque esa elite no era ni vieja ni aristocrática; era una elite, en fin, que no estaba en condiciones de levantar la barrera disuasoria del linaje o la prosapia ante los avances del triunfo del dinero. Por consiguiente, los contrastes tan temidos comenzaron a estar a la orden del día, poniendo fin a la pacífica convivencia de los primeros veraneantes. Así, la distancia social que la falta de una tradición o de antiguos blasones impedía asegurar, procuró ser producida de otro modo, por el despliegue en gran escala de la posesión de bienes y a través de un comportamiento sofisticadamente ostentoso.⁷

Mar del Plata devino, de acuerdo con la caracterización que hizo de ella la revista *Caras y Caretas*, una “Feria de Vanidades”, donde los integrantes de la ahora más heterogénea alta sociedad rivalizaban por tener una suntuosa villa en la Loma, por hacer audaces apuestas en el Casino, por exhibirse en las fiestas y los paseos en la Rambla con las ropas de última moda. “Esas fantasías de lujo excesivo, impuestas por el núcleo más numeroso y caracterizado –registró Elvira Aldao de Díaz en su libro de recuerdos– ahondaron la división con el grupo que había ido a veranear sin tantas ostentaciones. Y como más que el nombre la distancia la marca el traje, el salón del Bristol Hotel quedó dividido en Barrio Norte y Barrio Sur, entre las copetonas y las que no tenían copete”.⁸ Esa frontera simbólica –nos dirá el mismo testimonio– reapareció luego en los clubes fundados a iniciativa de la elite veraneante, el Ocean, el Golf, el Pueyrredón. Entre ellos, el Ocean Club prometió inicialmente *un agradable refugio* ante la invasión del *esnobismo* de los nuevos ricos a aquellos que se consideraban *el cogollo del alto mundo* y, por lo tanto, merecedores de todos los privilegios. Uno de éstos fue, durante un tiempo, sentarse en sus instalaciones en el lugar conocido como *el corral de las finas de la Rambla*: allí, las señoras y las señoritas observaban y eran observadas, y actuaban como la *crema de la crema*, marcando por medio de elaborados ejercicios de distinción social su rango respecto del grupo grande *no menos distinguido pero que no batía tanto su crema*. A juicio de muchos de los contemporáneos, estos esfuerzos serían, sin embargo, vanos. En una nota de 1923 se señalaba:

“No existe actualmente en nuestro muy suntuoso Biarritz un centro ultra-aristocrático en el que se pueda congregarse sin riesgo de la menor intromisión [...] No existe, pues, por el momento, el verdadero templo del *chic* [...] El problema es muy grave. El vértigo del juego, el lujo desmedido, unidos al afán de conquistar una situación social inexpugnable o de conservarla a toda costa, el flirteo más o menos discreto, son los lazos que unen momentáneamente a muchos de los más destacados actores de la Feria de Vanidades [...] por ello consideran ellos que el proble-

ma es muy grave, arduo casi; esas deliciosas figuras no hallan ya un ambiente adecuado a sus más caras aspiraciones. El Club Pueyrredón –dicen– carece de *chic*, por la avalancha de concurrentes. El Ocean ha perdido el *chic*, no se sabe por qué pero el hecho es que lo ha perdido [...]”⁹

Este alarmado comentario –se sabría bien pronto– no captaba, sin embargo, toda la gravedad del problema, si por problema ha de entenderse la pretensión de la elite de hacer de la villa balnearia un lugar exclusivo en una sociedad que crecía, abierta y flexible, movida por la consigna de ofrecer oportunidades para todos.

Es verdad que no todos los que se sumaban a ese país aluvional que era la Argentina a principios del siglo podían inicialmente aprovechar las oportunidades. Los golpes de fortuna de los más encumbrados entre los que llegaban de Europa, abriéndoles las puertas de los recintos de la gente distinguida, no tenían al principio paralelos en la experiencia de sectores importantes de la población inmigrante. Para éstos la aventura de “hacer la América” era más laboriosa. Y no pocos de ellos hicieron de sus frustraciones en el nuevo suelo el motor de la protesta social que periódicamente conmovía la, de otro modo, segura confianza de las clases dirigentes. Pero una mayoría, engrosada con el correr de los años, obtendría finalmente algún éxito en el camino del ascenso. Primero, al reunir los ahorros para tener una casa propia; luego, para

Bañistas finiseculares. Las estadias de las elegantes familias en la playa Bristol no significaban solamente un placer curativo, sino también un ritual codificado donde todo el mundo podría verificar su posición social. Además de las vestimentas, la fotografía muestra los primeros toldos, cuyo uso se difundiría ampliamente en el veraneo argentino.

(Archivo Museo Histórico Municipal)



abandonar el trabajo dependiente e instalarse por su cuenta; después, para darle una educación a los hijos. El logro sucesivo de estos hitos de la movilidad social y la obsesión por diferenciarse de los estratos más bajos fueron un mismo y simultáneo episodio en la trayectoria de estas clases medias en formación. Con ese fin se esforzarían por imitar los patrones de vida de los ricos y, aunque fuera en versiones más modestas, muchos de ellos lo conseguirían. Al impulso de esta nueva fuente de dinamismo social, en las décadas del diez y del veinte se produjo en Buenos Aires una expansión y masificación del mercado de consumo y, a la vez, la progresiva democratización de los espacios públicos de la sociabilidad aristocrática.¹⁰

Era esperable que en la búsqueda de respetabilidad, los miembros más afortunados de las clases medias –y los otros más tarde– dirigieran su mirada a Mar del Plata: a 400 kilómetros de la Capital, irradiaba una atracción irresistible, como símbolo que era de la consagración social en la Argentina de entonces. La llegada de estos nuevos contingentes a la villa balnearia no habría de pasar inadvertida. En el mismo año en que se conocía el lamento de los antiguos veraneantes, antes transcrito, Elvira Aldao de Díaz anunciaba con la exageración que despierta el espectáculo de las novedades: “Mar del Plata, al engrandecerse, ha dejado de pertenecer exclusivamente a la alta clase –descubridora de sus ventajas veraniegas– para entregarse a todas las clases sociales: hoy pertenece a todo el mundo”.¹¹ Podría discutirse la justeza de su conclusión, pero éste sería ciertamente un ejercicio fútil. En cambio, sí se puede convenir con ella que había dado comienzo la marcha sobre Mar del Plata, un fenómeno social que a lo largo de los años se renovará, incesante, en los meses de enero a marzo, trayendo a sus playas más y más visitantes y de los más diversos estratos sociales para participar del rito estival antes reservado a unos pocos.

La ciudad balnearia

En las etapas tempranas de la evolución de Mar del Plata, el proceso que puso en movimiento las transformaciones de su población veraniega tuvo un carácter espontáneo y se expresó sobre todo desde el lado de la demanda. Bajo el título “A la costa a toda costa”, en una viñeta de la revista PBT de 1907, se describían las vicisitudes de un funcionario ministerial en su esfuerzo por llevar la familia a Mar del Plata. Contrae hipotecas y soporta ruidosas peleas con su esposa. La razón: que ésta pudiera lucir sus nuevos vestidos en la playa antes de que llegara el frío y así frenar las habladurías de su círculo social. “No sabré qué pretexto inventar para que las amigas no sospechen lo desgraciada que soy”, se quejaba la mujer frente al temor de perder el veraneo. Estos tormento-



Los preparativos en vísperas de la temporada, destacaba la revista, eran habituales en la periferia social de la elite, donde “el qué dirán tiene más fuerza que una carga de caballería”.¹² Unos veinte años más tarde los avatares son los mismos pero ahora los protagonistas pertenecen a los sectores medios. “Esta noche nos ausentamos a Mar del Plata. Al fin realizo la aspiración de toda mi vida. ¡Ah, el mar!” se confesaba el personaje del relato sólo en apariencia ficticio —“Motivos de la estación veraniega”— que *Caras y Caretas* publicaba en su edición de enero de 1928, en el que se hacía el inventario de las peripecias y de las deudas (con el carnicero, el cobrador de la luz, etcétera) en las que incurría un pequeño comerciante porteño para lograr que su esposa y su hija visitaran el balneario.¹³

Castillos de arena en un paisaje de ramblas de madera. La fotografía registra los juegos infantiles en la playa a principios de siglo.

(Archivo Museo Histórico Municipal)

En el lapso transcurrido entre estas dos pequeñas historias, el veraneo en Mar del Plata habría de experimentar una modificación paulatina en su naturaleza: lo que empezara siendo un proceso molecular, fruto de un sinnúmero de decisiones individuales, se fue transformando también en la obra de una política deliberada de promoción y aliento. La primera manifestación de este cambio tuvo lugar en 1920. Hasta poco tiempo antes, la administración de los negocios de la ciudad estaba en manos de comisionados designados directamente por el gobernador de la provincia o por intendentes electos en comicios viciados por las prácticas fraudulentas de la política criolla. La gestión de unos y otros consultaba muy de cerca las necesidades y aspiraciones de la elite veraneante. La reforma electoral de 1912, con el voto secreto y obligatorio, y sus posteriores consecuencias sobre el sistema político, alteraron ese estado de cosas. El triunfo de Hipólito Yrigoyen en las elecciones presidenciales de 1916 no sería, en efecto, el único desenlace inesperado de la reforma institucional diseñada por las clases dirigentes con el propósito de incorporar en forma gradual y subordinada a las expresiones políticas de los nuevos sectores sociales. En 1920, aprovechando una división dentro del radicalismo, los socialistas se alzaron con la victoria en los comicios municipales de Mar del Plata. Interpretando este otro inesperado desenlace, un político conservador local señalaba cincuenta años después: “El oligarca constructivo, finisecular y del primer cuarto de este siglo; el lucidor de apellido y de fortuna, encariñado con la ciudad que sentía de él, que la quería joyosa y la formaba a su antojo, no participó nunca con el marplatense del goce de ese bien [...] (Fue así) que en las primeras oportunidades de ensayo del sufragio libre de la Ley Sáenz Peña, quizá de contrapunto por esta separación que impuso el visitante, [el hombre local] hizo de Mar del Plata –considerada balneario de privilegio– la primera comuna socialista del país. [...] Ese 1920 es el año inicial de los cambios que debían producirse en la fisonomía y en lo profundo de este medio. Es la línea de un tiempo terminado y la partida de otro en el que se alcanzaría el goce general de lo que fue privativo de muy contados círculos”.¹⁴

La sobriedad de esta evaluación a la distancia del triunfo socialista estuvo ausente de las reacciones predominantes en la época. Entonces, una inquietud generalizada ganó a figuras conspicuas de la elite veraneante y a fuertes propietarios de la zona, ante la posibilidad de que las nuevas autoridades, “en su inquina al burgués”, desmantelaran su obra de años.¹⁵ Y en el mismo 1920 crearon la Comisión Pro-Mar del Plata, que funcionó como una suerte de contrapoder de la vida política del municipio, en una relación de hostilidad apenas encubierta con la administración socialista. Esos recelos no estaban del todo justificados.

Para saberlo, ese mundo social a la defensiva hubiera necesitado de una perspectiva que las novedades que se sucedían sin tregua en la otrora villa balnearia hacían difícil alcanzar. En el país, el socialismo crecía como una fuerza política moderada; su reformismo era la expresión de una convicción ideológica y, a la vez, de los efectos de su sostenida inserción institucional en los centros urbanos y del talante menos contestatario de sus adherentes, trabajadores con oficio, empleados, segmentos de las clases medias. En Mar del Plata, ese espíritu de moderación estaba bien reflejado en las credenciales del nuevo intendente, Teodoro Bronzini, hijo de uno de los primeros pescadores italianos afincados en el lugar, periodista de origen liberal y miembro destacado de la Logia Masónica.

Con el ascenso de los socialistas, el centro de gravedad de las actividades de la comuna se desplazó hacia los intereses de los residentes locales. Ello no implicó que la atención dedicada al balneario disminuyera. Porque, razonaba el periódico dirigido por Bronzini, “la vida económica de esta ciudad descansa en gran parte en la industria del veraneo. El comercio, los industriales y los mismos obreros tienen sus conveniencias vinculadas a la suerte de la temporada. Si vienen muchos turistas y se edifica, movilizase entonces la gran población permanente, compuesta por albañiles, carpinteros, cloaquistas, plomeros, etc., etc. Y el comercio nutre su caja de lo que el pueblo le compre”.¹⁶ Este argumento conducía a una conclusión previsible: la expansión del balneario. En 1925 la Intendencia puso en marcha la Comisión de Propaganda y le asignó



El lujo y la ostentación en el comedor de un temprano Bristol Hotel, un lugar privilegiado para la sociabilidad porteña.

(Archivo Museo Histórico Municipal)

la tarea de desvirtuar “un viejo prejuicio que alienta todavía mucha gente según el cual no puede llegar a estas playas sino la parte más rica y afortunada de los demás vecindarios del país”.¹⁷ Con ese objetivo, la comisión lanzó una campaña en favor de trenes de segunda clase entre Buenos Aires y Mar del Plata y exhortó a los hoteles y pensiones para que redujeran sus precios. Se insinuaba así, por primera vez, la idea de que “el Biarritz argentino” debía hacerse accesible, para permitir que “personas de condición modesta y el propio pueblo trabajador” pudiesen pasar sus vacaciones junto al mar.

La gestión socialista se prolongó entre 1920 y 1929. Una parte importante de sus iniciativas atendió a las condiciones de vida de los trabajadores de la ciudad a través del subsidio a los alimentos, el aumento de los gastos en educación y salud y medidas de protección social. Aquellas que se ocuparon de Mar del Plata como centro de veraneo incluyeron, además de las labores de propaganda, las obras de embellecimiento del Balneario La Perla, ya por entonces el preferido de la población permanente; la licitación de un balneario público municipal, que anticipó la inauguración de la Playa Popular en 1930, y la pavimentación de la franja costera desde Parque Camet hasta Punta Mogotes. La búsqueda de fondos para financiar estas diversas iniciativas no fue empresa sencilla, generó enfrentamientos y conflictos y estuvo en el origen de la crisis institucional que precipitó el fin del ciclo socialista. Un ejemplo: en 1924, el intento de gravar fuertemente los casinos y el hipódromo no tuvo éxito; luego de un litigio judicial iniciado por los capitalistas afectados, la comuna fue forzada a devolver las sumas recaudadas. De todos modos, en los primeros años de la década las finanzas municipales lograron estar en equilibrio, a pesar de la estrechez de los recursos y de las demandas crecientes de obras y servicios que imponía la próspera evolución del balneario.

Las cuentas públicas cambiaron de signo en 1927. Al año siguiente, el fracaso de la temporada amplió la brecha entre gastos y recursos, pero con un costo político adicional para la administración socialista. La menor afluencia de veraneantes respondió a la decisión del gobernador bonaerense de prohibir el juego en todo el distrito. Su propósito: aplacar las presiones que desde el Congreso Nacional ejercía el líder del Partido Socialista, Juan B. Justo, reclamando la intervención a la provincia. La pérdida de una de las principales atracciones de Mar del Plata y sus efectos provocaron el malestar de los comerciantes y empresarios de la ciudad, y éste encontró eco entre los concejales conservadores y radicales. En 1929, a raíz de una controversia por el cobro de impuestos, hicieron juicio al intendente Bronzini y consiguieron, al final, que fuera la provincia la que interviniera a la comuna socialista.



En la Rambla, óleo pintado por Gustavo Rivero que ilustra la vida social en las viejas ramblas de madera. (Caras y Caretas, N° 2165, noviembre de 1953)

La terminación abrupta de la experiencia socialista no habría de interrumpir el curso de la política de apertura del antiguo balneario aristocrático. En 1928, los grandes contribuyentes locales –dueños de comercios, empresarios de la construcción, hacendados– junto con políticos radicales y socialistas fundaron la Asociación de Propaganda y Fomento de Mar del Plata, destinada a tener una gravitación decisiva en los años por venir. La consigna bajo la que colocaron sus actividades, “Por la democratización del balneario”, fue contundente y expresiva de los nuevos tiempos. Con ese objetivo, la Asociación buscó coordinar todas las fuerzas económicas interesadas en el progreso del lugar de veraneo. Fruto de este empeño fue la acción conjunta del Ferrocarril del Sud y la Asociación de Hoteleros para la promoción y venta de un sistema abierto denominado “boletos combinados”, a precios más accesibles, por un período menor de estadía y en hoteles más modestos. También contribuyó a la diversificación de la oferta de alojamientos. Al lado de la hoteleería tradicional, célebre por su lujo y representada por los hoteles Bristol, Grand Hotel, Saint James, Royal, Centenario, surgieron varias otras categorías de hoteles, hasta seis, y proliferó un tipo de hospedaje veraniego más barato, las pensiones. A su vez, los medios de transporte hacia la costa se incrementaron a partir de 1934, cuando comienzan a circular las primeras líneas de colectivos desde Buenos Aires y La Plata. Éstas y otras medidas de los poderes públicos, como la reapertura de los casinos en 1932, atrajeron nuevos visitantes a la ciudad balnearia, intensificando los cambios que tenían lugar en su paisaje social.

Ya en la última parte de la década del veinte pudo observarse, efectivamente, cómo algunos miembros de la elite veraneante iniciaban el éxodo hacia el sur, instalándose en Playa Chica y Playa Grande, más allá del Cabo Corrientes. Entre estos pioneros se contaba Marcelo T. de Alvear, quien convirtió a “Villa Regina”, la residencia que mandó construir para su esposa, en la avanzada de la nueva zona selecta de Mar del Plata. Entrando en los años treinta, esa forzada mudanza, “para evitar la pleamar de las multitudes que se vuelcan en los tramos centrales”,¹⁸ según explicaba un cronista, cobraría mayor ímpetu. De allí en más, en el registro de bañistas que alquilaban sus carpas en la Playa Bristol empezaron a aparecer apellidos muy diferentes de los que figuraban entre los socios del Club Mar del Plata, en las “Notas Sociales” de *La Nación* y en las Guías Sociales que oficiaban de voceros informales de la alta sociedad durante la temporada veraniega.¹⁹

A cuatro años de su fundación, en una publicación de 1932, la Asociación de Propaganda de Mar del Plata colocaba este cambiante panorama en perspectiva y aseguraba: “Veinte o treinta familias componían la totalidad del mundo veraniego [...] Un pequeño industrial, un modesto comerciante, a un empleado porteño, que en esos tiempos le hubiesen hablado de Mar del Plata, abriría los ojos y estiraría los labios en un gesto típico de admiración, de asombro, de sueño irrealizable: ¡Mar del Plata! ¡Eso estaba solamente al alcance de los privilegiados! No solamente se necesitaba de dinero, de mucho dinero para venir a Mar del Plata, sino que era indispensable la ejecutoria de ilustre procedencia, so pena de que se le hiciese el vacío [...] Hoy, por fortuna, los tiempos han cambiado, Mar del Plata se ha puesto a tono con las prácticas democráticas que deben ser norma de nuestras costumbres. Si todavía subsiste ‘un grupo selecto’ que se va batiendo en retirada ante el avance igualitario de la época y que añora los tiempos de antaño, tenemos, en cambio, una Mar del Plata urbanizada, magnífica, pletórica de vida, intensa, cómoda, cordial y accesible... hay que llevar al conocimiento de toda la República que Mar del Plata es finalmente accesible para las gentes modestas”.²⁰

Como lo hiciera Elvira Aldao de Díaz unos diez años antes, los vecinos de Mar del Plata proclamaban al país que el balneario y sus bellezas naturales estaban abiertos a todos. Entre uno y otro diagnóstico, lo que se advierte, no obstante, es un cambio de actitud: mientras aquella se había limitado a anunciar el hecho con melancolía, éstos, ahora, encontraban en él un motivo de celebración. Y se dirigían a los argentinos para informarles que las playas a orillas del Atlántico eran la escena de una victoria más del empuje democratizante que movía a su sociedad. Multiplicado desde los avisos del ferrocarril, los programas de radio, las notas en los diarios y revistas, este mensaje tuvo un efecto previsible: la



La Asociación de Propaganda y Fomento coordinaba con el Ferrocarril del Sud y la Asociación de Hoteleros planes que propiciaban el arribo de visitantes de menores recursos: tarifas más baratas en transportes y hoteles para estadías más cortas. Publicidad de los boletos combinados. (Archivo Museo Histórico Municipal)

fuerza de las aspiraciones no es independiente de que se las piense legítimas y se las considere viables. Al llevar a círculos cada vez mayores de la población la convicción de que el veraneo en Mar del Plata era un proyecto posible y al que tenían derecho, los trabajos de fomento de la ciudad balnearia aceleraron el fin de una época y el comienzo de otra.

En la forma de carta a un amigo, el escritor Enrique Loncán resumió las impresiones de los primeros veraneantes frente a ese momento de transición. Escogiendo como puesto de observación el casino, y luego de rememorar el ambiente selecto de la villa balnearia, concluía: “[...] si te fuese dado contemplar hoy día el espectáculo del Club Pueyrredón, el tropel humano de personajes anónimos que se precipitan a codazos sobre las mesas, el conjuro más inesperado de rostros desconocidos que puede reunirse en un lugar público, la variedad impresionante de razas, voces, maneras y vestiduras, toda esa sofocada concurrencia que salvo en raras excepciones siente el asombro de su propia expectabilidad y economiza las fichas menores como si fueran gotas de su propia sangre, comprenderás cómo es cierto que [...] se han ido acaso para no volver, las aficiones y los caracteres, los defectos y las virtudes, el predominio y el privilegio de una determinada clase social”.²¹

El texto de Loncán se publicó en 1936 en su libro *La conquista de Buenos Aires*. Conviene retener esta fecha. Éstos eran los años más tarde conocidos como “la década infame”. También fueron aquellos en los que se verificó un salto espectacular en el flujo de turistas a Mar del Plata: de unos 65.000 en 1930 se pasó a 380.000 diez años después. El origen de esta paradoja –la continuidad de la apertura social del balneario en medio de un retroceso de la vida institucional– estaba en la naturaleza bifronte del período cubierto por los años treinta.²²

El golpe militar que derrocó a Yrigoyen en 1930 puso fin a la feliz coincidencia entre una sociedad próspera y móvil y un orden político democrático. En adelante, la política y la sociedad marcharon por senderos diferentes. El de la política fue claramente regresivo, con el retorno de los conservadores al gobierno, la vuelta del fraude electoral, los escándalos políticos, el auge de minorías autoritarias. En cambio, el sendero a lo largo del cual se desarrolló la sociedad tuvo otro signo. La causa: las innovaciones en la política económica con que los nuevos ocupantes del poder hicieron frente al impacto de la crisis mundial de 1929. Bajo los efectos del activismo estatal, la protección al mercado interno, el estímulo a la obra pública, la Argentina agropecuaria empezó a ser, a mediados de la década, una Argentina más industrial y más urbana.

En un lugar singular y expresivo de esos años de regresión política y modernización económica y social estuvo la figura de Manuel Fresco, gobernador de Buenos Aires desde 1936. Católico ferviente, admirador de Mussolini, a él se debió la implantación del “voto cantado” en los comicios y una variedad de otras formas de manipulación política. Él fue, asimismo, el promotor de un vasto programa de obras públicas en la provincia, que tendría en el engrandecimiento de Mar del Plata su realización más ostensible. Los proyectos y las inversiones de Fresco se sumaron a las iniciativas del propio Municipio y las asociaciones de fomento locales, y la conjunción de estos esfuerzos le dio a la ciudad y sus playas una fisonomía nueva y perdurable.²³

Tres fueron las principales obras que prepararon el escenario para el desarrollo del turismo masivo. La primera, la pavimentación del tramo Dolores-Mar del Plata de la Ruta 2. La inauguración de esta obra en 1938 permitió que el traslado de los turistas, hasta entonces mayoritariamente en tren, se hiciera en automóviles y colectivos. La segunda de ellas se propuso construir un lugar de recepción acorde con el éxodo de la elite veraneante en dirección al sur, en Playa Grande. Las nuevas instalaciones comprendieron ocho edificios balnearios, una pileta de natación para mil bañistas, un restaurante en armonía con el estilo señorial del Golf Club, más locales de comercio y playas de estacionamiento cubiertas. El proyecto incluyó, además, el Parque San Martín y los jardines y el camino serpenteante que ofrecieron el marco a una de las vistas más espléndidas del balneario, conectando las playas Grande y Chica con el Cabo Corrientes y el Torreón. La tercera y más monumental fue el complejo Bristol-Casino-Hotel Provincial, levantado sobre los terrenos ocupados por el Paseo General Paz y la Rambla Bristol. El diseño contemplaba la construcción de dos macizos edificios gemelos separados por una plaza de cemento que albergaran en sus dependencias a cuatrocientos departa-

La Asociación de Propaganda y Fomento de Mar del Plata desplegó una multiplicidad de estrategias de publicidad y propaganda del balneario durante los años treinta.

Mapa turístico de propaganda de la franja costera de Mar del Plata.

(El Hogar, Número extraordinario: Turismo, N° 1622, 15-11-1940)





Las prácticas del ocio marítimo en la concurrida playa contigua a la Bristol, en las postrimerías de los años treinta. La Playa Popular. (Boletín Municipal, primer trimestre de 1939)

mentos del hotel, cuarenta locales para negocios, un teatro-cine con dos mil localidades, treinta departamentos en el casino, restaurantes, balnearios con ochocientas sillas, locales para clubes deportivos, una pileta de natación y amplias salas de entretenimiento.

Se delineó, así, rotundo y magnífico, un nuevo dibujo de Mar del Plata. A primera vista, éste pareció limitarse a convalidar las mutaciones operadas en el paisaje social durante los años previos. Sin embargo, la cesión de la Playa Bristol a los turistas más recientes y la radicación de los antiguos en Playa Grande estuvo guiada por un proyecto más ambicioso: canalizar y estructurar las fuerzas que impulsaban la evolución de Mar del Plata a fin de asegurar la cohabitación de las tendencias a la igualdad con las jerarquías de una sociedad de clases. Moldeada por este proyecto de la administración conservadora, cobraría forma una ciudad balnearia donde todos hallaban una puerta de entrada y podían disfrutar de las playas, pero en la que las distinciones sociales estaban a salvo detrás de límites bien definidos.

En Mar del Plata, para la inauguración del Festival del Cine y desde la Rambla Bristol-Casino, Perón afirmaba en 1954:

“[...] Hace diez años visité Mar del Plata y en ese entonces era un lugar de privilegio, donde los pudientes del país venían a descansar los ocios de toda la vida y de todo el año. Han pasado diez años. Durante ellos esta maravillosa síntesis de toda nuestra patria, aglutina en sus maravillosas playas y lugares de descanso al pueblo argentino y, en especial, a sus hombres de trabajo que necesitan descansar de sus sacrificios. Nuestro lema fue cumplir también acá. Nosotros no quisimos una Ar-

El balneario de masas

entina disfrutada por un grupo de privilegiados, sino una Argentina para el pueblo argentino [...] En cuanto a la situación social bastaría decir que aquí el noventa por ciento de los que veranean en esta ciudad de maravilla son obreros y empleados de toda la patria.”²⁴

En el momento en que Perón hablaba a la multitud allí reunida, ya había arraigado en ella un relato de la historia del país en el cual el período anterior a su llegada al poder era asociado al predominio invariable de los más ricos y poderosos. Es probable, por lo tanto, que pocos de los que lo escuchaban se hayan demorado en advertir cuán escasamente fidedigna era la visión que Perón ofrecía de Mar del Plata como lugar de privilegio a la época de su visita diez años antes, hacia 1944. Para entonces, los tiempos de la villa aristocrática habían sido simbólicamente clausurados con la demolición de la Rambla Bristol en 1940 y en su reemplazo comenzaba el nuevo ciclo de la ciudad como balneario de masas. Durante la década siguiente, Perón extendió, en efecto, hasta el ocio estival y el tiempo libre el largo brazo de su política de justicia social, imprimiendo a este nuevo ciclo un fuerte dinamismo. Pero si quienes lo aclamaban en 1954 con la vista puesta en los balcones del Casino hubiesen extendido su mirada hasta los paseos y las playas de Mar del Plata, habrían comprobado que también él, como otros antes, exageraba a la hora de apreciar el grado de apertura social del balneario: todavía harían falta más años y más iniciativas para que los obreros y empleados llegaran a representar una proporción mayor de los argentinos que, anualmente, pasaban las vacaciones junto al mar.

La preocupación por el turismo social, para atender a la recreación de la familia obrera, figuró desde muy temprano en la gestión de Perón. Empero, lo que habría de distinguirla no sería su carácter novedoso; en los años previos, las iniciativas de algunos gremios y organizaciones católicas habían dado lugar a las primeras colonias de vacaciones. Su rasgo distintivo estuvo, más bien, en la envergadura de los programas a través de los cuales se concretó. Aquí ocurriría algo similar a lo que se verificó en otros campos de la política social. Una vez en el gobierno, Perón retomó tendencias de cambio social en curso y las proyectó después en gran escala, aprovechando la bonanza económica que vivía el país en la inmediata posguerra. Así, en un breve lapso, los sectores trabajadores, acrecidos en número por la expansión de la industria y los servicios urbanos, experimentaron mejoras sustantivas en el nivel de vida, incrementaron su poder de negociación sindical, consiguieron un mayor acceso a la salud, la educación, los beneficios de la jubilación y la asistencia social. Y también a las playas de Mar del Plata.



La urbanización de Playa Grande. Vista aérea de parte del puerto y las modernas instalaciones de Playa Grande, inauguradas en 1939 por la gestión conservadora.
(El Hogar, Número extraordinario: Turismo, N° 1622, 15-11-1940)

Veranear en Chapadmalal, he ahí la meta que se puso al alcance de las familias obreras. Allí, hacia el sur de la franja costera, detrás de los acantilados de la Barranca de los Lobos, fue construido un centro vacacional, formado por varios hoteles con capacidad para 4700 pasajeros. Junto con otro en Río Tercero –Córdoba– fue el destino principal de los planes de turismo social, que recibieron sus fondos de un porcentaje descontado sobre el aguinaldo, otorgado en 1945, y de los recursos provenientes de la estatización de los casinos en 1946. A los centros vacacionales, administrados por la Fundación Eva Perón, se agregó el alojamiento en hoteles y pensiones alquilados por la temporada. La oferta turística incluyó, también, el plan promovido por el gobernador de Buenos Aires, Domingo Mercante, con la consigna “Usted se paga el pasaje, la provincia el hospedaje”.

Paralelamente, la generalización de las vacaciones pagas colocó a disposición de los trabajadores alrededor de diez días al año de tiempo libre. Sin embargo, no todos estuvieron en condiciones de utilizarlos para su recreación en los lugares de veraneo. Muchos de los que recién se incorporaban al mundo industrial y urbano tenían necesidades más apremiantes: la vivienda propia, los gastos de la economía familiar. Al mis-

mo tiempo, todavía debían aprender a moverse en el nuevo ambiente, a descubrir las oportunidades que ofrecía. Los beneficios del turismo social habrían de fluir, así, siguiendo las líneas de la estratificación interna de los sectores obreros. Aquellos que primero disfrutaron de ellos fueron los estratos más antiguos y con más recursos: telefónicos, ferroviarios, estatales, mercantiles, empleados del correo. El caso de los mercantiles fue revelador. Anticipándose en muchos años al resto de los sindicatos, éste sería el único que pudo alojar a sus afiliados bajo techo propio con la compra en 1947 y 1948 de los hoteles Hurlingham y Riviera; un logro, quizá, no independiente de que su secretario general, Angel Borlenghi, ocupara el cargo de ministro del Interior en el gobierno de Perón.

Es difícil estimar el impacto de esas primeras experiencias masivas de turismo social porque los datos son aproximativos e incompletos. De todos modos, puede afirmarse que sus beneficiarios se diluyeron en medio del millón de visitantes que llegaba en la temporada veraniega a principios de los años cincuenta. Éstas fueron, no obstante, experiencias que dejaron una larga resonancia en la memoria de los que participaron de ellas y volvieron más verosímil la imagen de Mar del Plata como “espejo de la democracia social argentina”.²⁵

Celebrada por la propaganda oficial, esta imagen atrajo la atención por lo que tenía de más característico: la coexistencia entre los extremos. James Bruce, embajador de Estados Unidos en esos años, destacaba en el libro que recogió las impresiones de su estadía en Argentina:

“Las playas de Mar del Plata están localizadas entre promontorios rocosos. Cada una tiene su propio nivel social, sus costumbres y reglas no escritas de etiqueta. La Playa Popular es la más informal. Pocos de sus bañistas se toman la molestia de cambiarse el traje de baño en el hogar y a la playa traen consigo termos con agua hervida para su mate. Por su parte, los ultramodernos argentinos que hubieran ido a la bancarrota antes de perderse la temporada no se imaginan en otro lugar que no sea Playa Grande. Aquí, la ubicación de la carpa que uno alquila es un símbolo de reconocimiento tanto como lo es figurar en la *Guía Social*. De hecho, ésta es una decisión que está en manos de un director que tiene a su cargo el mismo protocolo en el Teatro Colón de Buenos Aires”.²⁶

Entre la Playa Popular y la Playa Grande, la Playa Bristol, cada vez más densa y bulliciosa, fue, en verdad, la que mejor condensó el perfil del balneario de masas. En un día claro de verano el visitante podía encontrar allí, salido de la prosa costumbrista de Rodolfo Taboada, al veraneante “tipo marplatense”: “El veraneante marplatense es un señor que durante quince días de verano se cansa irremisiblemente para



La unidad Turística Chapadmalal, situada a 30 km de Mar del Plata, sobre la ruta 11, fue construida por la Fundación Eva Perón e inaugurada en 1950. El complejo estaba conformado por nueve hoteles y diecinueve bungalows. Contaba con servicios de uso común: correo y telefonía, centro de asistencia con farmacia, cine-teatro, galerías comerciales, una confitería bailable (Hostería del Lago), centros recreacionales (juegos infantiles, fútbol, bowling, juegos mecánicos), una capilla y una ermita para la administración.

(Archivo Museo Histórico Municipal)

todo el resto del año. Lo que no impide que durante el resto del año viva suspirando por esos quince días de descanso. Para empezar ma-druga entusiastamente. Pues le urge emular toda variedad de rayos te-rapéuticos que se brindan en los balnearios organizados. Luego cami-na hasta la playa, aunque esté situada a tres kilómetros del hotel, pues en su estado de veraneante el hombre experimenta una repugnancia súbita por todo sistema de tracción que no sea a sudor y sangre. Y ya en la playa, se entrega a violentos ejercicios calisténicos, peloteos fut-bolísticos, carreras pedestres, prácticas de ‘rango y mida’, zambullidas, barrenadas y otros excesos deportivos de igual eficacia demole-dora. Finalizada esta serie preliminar de su martirologio, se hace za-randear un rato por las olas y, finalmente, se tiende de pecho en la arena para que el sol lo despelleje sangrientamente”.²⁷

Para el ancho universo de las clases medias, en el que se reconocía este personaje, había arribado el momento de su avance final sobre Mar del Plata. Vistas en perspectiva, las políticas públicas de los años de Perón que tendrían mayor impacto en la ciudad balnearia fueron la sanción de la Ley de Propiedad Horizontal en 1948 y los créditos para vivienda del Banco Hipotecario. La aspiración a las vacaciones junto al mar se redobló entonces en los empleados, los pequeños comerciantes e industriales, los profesionales, para incluir, además, la aspiración de ser propietario en Mar del Plata. El aumento de las expectativas, más los medios para concretarlas, precipitó un acelerado proceso de renovación urbana que tornó familiar la presencia del obrero albañil demoliendo a golpes de piqueta. En un corto lapso, el setenta por ciento del casco céntrico quedó convertido en escombros: desaparecieron las villas y mansiones de *la belle époque* alrededor de la Plaza y en la Avenida Colón y se tiraron abajo las añejas arboledas de pinos y eucaliptos. Culminaba de este modo, bajo el peronismo, la secuencia iniciada con los conservadores, el desplazamiento de la elite veraneante de sus dominios originales.

Las zonas de la ciudad que la elite veraneante abandonó, trasladando sus residencias al Barrio Los Troncos, abierto en 1940 en las cercanías de Playa Grande, fueron prontamente ocupadas por miles de departamentos, construidos en tiempo récord y con generosos préstamos bancarios. Entre 1948 y 1954, Mar del Plata asistió a un formidable *boom* de la construcción, que hubo de completar, con trazos definitivos, su nueva fisonomía de balneario de masas. El redactor anónimo de un boletín municipal de 1954 la describió en estos términos: “Echando al olvido aquella aburguesada condición de ‘privilegio de unos pocos’ para ser ‘un derecho de todos’, crece y se agiganta [Mar del Plata], proyectando sobre sus pétreos cimientos la flecha de sus rascacielos monumentales en erguida actitud pretenciosa de perforar el cielo”.²⁸ Más acá de esa entusiasta descripción, la renovación urbana se tradujo, en realidad, en el congestionamiento edilicio y el alza de la especulación inmobiliaria. La presión de la demanda ávida y creciente del mercado turístico hizo cundir una fiebre por la construcción que no respetó norma ni plan alguno. Acuciados por la necesidad de recursos, los poderes públicos siempre llegaban tarde con la legislación, y, a menudo, sólo para legalizar por medio de amplias amnistías las construcciones no autorizadas. Entre 1957 y 1959 se logró poner en vigencia un ordenamiento del espacio urbano, pero ya a esa altura el microcosmos de los barrios céntricos se había convertido en un enorme y abigarrado bloque de cemento. En los años sucesivos, el auge de la construcción se extendió hasta áreas por entonces más periféricas y pronto integradas a la trama de la ciudad. A largo plazo, la tendencia fue a la reducción de la superficie cubierta y al uso de materiales de inferior calidad para llegar con la oferta de departamentos y casas a los turistas de menores ingresos.



El juego de la ruleta en el casino de Mar del Plata, ilustrado por Luis J. Medrano, con el título “No va más”, apareció en el almanaque de Alpargatas en 1947.



El Royal Hotel en los cincuenta, antes de ser adquirido por la Unión Obrera Metalúrgica. En el fondo, la playa La Perla.

(Archivo Museo Histórico Municipal)

La difusión de la vivienda estacional condujo a un cambio en los hábitos de alojamiento de la población veraneante y éste, a su vez, provocó la crisis de la hotelería tradicional. Desde fines de los cincuenta disminuyó sensiblemente la construcción de hoteles nuevos; muchos de los existentes cerraron sus puertas como paso previo a su demolición y reemplazo por edificios en propiedad horizontal. Un destino alternativo, su adquisición por los gremios obreros, se insinuó en 1947 y 1948 con las operaciones de compra de la Federación de Empleados de Comercio. En 1955, el Grand Hotel, construido por Pedro Luro en 1887, pasó a manos del sindicato de los petroleros. En los quince años siguientes a esa lista se agregaron cinco más, entre ellos el Hotel Royal comprado por los metalúrgicos en 1966. Recién a partir de 1970, con la sanción de la Ley de Obras Sociales por el régimen militar del general Onganía, se produciría el aumento en el número de hoteles de propiedad sindical: gracias a los mayores recursos económicos que por medio de esta ley afluyeron a las organizaciones sindicales, los ocho que eran en 1967 fueron sesenta y dos en 1973 y noventa diez años más tarde.²⁹

Contemplada desde el orgullo y la satisfacción con que los dirigentes de los sindicatos informaban unos tras otros a sus afiliados, que por fin podrían veranear en un hotel propio, la trayectoria de Mar del Plata ofrecía un llamativo contraste con la del país. Desde el golpe de 1955 la Argentina avanzaba a lo largo de un curso zigzagueante, en medio del ajuste de cuentas con el conflictivo legado de los diez años de cambios sociales y políticos del peronismo. Entretanto, a orillas del

Atlántico proseguía sin pausa la ampliación de las avenidas sociales que conducían al balneario. Con el tiempo, sin embargo, estas trayectorias paralelas comenzarían a converger. A partir de los años sesenta y con más intensidad en la década siguiente, el lugar de vacaciones de las familias más adineradas ya no fue Mar del Plata, sino las playas más selectas de Punta del Este. El experimento social de los argentinos –realizar en un espacio común pero a la vez diferenciado el sueño veraniego de los más diversos sectores de la sociedad– empezó a perder consistencia y, por sus grietas, continuó la expansión del balneario de masas.

Epílogo

Una vez que se ha afirmado que la Argentina moderna se desarrolló como país periférico a partir de las riquezas de las vastas llanuras de su litoral, que es una sociedad que fue poblada por sucesivas olas de inmigrantes europeos, ¿qué más decir de ella –para completar su perfil– sino que la suya es una sociabilidad formada a partir de la convivencia de un orden jerárquico de prestigio y poder y de una mística igualitaria? Así caracterizada, ella no presenta la rigidez de las sociedades señoriales dominantes en América latina, donde la riqueza y la cuna dan lugar a derechos exclusivos y a la vez permanentes. Precisamente, la función de esa mística igualitaria ha sido desafiar los privilegios allí adonde éstos se manifestaren, llevando a una mayoría de los argentinos a la convicción de que no hay ni bien ni posición que estén completamente fuera de su alcance.³⁰

Pero tampoco la sociabilidad argentina puede asimilarse al *ethos* igualitario que distingue las relaciones dentro de la población blanca de los Estados Unidos. Según la observación del historiador inglés H. Ferns, allí las diferencias entre el vértice y la base de la pirámide social son de orden monetario y casi nada más; aquí, en cambio, la distancia entre los estratos está recubierta por un principio de distinción social que acentúa más todavía lo que la riqueza separa.³¹ En verdad, la extendida experiencia de movilidad que conoció el país hasta mediados del siglo se produjo con el telón de fondo de la gravitación de una elite aristocratizante, cuyo difuso y abarcador poder moral y cultural fue simultáneamente objeto de admiración y de resentimiento.

Ni sociedad señorial ni sociedad igualitaria, la Argentina combinó en una tensa armonía rasgos de la una y la otra. Al final, la coexistencia de una estructura jerárquica con una viva aspiración por la igualdad social se resolvió, no en la subversión del orden existente, sino más bien –de acuerdo con José Luis Romero– en su aceptación tal como era, para luego modificarlo sólo lo necesario a fin de que se abrie-

El humor en las páginas de Rico Tipo. La revista dirigida por Divito incorpora una sección titulada "Lo que veo en Mar del Plata" a cargo de Pedro Seguí.

(Rico Tipo, Año II, Nº 57, 19-12-1945)

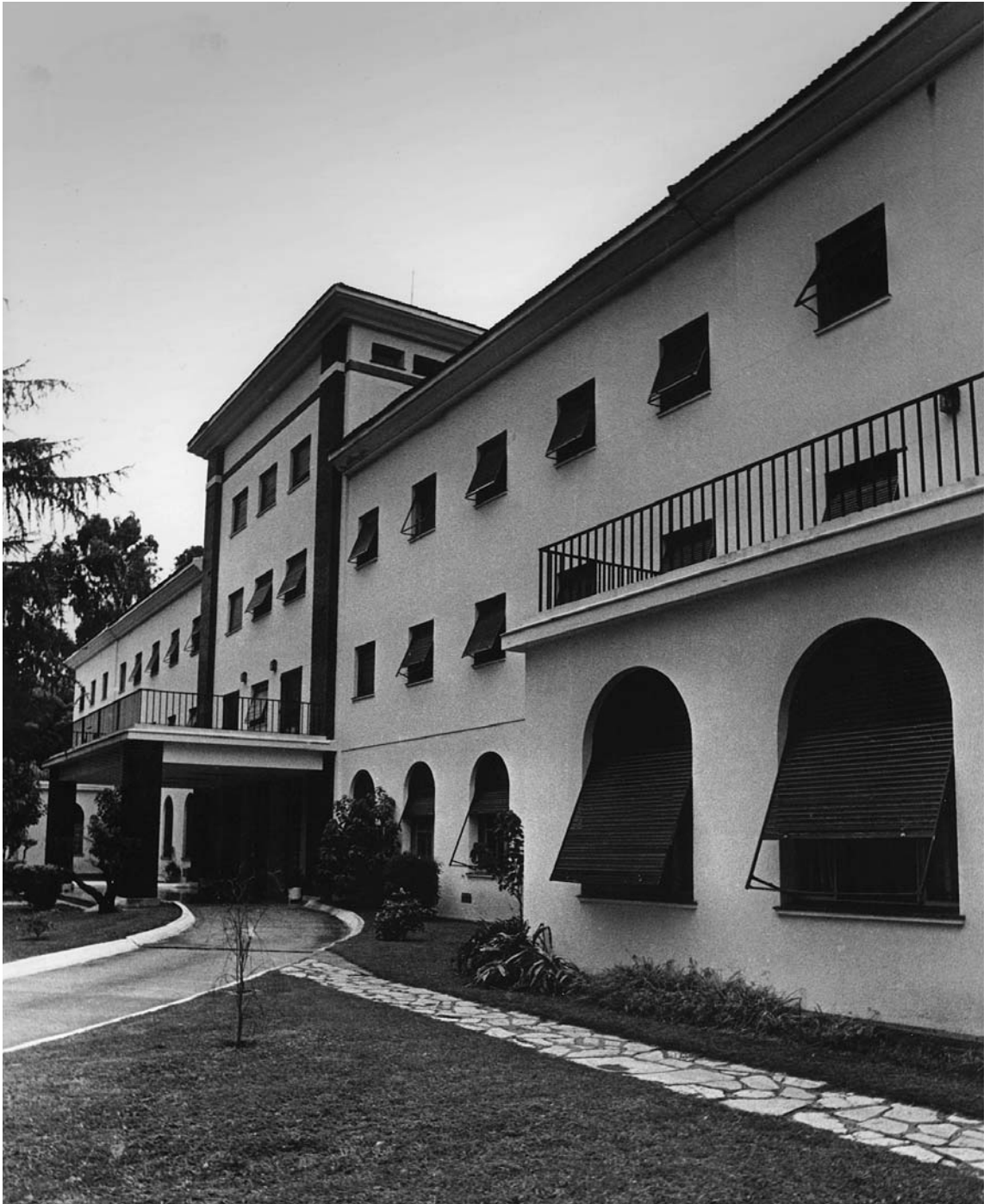


ra y permitiera la incorporación de nuevos grupos y sectores a él.³² De todas las vías de acceso que fueron exploradas y finalmente abiertas, Mar del Plata fue una que ejerció una atracción irresistible y duradera, desde muy temprano, desde que las familias pudientes de Buenos Aires la hicieran su estación de baños preferida y la convirtieran, más tarde, en lugar de peregrinación del resto de los argentinos. Así, con el paso del tiempo, el veraneo marplatense llegó a ser la confirmación anual de la promesa de igualdad social que animó durante décadas el desenvolvimiento del país.

Notas

1. Sobre la formación de Mar del Plata consultar: E. Alió, *Historia de una hermosa ciudad balnearia*, Buenos Aires, TGA, 1924; Roberto Barili, *Mar del Plata, ciudad de América para la humanidad*, MGP, Mar del Plata, 1964; *Mar del Plata, una historia urbana*, Bs. As., Fundación Boston, 1991; y los trabajos de M. I. Bartolucci, J. M. Mantobani, F. Cacopardo, E. M. Pastoriza, J. A. Saez, G. I. Zuppa, reunidos por Fernando Cacopardo (ed.), *Mar del Plata. Ciudad e historia*, Buenos Aires, Alianza, 1997.
2. Paul Groussac, “Mar del Plata en 1887”, en *Viaje Intelectual*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1920, p. 143.
3. Benjamín del Solar (con el seudónimo Bonsiú Kurile), *La vida en Mar del Plata. Pinceladas realistas*, Buenos Aires, 1907, p. 61.
4. Alain Corbin, *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa. 1750-1840*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1993.
5. Jules Huret, *En Argentine*, Vol. II, París, 1913.
6. *El Censor*, 6-2-1889.
7. Cf. Elisa Pastoriza, “Notas sobre el veraneo marplatense en los albores del siglo: un ‘capítulo indeclinable’ de la alta sociedad porteña”, en Cacopardo (ed.), *op. cit.*, pp. 135–164.
8. Elvira Aldao de Díaz, *Veraneos Marplatenses*, Buenos Aires, Baicco, 1923, p. 84.
9. La Damaduende, “Nuestra tradicional Feria de Vanidades”, en *Caras y Caretas*, febrero, 1923.
10. Cf. Fernando Rocchi, “Consumir es un placer. La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado”, en *Desarrollo Económico*, enero-marzo de 1998, N° 148, pp. 553-558.
11. Elvira Aldao de Díaz, *op. cit.*, p. 8.
12. *PBT*, Año 3, N° 73, febrero, 1907.
13. *Caras y Caretas*, Año XXI, 21-01-1928.
14. Agustín Rodríguez, “Los segundos fundadores y José Camusso”, Conferencia en Hotel Provincial, Mar del Plata, 1970.
15. Cf. J. Yofre, M. L. Da Orden y E. Pastoriza, “La Vida Política”, en Cacopardo (ed.), *op. cit.*, p. 130.
16. *El Trabajo*, 18-12-1920.
17. *Boletín Municipal*, Mar del Plata, N° 30, 1925, p. 17.
18. *Guía social de Mar del Plata*, Buenos Aires, Comisión Pro-Mar del Plata, enero, 1928, p. 63.
19. Cf. Elisa Pastoriza, “Sociedad y política en la gestación de una ciudad turística de masas. Mar del Plata en los años treinta”, tesis de maestría en Historia, Cap. IV, U.N. de Mar del Plata, 1998.

20. Drequis, "Los baños de mar y la democratización de las costumbres", en *Mar del Plata Anuario, 1931-32*, Mar del Plata, De Falco, 1932.
21. Enrique Loncán, "Pira del olvido, pira del recuerdo", en *La Conquista de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1936, pp. 44-45.
22. Cf. Juan Carlos Torre, *La Vieja Guardia Sindical y Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, Cap. I.
23. Cf. Elisa Pastoriza, "Mar del Plata en los Años 30: entre la regresión política y el progresismo social", en J. C. Melón Pirro y E. Pastoriza (eds.), *Los caminos de la democracia, 1900-1943*, Buenos Aires, Biblos, 1996, pp. 241-268.
24. *Boletín Municipal*, Mar del Plata, 1954, p. 112.
25. *Revista Continente*, N° 33, febrero, 1949, p. 18.
26. James Bruce, *Those Perplexing Argentines*, Londres, 1954, p. 216.
27. Rodolfo Taboada, "El veraneante (tipo marplatense)", en *De la Fauna Porteña*, Buenos Aires, El Ateneo, 1946, p.113-122.
28. *Boletín Municipal*, Mar del Plata, 1954.
29. *Tiempo libre y colonias de vacaciones*, Ministerio de Trabajo y Previsión, Buenos Aires, 1956, y estadísticas locales de la Municipalidad de General Pueyrredón.
30. Juan Carlos Torre, "Mar del Plata, una utopía argentina", en *Punto de Vista*, N° 51, abril, 1995.
31. H. S. Ferns, *La Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972, Cap. 5.
32. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, p. 336.



La vida privada en los campos de concentración

Andrés Di Tella

¿Hay vida privada en un campo de concentración? Mario Villani, que pasó cuatro años secuestrado en cinco campos diferentes, es uno de los testigos que pudo conocer más a fondo la vida en los “centros clandestinos de detención” de la dictadura militar que gobernó el país entre 1976 y 1983.¹ En el curso de la investigación que llevé a cabo para distintos documentales sobre la época,² Villani me contó una historia que quedó, por así decir, en el piso de la sala de edición, pero que nunca pude olvidar. No era precisamente uno de los episodios más espeluznantes que le tocó en suerte. Por el contrario, lo que lo hacía perturbador era su carácter de típica instancia de la vida privada, pero trasladada al mundo bizarro de los campos. Fue el último episodio que nos contó de su largo e inconcebible calvario. Recuerdo que al terminar el relato se produjo un silencio terrible. Villani, cuyas largas pausas al hablar a veces se estiraban demasiado, directamente no pudo seguir hablando. Su actual mujer, Rosita, nos pidió que los dejáramos solos. Juntamos los equipos de filmación en silencio y nos fuimos, sin atrevernos a comentar nada entre nosotros de lo que acabábamos de escuchar, tan parecido y tan diferente de lo que cada uno de nosotros pudo haber vivido. Uno de los aprendizajes importantes que hicieron muchos activistas de las organizaciones que luchan por los derechos humanos es el valor político que, frente a la desconfianza que suscita en estos tiempos todo discurso abiertamente ideológico, tiene el testimonio de la experiencia personal, incluso íntima.³ ¿Pero en qué medida el testimonio sobre la vida privada atenta contra el resguardo de la privacidad de cada uno? Los testimonios más

¿Cómo estás?

El campo de concentración más famoso de la Argentina fue el instalado en los sótanos y el attillo del casino de oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada, la ESMA, sobre la Avenida del Libertador, en Buenos Aires. Por allí pasaron unos 4000 desaparecidos. Foto tomada en 1984 durante una inspección de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. (Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación)



Los efectos personales de los secuestrados a menudo desaparecían con ellos y a veces volvían a aparecer dentro de los campos como botín de guerra. En el pañol de la Escuela de Mecánica de la Armada se guardaban muebles y electrodomésticos levantados en los operativos, e incluso la ropa de los desaparecidos. También se armó una inmobiliaria para vender sus casas. De menor interés material, los libros pasaron a integrar una biblioteca sobre subversión. Las revistas o panfletos, cortadas en tiritas, se convirtieron en papel higiénico que los detenidos se vieron obligados a usar.

(Archivo personal del autor)

valiosos son a menudo los que exponen la intimidad del que narra, pero al mismo tiempo exhiben la intimidad de otros en una situación de extrema degradación.

“Digamos que se llamaba Juanita”, empezó Villani. “No te puedo decir el nombre verdadero porque todavía vive la familia. Tiene hijos.” Villani conoció a Juanita en el campo de concentración llamado El Olimpo, ubicado en una dependencia policial que quedaba cerca del aeropuerto de Ezeiza, donde ambos permanecieron *desaparecidos* unos meses en el año 1978. “A ella la habían puesto a limpiar los baños, a cocinar, ese tipo de tareas que a veces les daban a las detenidas. Yo, como tenía conocimiento de electrónica y esas cosas, me tenían para reparar las cosas que ellos robaban en los secuestros: una radio, un televisor. Mi trabajo en general era lo que los franceses llaman un *bricoleur*, una de esas personas que tienen habilidad para reparar las cosas de la casa, destapar una cañería, cambiar una bombita. Yo era una especie de *bricoleur* de los campos.

”Vivíamos una situación muy difícil, pero se empezó a dar una relación entre Juanita y yo, una relación muy sutil. Vos tenés que pensar que

teníamos prohibido hablar entre nosotros; podía llevarte a la tortura o a la muerte. Podíamos llegar a conseguirle al otro un cachito más de comida, pasarle un poco de papel higiénico, hasta de pronto decir bajito: ‘¿Cómo estás? ¡Cómo estás!’ Ahí eran como palabras de otro idioma.”

Villani también había desarrollado cierta relación con uno de los represores, al que llamaban Covani y que estaba a cargo de los *traslados* del campo, es decir, de los prisioneros que serían ejecutados. Covani advirtió que algo estaba pasando entre ellos y, buscando la complicidad en Villani, le dijo: “Flaco, ¿te gusta la rubia, no?”. “¿A quién no?”, respondió Villani, desconfiando pero sin querer revelar nada. “Escuchame, te la traigo al *tubo* –celda–, esta noche estoy de turno. Y a la mañana me la llevo de vuelta. Ningún problema. Un regalito para vos.” Por la noche Covani le llevó a Juanita al *tubo* y le hizo una sonrisa cómplice a Villani. Cuando Covani se fue, Villani le explicó la situación. “Nos pasamos toda la noche hablando, no sólo de la situación del campo sino de un montón de cosas. Me contó de sus hijos, yo le conté de mi mujer, nos contamos la vida de cada uno. Fue una noche muy especial. Creo que por un momento los dos nos sentimos de vuelta seres humanos que volvían a tener un momento de privacidad. Por supuesto que no pasó nada sexual. Por la mañana, Covani se la llevó a su *tubo* y yo me pasé todo el día limpiando los baños. Me acuerdo que había llovido mucho y estaba todo inundado. Al día siguiente había un *traslado* y estaban juntando a los que iban a ser trasladados en un patio, antes de subirlos a un camión. Ahí la veo a Juanita. Covani viene y me dice:

–”Flaco, ¿quierés despedirte?

”Entonces salí al patio, le di un beso, no sé qué le habré dicho y vuelvo. Y ahí Covani me apoya el brazo en el hombro, muy paternalmente:

–”¿No te estarás ratoneando demasiado, no, Flaco?

–”¿Qué querés decir? –le pregunté.

–”Porque la vamos a trasladar, vos sabés lo que eso significa.

”A mí se me hizo un nudo en la garganta que casi no podía respirar. Pero le dije:

–”¡Andá! ¡Si el mundo está lleno de mujeres!

”Me dio unas palmaditas en la espalda, de nuevo muy paternalmente:

–”¡Bien, Flaco, muy bien!

”Me estaba poniendo a prueba, a ver si me tenían que incluir en el próximo *traslado*. A él no le importaba nada de Juanita, para ellos ella ya era un cadáver. Pero quería saber si yo iba a seguir siéndoles útil. Si él veía que yo podía ser tan cínico como él, que yo no me iba a comprometer con ningún otro detenido, que iba a priorizar mi supervivencia a cualquier precio, entonces era útil. Para mí, fue uno de los momentos

más difíciles ahí adentro. En ese momento juré que, si llegaba a sobrevivir, dedicaría el resto de mi vida a que ninguno de esos tipos quedara impune.”⁴

Si decirse “¿cómo estás?” era hablar en otro idioma, perteneciente a otro mundo, al mundo de *antes* o de *afuera*, ¿qué lugar podía quedar ahí adentro para las relaciones íntimas? Lo que surge de las palabras de Villani es en todo caso la existencia en los campos de una vida privada bajo vigilancia constante. De ahí la necesidad de fingir ante el represor que los hechos tienen un sentido diferente del que tienen para uno en la intimidad. Y en esa ficción también se ponía en juego la identidad del que estaba fingiendo. ¿Estoy fingiendo un comportamiento –se preguntaba Villani–, o me estoy convirtiendo, en virtud de ese comportamiento, en aquel que estoy fingiendo ser?

Sobrevivir

En este sentido, la cuestión más espinosa de todas era la relación de los secuestrados con los represores. “Es una zona muy confusa”, dice Villani. “No hay blancos y negros, son todos grises, distintos tipos de grises. Yo siempre estuve preocupado por en qué gris estaba yo. Hay cosas en las que estoy seguro que no entré. Yo nunca participé de una tortura, ni interrogué a nadie, ni colaboré en la inteligencia. Hubo secuestrados que terminaron torturando a otros secuestrados. Pero, ¿qué quiere decir colaborar? ¿O no colaborar? Porque si yo estoy trabajando para arreglar las cosas, con esa actividad lo que hacía era resolverles problemas, o sea, ayudaba a que el campo funcionara. En alguna medida estaba colaborando. Por otro lado, yo estaba colaborando para mantenerme vivo. Hay quien dice que de esa forma eras un instrumento, consciente o no, de acción psicológica sobre los otros secuestrados, porque éstos veían que había uno que tenía privilegios. Privilegios eran poder andar caminando sin tener puesto el *tabique* (la venda que les tapaba los ojos), no estar metido todo el día en una celda. Yo estuve mucho tiempo metido en una celda y eso es terrible. Estás solo o si estás con alguien no podés ni siquiera hablar, porque es un riesgo muy grande que puede significar la muerte. Yo aproveché esa situación que se me dio a mí, de tener una especie de taller de reparaciones, para lograr que otra gente saliera a trabajar también. Por lo menos, pasaba el tiempo que tenía que pasar secuestrado en una forma más pasable que estar encerrado en una celda, y además pudiendo interactuar con otra persona, porque en un campo no hay nada más importante para sobrevivir que tener una relación de tipo afectivo con otro ser humano.”

El testimonio de otro ex desaparecido, Juan Carlos Scarpati, evoca la dimensión que significaba salir del *tubo* o de *la cucha*: “Este tipo de



tratamiento consistía en mantener al prisionero todo el tiempo de su permanencia en el campo encapuchado, sentado y sin hablar ni moverse. Tal vez esta frase no sirva para graficar lo que significaba en realidad, porque se puede llegar a imaginar que cuando digo *todo el tiempo sentado y encapuchado* es una forma de decir. Pero no es así. A los prisioneros se los obligaba a permanecer sentados sin respaldo y en el suelo, es decir, sin apoyarse en la pared, desde que se levantaban a las 6 horas, hasta que se acostaban, a las 20 horas, en esa posición, es decir, catorce horas. Y cuando digo *sin hablar y sin moverse* significa exactamente eso, sin hablar, es decir, sin pronunciar palabra durante todo el día, y sin moverse quiere decir sin siquiera girar la cabeza”.

Aun en esas circunstancias, como lo recuerda otra sobreviviente de los campos –Pilar Calveiro–, los secuestrados aprendieron a mirar por debajo de la capucha o de las vendas, a reconocer las voces de sus guardias al oírlos hablar entre sí, a descifrar la rutina del campo por un lejano rumor de ollas, a desarrollar una extraordinaria habilidad para comunicarse con gestos, con pequeños sonidos, para saber en qué momento podían burlar la vigilancia. Entre una *cucha* y otra, en un susurro y cuando había

Cuando llegaba un nuevo detenido al campo de concentración de la Escuela de Mecánica de la Armada, desde el automóvil que lo traía se anunciaba por radio el código para abrir las puertas del infierno: selenio. En el campo, el desaparecido debía aprender todo un código, con resonancias siniestras: el quirófano, la máquina, la parrilla, la huevera, la leonera, capucha, tabique, cucha, tubo, camarote, camión, vuelos, comida de pescado, pecera.

(Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación)

ruido de platos, se decían los nombres y las militancias, se contaban sus historias en poquísimas palabras: dónde estaban, quiénes habían sido capturados, cómo fue la propia detención, qué personas eran más o menos confiables. A pesar del clima de desconfianza y suspicacia que invadía las relaciones entre los prisioneros –por las delaciones y los castigos permanentes–, también surgía el pequeño acto solidario: compartir un cigarrillo, la comida, una golosina –con lo que representaba en condiciones de auténtica desnutrición–, regalar objetos útiles y siempre preciadísimos –como un lápiz–, consolar o tranquilizar a otro preso para que no se descontrolara y evitarle así un castigo, coordinar acciones para distraer a los guardias y permitir cierto contacto entre prisioneros.

El momento más difícil para Villani fue cuando le pidieron que reparara una picana eléctrica. “Viene uno de los represores y me trae la picana, que era su picana personal, además, que no la prestaba a otros torturadores y si la prestaba sólo se la prestaba al que se la iba a cuidar, ¡porque la quería muchísimo, pobrecita!” Villani se negó, lo cual era ponerse en una posición muy peligrosa: “Yo estaba corriendo el riesgo de que evalúen: no me puede arreglar la picana, este tipo no es confiable, lo mandamos para arriba”. Pero lo dejaron tranquilo, excepto que, a partir de ese momento, los represores empezaron a torturar con un *variac*, una especie de transformador. Los efectos eran mucho más dañinos. “Cuando empecé a ver las quemaduras y las marcas terribles en los cuerpos de la gente que salía de la sala de tortura, incluso algunos que se quedaban en la tortura, yo me empecé a ratonear. Si van a seguir torturando con el *variac*, van a matar a mucha más gente que la que mataban antes con la picana. Entonces les dije: ‘Tráiganme la picana que la reparo’. Y la arreglé. Lo único es que le coloqué un capacitador más débil, con lo que el voltaje sería menor y ellos no se darían cuenta. Pero sí, arreglé un instrumento de tortura para que pudieran seguir torturando. Lo que pasa es que yo no pude soportar más ver a la gente hecha bolsa, en estado de coma y esos cuerpos quemados por el *variac*. Entonces dije: ¡volvamos a la picana! Aunque sea para que yo no sufra tanto –¿egoísta, no?– viendo cómo quedaban los torturados. Para mí, fue el momento más jodido a partir del punto en que yo me planteé que, para sobrevivir, tenía que serles útil en algo.”

Cucarachas

“Lo que yo siempre traté de no perder de vista era que los torturadores eran personas, como yo creía ser una persona”, dice Villani. “Creo que ver así al torturador, aparte de que permite convivir con ellos cuando no hay más remedio, permite a uno entenderlos mejor de lo que ellos lo pueden entender a uno, porque para ellos nosotros éramos cucara-



chas. Por eso les resultaba fácil matarme, tan fácil como a cualquiera le puede resultar pisar una cucaracha en el piso. No hay ningún problema de conciencia con eso. Yo siempre creí que en el momento en que yo pensara de esa manera no iba a estar diferenciado de ellos, aunque mi proyecto de vida fuera muy loable y mi ideología fuera diferente. Todo eso quedaría absolutamente desvirtuado en el momento en que yo viera a mi torturador como un bicho, como una cucaracha que podía ser matada de un pisotón. Yo lo he hablado con algunos secuestrados, incluso adentro, y creo que los que mejor pudieron manejarse en la convivencia con los torturadores, manteniendo la dignidad, fueron los que tuvieron conciencia de esto. Esto no quiere decir que yo los disculpe por lo que hicieron, de hecho los denuncié a todos. Pero igual. Yo me he encontrado a veces hablando con un torturador, el mismo que me torturó a mí, no de la tortura sino de su familia, de los problemas de su hijo en la escuela, que el hijo se sacaba malas notas y él no sabía qué hacer. ‘Flaco, ¿qué hago? ¿A vos qué te parece?’ Era una actitud medio esquizofrénica, ¿no? Porque al rato podía dedicarse a torturarme. Para él la cosa no

El pasillo por donde desfilaban los secuestrados camino a la sala de torturas, en el sótano de la Escuela de Mecánica de la Armada, tenía un cartel como de calle que decía: “Avenida de la Felicidad”. Había tres cuartitos en el sótano que eran las salas de tortura: la 12, la 13 y la 14. Muchas veces funcionaban en simultáneo. En la 13, otro cartel: “El silencio es salud”. (Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación)

está muy clara, quién tiene adelante. En determinado momento es un ser humano y en determinado momento se acabó y está delante de una cucaracha. De todas maneras, en esa relación diaria con los secuestradores y los torturadores, había largos momentos en que no nos veían como cucarachas. De hecho, uno no va a preguntarle a una cucaracha *qué hago con mi hijo.*”

Villani recordó el caso de un torturador, su nombre de guerra era Sangre, que venía a menudo a jugar al ajedrez con los detenidos. Se sentaba en el piso, afuera de la celda, y se quedaba largo rato charlando. “Por su manera de hablar con los detenidos, la impresión a veces era que se sentía más cómodo con nosotros que con sus colegas, los torturadores. Era como que con la convivencia se había quebrado. Era un quebrado pero del otro lado. Era también como si él quisiera convencerse a sí mismo de que era un ser humano, como nosotros. Hablaba mucho de su hijita y un día la trajo. Una nena de seis o siete años. Quería presentársela a uno de los detenidos, Guillermo Pagés Larraya, que sigue desaparecido.” Villani hizo una pausa. “Vinieron los dos de la mano por el pasillo, abrieron la puerta de la celda de Guillermo. Guillermo tenía colocados grilletes en los pies, las manos atadas y el tabique puesto, es decir, los ojos vendados. Le subieron el tabique para que pudiera ver. *Éste es Guillermo, del que te hablé tanto.* Y se pusieron a hablar con la nena.” Cabe señalar que, después, los prisioneros no volvieron a ver a Sangre, que debió haber sido asignado a otro destino.

El plan de recuperación

La relación entre detenidos y represores se complicó aun más con el advenimiento, en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), del *plan de recuperación*. A partir del golpe de Estado de marzo 1976, la ESMA dejó de ser sólo una escuela de oficiales navales para convertirse en quizás el mayor campo de concentración del país. Se estima que pasaron por allí entre tres mil y cuatro mil desaparecidos. Muy pocos salieron con vida. Si se trata de describir qué vida llevaron ahí adentro, hace falta intentar comprender cómo fue que sobrevivieron. No es fácil, puesto que la única fuente de la que disponemos es el testimonio de los sobrevivientes y la mayoría de ellos confiesa no saber en definitiva por qué ellos se salvaron y otros no: el mismo comportamiento que permitió a unos sobrevivir, a otros los condujo a la muerte.

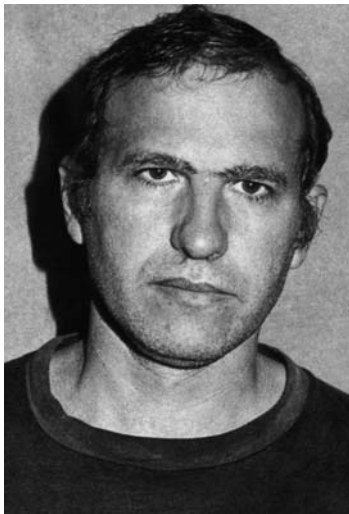
Cuando las Fuerzas Armadas se dividieron el trabajo de reprimir a *la subversión*, el Ejército se dedicó a exterminar al guevarista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), mientras la Marina hacía lo mismo con los Montoneros, el grupo guerrillero que lideraba la Juventud Peronista. Acaso incidió en esta decisión la tradición antiperonista de la Armada,



acaso gravitó un plan secreto del jefe de la Fuerza, almirante Eduardo Emilio Massera, que aspiraba a la presidencia del país. Las tareas de *contrainsurgencia* eran teóricamente competencia del Servicio de Inteligencia Naval (SIN), integrado por oficiales que no eran adictos a la línea de Massera. Para tener control directo de la represión, sin intermediarios, Massera creó el famoso Grupo de Tareas, *GT 3-3/2*, de la ESMA, que pasó a hacer su propia inteligencia, consistente en la metodología de secuestro-tortura-delación-desaparición-nuevo secuestro... Al frente del *GT 3-3/2*, incluso, Massera colocó a un oficial que no había sido aceptado en la escuela del SIN: el capitán de corbeta Jorge Acosta, alias El Tigre. El Tigre debía obedecer órdenes del director de la Escuela de Mecánica, el contraalmirante Rubén Chamorro, pero como los grupos de tareas respondían directamente a Massera, contaba con suficiente autonomía como para erigirse en “amo y señor” del campo de concentración, que era a su vez la base de operaciones del *GT 3-3/2*. Esta autonomía del Tigre y la pugna de los grupos de tareas con el Servicio de Inteligencia Naval, a lo que se debe añadir la rivalidad existente entre Ejército y Marina, finalmente contribuyeron a que la ESMA tuviera sobrevivientes.

El capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta (izq.) era el amo y señor del campo de concentración de la ESMA. Respondía directamente a las órdenes del almirante Emilio Eduardo Massera, jefe de la Armada y miembro de la Junta Militar. Sus ambiciones políticas llevaron a la creación del plan de recuperación de guerrilleros secuestrados.

(Archivo personal del autor)



Máximo Nicoletti era un héroe montonero que había protagonizado algunas de las acciones más osadas de la organización. En la ESMA, pasó a integrar el ministaff de guerrilleros que colaboraban abiertamente con la represión. Más tarde, percibió un sueldo como servicio de inteligencia de la Armada. Años después, terminó integrando con otros ex represores una banda de piratas del asfalto. “Cuando yo caí, negocié mi vida, la de mi mujer y la de mis hijos. Pero esto fue un negocio y, como en todos los negocios, hay que dar algo a cambio.”
(Archivo personal del autor)

En el primer período de la ESMA, desde marzo de 1976 hasta mediados del año siguiente, casi todos los militantes capturados tarde o temprano eran *trasladados*. Los traslados se decidían cada miércoles. “El día del traslado reinaba un clima muy tenso”, recuerda uno de los pocos sobrevivientes.⁵ “No sabíamos si ese día nos iba a tocar o no. Se comenzaba a llamar a los detenidos por número. Eran llevados uno por uno a la enfermería del sótano, donde los esperaba el enfermero que les aplicaba una inyección para adormecerlos. Así, con vida, eran sacados por la puerta lateral del sótano e introducidos en un camión. Bastante adormecidos eran llevados al Aeroparque, introducidos en un avión que volaba hacia el sur, mar adentro, donde eran tirados vivos.” La única manera de evitar esos traslados era la colaboración abierta con los captores. Brindar información sobre reductos de la organización o incluso entregar a algún compañero, como terminaban haciendo muchos bajo los efectos de la tortura sin límites, no siempre alcanzaba.⁶ El Tigre decía que había que *poner los dedos*: para salvarse, tenían que salir a *lanchear*, es decir, recorrer las calles con un grupo de tareas para marcar compañeros por la ciudad. Otras posibilidades eran armar citas *envenenadas* con otros militantes que ignoraban su captura, participar en interrogatorios, hasta en algún caso aplicar la picana eléctrica a un compañero. Así se conformó en un principio el llamado *ministaff*, un grupito de unos diez montoneros aterrorizados que optaron por colaborar abiertamente con los marinos, logrando con el tiempo ciertas libertades condicionales y finalmente la liberación. También obtuvieron el odio de sus ex compañeros, claro.

Uno de los miembros más notorios del *ministaff* fue Máximo Nicoletti, que abandonó rápidamente su pedestal de héroe montonero, responsable de algunos de los golpes más osados de la organización, como la voladura del yate en el que navegaba el jefe de la Policía Federal Alberto Villar. Nicoletti llegó a incorporarse formalmente, cobrando sueldo, como agente de inteligencia de la Armada. Años después, terminó integrando con otros ex represores un banda de piratas del asfalto. En 1994, tras el asalto de la banda a un camión blindado, fue a parar a la cárcel. Negó tener algún sentimiento de culpa por haberse pasado de bando: “¿Culpas? ¿Qué culpas? Yo no tenía opciones. No tenía salida. Cuando yo caí en la ESMA, negocié mi vida, la de mi mujer y la de mis hijos. Pero esto fue un negocio y, como en todos los negocios, hay que dar algo a cambio. Y yo siempre supe que iba a ser así. Entonces, ofrecí entregar gente. Y entregué, pero a los que estaban por encima de mí, no a los de abajo. Yo mandé al frente a los jefes, porque los hijos de puta eran ésos”. Con su nueva identidad, Nicoletti se ganó la confianza de sus nuevos jefes. “Y... nunca les fallé, ni los traicioné. Había hecho un acuerdo

y lo respeté a rajatabla. Además, quería vivir. No podía permitir que después de todas las que había pasado, me mataran en un *chupadero* de la Armada. Y para eso, hice todo lo que estuvo a mi alcance.”⁷⁷

En cuanto a los demás, sus traslados quedaban sujetos a la *utilidad táctica* del detenido, determinada en las reuniones de los *Siete de Oro*, que eran los siete oficiales que lideraban los grupos operativos. Cada uno de ellos tenía sus *casos*, es decir, los detenidos a su cargo, y cada semana en la reunión se decidía el destino de ellos. El oficial podía ejercer así una suerte de poder de veto sobre la condena que pendía sobre cada uno de sus casos: “Éste no se traslada hoy porque todavía me sirve”, podía alegar cualquiera de los siete. Una *utilidad táctica* que surgió fue la de pertenecer al grupo de lo que se dio en llamar *Los Notables*: militantes de alto rango en la organización, guerrilleros ilustres, mujeres o viudas de dirigentes montoneros, e incluso portadores de apellidos tradicionales o de familias militares. El objetivo *táctico* de mantener vivos a los notables –además de mostrarlos como trofeos ante sus superiores, ante los oficiales del Servicio de Investigaciones y, sobre todo, ante los representantes del Ejército– era el de *ablandar* a los militantes que iban cayendo. Cuando capturaban a un militante de base o a un cuadro medio de la organización, se le mostraba –a veces incluso antes de pasarlo por la sala de tortura– un organigrama completo de su sector de militancia, con foto, nombre, apellido y nombre de guerra de cada integrante, que el detenido tal vez apenas conocía de mentas y sólo por su alias. Después de enseñarle con pelos y señales a los dirigentes de su organización clandestina, se le presentaba a los mismos, que no estaban muertos como él suponía, sino vivos y allí mismo. El efecto era completamente desmoralizador.

Los militantes montoneros, y la misma organización, creían que toda su gente desaparecida estaba muerta, y los que no estaban muertos debían ser traidores que colaboraban abiertamente con el enemigo. De hecho, este supuesto dio origen a la pastilla de cianuro que la organización entregaba a cada combatiente para suicidarse antes de que los militares lo capturaran. Por otra parte, contra lo que se podía esperar, era a menudo más factible la supervivencia (por lo menos temporaria) de los guerrilleros más encumbrados por sobre la de los *milicianos* y *aspirantes*, el escalón más bajo de las filas montoneras, o incluso de los *perejiles* que no pertenecían a la organización armada sino que tan sólo eran activistas de la Juventud Peronista. Muchos de ellos todavía creían que los que desaparecían de la ESMA eran trasladados a un campo de recuperación en el Sur. “Era lógico suponer eso ya que nosotros mirábamos alrededor y todos los que seguían allí eran jefes montoneros, mientras que los que salían eran *perejiles*”, dice uno de los montoneros que so-

brevivieron.⁸ “Corría el rumor de que iban a campos secretos en la Patagonia para luego ser liberados. ¿Cómo podíamos suponer que era al revés, que los muertos eran los *perejiles* y que los elegidos para sobrevivir éramos nosotros?”

La pecera

Algunos de esos prisioneros *notables*, sin embargo, protagonizaron una conspiración increíble que permitió que salieran vivos de la ESMA no sólo el puñado de colaboradores del *ministaff* sino también un grupo, diferenciado del anterior y más numeroso, que tomó el nombre de *staff*. La estrategia de supervivencia que llevaron a cabo tuvo que ver con la capacidad de seguir percibiendo a sus captores como seres humanos, con virtudes y defectos. “La humanización del captor, a su vez, permite al secuestrado desmitificar su poder, relativizarlo, para buscar y encontrar resquicios”, dice Pilar Calveiro, sobreviviente de la ESMA.⁹ “Por ejemplo, para algunos secuestrados de la Escuela de Mecánica, descubrir las ansias desmedidas de poder del capitán Acosta les permitió darse una supervivencia que aprovechara esta característica, ofreciéndole una simulación de poder que se basaba en la sobrevida de un grupo importante de prisioneros.”

La creación del *staff* coincidió con el lanzamiento del proyecto político del almirante Massera, que estaba formando sus cuadros políticos y pensó poder utilizar de algún modo a los montoneros que se hacinaban en la ESMA. En primer lugar, Massera imaginó que podían ser útiles como *predicadores del arrepentimiento*, para convencer a otros militantes del camino errado de la guerrilla. Pero también vio que podía sacar provecho de la experiencia política y la inteligencia de los jóvenes montoneros, algunos de ellos intelectuales brillantes, haciéndolos colaborar con los planes políticos del almirante, que se veía a sí mismo como un nuevo coronel Perón, una figura militar capaz de conducir un movimiento popular. De ahí la idea de iniciar con los montoneros notables que tenían encerrados en la ESMA un *plan de recuperación*, al que los prisioneros se prestaron, fingiendo arrepentimiento y una colaboración mayor que la que realmente estaban brindando, en un peligroso doble juego.

El mismo Tigre Acosta también veía la necesidad de formarse políticamente, ya que su posición de poder, lograda merced a sus méritos en la represión, arriesgaba diluirse con la nuevas prioridades políticas. Martín *Chacho* Gras, el oficial montonero que quedó como virtual jefe del grupo de los notables de la ESMA, advirtió que tanto Acosta como los demás oficiales apenas leían el diario, pero al mismo tiempo querían estar a la altura de cualquier conversación política, a tono con los nuevos aires. Pensó: ¡estamos metidos en una lucha política contra unos ti-



“Capucha” era el área en el atilto de la ESMA, bajo el techo a dos aguas, donde guardaban a algunos prisioneros, generalmente encapuchados, engrillados y esposados. El área estaba subdividida por tabiques de aglomerado en unos 30 cubículos, llamados cuchas, donde cada secuestrado permanecía aislado. También había unas celdas, camarotes en la jerga naval, donde algunos prisioneros tenían el privilegio de una cama, una silla, una mesita y luz para leer.

(Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación)

pos que ni siquiera leen el diario! Una de las primeras medidas del nuevo plan fue encargar a algunos prisioneros la lectura y resumen de diarios y revistas, con el fin de elevar informes cotidianos. A Gras le encargaron la organización de una biblioteca de marxismo con los libros levantados en los secuestros. Cuenta Gras que el punto de inflexión donde él empezó a ganar la confianza, o quizá la simpatía del Tigre, fue en agosto de 1977. Eran frecuentes las visitas guiadas a la ESMA. Jerarcas de la Armada y de las otras fuerzas, y hasta civiles, visitaban las instalaciones del campo modelo donde funcionaba el insólito plan de recuperación. El guía en esa oportunidad era el mismo Tigre, y el visitante agasajado, el almirante Anaya (futuro integrante de la Junta Militar), con su comitiva. Al pasar frente a la biblioteca donde Gras trabajaba, Acosta lo presentó al contingente con toda la pompa, destacando que el detenido era doctor en Ciencias Políticas. De paso, preguntó:

—¿Me buscó esa cita de Mao que le pedí, Chacho?

El Tigre no había pedido que busque ninguna cita, pero Chacho, rápido, contestó afirmativamente:

—¿Ésa sobre la conveniencia de la guerrilla rural por sobre la urbana? —inventó—. Sí, la encontré. ¡Y tenía razón usted!

La concurrencia quedó impresionada y el Tigre henchido de orgullo. “Así empezamos a darle libretos a Acosta”, recordó Gras.

Gras empezó por pedirle a Acosta una asistente para ayudarlo a clasificar los libros. Pronto se necesitaron mecanógrafas, más prisioneros que hicieran resúmenes de prensa, investigaciones periodísticas sobre temas especiales, otros prisioneros que se abocaran a escribir una “historia de los montoneros”. Se instaló una máquina de télex para recibir

los despachos de las agencias noticiosas, requiriendo personal que la atendiera. Se sacaron suscripciones a revistas extranjeras e hizo falta gente con conocimiento de idiomas. Hacia mediados del '78, el *staff* contaba con unas treinta personas que empezaron a vivir en condiciones antes impensables dentro del campo: “Trabajar, comer razonablemente bien, tener atención médica, ropa suficiente, derecho al baño diario, acceso a la prensa y los medios de comunicación y circular con libertad dentro de las oficinas eran privilegios que permitían afrontar el secuestro desde una perspectiva muy diferente”, recuerda Calveiro. Del aislamiento total, físico y psicológico, en las *cuchas*, los prisioneros pasaron a poder hablar con los oficiales e incluso entre ellos y, por otra parte, disponer de más información de la que circulaba en el país, afuera del campo. Algunos de los informes o estudios producidos por los secuestrados sobre cuestiones diplomáticas y problemas limítrofes fueron utilizados por el Ministerio de Relaciones Exteriores; algunas notas periodísticas se publicaban en diarios y revistas afines a la política de Massera.

Así nació *La Pecera*. En un ala del tercer piso de la Escuela, del otro lado del sector denominado *Capucha* donde malvivían engrillados y encapuchados los secuestrados, armaron unas oficinas divididas con paredes de vidrio. Allí trabajaban los miembros del *staff*. “Los marinos daban las razones de tal nombre”, cuenta Juan Gasparini, otro sobreviviente de la ESMA. “Decían que tras los vidrios y sin que nuestras voces se escucharan parecíamos mudos pescaditos impotentes para hacer cualquier cosa que escapara a los guardias y al circuito cerrado de televisión que nos vigilaba mientras escribíamos, leíamos o hablábamos entre nosotros. En ese mundo de la *pecera* resultó posible que adaptáramos nuestra conducta a una supuesta conformidad. Y fue allí donde la aparente *recuperación* comenzó a perfilarse como un éxito en la omnipotente convicción de Acosta.”

“Durante este proceso”, explica Gras, “Acosta comienza a comprender que si gana la voluntad de este sector de prisioneros, a quienes comienza a considerar en *proceso de recuperación*, puede obtener una victoria política que afirme su carrera y sus ambiciones. Entre estos prisioneros, en respuesta, se opera una simulación generalizada en torno de esa *recuperación*, consistente en manifestar en cada diálogo un cambio en sus escalas de valores personales, una supuesta adecuación al medio, etcétera, manteniendo realmente su negativa a la delación. Esta aparente dualidad demanda a dichos prisioneros un gran esfuerzo psíquico y nervioso y alimenta una constante situación de tensión”.

Graciela Daleo, otra militante montonera que sobrevivió a la ESMA, fue una de las primeras en ser convocadas. “Una noche me vienen

a buscar a la *cucha*. Un represor me informa: ‘Usted sabe escribir a máquina y va a trabajar’. Me llevaron engrillada, esposada y encapuchada al tercer piso, donde funcionaba la *pecera*, pero yo aún no tenía idea de qué era eso. Me sacaron la venda de los ojos y me sentaron frente a una máquina de escribir. ¡Para maravilla de los marinos los deslumbré, porque escribía muy rápido y sin mirar! Me venían a ver como un bicho.” Su primera tarea fue pasar a máquina una monografía que otro detenido había escrito para el hermano del Tigre, que debía entregarla como propia en un curso de la Escuela de Guerra. (Lo cual, a la vez, da una noción del bajo vuelo que tenía el *plan* de los marinos.) Daleo continúa: “Cuando nos fuimos dando cuenta de cómo venía la historia, entre los prisioneros conseguimos ponernos de acuerdo: está bien, nosotros vamos a simular que estamos siendo lo que ellos quieren que seamos. Entonces, para las mujeres, de las cuales ellos suponían que militábamos porque éramos feas y los tipos no nos daban bola o que éramos incapaces para las tareas domésticas, uno de los signos de *recuperación* era que vos ahora te cuidabas en tu aspecto físico, que te pintabas, que te mostrabas interesada por la cocina. De todos modos, esto no era lo único que les interesaba, por supuesto. El objetivo principal seguía siendo que vos prestaras una utilidad táctica, que entregaras gente o información”.

Villani, que llegó a la ESMA después de estar en diferentes campos de concentración, también fue a parar a la *pecera*. Allí leía los diarios y hacía resúmenes. Se repartían los temas; por ejemplo, a Villani le tocaban las áreas de Educación y Ciencia y Técnica. Tenía que hacer un informe semanal, con opinión. “Nos decían siempre: pongan las cosas como ustedes las ven, no como ustedes creen que queremos que las vean”, explica Villani. “Por supuesto, yo escribí esos informes de tal manera que ellos pensarán que yo era un tipo pensante, y nada más. Ahí hay que caminar al filo de la navaja. Vos les tenés que demostrar que sos un tipo pensante, porque si te hacés demasiado el boludo piensan que estás escondiendo la leche, no se la creen. Y entonces, chau. Por otra parte, la cuestión era que ellos me vieran como una persona que, si la largaban en libertad, no iba a volver a meterse enseguida en una organización *subversiva*. Por eso también me servía a mí pensar que yo trataba con seres humanos y no con cucarachas. Pero ése es un juicio muy filosófico y te podés cortar! Sí, eran seres humanos, pero también eran torturadores. De todos modos, mi objetivo diario no era: cuando yo salga de acá voy a hacer la revolución. Ni siquiera: si algún día salgo en libertad los voy a denunciar a todos. Mi objetivo diario era simplemente llegar vivo al día siguiente. Porque hubo prisioneros que empezaron a trabajar en la *pecera* pero después igual fueron *trasladados*.”

“El otro gran riesgo que teníamos los prisioneros seleccionados para el proceso de recuperación era la locura”, recuerda Daleo. “Es decir: ¿quién soy yo? ¿Quién es la que está simulando? ¿O ya me pasé de la raya y me convertí en aquella que estoy simulando ser? Era muy difícil, a cada momento, saber qué hacer. Cuando recién llegué a la ESMA, una compañera me dijo: ‘No confíes en nadie, ni siquiera en mí’. Era enloquecedor. Cuando el de la *cucha* de al lado me quería hablar, por ejemplo, ¿le contestaba o no le contestaba? Si le contestaba, a lo mejor le estaba tirando de la lengua para ver qué decía, pero si no le contestaba, podía ser un gesto insolidario, o de cobardía. Si me sientan a copiar algo en la máquina de escribir, ¿lo hago o no lo hago? Si lo hago, ¿estoy colaborando? Si no lo hago, ¿me matarán? Porque cuando vos caíste, pensabas: acá adentro, ni *apagar la luz*. Era una forma que teníamos nosotros de graficar lo que era colaborar. *Apagar la luz* era colaborar. Y de repente, ahí adentro, te encontrabas apagando la luz.”

Un raro testimonio de otra sobreviviente de la ESMA, Lila Pastoriza, abre una ventanita a lo que podía estar sucediendo en el espíritu de los secuestrados que, tras pasar por la tortura, empezaron a simular: “Una vez, en la ESMA, soñé que me operaban varias veces y que para hacerlo me metían sucesivamente en quirófanos relucientes, geométricos, que parecían pertenecer a otra galaxia. Al finalizar, veía que el espejo reflejaba un rostro igual al mío pero que no era el mío. Tenía moretones en los pómulos y yo intentaba ver debajo de ellos. ¿Qué había tras esa piel y esas mejillas? ¿Qué me habían hecho por dentro?, me preguntaba con desesperación mirándome en los espejos, uno tras otro, sin respuesta. Por fin llegaba otra persona, un compañero desconocido, alto, de otro tiempo, que me decía: ‘vos sos Lila’ y repetía la frase una y otra vez muy lentamente hasta que también yo lo hacía y me daba cuenta de que ése era mi nombre y el rostro del espejo se despejaba, las marcas desaparecían y me inundaba una gran paz”.

Uno de los notables montoneros, junto a Martín Gras, que negoció con los marinos el *plan de recuperación* que salvó la vida de muchos, fue una mujer: Mercedes Carazo, nombre de guerra, Lucy. Cuando la secuestraron en octubre de 1976, ella era la oficial montonero de mayor nivel dentro de la ESMA, encargada de la propaganda de la organización. Dos meses después cayó su marido, Marcelo Kurlat. Cuando un grupo de la ESMA lo fue a secuestrar a la casa, él se resistió hasta quedar malherido. Los marinos lo llevaron a la ESMA para mostrárselo, ya moribundo, a Lucy. “Hasta ese momento, Lucy había sido, dentro del campo de concentración, el paradigma de la guerrillera resistente”,

cuenta Daleo. “Los milicos decían que incluso ya no la torturaban porque sabían que no iba a *cantar* así que no valía la pena. Decidieron guardarla ahí como una especie de bicho ejemplar para las visitas. Pasado un tiempo, después de la muerte del marido, Lucy empezó a cambiar. Primero empezó a manifestar una especie de conversión religiosa que ya lindaba con lo grotesco. Para los otros secuestrados era muy doloroso pensar en un caso como éste por lo que ella significaba para nosotros y por ver cómo los marinos daban vuelta como una media a una persona que antes era otra cosa. Y el desarrollo de ese cambio fue tan terrible que ella terminó formando pareja con uno de los represores, Antonio Pernías, que era nada menos que quien había comandado el grupo operativo que mató a su marido. Siempre te quedaba la esperanza de que ella no supiera que el que estuvo al frente del operativo era ese tipo. Si no, no te podés explicar cómo podía amarlo. Ella hablaba de que estaba enamorada de él. No que, bueno, se acostó con él para salvar su vida. No: estaba enamorada de él. La última vez que la vi —ella ya estaba afuera y como nos conocíamos de antes pidió verme—, me confesó que lo sabía. Lo que le preocupaba era que Pernías no se quería hacer cargo de la paternidad de Mariana, su hija de diez años, a quien yo también conocía de antes, y que la nena siempre quería tener la foto del padre arriba de la mesita de luz.”

El sentimiento de gratitud de la víctima hacia el victimario que la *salva* es un fenómeno complejo que en más de un caso mutó en amor. Pero la gratitud no puede separarse fácilmente del odio o del deseo de venganza, que tuvo que ser suprimido para sobrevivir. Mercedes Carazo finalmente se separó de Pernías y, terminada la dictadura, se fue a vivir al exterior, donde rehizo su vida. Muchos años después, en 1998, rompió su silencio con un testimonio contra los marinos de la ESMA que consiguió reabrir una causa por otra desaparecida, Dagmar Hagelin. No hizo mención de su relación con Pernías.¹⁰ Hubo otros casos de montoneras secuestradas que terminaron casadas con sus secuestradores, pero, por lo que se sabe, una sola de esas uniones perduró: la del represor de la ESMA Jorge Radice, alias Ruger, y la ex montonera Anita Dvantman, alias Barbarella, que según varios testigos fue integrante del *mini-staff*. “Era transgresora y esa actitud todo el tiempo me provocaba, nunca había conocido una mujer así”, le escucharon decir al represor. “Ella sabía de cine, de pintura, de política y hasta de fierros.” Cuando Radice fue convocado a testimoniar en 1997 ante la Cámara Federal en la causa abierta por el destino final de los desaparecidos, reconoció un solo caso de tortura, el de su esposa, quien había sido una de sus víctimas en la ESMA. Al final de la audiencia, pidió que por *razones de privacidad* se levantara del acta la mención de esos tormentos. Los abogados que re-

presentaban a las familias de los desaparecidos se opusieron y la Corte les dio la razón: no existe privacidad cuando hay crímenes de lesa humanidad de por medio.

¿Por qué no me cuentan cosas de ella?

Otra historia inquietante de la vida privada de la Escuela de Mecánica de la Armada fue la del amor platónico del contraalmirante Rubén Chamorro por la guerrillera Norma Arrostito. El contraalmirante era director de la Escuela y, en términos jerárquicos, el máximo responsable del campo de concentración (si bien en la práctica, de acuerdo con los testimonios, el amo y señor del lugar era El Tigre Acosta, como él mismo no se cansaba de repetir). Arrostito permaneció más de un año detenida clandestinamente en la ESMA, aunque en el momento de su secuestro se publicó en los diarios la noticia de que había sido “abatida” en un enfrentamiento. Los marinos del grupo de tareas que la secuestró hasta se tomaron el trabajo de verter sangre en la calle —en el presunto lugar del tiroteo—, para hacer más creíble la versión.

Norma Arrostito había sido una de las fundadoras del grupo Montoneros. Era un personaje legendario, tanto para los guerrilleros como para los mismos represores. Los marinos se enorgullecían de tenerla presa y los del Ejército se la envidiaban, porque querían vengar la participación de Arrostito en el asesinato del general Aramburu en 1970, el primer gran golpe por el que se dieron a conocer los Montoneros. Según los sobrevivientes de la ESMA, Arrostito, cuyo nombre de guerra era La Gavy (por gaviota), tuvo una conducta inquebrantable ante los interrogatorios. Sabiéndose con certeza condenada a muerte, había alcanzado un estado de extraña trascendencia, sin doblegarse e incluso conservando cierta altivez. El contraalmirante Chamorro, que en general casi no mantenía diálogos ni visitas con ningún secuestrado, la quiso conocer, no para interrogarla sino tal vez para descubrir qué alentaba a esa dura militante aun en la peor de las circunstancias.

Desconcertando por igual a secuestrados y represores, Chamorro empezó a frecuentar a Arrostito cada vez con mayor frecuencia. Se pasaban horas en la celda apartada donde tenían recluida a La Gavy, hablando quién sabe de qué. Juan Gasparini, que convivió con Arrostito en la ESMA durante un año y tuvo muchas conversaciones con ella, piensa que Chamorro la comenzó a visitar en su celda por curiosidad, dándole la oportunidad de entablar charlas abiertas, sobre lo que pasaba en el campo y lo que le pasaba a cada uno. “No creo que a Chamorro lo haya movido sólo la curiosidad. Seguro, también, un cierto sentimiento de culpa frente a la matanza que estaban llevando a cabo. Gavy encar-



naba una síntesis de los hombres y mujeres que pasaban por aquel calvario. Chamorro, por su lado, era allí el que mejor podía sentir el peso de estar al servicio de la política que perpetraba tantas atrocidades diarias, lo que causaba también efectos devastadores en el fuero íntimo de algunos de ellos.”

Para ejemplificar esta situación, Gasparini recuerda que un sábado por la noche, cuando el campo de concentración estaba casi desierto de oficiales, le anunciaron a un oficial que traían un nuevo secuestrado que debería ser interrogado (es decir, torturado) por él, pues no había ningún otro oficial de inteligencia disponible. Él le comentó: “¡Te juro que no me lo banco más!”. También supo por otra detenida que el torturador que le tocó una vez le pidió que gritara como si la estuviera torturando, para que sus camaradas, que se hallaban fuera de la sala, creyeran que lo estaba haciendo debidamente, pero que él no lo haría porque “ya no se la bancaba”. Por supuesto, no eran más que raras excepciones a la regla. Pero los intentos de reparación que a veces practicaban los torturadores sobre sus propias víctimas y la extraña convivencia de la crueldad con la clemencia aparecen en muchos testimonios. Como si los represores buscaran justificar su comportamiento ante sus víctimas

Los prisioneros y las prisioneras de la ESMA hacían sus necesidades y se duchaban en un baño sin puertas, delante de los guardias. “La desnudez del prisionero y la capucha aumentan su indefensión pero también expresan una voluntad de hacer transparente al hombre, violar su intimidad, apoderarse de su secreto, verlo sin que pueda ver, que subyace a la tortura y constituye una de las normas de la casa” (Pilar Calveiro, sobreviviente de la ESMA).

(Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación)

o humanizarse. Los responsables de decenas de asesinatos a veces también salvaron a alguien. Un represor, después de secuestrar a la militante Graciela Geuna y de asesinar a su marido, le dijo que ya se había encargado de colocar al gato y al perro, que se quedara tranquila por los animales. El mismo contraalmirante Chamorro, además de su responsabilidad por todo lo ocurrido en la Escuela que él dirigía, también participó personalmente en actos de extrema crueldad –según el testimonio de un ex represor–¹¹ como hacer volar en pedazos con dinamita a cinco prisioneros vivos o la violación y posterior asesinato de unas muchachas (desvinculadas de la política) que habían sido “seducidas” por personal de la ESMA.

El interés del contraalmirante Chamorro por Norma Arrostito tuvo una derivación inesperada, acaso relacionada con la idea que tenían los marinos de la *recuperación* de las guerrilleras: por orden suya, se le entregaron elementos de maquillaje y un guardia debía verificar cada mañana si la reclusa se había pintado. Graciela Daleo cuenta que cuando le dijeron que allí estaba Norma Arrostito y ella pidió verla, le explicaron que en ese momento no podía venir porque estaba con los rulos puestos. Entonces pensó que se trataba de una mentira ridícula. Por otra parte, sin que fuera en su caso una estrategia de simulación, Arrostito también vivió durante este proceso una especie de conversión religiosa. De ser atea y una firme materialista, se volcó a la lectura de la Biblia, a los rezos diarios e incluso al estudio y práctica del tarot. Con el tiempo consiguió que le trajeran unos libros y las barajas. Los guardias y hasta los oficiales venían a que La Gavy les tirara las cartas. Dicen que se negaba a hacerlo con los otros secuestrados.

En esa época, recuerda Gasparini, también sufrió un cambio su postura frente a los *marcadores*, es decir, los que sobrevivían gracias a la delación y la colaboración abierta. “Los seguía desaprobando, pero no los consideraba más casos perdidos. Probablemente sus nuevas convicciones religiosas le hayan empujado a ello. En todo caso, entonces decía que si bien una persona había comenzado a colaborar con la represión, viniendo del sector de los reprimidos, podía cambiar y en un momento negarse a seguir haciéndolo, como ocurrió con varios. Era normal, por otra parte, que allí adentro se rompieran todos los esquemas. Todo era distinto.”

Todos los presos llevaban los tobillos atenazados por grilletes y a la Arrostito, que tenía problemas de circulación, le provocaron flebitis y una terrible inflamación en las piernas. El contraalmirante mandó a Acosta –el jefe del grupo de tareas y su subordinado– a que se los quitara. Sin embargo, el Tigre, que ya desconfiaba de esa preferencia de su superior por la guerrillera, hizo valer su responsabilidad sobre los detenidos y se negó a quitarle a ningún preso los grilletes. El Tigre ame-

nazó con renunciar si tenía que cumplir la orden. Chamorro, contrariado, consiguió una bicicleta fija para que La Gavy ejercitara las piernas en la celda... con los grilletes puestos.

Parece que el contraalmirante también tuvo ocasión de amenazar con su propia renuncia cuando su jefe máximo, el almirante Massera, le ordenó que entregara su guerrillera cautiva al Ejército, que la reclamaba insistentemente. Chamorro no lo hizo, argumentando el valor táctico de retener a la Arrostito, ya no en la lucha contra la subversión, sino en la interna con el Ejército. La Armada podía jactarse de tener vivo dentro de la ESMA a un cuadro montonero como Arrostito, que el Ejército hubiera matado de inmediato, dejando entrever que habían logrado un alto grado de colaboración y demostrando así la mayor astucia de los marinos. Massera aceptó postergar el asunto, sin comprender demasiado el empecinamiento de su subordinado. En realidad, Chamorro quería cumplir la promesa que le habría hecho a ella de ser él mismo el encargado de su muerte cuando llegara la hora.

Pero esa hora no llegaba. Acosta se enteró de la interna y, no se sabe si obrando por las suyas o siguiendo instrucciones de Massera, aprovechó una licencia de Chamorro, quien se ausentó de la Escuela por unos días, para terminar con el problema. Mandó al médico de la ESMA y a un enfermero para darle su habitual inyección contra la flebitis. Minutos después, Gavy comenzaba a gritar que se moría. Se la llevaron en una camilla, donde otros secuestrados la vieron escupiendo baba por la boca. Luego les dijeron que murió camino al Hospital Naval en una ambulancia, por sus problemas circulatorios. Esa misma noche, del 15 de enero de 1978, el contraalmirante volvió desesperado a la Escuela y condujo una especie de investigación interna, tratando de develar las circunstancias precisas de esa muerte en conversaciones con los oficiales y los secuestrados. Algunos contaron que Chamorro lloraba cuando les hacía preguntas del caso. Si fue envenenada por Acosta, como parece probable, se trata de una paradoja cruel, ya que al ser detenida intentó suicidarse con la pastilla de cianuro y los marinos lograron salvarla, como se empeñaban en hacer, para después ser ellos los que decidían cuándo y cómo iba a morir un prisionero. Como corolario a esta historia, cabe reseñar un diálogo que tuvo lugar un par de meses después, cuando finalmente la celda “embrujada” de La Gavy volvió a ocuparse, ya que no sobraba lugar en el campo de concentración. Una noche, las nuevas ocupantes, dos reclusas, charlaban en voz baja fuera de hora cuando sintieron golpes en la puerta. Nadie golpea las puertas de una celda y menos allí. Extrañadas, dijeron “adelante”, o algo así, y al abrirse la puerta se encontraron con la fantasmal presencia del contraalmirante.

–Disculpen –empezó Chamorro–. Vi luz desde el patio y por un momento pensé que Gavy estaba despierta... pero no, Gavy murió.

Las muchachas quedaron petrificadas.

–¿Ustedes eran compañeras de ella?

Las secuestradas asintieron ante el extraño interrogatorio, sin olvidar que ya habían sido interrogadas casi hasta la muerte en la sala de torturas.

–¿Por qué no me cuentan cosas de ella?

Afuera

Una de las situaciones más difíciles se presentaba cuando sacaban a los secuestrados en un auto por la calle, a *marcar* a cualquier compañero con quien se pudieran cruzar. En general, llevaban a un *marcador* comprobado junto con otro prisionero del que los marinos guardaban dudas sobre su grado de colaboración. “Aunque vos supieras que no ibas a marcar a nadie, la situación era terrible”, recuerda Graciela Daleo. Su gran temor era cruzarse con un compañero, que se acercara a saludar o que al verla hiciera cualquier movimiento que lo delatara, o que el *marcador* lo pudiera señalar sin que ella tuviera posibilidad de hacer nada para prevenirlo. También temía que algún militante aún en libertad la viera en esa situación y pensara que se había pasado al otro bando. Por lo demás, la presencia del *marcador* hacía extremadamente difícil mantener la simulación, en caso de cruzarse con alguien que conocieran los dos. Ver la ciudad desde ahí también producía una sensación de irrealidad. “Eran como mundos paralelos, el de los muertos-vivos, nosotros, encerrados esperando que unos señores decidieran sobre nuestra vida o muerte, y ese auto del otro lado de la ventanilla, el mundo de los vivos que seguía igual, con gente que se divertía, paseaba, hablaba, iba a la cancha. Era macabro.”

“Aunque el campo es una realidad perfectamente arraigada en el mundo que lo rodea, el secuestrado siente que, al entrar en él, se ha despedido para siempre de la realidad de la que formó parte hasta ese momento”, anota Pilar Calveiro. “Por otra parte, y pese a todos los mecanismos de negación que se pueden desplegar, cada persona sabe, siente, intuye o sospecha que es, efectivamente, una especie de muerto que camina. Este hecho de tener sellada la suerte y seguir comiendo, durmiendo y teniendo sensaciones y sentimientos también tiene algo de fantástico, de increíble [...] El campo suponía la ruptura absoluta con el mundo que, sin embargo, estaba del otro lado de la pared.” La distancia enorme y al mismo tiempo la cercanía con el mundo exterior, que era uno de los aspectos desquiciantes de la existencia en el campo, hacía que fuera demasiado doloroso asomarse al *afuera* si no existía la esperanza de una reintegración.



Cuando la Argentina ganó el Campeonato Mundial de Fútbol, en junio de 1978, los prisioneros del *staff* vieron la final contra Holanda en un televisor instalado en la *pecera*, mientras los que permanecían aislados en *capucha* escuchaban los goles cuyo sonido llegaba desde el estadio de River Plate, a pocas cuadras de la ESMA. Al terminar el partido, el Tigre Acosta subió corriendo al altillo para saludar a sus prisioneros y para llevar a algunos afuera a fin de que pudieran ver cómo festejaban los argentinos en las calles de la ciudad. Les dieron un momento para que se prepararan: las mujeres, en particular, debían vestirse con sus mejores ropas y maquillarse. “A mí me subieron a un Peugeot 504”, recuerda Graciela Daleo. “Salimos en una caravana de cuatro coches. Enfilaron hacia la avenida Cabildo. Era tal la multitud de gente que no podían avanzar. Entonces yo le pedí al oficial a cargo nuestro si me dejaba asomar la cabeza por el techo. El tipo abrió el techo, me paré en el asiento, saqué la cabeza afuera y miré a la gente festejar. Festejaban como locos. ¡Con los campos de concentración llenos de gente! Si yo me pongo a gritar acá, ahora, que estoy secuestrada, nadie me va a dar bola, pensaba. Y lloraba, en silencio. Esa sensación de soledad no la sentí ni en la *máquina*, la tortura, ¿no?” Después, fueron todos a cenar a una parrilla en Martínez, que estaba repleta de gente que cantaba y bailaba. El contingente de la ESMA se ubicó en un salón del fondo, en una mesa larga. “Éramos unos diez prisioneros y unos treinta marinos. La gente cantaba: ‘¡El que no salta es un ho-

“Desde el momento en que llego, me dicen: ‘vos no te llamás más Mario Villani, vos sos X 98’. Inmediatamente después, viene otra persona, distinta de la que me dice eso, y me pregunta: ‘¿cómo se llama usted?’. Yo le digo: ‘Mario Villani’. Y ahí es el primer golpe que recibo. Así tres o cuatro veces y a la quinta vez que preguntaron, contesté: ‘X 98’.”
(Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación)

landés!'. Y nosotros también. Hacíamos trencito y cantábamos con los milicos. Fue un momento en que yo sentí que me volvía loca. No aguantaba más. Sentía que no podía sostener más la simulación. Pedí permiso para pasar al baño. Cuando estaba ya en el inodoro, con la puerta cerrada, saqué el lápiz de labios que tenía en la cartera y escribí: *¡Milicos asesinos! ¡Massera asesino! ¡Viva Perón! ¡Vivan los Montoneros!* Cuando gasté todo el rouge, volví a la mesa. Ahí me entró el pánico. Ahora alguien va a ir al baño, va a ver lo que hice, se van a dar cuenta de que fui yo... Quería salir lo más rápido posible de ese restaurant infernal. Era terrible, pero no veía el momento de que nos llevaran de vuelta a la ESMA.”

El *plan de recuperación* les permitía a los secuestrados un hilo de esperanza, precisamente por ese contacto con el exterior. Uno de los aspectos más angustiantes eran las visitas familiares. Para estimular a los prisioneros o, por el contrario, para que tomaran conciencia de que los marinos controlaban todos los aspectos de su vida, adentro y afuera, se permitió el restablecimiento de vínculos con la familia del secuestrado. Primero, se establecía un contacto telefónico. Para los familiares, que la persona desaparecida que estaban buscando con desesperación y que no tenían idea de dónde podía estar, que no sabían si viva o muerta, de pronto llamara por teléfono y contara que estaba bien, era como la aparición repentina de un espectro. “Yo me imagino que Ana estaba hablando con dos o tres tipos alrededor, que no podía decir mucho, pero por lo menos yo la escuchaba, ella decía: ‘Sí, estoy acá, estoy bien’. Era increíble. Por lo menos sabía que estaba viva”, recuerda la madre de Ana Testa, otra secuestrada de la ESMA. Al poco tiempo, se presentó en casa de los padres un oficial de la Armada, un tal Marcelo, el alias del represor a cargo del caso de Ana: “Cuando lo vimos aparecer acá pensamos lo peor. Pero Marcelo me explicó que ellos tenían a la gente ahí para tratar de que se *recuperen*, que Ana, por ejemplo, había entrado en el *plan de recuperación*. Los que iban ahí, según Marcelo, se confesaban con ellos y, de tanto estar ahí, ellos lograban llevarlos por el buen camino. Pero a mí jamás me dijeron que ahí los mataban a todos, o que ya habían matado a tres mil personas.

”Un día avisan por teléfono que dejemos el portón abierto y que no haya nadie en la casa que no fuera de la familia, porque iban a llegar. Y así hicieron. Dejamos el portón abierto, entraron con el coche, eran cuatro personas, y traían a Ana con los ojos vendados. Yo no lo podía creer. ¡Pero los tipos eran como para salir disparando! Venían armados hasta los dientes. ¿Sabés lo que era, tener que aguantártelos en la casa y en silencio? ¡Y tener que hacerles las comidas más ricas porque los querías homenajear! ¿Y no hay salame de chacra? Sí, acá está el salame de chacra. ¿Y no hay un buen vino? Sí, ya se lo traigo. ¡Lo que quieran! Un día Marcelo quiso ir a comprarse ropa, ¡y lo llevamos a comprar ropa! Marcelo,

cuando venía, dormía acá, almorzaba con nosotros, incluso contaba cosas de su familia. Hasta llegó a decirme una vez: ‘¡Si mi madre supiera dónde estoy yo! Porque mi mamá siempre creyó que yo solamente hacía la carrera naval...’. Incluso en un momento hasta me dijo que estaba enamorado de Ana. Y a veces hasta yo decía, ¡bueno!, ¡que Ana le diga que sí!, ¡con tal de que él la vuelva a traer!’

Con Marcelo se dio una relación ambivalente, que ilustra cómo el *proceso de recuperación* afectaba tanto a los prisioneros como a los represores. “Yo creo que Marcelo era un tipo que había entrado muy joven a esta historia y que estaba absolutamente destruido”, recuerda Ana Testa. “Si él miraba un minuto afuera, no sabía dónde estaba parado porque no tenía amigos, no tenía pareja, no tenía nada. Tener veintisiete años y estar ahí adentro... Otros tipos tenían su familia, tenían hijos. Salían, se sacaban la máscara, dejaban la picana acá y cuando llegaban a la casa le miraban el cuaderno al pibe y le preguntaban cómo le había ido en el colegio. Pero este tipo no tenía a nadie. Incluso vivía ahí adentro. Los presos viejos contaban que este tipo en sus orígenes había sido terrorífico. Cuando yo lo conocí, ya venía en un proceso de decadencia en ese rol. Y había tomado una apariencia humana. Yo no sé si era una apariencia. Yo se la creía. Yo mantenía charlas con este tipo donde él me contaba que él, cuando esto se terminara, no iba a saber qué hacer con su vida. [...] Yo creo que, en el fondo, el vínculo entre el torturador y el torturado, entre el secuestrador y el secuestrado, es un vínculo tan psicópata que se establece una situación de compensación, es decir, vos sentís que el mismo tipo que te va a matar es el tipo que te protege.”

No contamos con demasiados testimonios de cómo la existencia de los campos de concentración afectaba la vida privada de los que estaban afuera, salvo en el caso de las familias de los desaparecidos. Muchos de ellos también vivían sumergidos en una atmósfera de irrealidad de algún modo simétrica a la de los desaparecidos. Pablo Fernández Mejjide tenía diecisiete años cuando se lo llevaron de la casa de sus padres, una noche a las dos de la mañana. “Pocas horas después, el barrio amaneció como de costumbre”, recuerda su padre. “Abrieron los quioscos, andaban los colectivos, los chicos iban al colegio. Yo miraba por la ventana como si estuviera mirando a través de un telescopio y la calle fuera un planeta lejano. Es una impresión que me quedó por muchos años.” Su madre, Graciela Fernández Mejjide, recuerda las sensaciones que la asaltaban en esa época: “Podía estar en un lugar muy conocido, como la esquina de mi casa, y de pronto no reconocer dónde estaba. Podía estar a bordo de un colectivo y bajar corriendo de un salto, convencida de que un chico que veía por la calle era Pablo. Por supuesto, no era él. Y ahí una vez más no tenía ni idea de dónde me encontraba”. Fernández Mejjide integró años después la Co-

misión Nacional sobre la Desaparición de Personas, instaurada al terminar la dictadura militar. Estas mismas anécdotas se las escuché a cientos de familiares de desaparecidos. Al no saber dónde estaban sus familiares desaparecidos, se sentían ellos mismos perdidos.

Un caso perturbador, pero a su manera típico, de los efectos que tenía en la familia cuando algún miembro desaparecía, fue el de Soledad B., una mujer que quiso brindar su testimonio en forma anónima, preocupada por preservar lo que quedaba de su privacidad.¹² La hermana menor de Soledad fue secuestrada de su hogar en abril de 1976. “Llamaron por teléfono tres días después del secuestro”, cuenta Soledad. “Sabían todo de la familia. Exigían el pago de un rescate y me amenazaron a mí y, específicamente, a mi hijita.” Soledad tenía entonces una hija de cuatro meses, que estaba amamantando. Ella atribuye un posterior cáncer de mamas al trauma que sufrió en ese momento. “Nuestra familia, que tenía una situación más o menos desahogada, tuvo que vender departamentos, autos, un terreno, vendimos todo lo que podíamos vender. ¿Si creíamos realmente que podía salvar a mi hermana? ¿Que se apiadarían de mi bebida? No sabíamos dónde estábamos parados pero era impensable negarse.”

Los padres de Soledad emprendieron una búsqueda desesperada de su hija. Se les ordenó no avisar a la policía ni a la justicia si no querían que su hija sufriera las consecuencias. Debían entregar el rescate en determinado lugar; después, un nuevo rescate en otro lugar, siempre con renovadas amenazas. Vivían aguardando nuevas llamadas. Pero su hija nunca apareció. “Llegó un momento en que los que estábamos afuera casi le teníamos envidia a los que estaban adentro, en la cárcel. Era tal la inseguridad afuera, tan terrible la persecución y el miedo. Era muy angustiante no tener a nadie con quien hablar, nadie en quien confiar. Hasta los amigos se distanciaban. De golpe, nos convertimos en gente peligrosa. No confiabas en nadie, sospechabas de cualquiera, no querías conectarte con nadie. A tal punto que ni te animabas a mirar a la gente. Tenía una amiga que fue detenida en la calle porque querían saber a quién estaba mirando y por qué. Después de eso, no me animaba a mirar a la gente por la calle. En casa, siempre tenía la sensación de que en cualquier momento detrás de la puerta estarían ellos, que nos venían a buscar. En ese momento, hubiera dado cualquier cosa para estar en una cárcel. No sé cómo transmitir la dimensión que todo eso tenía.”

La desaparición era como un “agujero negro”, “un embudo que te tragaba”: expresiones parecidas que se repiten en algunos testimonios tanto de sobrevivientes de los campos como de familiares que permanecían afuera. “Un espacio de terror que no era ni de aquí ni de allá ni de parte alguna conocida, donde no estaban vivos ni tampoco muertos... y también allí quedaban atrapados los espíritus apenados de los parientes, los vecinos, los amigos.”¹³

Notas

1. La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, que investigó en 1984 el secuestro y “desaparición” de ciudadanos durante la dictadura militar de 1976 a 1983, comprobó la existencia de 340 centros clandestinos de detención, por donde desfilaron buena parte de los miles de desaparecidos. La Comisión recibió 8960 denuncias por desaparición de personas, pero aunque no hay cifras definitivas se estima que la cantidad de víctimas debe ser bastante más alta.
2. *Desaparición forzada de personas* (1989), *Montoneros, una historia* (1995), *Prohibido* (1997).
3. Siempre hay un factor un poco forzado en el testimonio público de una experiencia personal, ya sea en un film documental o en un juicio oral y público. Los testimoniantes en el juicio a las Juntas Militares de 1985 contaron incluso con asesoramiento de un conocido director de teatro, que les ayudó a expresar mejor precisamente sus vivencias más íntimas. Este asesoramiento se ocultó en la época por temor a que diera lugar a malentendidos sobre la veracidad de las declaraciones.
4. El testimonio de Villani fue de los más contundentes en el juicio contra las Juntas Militares llevado a cabo en 1985. Covani se hizo conocido por su verdadero nombre, Samuel Miara, a través del controvertido caso de sus dos hijos adoptivos, unos mellizos robados a una secuestrada que dio a luz en el Olimpo y luego fue asesinada.
5. Testimonio inédito de Martín Gras.
6. En un documento interno que circuló entre militantes montoneros en octubre de 1979, el sobreviviente de campo de concentración Juan Carlos Scarpatti estimó que, de todos los militantes capturados, sólo el 5% cayó por inteligencia o casualidad, mientras que el otro 95% lo fue a consecuencia de la colaboración directa o indirecta de sus compañeros. Dichas cifras desacreditaban por su magnitud la interpretación de que los que colaboraban era “traidores”, como sostenía la conducción montonera, a quien Scarpatti hace responsable de las caídas, por “impulsar una política incorrecta que llevó a la organización a la derrota, lo que determinó una falta de confianza y una baja en la moral del conjunto de su fuerza” (citado en Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, Buenos Aires, de la Campana, 1999, p. 149).
7. “Las confesiones de Nicoletti”, en *Gente*, 9-6-94.
8. Fuente anónima citada en Uki Goñi, *Judas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 170.
9. Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*. Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 97.
10. “Una mujer dijo que vio a Hagelin en la ESMA”, en *La Nación*, 26-9-98.
11. Raúl Vilaríño, “Yo secuestré, maté y vi torturar en la Escuela de Mecánica de la Armada”, *La Semana*, N° 370, 5-1-84.
12. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, Oxford University Press, 1998, p. 164.
13. Blanca Buda, *Cuerpo I, Zona IV*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 18.

Sociabilidades

Dora Schwarzstein

María Inés Barbero, Mariela Ceva

A partir de los años veinte y treinta el triunfo del fascismo y del nazismo, la Guerra Civil Española y, posteriormente, la Segunda Guerra Mundial tendrán como consecuencia la llegada de exilados que huyen de las persecuciones y la muerte. Judíos y republicanos tendrán en común la conciencia del drama europeo. La guerra no es para ellos un fragor lejano, sino la angustia de infiernos personales que marcará incluso la memoria de los que no la vieron, pero escucharon de niños los relatos de espanto y de breve gloria, las canciones republicanas o las del ghetto de Varsovia. Para quienes habían perdido tanto, cabe recordar el sentido original de lo “privado” como separación, exclusión. La vida privada puede ser la conciencia de una falta, de una intimidad mutilada que las redes de solidaridad, los ámbitos comunitarios tratarían de colmar. Los referentes no serán, sin embargo, los judíos y españoles ya instalados en el país. Exilio e inmigración son experiencias radicalmente diferentes, y las formas y lugares de sociabilidad de exilados e inmigrantes no fueron los mismos. Las relaciones con la lengua, por ejemplo, marcan a la vez la ruptura entre dos comunidades y denotan, en sí mismas, figuras de la privacidad. Los judíos alemanes imponen el uso del alemán en la casa, inventan un idioma propio que traduce de manera literal ciertas palabras castellanas y rechazan el idish que caracterizaba a las comunidades preestablecidas: formas de inventar y fortalecer sociabilidades que, más allá del contexto, producen una intimidad, un secreto, una máscara sonora. Mientras que para los españoles la privacidad pensada como identidad primera se reducirá a veces a la voz interior de una lengua silenciada.

Pero las modulaciones de la privacidad no son sólo formas de la experiencia ligadas a lugares, rituales, personas, afectos, sino también géneros destinados a producir efectos, inculcar una pedagogía, lograr una dominación, seducir, desarticular un enunciado. La experiencia de Villa Flandria, fábrica textil fundada en medio de la nada a fines de la década de 1920 por un empresario belga profundamente católico nos permitirá ver, por una parte, las sociabilidades obreras; por otra, una

nueva modalidad de los conceptos que organizan esta obra. El paternalismo puede ser pensado no sólo como sistema de disciplinamiento o puro gesto filantrópico sino también como experiencia compleja de coacciones y elecciones fundada en la disolución de las fronteras entre público y privado, como estrategia patronal en la que se inscriben las tácticas contrapuestas o interlocutorias de esas familias de trabajadores. La privacidad, construida sobre categorías consolidadas y claramente legibles, puede transformarse en el eje de un dispositivo cuya mecánica es la de crear espacios y prácticas donde se borren las fronteras, donde la vida pública lleve la marca de los rigores y las suavidades propias de la privacidad y, a su vez, ninguna intimidad escape al ojo del amo. El equilibrio logrado en Villa Flandria se verá roto por la llegada del peronismo, de los sindicatos, por la irrupción del Estado.

Fernando Devoto
Marta Madero



Entre la tierra perdida y la tierra prestada: refugiados judíos y españoles en la Argentina

Dora Schwarzstein

El vapor *Massilia* había dejado el puerto francés de La Rochelle el 18 de octubre de 1939, con destino a América del Sur. Sus pasajeros partían de Europa, donde poco antes había comenzado la Segunda Guerra Mundial, con la esperanza de encontrar horizontes más favorables. Al promediar la travesía, uno de ellos alzó en brazos a la “mascota” del pasaje, una niña de sólo dos meses, le colocó sobre la frente una moneda de oro con la efigie de Vittorio Emmanuelle III e hizo votos para que le trajera suerte en su nuevo destino. La moneda, luego engarzada, adornó el cuello de la niña durante muchos años.

En este encuentro se producía el cruce de dos trayectorias migratorias que se repetiría en múltiples historias. El hombre mayor era parte de un grupo de judíos italianos que escapaba del creciente hostigamiento que enfrentaban en su país natal; la niña, a pesar de su corta edad, tenía detrás de sí una larga historia de derrota y persecución. Había nacido en París, adonde sus padres llegaron a comienzos de 1939 fugitivos de España después de la derrota de los republicanos. Habían pasado por la inédita y dura experiencia de los *Centres d'Accueil* que los franceses inventaron para hacer frente al inesperado aluvión español, y cuya siniestra eficacia inspiraría más tarde los primeros campos de concentración alemanes.

El vapor *Massilia* ancló en el puerto de Buenos Aires el domingo 5 de noviembre de 1939. Sus pasajeros debían continuar viaje en los trenes internacionales a Chile y Paraguay o en el vapor de la carrera a Uruguay. El judío italiano de nuestra historia, como otros que venían a bor-

Destinos comunes

Cruce de los Pirineos.

Empieza a amanecer en el horizonte. La carretera y sus alrededores. La gente como un río. Por las márgenes, los que han pasado la noche al amparo de los árboles se desentumecen. Por la calzada: soldados, niños, mujeres, viejos, carros, heridos. Sigue lloviendo. Bocinazos. Gritos. Un auto pugna por adelantar en contra de la corriente. La gente se aparta con lentitud.
(Marx Aub, Campo Francés, Ruedo Ibérico, 1965, p. 11)

do, consiguió llegar al Paraguay. La niña, en cambio, se quedó en Buenos Aires.

La historia del *Massilia* es una de las más coloridas y recordadas por los exiliados republicanos en la Argentina. Mientras los pasajeros esperaban para ser trasladados, se presentó en el puerto Natalio Botana, director del diario *Crítica*, periódico que apoyaba fervientemente la causa republicana desde el estallido de la Guerra Civil en 1936. *Crítica* había realizado una importante campaña de apoyo y colecta en favor de los republicanos. A eso se sumó que aquel mismo domingo, “Romántico”, un caballo de su propiedad, había ganado el premio Carlos Pellegrini, importante carrera en el hipódromo local. Botana decidió, entonces, donar el importe del premio a los españoles del *Massilia*, consiguiendo también del presidente Ortiz el permiso para que un puñado de hombres, mujeres y niños pudieran instalarse en la Argentina. Así se quedaron en el país, “gracias a un caballo que ganó”. La familia de la niña de nuestra historia estaba entre los sesenta intelectuales del total de 147 republicanos españoles del pasaje que se instalaron en la Argentina. Se trata del contingente numéricamente más importante de refugiados españoles que llegó a la Argentina antes de 1940.¹ El resto de los republicanos del *Massilia* continuó viaje hacia otros países, sobre todo a Chile.

Hubo otros cruces más intensos y permanentes entre judíos y españoles, como lo muestra, hacia la misma época, la historia de Isabel Ortiz y David Davidov. Ella, una española de pura cepa; él, un búlgaro judío que había ido a España a luchar con las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil. Se conocieron en Barcelona, y después de la caída del frente cruzaron la frontera hacia Francia. Aún no eran pareja. Ambos pasaron por campos de concentración franceses, de los que lograron escapar. Isabel contó con la ayuda, entre otros, de Pablo Picasso. David, por su parte, permaneció en el campo de Saint Ciprien —en el sur de Francia— durante tres meses, al cabo de los cuales logró escapar. Isabel tenía una dirección en París que David le había dado en Barcelona. Allí llegó casi al mismo tiempo que él. Se casaron en septiembre de 1939, pocos días después del estallido de la Segunda Guerra. David tenía que enrolarse en la Legión Extranjera o salir de Francia. Partieron hacia Sofía, donde nació su hija. Las tropas alemanas ya estaban en Rumania y se preveía su paso a Bulgaria, por lo que pensaron en seguir viaje. El padre de Isabel había conseguido llegar a Buenos Aires. Ellos querían reunirse con él en la Argentina pero no consiguieron visa. Iniciaron entonces un largo periplo que los llevó a Estambul, Bagdad, Teherán y Calcuta.

A pesar del largo recorrido, David e Isabel no abandonaron su objetivo. Se enteraron de que un vapor argentino de la línea Dodero proveniente de Hong Kong pasaría por Calcuta para cargar yute. Gracias a las

gestiones del escritor Manuel Mujica Lainez, lograron abordarlo y llegaron a Buenos Aires en septiembre de 1940.

Años después, Isabel hacía el siguiente balance de su historia compartida con David: “[...] España y su ideal [republicano] sirvieron para limar todas las asperezas raciales, religiosas, culturales. También sirvió para que pudiéramos no sentir en nuestro largo viaje por el mundo la atracción de nuestras tierras, que habíamos dejado: España y Bulgaria. En medio de un mundo tan hostil, siempre rodeados de dificultades, desde que nos conocimos hasta hoy, luchamos con todas nuestras fuerzas para poder salvar todo aquello que es digno de rescatar en un ser humano, nuestros ideales y la integridad de nuestras propias conciencias. Esto nos ha unido y creo que si tuviéramos que vivir otra vez lo que vivimos, lo haríamos con el mismo fervor”.²

Estas historias ocurrían cuando, como consecuencia de sucesos europeos –la expansión nazi y el triunfo nacionalista en la Guerra Civil española–, miles de personas buscaban con desesperación un país que los acogiera. Pero fue precisamente en esos años cuando en la Argentina se incrementaron las trabas para los extranjeros que quisieran inmigrar, en particular los refugiados. El país que había recibido a millones de inmigrantes desde 1880, cerró sus puertas a partir

Coyunturas comunes



El 1º de noviembre de 1939, la prensa de Rio de Janeiro destacó –con el titular “Vio la luz del día en París, cuando redoblaban los trambores militares”– la escala del vapor francés Massilia, con “ex combatientes españoles que siguen viaje hacia Chile”, así como la presencia de su “mascota” nacida en París. (Copeiro da noite, Rio de Janeiro, 1-11-1939)

de 1930. Cuando se produjo el estallido de la Guerra Civil española en 1936, el gobierno argentino mostró inmediatamente preocupación por el posible ingreso de los refugiados españoles, considerados “extranjeros indeseables”, debido al peligro ideológico que representaban.³ Durante 1938, los cónsules argentinos en el exterior fueron instruidos para suspender visas de ingreso al país, e incluso permisos ya acordados en Buenos Aires fueron revisados y en muchos casos, anulados.⁴ El fin de la Guerra Civil en abril de 1939 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial a los pocos meses no hicieron más que empeorar la situación.

¿Quiénes eran los “indeseables”?

Los republicanos españoles, derrotados en una guerra por las fuerzas franquistas, eran, indudablemente, exiliados políticos. Aunque representaran fuerzas de distinto tono y no fueran pocas las disputas entre ellos, tenían una cierta coherencia ideológica. A diferencia de los inmigrantes de las décadas anteriores, no habían dejado su país por voluntad propia para mejorar su situación económica. Se diferenciaban de los antiguos inmigrantes por sus regiones de origen; provenían de provincias del Norte de España y de otras que no habían participado de la emigración masiva, como la provincia de Madrid. Si bien se exilió en América una gran variedad de hombres y mujeres, se trataba en su inmensa mayoría de intelectuales y sectores privilegiados de la sociedad.⁵

Al igual que los españoles, los judíos, despojados de sus derechos y expulsados por el antisemitismo creciente, pertenecían a países que no habían participado de la inmigración masiva. Rusia, Polonia, Rumania, Hungría, Checoslovaquia y en menor medida Turquía, Marruecos y Siria habían contribuido el mayor porcentaje de inmigrantes judíos entre 1890 y 1930. A partir de 1933, en cambio, eran los judíos de Alemania, de Italia y, en menor número, de Polonia, los nuevos expulsados. Mientras los primeros se habían instalado en el campo en colonias agrícolas, iniciando luego el traslado a las ciudades, los refugiados de la década del treinta lo hicieron en los centros urbanos y especialmente en Buenos Aires. Algunos, los menos, fueron trasladados a Entre Ríos, donde se constituyó el primer núcleo de colonos alemanes en 1935, llamado Avigdor. Esta colonia formaba parte del proyecto de colonización para familias originarias de Alemania de la *Jewish Colonization Association*. También en Río Negro se instaló en 1936 una finca rural, en un intento de resolver el problema laboral de inmigrantes judíos jóvenes.

Del conjunto de refugiados judíos que llegó a la Argentina entre

1934 y 1941, el mayor porcentaje era de origen alemán, seguido por los polacos de Galitzia, austriacos, checos, italianos, húngaros, rumanos y rusos. La inmigración alemana judía de 1933 a 1939 tiene características distintas de la inmigración española e italiana, y también de la inmigración judeopolaca y rusa previa a esa fecha, que estaba fundada en la pobreza y el hambre y constituida por grupos de población de muy bajo nivel económico. Entre 1933 y 1939 ingresaron en la Argentina 25.000 judíos de habla alemana, pertenecientes en su mayoría a la pequeña y mediana burguesía. Más del cuarenta por ciento de los refugiados se instaló en Buenos Aires, un cincuenta por ciento en los alrededores de Buenos Aires y el resto en el interior del país. Antes del ascenso de Hitler, los judíos alemanes se sentían plenamente integrados en la sociedad alemana; eran primordialmente alemanes de credo judío.⁶ Lo mismo ocurría con los judíos italianos. No se trataba de perseguidos políticos. Ésta es una diferencia fundamental con los republicanos españoles, ya que, salvo los judíos que integraban grupos sionistas o militaban en algunos de los partidos de izquierda, los italianos no habían sido políticamente activos en contra del régimen imperante en su país.⁷

Tanto los republicanos españoles como los judíos que escapaban del nazismo constituyeron grupos muy diferenciados respecto de sus orígenes nacionales y/o regionales así como de sus ideologías y prácticas religiosas. En este artículo trataremos a los españoles en su conjunto, mientras que, de entre los judíos llegados entre 1933 y 1939, nos centraremos en los alemanes, el grupo más numeroso.

Judíos y españoles en la Argentina vivieron la Segunda Guerra Mundial con gran expectativa. Estaban pendientes de las noticias que leían ávidamente en la prensa o escuchaban por la radio y que luego compartían con otros miembros de la comunidad. La Guerra Mundial era tema de las tertulias y encuentros; esta preocupación los unía y eran “los únicos verdaderamente interesados en el desarrollo de los acontecimientos”.⁸

Los españoles confiaban en que el triunfo de los aliados significaría la caída de Franco y de su régimen opresor. “Teníamos un gran optimismo en la pronta vuelta a casa. Todo lo hacía suponer así, [...] éramos inconscientes, pensando día y noche en volver. Pero las necesidades y no aflojar daban sentido al exilio.”⁹

Los niños de los hogares republicanos vivieron también pendientes de la guerra. Los cuentos infantiles de la época pasaron a segundo plano y las canciones de cuna fueron sustituidas por melodías de la guerra

Vivir la guerra

de España y relatos que reconstruían sus principales episodios. El contexto más general de la guerra europea hizo que, en lugar del cuco que aterraba a los niños argentinos, fueran los nazis alemanes quienes aparecieran amenazantes, como símbolos del demonio.

Para los españoles, durante los años de la guerra, lo peor había pasado, sólo les quedaba la esperanza; para los judíos, en cambio, la guerra significó muy rápidamente la brutal matanza de familiares y amigos montada por el nacionalsocialismo. La ilusión de que el régimen nazi no duraría mucho tiempo y de que la locura antisemita se disiparía, fue reemplazada por las noticias de familiares internados en campos de concentración y privados de lo más elemental.

La guerra era más angustiante para ellos y producía sentimientos de humillación e impotencia. “Mis padres y mi hermano menor quedaron en Alemania, hice todo lo posible para traerlos; cuando conseguí todos los papeles fue demasiado tarde, murieron en Auschwitz. Nunca quise regresar a Alemania, esa no era más mi patria.”¹⁰

En 1938, con la invasión alemana a Austria y luego a Checoslovaquia, comenzó el peor período de la persecución a los judíos. Leyes y decretos destinados a extirparlos de todas partes, despojos, actos de violencia y encarcelamientos masivos fueron puestos en práctica en Alemania. La posterior invasión a Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica se completó con la ocupación de Francia en 1940, formándose así el Gran Reich. La Italia de Mussolini, por su parte, adoptó desde 1938 una actitud racista hacia los judíos, una minoría bien integrada en la sociedad que comenzó a ser severamente perseguida. Hasta 1941 había todavía posibilidades de obtener permisos de salida de Europa. Distinta sería la situación a partir de 1942, cuando el régimen nazi decidió llevar a cabo la “solución final” al problema judío aplicando métodos modernos para el exterminio de seres humanos.

El refugiado como no inmigrante

Los refugiados eran hombres y mujeres forzados a dejar sus países por persecuciones políticas, raciales o religiosas.

El cruce del Atlántico y la convivencia en los barcos con gente muy variada fueron experiencias que los obligaron a construir su identidad de refugiados y tomar al mismo tiempo conciencia de la nueva condición que enfrentaban. El cruce fue un verdadero pasaje: pasaje entre continentes, entre existencias, que puso en juego una compleja gama de sensaciones. Definieron su condición de refugiados en torno a dos polos: por un lado, la relación con el origen y la tierra familiar que fue forzosamente abandonada, dejada atrás, arrancada y para muchos inexorablemente perdida; por otro, el vínculo



con la nueva tierra de refugio, extraña, desconocida, decididamente *otra*. La identidad de los refugiados tenía otra característica central: la culpa por la suerte de los que quedaron, que en el caso de los judíos sería aún peor cuando se revelaran en toda su dimensión las atrocidades del régimen nazi.

En el cruce que compartieron en tantos barcos, judíos y españoles tuvieron sensaciones ambivalentes. Alivio y agradecimiento por haber salido vivos, aunque no siempre intactos, pero al mismo tiempo dolor por la separación de familiares y amigos, pérdida traumática del hogar y las posesiones, ruptura con los lugares habituales, con el ambiente social y cultural, el trabajo y la profesión.

Grandes energías debieron ser invertidas para compensar la pérdida, a través de la creación de un nuevo mundo gobernable. El nuevo mundo del exiliado no era natural y su irrealidad se asemejaba muchas veces a la ficción. “Siempre hay una dimensión vacante en la vida del emigrado: la de su tierra de origen. El exiliado sigue buscándola en toda clase de actividades: literatura, cine, creaciones artísticas, comidas, conservación de costumbres, encuentros con otros exiliados.”¹¹

Emigrantes judíos y españoles se encontraron “todos en el mismo bote” y, convertidos en “hermanos de barco”, compartirían en adelante memorias de tiempos pasados, recuerdos felices y angustiantes que se superpondrían con momentos de nostalgia, desorientación y también de alegría.

Judíos centroeuropeos y españoles republicanos festejando el cruce del Ecuador, 1938.

(Colección privada)

*Relaciones con las comunidades
preexistentes*

Durante los años de la Guerra Civil, la numerosa comunidad española inmigrante residente en la Argentina había apoyado en su inmensa mayoría la causa republicana. Sin embargo, para los exiliados, fue importante diferenciarse de ellos. La distinción respecto del inmigrante, así como también de los que no combatieron en la guerra, fueron parte de una compleja trama que constituyó la identidad del exilio republicano, que reconocía su momento fundante en el final de la Guerra Civil. Se hizo necesario para ellos diferenciarse de los viejos inmigrantes que dejaron España por sus propios deseos, y de aquellos otros que tempranamente abandonaron el país sin comprometerse con la lucha. Si bien los exiliados mantuvieron vínculos estrechos con la comunidad española preexistente, así como con la sociedad argentina, constituyeron una verdadera “comunidad de republicanos”.

Algo similar ocurrió con los judíos alemanes. Los pocos judíos de habla alemana que habían inmigrado a la Argentina antes de 1933, que se autodefinían como “los antiguos residentes”, y los que llegaron en la época del nazismo, “los emigrantes” –que así subrayaban el carácter forzado de su salida de Alemania–, también enfatizaban sus diferencias. Los primeros habían llegado con proyectos laborales y económicos muy concretos y en muchos casos habían alcanzado una alta posición socioeconómica. Veían con cierto recelo la ola migratoria de los que llegaban huyendo del nazismo. Al igual que los republicanos, para los refugiados judíos la decisión de partir fue impulsada por la persecución y la necesidad de preservar sus vidas. Las condiciones de la partida produjeron en ellos una sensación de profunda ruptura con el país de origen. Se trata de un vínculo complejo y contradictorio. Además, tampoco se vinculaban con los exiliados políticos alemanes no judíos, en su mayoría socialistas y comunistas. Aun cuando se sentían cómodos en la Argentina, en el fondo se percibían como huéspedes, nunca como dueños de casa. Esta sensación sólo en parte fue mitigada por sentirse “ciudadanos del mundo”. Sin embargo, no lograron ocultar en sus relatos el sentimiento de disociación y, por ende, la falta de integración, como un elemento central de su identidad. El ser judíos no fue para ellos suficiente para percibirse como parte de una comunidad judía de orígenes diversos. No sólo se mantuvieron alejados de los nativos del país sino también de la comunidad judía preexistente. Diferencias idiomáticas y culturales importantes hicieron que se sintieran poco proclives a vincularse a ellos.

Por otra parte, “[...] en esa época la colectividad en general no era muy favorable a los inmigrantes judeoalemanes. No se nos veía con muy buenos ojos”.¹²

Si bien se sentían desarraigados “[...] porque en la Argentina no somos argentinos y en Alemania no somos alemanes tampoco. Porque

Alemania cambió, los alemanes cambiaron y nosotros también cambiamos [...]"¹³ aceptaron rápidamente la imposibilidad de regreso a su país de origen. Situaciones similares vivieron los judíos italianos, checos y vieneses llegados en la década de 1930.

Distinta fue la situación de los polacos, que se incorporaron a la numerosa comunidad preestablecida, en donde contaban con familias directas.

Las pensiones en las que se alojaron al llegar –algunos sólo por unos meses–, otros por años, fueron los primeros lugares de encuentro. En algunas de ellas coincidieron republicanos españoles y refugiados judíos y sufrieron la misma suerte. Un judío polaco que llegó a Buenos Aires a fines de 1939 recuerda: “[...] al día siguiente de llegar la policía fue a la pensión [donde vivíamos] y nos arrestó. Era la guerra de España y pensaban que nosotros éramos comunistas. Porque llegamos con valijas y en aquel entonces había un policía en cada esquina y judíos y españoles éramos sospechosos [...]”.¹⁴

Pensiones, conventillos en la Avenida de Mayo, cerca de Constitución, en Belgrano, fueron lugares donde convivieron republicanos españoles y judíos que no tenían familiares u otra alternativa para alojarse en los primeros tiempos. La vida transcurría en pequeños y promiscuos espacios. “[...] vivíamos en una pieza con una cocina de madera puesta sobre el patio. Había cuatro o cinco piezas en la casa, cada uno ocupaba una pieza y una cocinita enfrente, con un baño sobre el patio, no privado, de la casa.”¹⁵ El gran anhelo era poder alquilar la sala, que era la pieza más grande de la casa y además tenía ventanas a la calle. En algunos barrios, como Villa Crespo y Paternal, los dueños de los conventillos eran judíos. Muy rápidamente se establecían vínculos solidarios entre los habitantes de las pensiones. Los nuevos amigos reemplazaban a los abuelos, los tíos, los amigos dejados en las ciudades de origen.

Muchas fueron las manos solidarias que ayudaron a resolver los serios problemas de la instalación. Durante 1940, los españoles que fueron consiguiendo trabajo alquilaron pequeñas viviendas en torno a la Avenida de Mayo o en los barrios céntricos y Palermo. Eran frecuentes los cambios de domicilio. Para casi todos ellos las condiciones resultaron peores que las que habían gozado en España. Las casas a veces ni se amoblaban o se lo hacía con elementos muy precarios, a causa del tan soñado retorno inminente.

Los judíos alemanes se fueron instalando con preferencia en el barrio de Belgrano. Otros refugiados judíos optaron por el barrio de Once, que todavía a fines de los años treinta y durante los cuarenta seguía sien-

*De la pensión
a las primeras viviendas*

do el corazón de la judería de Buenos Aires.¹⁶ Allí vivía el mayor porcentaje de la población judía y se ubicaban los teatros, bancos, organizaciones de crédito y las asociaciones religiosas y comunitarias. El barrio era un espacio simbólico signado por relaciones que muchas veces reemplazaban a la familia perdida, y a la vez constituía un microcosmos protector que ayudaba a los recién llegados a sentirse en casa o a conseguir trabajo.

Muchos judíos adinerados no sólo trajeron sus ropas festivas –que incluían una gran variedad de sombreros–, sino también sus objetos más queridos. Era sorprendente que, escapando del nazismo, algunos trajeran muebles, pianos y otros objetos voluminosos.

*Una experiencia colectiva:
el grupo Riegner en la Argentina*

Una experiencia singular de sociabilidad compartida la constituyó un grupo de cincuenta jóvenes judíos alemanes de ambos sexos –entre quince y veinticinco años– que llegó a la Argentina huyendo de la persecución nazi y con la idea de mantener su identidad, preservando el espíritu colectivo. La idea y su realización fue llevada a cabo por dos jóvenes dirigentes de Berlín: Guenter Friedlander y Kurt Julio Riegner. Llegaron a Buenos Aires en tres contingentes entre comienzos de 1938 y mediados de 1939. El objetivo era instalarse en un hogar común en la nueva tierra, donde tendrían un punto de apoyo hasta estar en condiciones de independizarse.

En esta aventura se insinuaban despedidas definitivas entre familiares y amigos y se forjaban lazos de amistad que durarían toda la vida. La elección de la Argentina se debió a la posibilidad de conseguir visas oficiales, compradas a un alto costo, con la condición de que el viaje se realizara en primera clase. Instalados primero en una pensión en las cercanías de Plaza Constitución, se alojaron luego en otra de Belgrano, en la calle Juramento al 3000, llamada “Freiwald”. La pensión era sucia, la comida escasa y desagradable. Se ubicaron de a tres por habitación. La dueña era una corpulenta mujer de origen alemán de quien se decía que cambiaba de ropa sólo dos veces al año. Comenzó la aventura de conseguir trabajo. Sin manejar el idioma, los jóvenes, que no podían leer el diario, compraban *La Prensa*, “el que publicaba la mayor cantidad de avisos de trabajo”. Para subsistir, fundaron una asociación llamada “Los Amigos”, que ofrecía todo tipo de trabajo: pintura, arreglo de muebles, relojes, copias a máquina, traducciones. El objetivo era tener una casa propia a la espera de nuevos contingentes.

El 31 de marzo de 1938 nació el primer bebé argentino del grupo. El niño fue circuncidado en el dormitorio de los padres y asistió no sólo el grupo sino unos cuarenta allegados, en un ambiente festivo por primera



Jóvenes del grupo Riegner todavía en Alemania. Antes de salir hacia la Argentina, estos jóvenes se reunían periódicamente para la práctica de deportes y el aprendizaje de oficios que, pensaban, podían serles de utilidad.

(Archivo de la autora)

vez desde que habían salido de Alemania. Cumplían reglas severas: usar el castellano, buscar trabajo con energía, aspirar a la independencia económica, estimular la práctica del ahorro y adaptarse a las costumbres del país. Como el grupo era numeroso y bullicioso, consiguieron que la dueña habilitara un galpón que había en los fondos, que les servía de comedor y lugar para reuniones. Incluso en los comienzos se impuso la costumbre de acudir a la cena con corbata y saco, como se estilaba por entonces en el país, aun en los meses de verano.

Rápidamente el grupo se amplió con nuevas amistades. Los jóvenes aprendieron colectivamente las cosas prácticas de la vida diaria. Al cabo de pocas semanas todos estaban trabajando. Para las chicas fue más fácil encontrar empleo, porque eran contratadas como institutrices, preceptoras, modistas, costureras o simples sirvientas. Pronto abandonaron la pensión y se fueron a vivir a las casas donde habían sido empleadas. Al cabo de catorce meses alquilaron, por un precio razonable, una casa en el centro de Buenos Aires, un petit hotel de sólida construcción, con muchas habitaciones de variados tamaños, una sala en planta baja, una gran cocina y varios balcones. El inmueble estaba en Anchorena 1309 y su dueño era un arquitecto de ascendencia italiana; se mudaron en marzo de 1939. La inauguración se hizo a fines de abril con la participación de setenta invitados. Alegría y angustia eran los sentimientos dominantes. No era posible olvidar el destino de los judíos en Alemania, en particular, de los familiares directos.

Los jóvenes se dedicaron con gran entusiasmo a la decoración del nuevo hogar. Compraron camas turcas, roperos, cómodas, sillas y mesas. Ropa de cama y mantelería, así como cubiertos y otros elementos de cocina habían sido traídos desde Alemania. El hogar en Buenos Aires servía de tejido social para seguir adelante. Cada uno de los habitantes debía hacer su cama, mantener sus cosas en orden y lavar su ropa personal. Las muchachas se ocupaban de remendarla. Cada viernes por la noche comenzaban las celebraciones del *Shabat* y se respetaban todas las festividades del almanaque judío.

Más y más aprendieron la lengua castellana. Algunos abandonaron el hogar para residir con familiares o en la casa de sus empleadores. Muchas parejas se armaron entre los miembros del hogar y los nuevos matrimonios también abandonaron el lugar en busca de mayor intimidad. El hogar, que había sido concebido como un lugar transitorio, se disolvió a fines de 1940. El “tutelaje” de los jóvenes resultó innecesario: habían adquirido madurez, la mayor parte de ellos tenía trabajo y podían independizarse. La experiencia duró casi tres años, pero perduraría por siempre en la vida de estos jóvenes. Los integrantes del grupo formaron parte de muchas instituciones como socios y dirigentes, constituyendo un elemento sólido de la vida judeoalemana. El grupo fue un universo en miniatura y logró a través de los años perdurar en la memoria de sus integrantes como una fuerte marca de identidad.¹⁷

*Hablar alemán y conservar
el acento de España*

Para los españoles, un modo de conservar la identidad nacional era tratar de mantener el idioma y las costumbres, aunque en realidad se hablaban dos idiomas: “Mi padre quería que se hablara español de España, quería que se emplearan bien los verbos, que se emplearan ciertas palabras como *acera*; en fin, términos que son más españoles que argentinos [...] Yo me acuerdo haber hablado dos idiomas, con los españoles con las zetas y con los argentinos en argentino. Y todo el mundo consideraba normal esa disociación”.¹⁸

En la mayor parte de las casas de las familias republicanas se hablaban dos idiomas. Esto era parte de una decisión consciente, una verdadera obsesión. Se trataba de conservar el lenguaje para reafirmar un sentimiento de pertenencia, en un país en donde el riesgo de perderlo era inmenso. Para ello se recordaba obsesivamente lo que había sucedido con los inmigrantes que habían perdido los rasgos de su idioma en su afán de asimilación. *Tú y vos, tienes y tenés*, tiempos verbales compuestos, diferenciación de universos, el uso de la palabra casi con fines terapéuticos y simbólicos para recordar quién se es y sobre todo que se va a volver a España. “No sólo los exiliados, sino los hijos de los exiliados

como yo, hablamos con fuerte acento español, cosa que no ocurre con los hijos de los inmigrantes. El hijo de exiliado reafirmaba su situación.”¹⁹

Hubo algunos, pero fueron los menos, que decidieron “argentinizarse”, borrando todo vestigio del acento. Era también un modo de preservar la identidad de extranjero como una virtud interior y privada para protegerse en el anonimato de una pronunciación correcta.

Distinta era la situación de los judíos alemanes. Había que aprender un lenguaje totalmente nuevo y lo más rápido posible. Conseguir empleo dependía en gran medida de eso. Asistir a cursos de idioma castellano a cargo de la Asociación Filantrópica Israelita se imponía para todos. Concurrían gratuitamente a clases; al comienzo, tres veces por semana, luego, diariamente. Con el incremento del número de inmigrantes se desarrollaban varios cursos en forma simultánea. El castellano era un idioma totalmente desconocido para ellos, que escucharon por primera vez en el barco que los conducía al nuevo país. Fue más fácil para los que conocían latín o francés. Usar diccionarios, escuchar la radio, leer los carteles de la calle, intentar entender los avisos de los diarios para conseguir trabajo fueron las prácticas cotidianas que les permitieron empezar a entender y hacerse entender. Fue dramático perder el instrumento fundamental que constituye la lengua. Aunque fuera posible adquirir y hablar bien el español, era un idioma con el que mantuvieron una relación puramente intelectual y no afectiva.

El idioma fue para muchos la columna vertebral de su identidad. Gran cantidad de judíos alemanes en la Argentina hablaban sólo alemán entre ellos y con sus hijos, para no desintegrarse, y fue éste el elemento estructurante frente a la emigración y la pérdida. Al igual que los republicanos, el idioma de la casa era el idioma de origen. Cuando los niños empezaron a hablar el castellano y comenzaron a practicarlo entre ellos, fue costumbre frecuente prohibirlo en las comidas y reuniones familiares. Era una marca fuerte de la identidad y no se debía perder.²⁰

Esta comunidad tenía asimismo un gran rechazo por el idish, dialecto utilizado por la comunidad judía preestablecida. Lo consideraban un alemán deformado e inculto y lo asociaban a los grupos judíos más tradicionales, con los cuales no se identificaban. La falta de elementos de identificación, sumada al desconocimiento del idioma, hizo que en muchos casos se tradujeran, en los primeros tiempos, palabras a su propio idioma. Así Belgrano, zona donde se instaló el mayor número de judíos alemanes, fue bautizado “Schonkorn” (bello grano), con lo cual desaparecía toda alusión al creador de la bandera. Lo mismo hacían con nombres de calles. Así, por ejemplo, el lugar de citas más frecuente era la esquina de “Rathaus und Friedrich die Kreuzstrasse”, es decir, Cabil-

do y Federico Lacroze.²¹ Esto produjo, con el correr de los años, la gestación de un idioma propio, sólo comprensible entre ellos.

Mejorar el español era sin duda la posibilidad de vincularse con la sociedad global y sentirse parte de ella, mientras los idiomas maternos fortalecían los espacios privados y la sociabilidad tan deseada con los paisanos.

Entender otras costumbres

Para los judíos centroeuropeos la Argentina significó un verdadero choque de culturas, no sólo el idioma, también nuevas costumbres, otro clima, otras comidas. Casi ninguno tenía idea de las características del país con el que se iban a encontrar.

“Eran diferentes, se vestían de otra manera, sus costumbres, prácticas, fiestas, comidas no eran familiares, hablaban otro idioma, todo el universo al que nos enfrentábamos estaba muy lejos del habitual.”²²

El asombro era aun mayor cuando se enfrentaban a costumbres cotidianas: “A pesar del calor no se debe andar sin saco... Los hombres no deben bañarse si no es con una malla de mujer que incluye una pequeña pollera. Los hombres no pueden ingresar a los bares o confiterías que están reservados para las damas; las damas no pueden entrar en aquellos que están reservados para los hombres y los hombres solteros no pueden entrar en los salones para familias, salvo acompañados de una dama... hasta que a uno se le arma tal confusión que ya no sabe para dónde agarrar. Pero se puede trabajar y esto es lo más importante para todos nosotros. Es un sentimiento altamente gratificante poder trabajar y estar en igualdad de derechos con todos lo demás, en este sentido”.²³

“Fue muy difícil acostumbrarme a la falta de puntualidad. Para mí las diez son las diez, ni antes ni después. Yo estaba acostumbrada a la puntualidad y además jamás prometo algo que no voy a cumplir.”²⁴

Respecto a las comidas, la Asociación Filantrópica publicó un boletín informativo titulado “Consejos higiénicos para el inmigrante”, donde se aclaraba que toda persona sana podía comer tanta carne como deseara y que por tanto no era necesario limitarse. Asimismo explicaba que tomar mate no generaba ningún daño a la salud, aunque debiera tenerse en cuenta que tenía efectos estimulantes y laxativos.²⁵

A pesar de la inmensa comunidad española inmigrante y del arraigo de sus costumbres en la sociedad argentina, también los republicanos españoles sufrieron choques culturales.

“Con los inmigrantes casi no teníamos contactos y tú no puedes comentar con una argentina sobre la merluza con salsa verde, no tienen esa cultura. Puedes hablar de un asado. Con los tuyos puedes hablar lo que



En sus fiestas, las mujeres españolas exiliadas preparaban paellas, caldillos, cocidos, fabadas, callos, arroz con leche caldoso, chocolate con canela. Después del hambre pasado durante los tres años de guerra, la comida adquiría un significado peculiar; y junto con otras costumbres, eran los vínculos con el pasado y la tierra perdida.

(Archivo de la autora)

eran las peladillas, el arroz con leche de Madrid, las natillas. Había cosas que añorábamos y las decíamos entre nosotros.”²⁶

Descubrir a veces que existían las mismas comidas y que podían comprar el jamón serrano o las aceitunas les hacía sentir “como en casa”. Pero siempre aparecía algo que les recordaba que no era así. “Era como si estuvieras en la casa de tu madrastra, aunque diga que te va a tratar bien y que te quiere, no es lo mismo que la madre.”²⁷

En sus fiestas preparaban paellas, caldillos, cocidos, fabadas, callos, arroz con leche caldoso, chocolate con canela. “Valorábamos mucho la comida después del hambre que habíamos pasado durante los tres años de guerra y los campos en Francia.”²⁸

Pero indudablemente era algo más. La comida y la conservación de otras costumbres eran las prácticas que les permitían seguir vinculados con el pasado y con la tierra perdida.

A los jóvenes les llamaba la atención la formalidad con la que eran tratados por otros de su misma edad. “Los argentinos en esa época eran mucho más formales, más ceremoniosos... mantenían una distancia que nos molestaba.”²⁹ Otras prácticas también los sorprendían: “que te pidan el dinero adelantado si llevas a arreglar algo, era inconcebible. Nos extrañaba mucho esa desconfianza”.³⁰ La necesidad de mostrar el documento, el trato descortés, la prepotencia, a veces los desconcertaban.

“Cuando llegué a Buenos Aires sentí que recuperaba muchas cosas, la lengua por ejemplo. No era el castellano de Madrid, pero era castellano. Yo estaba contentísimo, estaba realmente exultante, era como si hubiera vuelto a casa [...] Luego vino la depresión, tal vez fuera mi fami-

lia, que estaba lejos, tal vez fuera, si hablo de la lengua, bueno, la lengua como se habla en Madrid, hablo de las calles, que no eran obviamente las calles de Madrid. Y las costumbres eran otras, estábamos en una tierra prestada.”³¹

*Los espacios de sociabilidad:
tertulias en casas de familia*

El exilio significó una brutal interrupción de sus vidas personales, una desintegración del mundo cotidiano; había dividido familias, dejado atrás viejos vínculos, amistades, roles sociales que jamás se recuperarían. Era necesario inventar una nueva vida. Y para hacerlo nada mejor que recrear en el país que los acogía “otra familia”. Era éste el espacio privado por excelencia de reafirmación de la identidad. Frente a la fragilidad de los vínculos, en la nueva tierra se opuso la solidez de nuevas redes “familiares” que se inventaban. Al arribar al nuevo espacio, lo más frecuente era insertarse en redes formales o informales de conacionales que habían compartido experiencias similares.

Los refugiados pusieron en juego su capacidad de crear y conservar redes solidarias fundadas en el origen común.

Así, los republicanos españoles se vincularon con diversos aspectos de la vida argentina, pero reforzando internamente una cerrada y frecuente interacción entre ellos. Era allí donde podían confrontar la realidad de un presente para reconocerse víctimas de un destino no elegido ni deseado.

Los acontecimientos familiares, todas las fiestas y eventos importantes se desarrollaban en un ambiente de republicanos. Se trataba de una elección consciente, es decir, no se concebía que se pudiera compartir cosas íntimas con gente de afuera, con la que se podían llevar muy bien y tener buenas relaciones, pero que de ningún modo se trataba de los mismos vínculos. Los fines de semana y los domingos en particular eran los días de interminables tertulias donde se compartían experiencias, se revivían episodios de la Guerra Civil y se desarrollaban acaloradas discusiones sobre la situación en España.

“Siempre la nuestra fue una casa abierta. Al principio venían los amigos que vivían solos en pensiones poco acogedoras. En casa encontraron, además de la cordialidad, las tertulias a las que eran asiduos. Se discutían escenas de cine y teatro, libros, el existencialismo de Sartre, la *nouvelle vague*, todos los acontecimientos políticos, conjeturas sobre lo que podía pasar en España, noticias de lo que allí pasaba que nos llegaban por cartas o revistas, noticias de la actualidad argentina, el peronismo que nos puso en una encrucijada.

”Las discusiones sobre el peronismo y la guerra, siempre la guerra. Los ánimos se encendían, las controversias subían de tono acalorada-

mente pero nunca llegaba la sangre al río y todo terminaba con una apabullante aseveración de aquel magnífico bohemio que fue Javier Farías, cuyas huellas en los cafés de la época aún no se deben haber borrado. ¿Pero es que no os habéis dado cuenta todavía que Franco ganó la guerra?’

”La conversación se enfriaba [...] todo terminaba con una ronda de cortados. Improvisábamos cenas, nos sentábamos en el suelo, era una bohemia, pero era muy alegre [...] frecuentábamos la casa de Rafael Alberti...”³²

Alberti, exiliado en la Argentina junto a su mujer, María Teresa León, había construido en Castelar su “Arboleda perdida”, punto de reunión ineludible de artistas, periodistas, escritores españoles a los que se les sumaban a veces algunos argentinos.³³ También el departamento de la avenida Las Heras, frente al Botánico, albergaba tertulias domingueras.

Los más jóvenes armaban sus propios grupos. La más famosa de las peñas juveniles funcionaba en la casa de quien había sido embajador de la República Española en la Argentina, donde vivía su nieta. Todos los sábados y domingos se reunían allí exiliados jóvenes e hijos de exilados. El tema obligado era España y se organizaban charlas, bailes y comidas. “En esas tertulias yo, que no sabía bailar, aprendí a bailar el tango. Al principio era incomprensible, no sentía que podía hacer coincidir la música con el movimiento...”³⁴ Poco a poco algunos jóvenes argentinos se fueron integrando. También los jóvenes asistían a las actividades del Centro Republicano y de allí partían a los teatros y bares de la Avenida de Mayo.



Los encuentros entre exiliados republicanos se multiplicaban en las ocasiones más diversas. En la foto se ve a Juan Cuatrecasas (a la derecha), destacado médico catalán, delegado de la Generalidad de Catalunya en el exilio, y a don Claudio Sánchez-Albornoz, historiador, fundador del Instituto de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, presidente del gobierno de la República en el exilio entre 1962 y 1971. (Archivo de la autora)

Buenos Aires en esos años tenía una intensa vida cultural: Margarita Xirgu interpretaba a Lorca en los teatros porteños, Miguel de Molina debutaba en la avenida Corrientes, Manuel de Falla dirigía en el Colón, Gori Muñoz realizaba el decorado y el vestuario para *Los cuernos de don Friolera*, de Ramón del Valle Inclán, interpretada por la compañía de Helena Cortesina y Andrés Mejuto, todos españoles simpatizantes de la causa republicana. Varias generaciones de exiliados se encontraban.

En México, pero sobre todo en Buenos Aires, se publicaban continuamente libros de refugiados. Revistas literarias, recitales de poetas, conferencias, hacían la vida más llevadera. Imposible olvidar a editores como Losada, Epifanio Madrid, López Llausás. Por doquier surgían cuadernos y revistas de cultura.

Las fiestas tradicionales se celebraban en las mismas casas todos los años, en unas las Navidades, en otras el Año Nuevo.

“Nos aislábamos porque no sabías cuando hablabas con la gente qué pensaban. En nuestras reuniones sí, porque aunque viniera algún argentino ya era gente que sabíamos que estaban con nosotros y compartían nuestros ideales.”³⁵

Se aislaban por temor; en sus tertulias se sentían más seguros. Una comunidad de la que se sintieron muy cerca fue la de los judíos de izquierda, que abrazaron la causa republicana y, al igual que ellos, estaban pendientes de la guerra. Luego de las fiestas y tertulias en hogareñas muchos terminaban la noche en algún café.

También los refugiados judíos buscaban ambientes de paisanos, donde se pudiera hablar el mismo idioma y compartir el mismo pasado. A la vez, existían ciertos rasgos de la vestimenta y el aspecto que los hacían fácilmente identificables.

“La casa de mis padres estaba siempre abierta para todos los inmigrantes. La gente joven de dieciocho, veinte o veintidós años que no tenían familia acá, que estaban solos, venían a comer a nuestra casa en Belgrano los sábados y domingos. Recuerdo que veía caminando a gente vestida con perramus, pilotos como los llamamos hoy, que no se conocían en Buenos Aires en ese entonces, y con un portafolio bajo el brazo; entonces yo los encaraba directamente en alemán porque reconocía a la legua que eran inmigrantes. Su apariencia y su vestimenta eran distintas a la nuestra que estábamos acriollados y vestíamos y actuábamos al uso de Buenos Aires.”³⁶

*Los espacios de sociabilidad:
los cafés de la Avenida de Mayo*

Llamada por algunos “La Gran Vía” por su semejanza con la avenida madrileña, la Avenida de Mayo era un hervidero en esa época. Restaurantes y cafés estaban poblados de inmigrantes españoles que se reu-

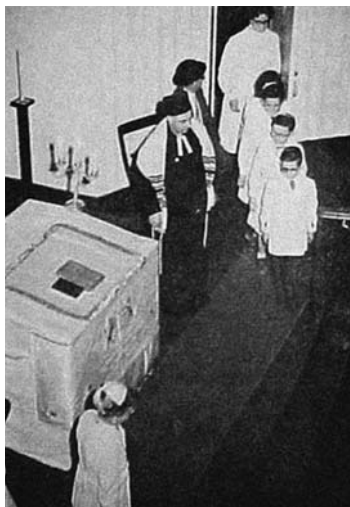


Para las fiestas, las casas de los republicanos cambiaban su fisonomía: se decoraba la sala, se corrían los muebles, se quitaban los adornos, se creaba espacio para los números vivos y los bailes. Guirnaldas con los colores de la bandera de España republicana daban el marco para las canciones de la Guerra Civil que se entonaban incansablemente.

(Archivo de la autora)

nían en interminables tertulias donde discutían los problemas de la Madre Patria. No se trataba de lugares de paso, sino de espacios concurridos por habitués. Mesas, bebidas asignadas, compañeros fijos, rituales diarios, a veces hasta juegos compartidos, los cafés eran un lugar de transición entre el trabajo y el espacio privado de la vida doméstica.

Encuentro de hombres, a los que se le sumaban ocasionalmente las mujeres, los cafés de la Avenida de Mayo fueron escenario durante décadas de reuniones de republicanos españoles. Varias peñas funcionaron durante toda la guerra y continuaron aun después de terminada. Allí no se hablaba de la vida privada: los asuntos que se trataban eran los laborales, los problemas de la instalación o lo que pasaba en España. En las mesas de los cafés se discutía y se gritaba como si aún Madrid estuviese defendiéndose. Se reunían tanto en la Casa de Troya co-



Los judíos alemanes llegados en la década de 1930 crearon sus propias instituciones religiosas. En 1937 se inauguró la primera de ellas.
(Archivo de la autora)

mo en el bar Iberia, conocido también como Miaja. Los franquistas se citaban en el Español, conocido popularmente como Junta de Burgos, frente al Iberia. La calle Salta, que los separaba, se convirtió durante años en tierra de nadie donde volaban sillas y botellas. Durante la Guerra Civil e inmediatamente después, los republicanos pasaban primero por las carteleras del diario *Crítica* o *La Razón* para estar al tanto de las últimas noticias, mientras los otros leían periódicos simpatizantes de Franco. Según fueran las noticias favorables a uno u otro bando, en el café se armaban verdaderas batallas campales que se desarrollaban en las calles de la ciudad.

En el Iberia se ponía la radio a todo volumen para escuchar las “Charlas de María Teresa León”. María Teresa recitaba poesías suyas, de Rafael Alberti, de García Lorca y hablaba sobre la Guerra Civil, primero por radio El Mundo y luego por Splendid. Otros sitios de encuentros eran el Alba y el Globo, donde también se cenaba. Escritores, artistas, periodistas, maestros iban recuperando vínculos y conociendo no pocos nuevos amigos —entre los que ocasionalmente se filtraba algún argentino—, siempre con el obstinado deseo de regresar.

Concurridos por republicanos durante todo el día, el hervidero en los cafés se producía por las noches. Luego de prolongadas charlas de sobremesa, los republicanos iban al café. Los bohemios iban todos los días, y en estos cafés se escribieron no pocos libros. La zona en torno a los cafés de la Avenida de Mayo fue el barrio por excelencia de los españoles, y constituyó una especie de espacio protector. La vida privada se prolongaba fuera de sus casas en estos lugares públicos donde se sentían tan a gusto.

Ser judío

La alegría de estar a salvo al llegar a la Argentina se diluyó muy rápido ante la angustia por los familiares perdidos y el sentimiento de culpa por no haberlos traído. La guerra significó para los judíos el cierre definitivo de una etapa. Los judíos alemanes se identificaron a sí mismos como una “comunidad de destino”: eran emigrantes perseguidos por el nazismo. Trajeron, además de sus pertenencias familiares y una gran nostalgia por la patria, algo que sólo podía ser compartido en pequeños ambientes: el inmenso dolor de las amenazas, la destrucción y la muerte. En el relato de la salvación personal nunca se sentían solos, existían siempre otros a quienes les había pasado lo mismo, se sentían seguros junto a sus compañeros de sufrimiento. Todo lo demás les resultaba extraño. Para otros, por el contrario, olvidar el pasado e integrarse para siempre en el nuevo país, aunque manteniendo las creencias religiosas, fue un objetivo importante. El Holocausto cerró

un ciclo de su vinculación al país de origen; había que olvidarse de que se había sido alemán, reconocer únicamente que se era judío y aprender a ser argentino.³⁷

Si bien muchos judíos alemanes no habían sido practicantes de la religión en su país de origen, e incluso algunos hasta habían sido bautizados, en la Argentina redefinieron su identidad y descubrieron su condición de judíos. Compartían con sus connacionales la denominación común de “judíos” porque así habían sido definidos por quienes los habían expulsado de su país natal. La adquisición de una identidad judía se vio acompañada por la adopción de prácticas colectivas, como concurrir al templo y estudiar la Torá. Muchos asumieron una identidad judía laica, aunque respetando ciertas prácticas que se vinculaban más a la tradición, como celebrar ciertas fiestas, el Bar-Mitzvá, el casamiento judío o enterrar sus muertos en los cementerios de la comunidad.

En 1937 se fundó la primera organización judeoalemana creada por los propios refugiados, la Sociedad Cultural Israelita de Buenos Aires (ACIBA). Su objetivo era “crearles una compensación por la pérdida de su círculo cultural y social en su antigua patria, facilitarles un nuevo ambiente y ofrecer [...] un nuevo centro cultural en el que pudiesen hallar después del trabajo cotidiano un solaz a sus preocupaciones, nuevas esperanzas de fe para un futuro mejor para sí mismos y sus hijos”.³⁸ Ese mismo año la Asociación ofreció servicios religiosos en las fiestas tradicionales para los emigrados. Esta práctica se mantuvo hasta que se crearon distintas congregaciones religiosas. La más ortodoxa fue la Concordia Isrelita. El Grupo Riegner creó en 1939 la Nueva Comunidad Israelita, en el barrio de Belgrano, lidera-



Antes de la implementación de la “solución final” los judíos refugiados en la Argentina mantuvieron sus vínculos con los familiares que quedaron en su pueblo de origen. En las fotos que se enviaban a Europa se buscaba presentar la imagen más favorable aunque, como en este caso, para ello se tuviera que pedir prestada la ropa.

(Archivo de la autora)

da por el rabino Hanns Harf. El nombre hacía alusión a la renovación de la vida judía después de su aniquilación en Alemania. Otra, a pocas cuadras de distancia, fue el Culto Israelita Belgrano, también creada en 1939, liderada por el rabino Steinhil. Más tarde se creó la Asociación Religiosa y Cultural Israelita Lamroth Hakol, destinada a ofrecer servicios a la comunidad instalada en los suburbios del Norte del Gran Buenos Aires. Todas estas congregaciones, que representaban distintas tendencias del judaísmo, fueron creadas para ofrecer a los refugiados alemanes un oficio religioso que les resultara similar al que asistían en su país natal.

La ACIBA funcionó durante muchos años como institución con fines culturales y sociales. En Olivos tuvieron, primero, un sótano; luego construyeron una casa adonde concurrían los fines de semana para participar de clases de castellano, cursos de religión, conciertos, conferencias. Fue un ámbito de sociabilidad de gran importancia.

La educación de los hijos

La escuela pública argentina, que había educado a miles de hijos de inmigrantes desde fines del siglo pasado, acogió mayoritariamente a los hijos de los exiliados republicanos. En la Argentina no existían escuelas de la comunidad española, pero había escuelas privadas de otras comunidades.

Algunos hijos de exiliados fueron a colegios ingleses y también al colegio francés, por afinidad cultural y porque se consideraba que era el mejor bachillerato que se podía obtener para cuando regresaran a Europa. Algo muy fuerte en algunas familias republicanas era la idea de que las mujeres tenían que estudiar, “[...] se había perdido una guerra y era absurdo que las mujeres se dedicaran a bordar y a coser. Dominaba una actitud muy progresista hacia las chicas jóvenes, había que estudiar en los mejores colegios y luchar por la vida. La solución de casarse con alguien para mejorar la situación era absurda”.³⁹ Otro motivo importante para optar por la escuela privada fue la llegada del peronismo al poder: “[...] el peronismo imponía en la escuela pública una cosa mediocre, floja, autoritaria”.⁴⁰

Algo que también preocupaba a los republicanos era el tema de la Iglesia; era impensable enviar a un niño a un establecimiento religioso. “El colegio francés era laico y como en esa época había también muchos judíos que llegaban, muchos niños judíos iban a ese colegio.”⁴¹

“La gente que sentí como más parecida a mí eran los judíos de Europa. En el colegio francés había clases de religión, pero no eran obligatorias. Los chicos de familias argentinas y de familias tradicionales fran-



Miembros de la comunidad de lengua alemana crearon en 1934 el Colegio Pestalozzi "como una señal de esperanza y de protesta" contra el régimen nazi. Docentes y alumnos se reclutaban en buena medida entre los refugiados recién arribados. (Folleto de la Asociación Cultural Pestalozzi, 1935)

cesas iban al curso de religión y nosotros, es decir, todos los judíos, yo y otro chico español que había en mi grado íbamos al curso de moral, que era horrendo... Eso me produjo ciertos problemas de identificación. Yo me sentía muy cerca de los chicos judíos porque éramos los únicos preocupados por la guerra. En casa se hablaba mucho de la guerra, estábamos todos pendientes y con los únicos que podía hablarlo era con ellos [los chicos judíos]. Esto produjo una cosa bastante curiosa de reunión que perduró en el tiempo.⁷⁴²

Esta mujer, que llegó a la Argentina siendo muy pequeña, recuerda el curioso episodio escolar que le tocó vivir en Buenos Aires. La maes-

tra convocó a sus padres ante lo que interpretaba como un signo patológico de la niña, que llenaba sus cuadernos con dibujos que aludían a la guerra entonces en curso en Europa. A la maestra el tema le parecía lejano y ajeno.

A diferencia de los españoles, la comunidad judía había establecido una red importante de escuelas, tanto en la ciudad de Buenos Aires como en pueblos del Interior, así como en algunas de las colonias agrícolas. La colectividad judía de Buenos Aires, en particular, dio a la educación un lugar de preferencia en su vida comunitaria. Eran la garantía de la continuidad del pueblo judío y una valla ante la tendencia a asimilarse a la sociedad mayoritaria y su cultura. En la década del treinta los niños judíos concurrían masivamente a las escuelas estatales. Las escuelas judías eran en general complementarias de aquéllas. El control de las escuelas estaba en manos de instituciones que reflejaban las distintas tendencias ideológicas de la comunidad. A comienzos de esta década, las corrientes laicas de izquierda, algunas de las cuales eran antisionistas, gozaron de popularidad en la comunidad. En el otro extremo estaban las escuelas más conservadoras y religiosas, cuyo objetivo era enseñar los preceptos y su cumplimiento.

La llegada de refugiados polacos durante la década del treinta produjo cambios institucionales importantes. Ellos traían consigo nuevos conceptos respecto de la vida comunitaria y espiritual, cuyas raíces estaban en las vivencias comunitarias de Europa Oriental y en la autonomía cultural de la que gozaron los judíos en Polonia entre las dos guerras. Contaban asimismo con maestros de Lituania y Polonia, que fueron el personal docente para abrir nuevas y modernas escuelas. Sin embargo, muchos de los niños polacos que llegaron en esos años concurren a las escuelas públicas y sólo complementaban sus estudios en las escuelas judías.⁴³

Un caso aparte eran los judíos alemanes. Quienes optaron por cortar de raíz sus vínculos con el país de origen mandaron a sus hijos a las escuelas públicas argentinas, donde convivieron con otros hijos de refugiados de distintas nacionalidades. Pero para la mayoría fue importante que sus hijos conservaran los elementos básicos de la cultura alemana. El sistema escolar alemán tenía un desarrollo importante en la Argentina y contaba con alrededor de 176 establecimientos distribuidos en todo el país, que respondían al régimen nacionalsocialista en Alemania, con la excepción de dos: la Germania Schule y la Cangallo Schule. En 1934 se creó el colegio Pestalozzi, gracias a la iniciativa de algunos alemanes recién llegados y personalidades democráticas y antinazis, liderados por el doctor Ernesto Alemann, que también había fundado el diario *Argentinisches Tageblatt*. Era un establecimiento de



Entre los refugiados judíos, en particular alemanes y austriacos, fue muy importante la actividad musical. En la Argentina se crearon, en esos años, varios grupos musicales. Eran frecuentes los conciertos de música de cámara y recitales de Bach, Beethoven, Mozart, interpretados por artistas entrenados en conservatorios de Berlín, París, Praga o Viena.

Ljerkó Spiller en el año de su arribo a Buenos Aires, 1938.

(Archivo personal de la autora)

educación argentino no judío, donde podían aprender el nuevo idioma sin perder la cultura alemana. El colegio ofrecía un ambiente centroeu-ropo que mitigaba la sensación de desarraigo que sentían los hijos de los refugiados.

Destacados profesores e intelectuales, artistas y escritores alemanes exiliados, pasaron por sus aulas. Un elemento distintivo de este colegio era que casi todos los profesores compartían con sus alumnos el destino común de ser expatriados.⁴⁴

Para los españoles, la necesidad de consolidar una fuerte cohesión interna dentro de la familia y del grupo ampliado que reemplazara a la otra familia, la que quedó atrás, a veces para no verla nunca más, llevó a construir formas de asegurar la preservación de valores que se transmitían a las nuevas generaciones. El sentimiento de transitoriedad del exilio fue penetrando en los hijos de los refugiados, que heredaron la nostalgia de algo que casi no conocían, hasta el punto que la “España Republicana” llegó a constituirse en una especie de paraíso perdido.

El convencimiento del pronto retorno hizo que el pensamiento y el corazón estuvieran en España mientras la existencia transcurría en la Argentina. Esto les impidió integrarse plenamente en el nuevo país habiendo dejado de sentirse totalmente españoles. Desarrollaron así un sentimiento fronterizo de no pertenecer a ningún sitio. Con el paso del tiempo, la idea del retorno inminente fue desvaneciéndose. La

Las marcas de la identidad



Frecuentar librerías era una actividad habitual para los refugiados judíos alemanes. En Buenos Aires se abrieron tres librerías que ofrecían literatura fundamentalmente en alemán. En algunas no sólo se podía comprar los libros sino también tomarlos prestado de su Biblioteca Circulante a un costo muy bajo. Las librerías eran también un lugar de encuentro con otros refugiados.

Interior de la librería y galería de arte Peter Pan.

(Archivo de la autora)

presencia de España y la vida en la Argentina los llevó a convivir con los dos puntos de referencia. Inexorablemente, el exilio impuso sobre ellos una partición constante, entre historias y vivencias de aquí y de allá.

También los refugiados judíos vivieron con profunda nostalgia la pérdida del mundo europeo, del cual se sentían distantes y desvinculados. El dolor frente a la tierra perdida, el medio cultural y la existencia pasada era algo común entre los refugiados. Renegociaron imágenes de la Europa que habían dejado atrás con sus nuevas circunstancias. Concretamente, en las prácticas de la vida privada así como en las instituciones sociales, económicas y culturales, recrearon versiones de un modo de vida y de una realidad cultural que conocían previamente.

Para judíos alemanes y republicanos españoles, la negociación no termina nunca, como lo sugieren los siguientes testimonios:

“[...] yo no me siento argentina, ni alemana, yo soy judía por excelencia. Pero siento también que me corresponde la nacionalidad alemana, porque es el país donde yo nací, donde empecé mi escolaridad y tuvimos que huir [...] nunca en mi vida sentí arraigo por la tierra Argentina [...] Aquí no soy argentina, en Alemania no soy alemana [...] Es decir, no soy nada”.⁴⁵

“Poco a poco nos hemos ido argentinizando... aunque conserve ciertos rasgos del lenguaje. Mi pensamiento está en España, pero está en la Argentina al mismo tiempo. Es decir, hemos dejado de ser totalmente españoles, pero no somos totalmente argentinos. Somos del Atlántico, estamos a mitad de camino de la ida y de la vuelta”.⁴⁶

Notas

1. Sobre la llegada de los exiliados del *Massilia*, cf. Dora Schwarzstein, "Actores sociales y política migratoria en la Argentina. La llegada de los Republicanos Españoles", en *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, CERIC Centre d'études et de recherches inter-européennes contemporaines, Nº 5, Université Paris 7, París, 1998, pp. 249-272.
2. *La Opinión*, 23 de enero de 1971. Entrevista de Julio Ardiles Gray.
3. Ministerio de Agricultura, *Memoria*, 1936, Tomo III, p. 471.
4. Cf. L. Senkman, "La política migratoria argentina ante el Holocausto (1938-1945)", en *Índice. Centro de Estudios Sociales*. Nº 2, segunda época, Buenos Aires, noviembre 1989, pp.15-44.
5. Sobre la composición regional y socioprofesional del exilio, cf. Javier Rubio, *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, Tomo I, Madrid, 1977.
6. Cf. Carlota Jackish, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina. 1933-1945*, Buenos Aires, 1989.
7. *Ibíd.*, p. 38.
8. Entrevista a M. L., Buenos Aires, 1990.
9. Escrito inédito de M. C. M., Buenos Aires.
10. Entrevista a E. S., Buenos Aires, 1998
11. Jorge Luzauriaga, "Sobre el exilio, 1939-1964", en *Revista de Occidente*, Nº 12, Madrid, 1964, pp. 345-348.
12. Entrevista a E. S., Buenos Aires, 1998.
13. Alfredo J. Schwarcz, *Y a pesar de todo... Los judíos de habla alemana en la Argentina*, Buenos Aires, 1991, p. 69.
14. Entrevista a H. B. Nº 155. Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino "Marc Turkov", AMIA.
15. Entrevista a S. L. Nº 42. Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino "Marc Turkov", AMIA.
16. Sobre los barrios de Buenos Aires, y en particular el barrio de Once, cf. Francis Korn, *Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, 1974.
17. Entrevista a E. S., Buenos Aires, 1998. Kurt Julio Riegner, *Un proyecto migratorio judeoalemán: cincuenta años después. El grupo Riegner en la Argentina (1938/88)*, Buenos Aires, 1988.
18. Entrevista a C. M. París, 1986.
19. Entrevista a J. P., Buenos Aires, 1985.
20. Entrevista a E. S., Buenos Aires, 1998.
21. Schwarcz, *op. cit.*, p. 119.

22. Entrevista a L. S., Buenos Aires, 1998.
23. Citado por Schwarcz, *op. cit.*, pp. 244-245.
24. Entrevista a E. Z., Buenos Aires, 1998.
25. Schwarcz, *op. cit.*, pp. 244-245.
26. Entrevista a M. C. M., Buenos Aires, 1998.
27. *Ibíd.*
28. Entrevista a E. L., Madrid, 1985.
29. Entrevista a C. K., Madrid, 1985.
30. *Ibíd.*
31. Entrevista a M. L., Buenos Aires, 1992.
32. Entrevista a M. C. M., Buenos Aires, 1990.
33. Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Barcelona, 1959.
34. Entrevista a V. R., Madrid, 1990.
35. Entrevista a M. C. M., Buenos Aires, 1998.
36. Schwarcz, *op. cit.*, p. 63.
37. Jackish, *op.cit.*, pp. 260-261.
38. ACIBA, *Memoria*, Buenos Aires, 1942, p. 7.
39. Entrevista a C. M., París, 1985.
40. *Ibíd.*
41. *Ibíd.*
42. *Ibíd.*
43. Sobre las escuelas judías, cf. Efraín Zadoff, *Historia de la educación judía en Buenos Aires (1935-1957)*, Buenos Aires, 1994.
44. Jackish, *op. cit.*, p. 266.
45. Entrevista N° 23, en Elena Levin, *Historias de una emigración (1933/1939). Alemanes judíos en la Argentina*, Buenos Aires, 1997, p. 104.
46. Entrevista a M. L., Buenos Aires, 1994.



La vida obrera en una empresa paternalista

María Inés Barbero
Mariela Ceva

Las páginas que siguen intentan reconstruir aspectos de la vida obrera en una comunidad –Villa Flandria– surgida alrededor de una fábrica textil –Algodonera Flandria– a fines de la década del veinte.

Su nacimiento se debió a la iniciativa de un empresario belga, Julio Steverlynck, imbuido de los principios del catolicismo social, que se propuso construir una “villa modelo”, alejada de las áreas urbanas, en donde desarrollar un proyecto paternalista basado en la armonía y la colaboración entre patronos y obreros.

Constituyó una experiencia singular, en la que el mundo de la empresa y el mundo privado se encontraban profundamente imbricados. Steverlynck concebía la empresa no sólo como una organización económica sino como un instrumento a partir del cual era posible materializar un proyecto social e inculcar a los trabajadores sus propios valores. Gran parte de la vida de los obreros transcurría en la fábrica y en las instituciones comunitarias, creadas y supervisadas por la empresa, cuya influencia llegaba también al interior de los hogares.

Estas características hacen de Algodonera Flandria un caso poco representativo, pero a la vez sumamente rico para profundizar el análisis del paternalismo y de las relaciones obrero-patronales.

Con respecto al paternalismo, el principal desafío consiste en combatir los estereotipos que acerca de él se han ido forjando, que lo ven ya sea sólo como un sistema de control, disciplinamiento y manipulación de los obreros por parte de la empresa, ya sea sólo como una experiencia filantrópica producto de las virtudes de los empresarios. Se trata, en cambio, de una experiencia compleja, que no se explica por una presión unilate-

En el patio de la fábrica, alrededor del monumento a las encíclicas Rerum Movarum y Quadragesimo Anno. En el año de la visita del padre Cardjin, –fundador de la Juventud Obrera Católica–, Steverlynck organizó en Villa Flandria las secciones de los Círculos Católicos de Obreros y de la Juventud Obrera Católica, como forma de contrarrestar el poder del sindicato textil.

(Archivo Algodonera Flandria, 1943)

ral de parte de la empresa sino también como resultado de una opción deliberada de parte de los trabajadores, en función de sus objetivos, de sus preferencias y de las posibilidades ofrecidas por el contexto.

Esta perspectiva no supone que los actores sociales estén dotados de racionalidad absoluta ni de información perfecta, pero sí que elaboran estrategias y que disponen de cierta libertad de acción.

Desde el punto de vista de los patrones, el paternalismo respondió a requerimientos diversos: contar con mano de obra estable, atraer y adaptar trabajadores inmigrantes, mantener el orden social preexistente o bien construir comunidades basadas en principios religiosos o en utopías laicas.

La experiencia de Villa Flandria nos permite acercarnos a la complejidad de este fenómeno, a la combinación de autoritarismo y protección, de consenso y de conflicto, de búsqueda de nuevas respuestas –por parte de la empresa y de los trabajadores– a contextos cambiantes. Nos permite también incursionar, aunque en forma fragmentaria, en la vida privada de los trabajadores, en sus trayectorias, en sus redes de familiares y amigos, en sus ámbitos de trabajo, en sus momentos de ocio. Por último, ofrece la posibilidad de observar, desde adentro de la fábrica, la conmoción que produjo la llegada del peronismo y de los sindicatos y la confrontación entre dos modelos de organización social que podían coincidir en algunos de sus objetivos pero que partían de concepciones, en gran medida, irreconciliables acerca de la forma de materializarlos.

Una fábrica en medio del campo

A fines de la década del veinte, cuando Julio Steverlynck eligió el lugar para la construcción de su fábrica textil, el paisaje de Jáuregui comenzó a sufrir profundas transformaciones. Hasta entonces era un pequeño pueblo situado a más de setenta kilómetros de Buenos Aires, en las cercanías de la ciudad de Luján, y no se diferenciaba demasiado de otros núcleos surgidos en la provincia a partir de la expansión del cultivo de cereales y del avance del ferrocarril. Contaba con una ínfima población establecida alrededor de la estación ferroviaria y con un edificio junto al río en el que habían funcionado, primero, un molino, y más tarde, una hilandería de lana, que pocos años antes se había trasladado a Valentín Alsina, una zona fabril del sur del Gran Buenos Aires.

Steverlynck era propietario, junto con tres hermanos, de una empresa dedicada a la producción de hilados y tejidos que había pertenecido a su abuelo y luego a su padre. Poseían varias fábricas en la región de Flandes y, tras haber reconstruido las instalaciones dañadas durante la Primera Guerra Mundial, habían iniciado un proceso de expansión.



En el Gran Buenos Aires, sobre el Riachuelo, se habían establecido desde fines del siglo XIX varias empresas dedicadas a la producción textil lanera, entre ellas Campomar y Soulas. Allí trabajaron algunos de los obreros de Algodonera Flandria. Los Giardino, inmigrantes italianos provenientes de Biella, eran muy católicos, al igual que los Steverlynck.

La fábrica Giardino en Valentín Alsina, inaugurada en 1920, en cuyas dependencias funcionó Algodonera Flandria entre 1924 y 1928. (Archivo Algodonera Flandria, 1925)

Hasta principios de la década del veinte, los Etablissements Steverlynck exportaban sus productos a la Argentina a través de la firma Braceras y Cía., pero en 1924 decidieron instalar una filial en Buenos Aires –la Algodonera Flandria Sudamericana– asociándose con sus representantes. En esta decisión pesaron distintas razones, entre ellas, la nueva Ley de aduanas sancionada en 1923, que elevaba los aranceles para los tejidos importados y favorecía la introducción de maquinarias, incentivando el desarrollo de la producción local.

Como era habitual en las empresas familiares, resolvieron que uno de los hermanos se radicara en la Argentina para hacerse cargo de la nueva sociedad. La elección recayó en Julio, el menor, que fue presidente de la empresa desde su llegada hasta su muerte, en 1975. A comienzos de la década del treinta se creó una filial en el Uruguay, y otro de los hermanos, Leonard, se instaló en Montevideo para conducirla.

Durante los primeros años, Algodonera Flandria funcionó en Valentín Alsina, en talleres alquilados a una firma de origen italiano. Allí Steverlynck se enteró de la existencia del viejo molino de Jáuregui a través de conversaciones con los obreros, ya que algunos de ellos habían trabajado en la hilandería antes de su traslado. A partir de entonces comenzó a considerar la posibilidad de construir en ese lugar una nueva fábrica y, tras inspeccionar personalmente el terreno, adquirió una fracción de veintiocho hectáreas. En enero de 1928 se inició el traslado de la maquinaria y un año después se pusieron en marcha los primeros telares.

No era habitual que una fábrica se instalara en medio del campo. El

lugar tenía, sin duda, algunas ventajas, gracias a la existencia del molino, de la fuerza motriz del río (que de todos modos resultó insuficiente) y de la estación del ferrocarril. A primera vista, sin embargo, eran mucho más evidentes los inconvenientes que presentaba un lugar tan alejado y despoblado. Las comunicaciones con Buenos Aires eran muy difíciles, ya que las frecuencias del tránsito ferroviario eran insuficientes, y debían usarse caminos que eran, en gran parte, de tierra y se hacían intransitables cuando llovía. Los viajes a la Capital debían realizarse todos los días, para el suministro de materias primas y para la distribución de la producción, pero recién a mediados de la década del treinta la ruta estuvo totalmente pavimentada. Hasta entonces se recurrió a todos los medios de transporte posibles: camiones, chatas o carretas de bueyes que circulaban a través del campo. Cuando los camiones se empantanaban se usaban caballos para sacarlos del barro.

Otro problema grave a resolver era el de la oferta de mano de obra. La población local era escasa y no tenía experiencia en el trabajo industrial. La empresa podía contratar trabajadores residentes en Luján, pero la falta de movilidad dificultaba su traslado hasta la fábrica. Las frecuencias del tren eran muy espaciadas, y no siempre coincidían con los horarios de trabajo. Los obreros debían caminar un kilómetro desde la estación, o bien cubrir todo el trayecto en carros o a caballo.

Un proyecto de “villa modelo”

La decisión de instalar la empresa en Jáuregui no respondía a motivaciones estrictamente económicas; era parte de un proyecto de construcción de una comunidad relativamente aislada de las áreas urbanas, en la que predominaran las relaciones de cooperación entre patronos y obreros y en la que se evitaran las consecuencias sociales más negativas que habían ido acompañando el desarrollo de la industria. Según el testimonio de una de sus hijas, Steverlynck no quería que los trabajadores de su empresa vivieran en condiciones similares a las de los habitantes de las ciudades industriales inglesas. Al mismo tiempo, en una zona alejada era más difícil que se produjeran conflictos entre obreros y patronos, frecuentes en las áreas fabriles del Gran Buenos Aires.

La empresa desarrolló una estrategia paternalista inspirada en los principios del catolicismo social, buscando poner en práctica las propuestas de las encíclicas papales *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* y las de los pensadores y reformadores sociales que desde mediados del siglo XIX habían construido en Europa las bases del socialcristianismo. Éste consideraba la propiedad privada como un derecho natural, pero buscaba atemperar los efectos más perniciosos de la industrialización a través de la legislación social, del acceso a la propiedad por parte de los

trabajadores y del respeto al derecho de asociación. Propugnaba la colaboración entre las clases sociales y un régimen de trabajo más humano como vía para resolver la cuestión social.

Steверlynck estaba convencido de que al establecerse en un área relativamente aislada, Algodonera Flandria podría permanecer ajena a las tensiones y a las nuevas ideologías que habían surgido como respuesta a la difusión del sistema de fábrica. Pensaba que en el campo era posible reproducir las condiciones de una sociedad patriarcal, fuertemente ligada a la tierra y donde prevalecieran las relaciones sociales tradicionales. También podría concretarse una experiencia de reforma social que mejorara la calidad de vida de los trabajadores e inculcara en ellos valores morales y religiosos.

Para sustentar este proyecto, Algodonera Flandria desarrolló una activa política social. En primer término, mediante el pago de salarios altos y el reconocimiento de una serie de derechos sociales –como las ocho horas, el salario familiar o la licencia por casamiento y maternidad– antes de que se legislara sobre ellos. Sin duda, el mayor beneficio que ofrecía a los trabajadores era la posibilidad de acceder a una vivienda propia. Parte de los terrenos que rodeaban la fábrica fueron parcelados, otorgándose créditos por un plazo de hasta veinte años sin interés, y préstamos para la adquisición de los materiales de construcción.

Desde su traslado a Jáuregui, la empresa se hizo cargo también de los servicios básicos concernientes a la educación, la salud y la recreación. Entre 1930 y 1945 se crearon dos parroquias, una cooperativa obrera de consumos, un colegio, una biblioteca, una banda de música, un teatro, un club



Steверlynck participó siempre en forma directa en todas las actividades de la empresa, siguiendo la tradición patronal del siglo XIX. El traslado de la maquinaria se inició en enero de 1928, y un año después la nueva fábrica de Jáuregui comenzó a producir tejidos de algodón.

Julio Steверlynck supervisando la carga del camión Federal, manejado por Quinto Basso, para el transporte de las máquinas de Valentín Alsina a Jáuregui.

(Archivo Algodonera Flandria, 1928)

de ciclismo, un club náutico, una sociedad colombófila, una sociedad de fomento y dos asociaciones destinadas a promover actividades rurales. En 1941 los trabajadores crearon el club de fútbol Villa Flandria, y más adelante la empresa se hizo cargo de la construcción del estadio “Carlos V”.

Steverlynck impulsó la radicación de un médico, contribuyó a la construcción de una clínica y donó los terrenos destinados a instituciones públicas: policía, registro civil y correo.

Todo ello se completaba con la acción filantrópica que llevaba a cabo su esposa, manteniendo un contacto cotidiano con las familias de los trabajadores con el fin de resolver sus problemas más inmediatos. Estaba al tanto de los nacimientos, las enfermedades y las muertes, y visitaba personalmente los hogares de los empleados. Un periódico de Nueva Pompeya la describió como una “defensora de los humildes, que había encarnado maravillosamente las obligaciones de los patrones para con sus obreros”.

Las ideas de los Steverlynck acerca de los deberes de los empresarios hacia sus subordinados se apoyaban en sus convicciones religiosas. Eran una familia profundamente católica, en sus tradiciones y en sus costumbres. Tuvieron dieciséis hijos; rezaban antes y después de cada comida y tenían una capilla en su casa, con un sacerdote a cargo de ella. Estaban absolutamente convencidos de la necesidad de transmitir sus valores a los obreros de Algodonera Flandria: velaban por su bienestar, pero al mismo tiempo se sentían con derecho a establecer las normas por las cuales debía regirse la comunidad. Concebían a la empresa como una gran familia patriarcal, en la que los patrones cuidaban de los trabajadores pero, al mismo tiempo, ejercían una autoridad que iba mucho más allá de los ámbitos laborales, para extenderse a todos los aspectos de la vida.

Religión y moral

Steverlynck eligió el trazado y los nombres de las calles, los nombres y los símbolos de las asociaciones, recorría semanalmente los pueblos, supervisando hasta la tala de los árboles. Al frente de las instituciones creadas por la empresa se encontraban sus hombres de confianza, que ocupaban, a la vez, los principales cargos directivos en la fábrica.

Entre los valores básicos que trataban de inculcar, se destacaban la religión y la familia. La religión estaba presente dentro y fuera de la fábrica: en los crucifijos colocados sobre los dinteles de las puertas, en las presiones que Steverlynck y su esposa ejercían sobre los trabajadores para que concurrieran a misa, en las ceremonias religiosas que se celebraban en todas las festividades, en la enseñanza que se brindaba en las escuelas. Vivían en contacto permanente con los obreros, y trataban de difundir hábitos como el ahorro, la disciplina del trabajo o el uso de la bicicleta.

La empresa ensalzaba en todo momento los valores de la familia y la función de la mujer en el hogar, como madre y como esposa. La



Las calles de los barrios habitados por los trabajadores y las viviendas construidas con créditos otorgados por Algodonera Flandria. La Sociedad de Fomento fue constituida en 1943, por iniciativa de la empresa, y su función era la de gestionar mejoras en los pueblos surgidos alrededor de la fábrica.

Construcción de la red de alcantarillas en Villa Flandria, a cargo de la Sociedad de Fomento.

(Archivo Algodonera Flandria)

revista *El Telar* dedicaba muchas páginas a la problemática de la mujer obrera, a quien se otorgaba la misión de perfeccionarse y perfeccionar a aquellos que la rodeaban. Hasta los años cincuenta, las mujeres que contraían matrimonio debían dejar de trabajar, y si enviudaban podían retornar hasta que sus hijos estuvieran en condiciones de mantenerlas. También se privilegiaba la contratación de varios miembros de un mismo grupo familiar como estrategia de integración de los trabajadores y como un mecanismo de control, ya que ello generaba un sentimiento de responsabilidad colectiva por la acción de cada uno de sus integrantes.

La vida comunitaria reforzaba los lazos personales. A diferencia de otros casos de villas obreras en las que las instituciones estaban segmentadas según la categoría de los trabajadores y empleados de la empresa, en Villa Flandria, obreros, capataces y directivos compartían los mismos clubes y enviaban a sus hijos a las mismas escuelas. Los directivos habitaban en un barrio en las adyacencias de la fábrica, en casas construidas por la empresa, pero no contaban con instituciones sociales propias.

Cuando la fábrica inició su actividad, Julio Steverlynck se trasladó a Jáuregui, acompañado por algunos de los trabajadores de Valentín Alsina, conocidos luego como “la vieja guardia”. Eran en su mayoría extranjeros, que habían llegado de España e Italia, solos o acompañados por sus familias. Comenzaron viviendo en doce casas que edificó la empresa en el mismo terreno de la fábrica, que incluían seis viviendas destinadas a capataces y obreros montadores-mecánicos. Constituyeron el primer núcleo de personal especializado, que tuvo a su cargo la formación de los

La historia de Quinto

trabajadores provenientes de zonas rurales que se fueron incorporando a la empresa en los años sucesivos.

Uno de ellos, Quinto, había nacido en la zona de Biella, en el Norte de Italia, y había arribado a la Argentina después de haber pasado un tiempo en Inglaterra y en Francia, al igual que muchos de sus connacionales. Al llegar hablaba sólo piamontés, y no tenía experiencia en trabajos especializados. Había dejado en Italia a María, su esposa, y a sus tres hijos, con la esperanza de volver a reunirse con ellos.

Durante el viaje en barco conoció a otros biellese, y al llegar al puerto de Buenos Aires lo esperaba un paisano con quien se dirigió a Valentín Alsina, donde se reencontró con antiguos amigos de su pueblo natal. A su arribo comenzó a trabajar como changador en una fábrica de ladrillos, y más tarde, gracias a la recomendación de otro paisano, ingresó en Algodonera Flandria. Al poco tiempo, debido a la escasez de trabajo, debió emplearse por tres semanas en otra empresa textil –Campomar y Soulas– y luego volvió a Flandria a trabajar como foguista. Luego se convirtió en el chofer particular de Steverlynck y fue uno de los principales encargados del traslado de las maquinarias y los obreros a Jáuregui, al volante de su camión Federal.

Quinto comenzó a ahorrar dinero para enviar a su familia y en cinco años consiguió reunir el capital necesario para que su esposa y sus hijos viajaran a la Argentina. También mandó llamar a un viejo amigo, Giovanni, ofreciéndole trabajo en la Algodonera.

Una vez en la Argentina, María se encargó de brindar atención a su marido pero también a los amigos, quedando a cargo de la casa cuando los hombres partían en un camión hacia el Meridiano Quinto, en el límite con la provincia de La Pampa, para alternar su trabajo en la industria con el levantamiento de la cosecha de trigo.

Uno de los objetivos inmediatos de Steverlynck al trasladar la fábrica a Jáuregui consistió en que en sus inmediaciones se fuera radicando una población estable, de cuya capacitación se haría cargo la empresa, para evitar la contratación de trabajadores golondrina. La rotación de los obreros y su falta de calificación habían sido dos problemas que la empresa había debido afrontar desde su instalación: como en el caso de Quinto, era habitual no sólo que los operarios cambiaran de lugar de trabajo sino también que alternaran la actividad industrial con las tareas rurales.

brica fue una solución transitoria, destinada a cubrir las necesidades inmediatas.

Para atraer a una población estable, la firma ofrecía a los obreros créditos en condiciones muy favorables para la compra de los terrenos y la edificación de las casas. Para obtenerlos, debían tener familia y haber demostrado un excelente comportamiento; una vez que terminaban de pagar las cuotas se les entregaba la escritura. Uno de los principales colaboradores de Julio Steverlynck, Carlos Marini, que ocupaba el cargo de administrador, tenía como función encargarse de todo lo relativo a los préstamos y a la entrega de los materiales de construcción.

El caso de Flandria se diferencia de otras experiencias de pueblos obreros, en los que las empresas edificaban las viviendas destinadas a los trabajadores pero no les daban la posibilidad de acceder a su propiedad, o reglamentaban detalladamente las características que éstas debían tener.

Aunque los beneficiarios de los créditos podían elegir el diseño de sus viviendas, estaban obligados a dejar cinco metros al frente para los jardines y un terreno libre al fondo, destinado a la huerta, a la plantación de árboles frutales y a la cría de animales domésticos, actividades que la empresa fomentaba con el fin de ofrecer ocupaciones para el tiempo libre y la producción de bienes básicos para la autosubsistencia. Los lotes eran de dimensiones muy amplias, y con el tiempo sus propietarios los fueron dividiendo para albergar a sus hijos y nietos.

A los pocos meses de su llegada, muchos obreros habían comprado ya sus lotes y comenzaban a edificar las casas. A comienzos de los años treinta, fue arribando un número creciente de trabajadores, y su instalación dio origen a dos pueblos: Villa Flandria Sur, en las cercanías de la



Los obreros alternaban el trabajo en la fábrica con tareas en zonas rurales en las épocas de cosecha. El grupo de la fotografía está integrado por inmigrantes de Biella, entre ellos Quinto Basso y sus amigos Eugenio Ballada –quien lo recomendó a Steverlynck– y Giovanni Gariazzo, a quien Quinto mandó llamar de Italia ofreciéndole trabajo en Algodonera Flandria.

Grupo de trabajadores de Algodonera Flandria en el Meridiano Quinto, al oeste de la provincia de Buenos Aires. (Archivo Mariela Ceva, 1927)

estación (que en 1931 contaba ya con cuarenta y cuatro casas) y Villa Flandria Norte o Pueblo Nuevo, que se formó a partir de 1936. A mediados de la década del cuarenta, casi la totalidad del personal que trabajaba en la fábrica vivía en ellos.

La empresa delimitó las áreas destinadas a los edificios y espacios públicos y las que serían loteadas para destinarlas a viviendas. Steverlynck eligió personalmente los nombres de las calles de los nuevos pueblos, que también tenían un claro contenido simbólico. La calle principal de Villa Flandria Sur se llamó Avenida Flandes; las otras se denominaron Lineros, Hilanderos, Tejedores, España, Italia, Calle del Colegio y Avenida San Martín. En Villa Flandria Sur surgió el núcleo principal de edificios públicos, integrado por la iglesia (cuyos planos fueron copiados de una iglesia románica francesa) y el Colegio San Luis Gonzaga, y en 1943 fue inaugurada una capilla en Villa Flandria Norte.

Los pobladores provenían de diferentes sitios. Eran casi todos extranjeros, pero no recién llegados: habían transitado por diferentes destinos provisorios, guiados por parientes y amigos. En los años inmediatos a la posguerra, la empresa contrató por primera vez personal en Italia en forma directa, a través de gestiones del obispo de Mercedes, pero ello se dio en el contexto de la llegada del peronismo.

Algunos de los primeros trabajadores provenían de las vecindades de Jáuregui, sobre todo de Luján. Era el caso de los italo-albaneses originarios de Cosenza que habitaban un barrio periférico llamado Santa Elena o El Quinto. Antes de ingresar a la Algodonera desempeñaban labores rurales. Una parte de ellos se estableció en Villa Flandria, otros prefirieron seguir trasladándose diariamente desde Luján. Entre los primeros predominaban las familias con varios integrantes trabajando en la fábrica.

En otros casos los obreros llegaron desde áreas rurales de la provincia de Buenos Aires relativamente cercanas, como Mercedes o Luján. En los años cincuenta, el radio de atracción se amplió hacia zonas más alejadas, como Salto y Campana.

Los de Huercalovera

La experiencia de dos familias de inmigrantes españoles originarios de Huercalovera, en Andalucía, sirve como ejemplo del proceso de asentamiento e inserción de los trabajadores en la fábrica y en los nuevos pueblos. Sus integrantes no habían arribado directamente desde Luján sino desde Pilar, situada a unos treinta y cinco kilómetros. Habían llegado a ese destino a través de información recibida de parte de parientes y amigos, por intermedio de dos paisanos ya instalados allí. En 1927, uno de

los miembros de la familia comenzó a trabajar en Algodonera Flandria, estableciendo una excelente relación con el dueño de la empresa. Gracias a él, treinta y tres integrantes de los dos núcleos familiares ingresaron en la firma. Las trayectorias previas de ambas familias habían sido diferentes. Una de ellas había recorrido varias localidades antes de llegar a Villa Flandria, pasando antes de Pilar por Trenel (La Pampa), Villa del Parque (en la ciudad de Buenos Aires) y Marcos Paz (provincia de Buenos Aires). La otra, en cambio, había permanecido en Pilar.

La mayor parte de los huercalovenses que llegaron a Jáuregui se establecieron allí en forma definitiva. Un ejemplo de ello lo constituye la familia de José Antonio, un inmigrante que había arribado de Huercalovera en 1921 y se había radicado en Pilar, donde tenía familiares y paisanos. Durante los primeros meses trabajó en una chacra y vivió en la casa de su hermano Blas y su cuñada Gregoria. Al año siguiente decidió probar suerte por cuenta propia. Junto con su esposa Juana Inés, también originaria de Huercalovera pero con quien se casó en la Argentina, se estableció en Villa del Parque, dedicándose al reparto de leche. A su vez, su hermano Blas se trasladó a José C. Paz, donde alquiló un campo con un tambo, desde donde enviaba la leche a su hermano para que la comercializara. A pesar de la distancia, las relaciones entre los miembros de la familia se mantuvieron, complementándose en sus carreras laborales.

En 1933 murió José Antonio, y su esposa, junto con sus hijos José Antonio y Blas, se mudaron a Villa Flandria para trabajar en la Algodonera, gracias a la recomendación de familiares. Ella y su hijo mayor, todavía pequeño, ingresaron a la fábrica, y al poco tiempo lo hizo también el hijo menor. En ese momento Juana debió renunciar a su trabajo, para dejar disponible su puesto a “otra mujer más necesitada que ella y porque sus hijos ya la podían mantener”.

Con el tiempo, los hijos de Juana eligieron caminos diversos. Blas trabajó en la empresa como tejedor durante toda su vida, privilegiando la seguridad y los altos salarios. José Antonio, en cambio, decidió buscar otras oportunidades, insatisfecho con su trabajo en la fábrica. Tras contraer matrimonio con María (también hija de españoles de Huercalovera), se trasladó en 1948 a Haedo, donde estableció un negocio, y diez años más tarde compró una quinta en Mercedes, de la que vivió hasta jubilarse en 1985, tras lo cual regresó a Villa Flandria.

La movilidad espacial ofrecía posibilidades de ascenso social pero, según relatan los protagonistas, la experiencia de dejar Villa Flandria era muy dura y generaba sentimientos de inseguridad y vacío. Allí quedaban sus familiares, a quienes visitaban los fines de semana y con los que compartían casamientos, cumpleaños y funerales —a los cuales nadie faltaba—.

Con ellos participaban también en las actividades barriales que, desde la fábrica y con la ayuda de los obreros, se organizaban en la Villa.

En los primeros tiempos, la vida en Villa Flandria fue muy dura. En 1930 había sólo once casas y dos ranchos. Las noches eran silenciosas y oscuras, debido a la falta de alumbrado. La desolación aumentaba en los días de lluvia, cuando las calles de tierra se hacían intransitables para los escasos *sulkys* existentes. Las únicas diversiones eran las sesiones de canto con acompañamiento de acordeón y guitarra, alguna “carrerita cuadrera” o el paseo a la estación por las noches (el único lugar iluminado con una lámpara de querosén) para esperar el tren, comprar algún periódico y recoger la correspondencia.

Los relatos de los protagonistas reflejan la nostalgia que este paisaje generaba: “Cuando llegamos a Jáuregui el primer domingo, me pareció que había terminado la vida, no tenía compañeros para jugar al fútbol, en aquel entonces serían más o menos doce muchachos los que habitaban en este pueblo”. Cuando José Antonio Castro decidió trasladarse desde Valentín Alsina, en 1928, el camionero que lo llevó a Jáuregui le dijo: “Vea, Castro, a usted dentro de dos meses lo vengo a buscar, porque usted no va a poder vivir en este desierto”. A pesar de estas predicciones, José Antonio pasó allí el resto de sus días, pero a lo largo de ellos la vida en Jáuregui se hizo mucho menos monótona.

El trabajo en la fábrica

Desde la inauguración de las nuevas instalaciones la empresa fue incrementando y diversificando sus actividades. En 1930 contaba ya con más de doscientos trabajadores, y en su momento de mayor expansión, en 1960, llegó a tener mil ochocientos personas empleadas.

A pesar de sus dimensiones, Algodonera Flandria fue siempre una empresa familiar, con una dirección fuertemente centralizada y personalizada en la figura de Julio Steverlynck. “Don Julio era todo. Mandaban Don Julio y su hermano mayor. Los otros obedecían, ejecutaban.” “Don Julio tenía poder absoluto.” Pasaba la mayor parte de su tiempo en la fábrica, e iba sólo dos veces por semana a Buenos Aires, donde funcionaban las oficinas. Supervisaba personalmente la actividad productiva y la vida de la comunidad. En la dirección de la empresa se apoyaba en algunos hombres de confianza que permanecieron en ella hasta que se jubilaron: dos belgas para los cargos técnicos y dos argentinos para las relaciones con el personal.

En los primeros años, la fábrica de Jáuregui producía unas pocas variedades de telas de algodón. Otras se importaban de Bélgica, al igual que los hilados. A partir de la crisis de 1930 se fue incrementando la fabricación local, diversificándose la gama de bienes, a la vez que



El edificio del viejo molino de Jáuregui, en el que funcionaba la turbina para el aprovechamiento de la fuerza hidráulica. En los momentos en los que el caudal del río no era suficiente para la provisión de energía se usaban tractores a los que se conectaban cintas sin fin, hasta que se estableció una conexión con la usina eléctrica de Luján. La vecindad del río favorecía también el suministro del agua necesaria para los procesos de fabricación de las telas y ofrecía las condiciones de humedad requeridas por la industria textil.

Vista de la fábrica desde el Río Luján, en los años treinta.

(Archivo Algodonera Flandria)

se fueron integrando las distintas fases de la producción. Inicialmente sólo se tejían y blanqueaban las telas, pero a los pocos años se incorporaron una sección de tintorería y otra de acabado, y en 1939 se instaló una hilandería.

La capacitación del personal fue uno de los primeros problemas a resolver, debido a los requerimientos de mano de obra calificada para los distintos procesos de elaboración de la materia prima. Los que ingresaban sin experiencia previa pasaban por situaciones embarazosas. Amadeo empezó como aprendiz en Valentín Alsina, bajo la supervisión de su padre, y a los pocos días se le asignó un telar que “era el terror de los demás tejedores, ya que la lanzadera volaba constantemente por encima de sus cabezas cuando no se incrustaba entre sus costillas, cortándoles hasta el aliento”. Para evitar consecuencias más graves, decidieron rodear el telar con una tela de alambre, como una jaula. Al mes, Amadeo, a pedido de sus superiores, pasó a la sección de bobinado y urdido. Otro aprendiz, Armando, al entrar el primer día en la sala de telares tuvo la impresión de que la lanzadera (“ese pedazo de madera”)

tenía vida propia, de que “sabía lo que hacía, entrando de un cajón a otro, esperando siempre que se abrieran los hilos para ella pasar”.

En una primera etapa, la formación de los nuevos trabajadores estuvo a cargo de los operarios provenientes de Valentín Alsina y del matrimonio Steverlynck. Don Julio instruía personalmente a los tejedores, y en muchas ocasiones su esposa enseñaba a las mujeres a empaquetar las telas. Más tarde se creó dentro de la fábrica una escuela de aprendices, donde los trabajadores se formaban durante uno o dos años y luego eran derivados a las diferentes secciones, de acuerdo con sus habilidades e inclinaciones. Las mujeres se empleaban en la hilandería y los varones en las otras actividades.

A partir de los años cincuenta la mayoría de los trabajadores varones recibió su primera instrucción en la escuela San Luis Gonzaga, que también dependía de la empresa. Allí se capacitaban como técnicos textiles, lo cual los preparaba para el trabajo en la fábrica. Mientras estudiaban podían ingresar a la escuela de aprendices, donde comenzaban a cobrar un salario, e ingresaban a las secciones cuando faltaba algún ayudante, continuando su aprendizaje en los talleres.

La integración en el mundo del trabajo era, en realidad, un proceso más complejo, que se lograba a través de diversas vías. La primera era la enseñanza recibida en los hogares, donde los hijos de los obreros empezaban a familiarizarse con la vida en la empresa y con los tiempos que marcaba la sirena, cuyo sonido llegaba a todo el pueblo. Un segundo momento era el ingreso en la escuela de aprendices del oficio, y un tercero, la relación que se establecía con el capataz al comenzar a trabajar en la fábrica. En la escuela de aprendices el nuevo operario trababa relación con su maestro o instructor, quien, además de enseñarle los secretos del oficio, le indicaba la forma como debía relacionarse con sus jefes. Una vez que se incorporaba a la fábrica, completaba su instrucción con el capataz, que desempeñaba también la función de disciplinar a los operarios.

La mayoría de los obreros que ingresaban en la empresa eran presentados por un pariente o un amigo. En el sistema de recomendaciones y de aprendizaje la familia jugaba un papel protagónico. Servía para transmitir de padres a hijos conocimientos profesionales y actitudes frente al trabajo. Facilitaba la integración de los recién llegados y al mismo tiempo creaba obligaciones, ya que implicaba la existencia de ciertas reglas de conducta tácitas, cuyo no cumplimiento podía comprometer la situación de quienes los habían recomendado. También garantizaba un compromiso de todo el grupo familiar por la conducta de cada uno de sus miembros, y facilitaba el mantenimiento de la disciplina en la fábrica.



Hasta mediados de los años cincuenta, las mujeres dejaban de trabajar en el momento de casarse para dedicarse de lleno al cuidado del hogar y de los hijos. La empresa ensalzaba permanentemente el valor de la familia, sobre todo a través de la revista El Telar, que publicaba en forma recurrente artículos sobre el papel de la mujer como esposa y como madre. Algodonera Flandria pagaba salario familiar sólo a quienes estaban casados y se hacía cargo de entregar a cada pareja que contraía matrimonio un ajuar completo para el hogar. Los Steverlynck importaron bicicletas de Bélgica para difundir su uso entre los trabajadores, y crearon en 1937 el club de ciclismo El Pedal que organizaba competencias y otras actividades deportivas.
(Archivo Algodonera Flandria, 1956)

En el caso de los trabajadores inmigrantes, el entramado de relaciones sociales conformado por parientes y amigos servía como mecanismo de información y de cooperación para el ingreso en la empresa. La red informal de amigos y paisanos favorecía la adaptación de los recién llegados y constituía, a la vez, una forma de controlar su desempeño.

La presencia de redes sociales en el ámbito laboral ofrecía, en cierto modo, una válvula de escape para las aspiraciones de los obreros. La posibilidad de ascensos era reducida, y la pertenencia a una red generaba otras oportunidades, relacionadas con jerarquías internas y papeles diferentes de los ofrecidos por la estructura formal de la empresa. Los capataces contaban con ciertos obreros de confianza ubicados en escalones superiores a los de sus compañeros de tareas. A través de estos mecanismos, se establecía un sistema de premios y castigos y se ofrecían oportunidades para la obtención de satisfacciones personales. En otras ocasiones, la pertenencia a un grupo generaba protección, ya que sus integrantes se cubrían mutuamente cuando alguno de ellos cometía una falta.

Los grupos solían conformarse según la nacionalidad de sus integrantes. La existencia en las secciones de grupos integrados por nativos o extranjeros creaba un ambiente propicio para la discriminación hacia aquellos que quedaban fuera de las redes. Hasta fines de los años cuarenta existió una actitud discriminatoria de parte de algunos de los directivos

de la firma hacia los trabajadores argentinos. Éstos eran calificados como “vagos”, “con mal hábito hacia el trabajo” o como “elemento poco deseable”, y para ingresar en la empresa se les exigía más recomendaciones que a los extranjeros. Ello respondía más a prejuicios y estereotipos que a la realidad: los italianos, que tenían un índice más elevado de infracciones a las reglas, eran presentados como mano de obra trabajadora y eficaz.

Esta situación comenzó a revertirse en los años cincuenta, en parte porque empezaron a funcionar controles institucionales y también porque, para entonces, la mayoría de los trabajadores nativos eran hijos de extranjeros.

La preferencia por los trabajadores extranjeros —españoles e italianos en su mayor parte— se vinculaba a la política de reclutamiento que privilegiaba la incorporación de mano de obra a través de grupos familiares y paisanos, por medio de los cuales se intentaba retenerla y adaptarla al trabajo industrial. Los trabajadores argentinos también ingresaban por recomendación, pero no formaban parte, dentro de la empresa, de redes sociales extensas.

En las secciones donde los trabajadores pertenecían al mismo grupo, los índices de punitivos eran bajos, y se elevaban en aquellas de composición más heterogénea. Ello beneficiaba a los extranjeros y perjudicaba a los argentinos, que se encontraban más aislados dentro de la fábrica y no pertenecían a redes preexistentes.

Las redes no sólo beneficiaban a sus integrantes, sino que garantizaban a la empresa un fuerte grado de responsabilidad y un mayor esfuerzo cooperativo por parte de sus miembros. El hecho de que en los primeros años los capataces fueran extranjeros también contribuyó a beneficiar a sus connacionales. Tener conexiones con el capataz de la sección, ya fuera en forma directa o a través de un amigo o pariente, era decisivo.

Hasta mediados de los años treinta, muchos obreros siguieron desempeñando otras actividades fuera de la fábrica. Algunos de los motivos por los que no asistían al trabajo o se retiraban antes de hora eran “para realizar trabajos agrícolas”, “para estar como chacarero por un tiempo” o “para realizar otras tareas”.

La empresa apelaba a distintos tipos de sanciones frente al incumplimiento de las reglas por parte de los trabajadores. Las más frecuentes eran las suspensiones: ocho días por trabajo mal hecho, quince por indisciplina, y luego de dos avisos, el despido automático. Las suspensiones podían deberse también a actos de indisciplina fuera de la fábrica, por ejemplo, “pelear en el pueblo”.

A pesar de la existencia de una disciplina rígida, no existieron conflictos importantes relacionados con la adaptación de los operarios, en

gran parte debido a los beneficios que ofrecía trabajar en Algodonera Flandria, que servían de compensación: a medida que se fue consolidando la política social de la empresa fue disminuyendo el índice de faltas.

Los trabajadores alternaban su labor en la fábrica con otras actividades. Una parte del tiempo libre se ocupaba en el cuidado del jardín y la huerta, y otra se compartía con amigos y vecinos.

La iniciativa de la empresa y de los obreros había configurado ya hacia 1935 una villa en la cual la recreación era considerada un elemento central de la vida diaria. Las tardes solían transcurrir en reuniones con amigos, que desembocaban en partidas de ajedrez o de bochas, que podían durar hasta la medianoche. También se organizaban campeonatos a lo largo del año, en los que participaban invitados de distintos puntos del país.

Parte de las actividades organizadas por la empresa estaban destinadas a la familia. La institución familiar era fuertemente alentada por los Steverlynck, que incentivaban la presencia de la mujer en el hogar y otorgaban premios por nacimientos y casamientos. Era habitual que las mujeres dejaran de trabajar una vez que se casaban, o, como en el caso de Juana, cuando podían ser mantenidas por sus hijos.

Para los grupos familiares se representaban obras en el teatro *Rerum Novarum*, en las que actuaban muchachos y muchachas de la fábrica. También asistían al pequeño cine de barrio, que, siempre con tardanza, proyectaba películas, o visitaban con frecuencia la biblioteca, que contaba con textos variados. Mensualmente se organizaban encuentros en el club náutico El Timón, en los que se realizaban cinchadas y juegos de palo enjabonado que enfrentaban a grupos conformados por obreros de las diferentes secciones. Un clásico era el desafío entre tintoreros y aprestadores. Otros entretenimientos eran las “bicicleteadas”, que se realizaban por los pueblos o en el club El Pedal, organizadas por el mismo club y los obreros, y las “retretas”, bailes que se realizaban cada quince días, en los que tocaba la banda de música de la empresa y a los que asistía la familia completa.

La banda merece una mención aparte, ya que ocupaba un lugar destacado en la vida de los pueblos y en su proyección hacia el exterior. Había sido fundada por un pedido expreso de Steverlynck, siguiendo la tradición europea, y participaba en todas las fiestas de Villa Flandria. Tenía como sede la fábrica, y para integrarse en ella había que trabajar en la empresa o ser alumno del Colegio San Luis Gonzaga. El 1° de enero de cada año, alrededor de las seis de la mañana, la banda llegaba hasta la estancia Santa Elena, donde vivía la familia Steverlynck, la despertaba tocando marchas belgas y argentinas, y desde allí recorría las calles

La organización del tiempo libre

del pueblo, seguida por grandes y chicos. También se presentaba fuera del pueblo, para las inauguraciones de parroquias y las fiestas patronales, y llegó a animar un acto multitudinario en el Luna Park con la presencia de Juan Perón.

Una salida obligada era la asistencia a la misa dominical, a donde las obreras eran presionadas a concurrir por la insistencia de la esposa del patrón, pero que constituía también un ámbito de sociabilidad en el que la gente se encontraba y se saludaba y donde se recibían invitaciones a reuniones. Éstas a veces eran sólo para connacionales, y en otras ocasiones incluían a todo el pueblo.

Las fiestas religiosas y patrias ocupaban un lugar central en la vida de la comunidad. Entre las primeras, sobresalían las patronales, dedicadas a San Luis Gonzaga, del que eran devotos los Steverlynck y a quien había sido consagrada la iglesia. Eran organizadas por el cura párroco, y en ellas participaban, además de los feligreses, representantes de instituciones religiosas, culturales y sociales. La banda de música recibía al obispo de Mercedes y se celebraba la misa luego de la unción con óleos a niños de la capilla. Al finalizar la misa se organizaba un banquete en el Club Social, pagado por la empresa y animado por amaestradores e imitadores. Más tarde, “hombres, mujeres y niños de todas las edades y condiciones sociales se hacían presentes en el acto donde la imagen de San Luis Gonzaga recorría las calles de la villa, y en la procesión se alternaban la plegaria y el canto”. También se realizaban espectáculos de fuegos artificiales y de paracaídas con banderas. Estas fiestas adquirirían una dimensión que iba más allá de los límites de Villa Flandria, y solían participar en ellas reconocidas figuras de la jerarquía eclesiástica, con las que los Steverlynck mantenían estrechos contactos.

Las fiestas laicas que se celebraban eran el 1° de Mayo, el 25 de Mayo y el 9 de Julio. Para su organización, Steverlynck había propiciado la formación de una comisión dependiente de la empresa. Se iniciaban siempre con la presencia del cura párroco, que celebraba la misa bajo el lema de “paz y trabajo” y explicaba el significado del santo sacrificio.

El acto del 1° de Mayo se realizaba con la presencia de representantes de las diferentes secciones de la Algodonera Flandria, que portaban las herramientas y “los nobles frutos del trabajo”, bajo la invocación de lemas destinados por la empresa a los trabajadores de ambos sexos: “¡¡Joven obrera!! Tu destino es propio e irremplazable, vívelo con alegría. Muchacha que trabajas: tu misión es heroica, cúmplela, con el alma pura y la mente serena”. “¡¡Joven obrero!! Tu juventud y tu condición humilde son dos legados que debes conservar limpios y cuidadosamente. Muchacho obrero: en tus manos está la salvación de la juventud de hoy y del mundo de mañana.”



Los obreros trabajando en la fabricación de cotines para colchones: algunos operan los telares y otros revisan los tejidos. Los telares se importaban de Bélgica y de Inglaterra. A partir de la década del treinta la empresa fue integrando actividades y diversificando la producción. En los comienzos sólo fabricaban algunas variedades de telas para tapicería, pero luego comenzaron a producir bienes de consumo masivo. Una proporción elevada de ellos se destinaba a la provisión de reparticiones oficiales, sobre todo a las fuerzas armadas. (Archivo Algodonera Flandria, 1956)

Durante las celebraciones se leían artículos que se relacionaban con las fiestas. El 1° de Mayo de 1957 se leyó el discurso del Papa a los obreros italianos congregados en la Plaza San Pedro, en ocasión del establecimiento para dicho día de la fiesta universal de San José Obrero: “fiesta cristiana, por tanto, es decir, día de júbilo para el triunfo concreto y progresivo de los ideales cristianos de la gran familia del trabajo”.

La presencia de la Iglesia era visible también en otros festejos. Las fiestas del 9 de Julio se iniciaban con la celebración de una misa con *Te Deum*, y luego comenzaba el desfile de las distintas delegaciones, frente a las casas con las puertas embanderadas.

Además del 1° de Mayo y de las fiestas patrias argentinas, se celebraban acontecimientos europeos que afectaban directamente a los Steverlynck, como la liberación de Bélgica en la Segunda Guerra Mundial. Para festejarla se ofició una misa, de la que participó todo el pueblo, seguida por una procesión, en la que se ejecutaron himnos belgas y franceses, y por un banquete y baile familiar.

Un momento culminante fue el de los festejos que se realizaron al cumplirse los veinte años de la instalación en Jáuregui. Las fiestas se pro-

longaron por una semana, con la participación de todos los habitantes de los pueblos. Duraron de domingo a domingo, con una misa en el colegio al comenzar y otra en el patio de la fábrica –donde se levantaba un monumento a las encíclicas–, al finalizar. Hubo otros actos religiosos, incluyendo una peregrinación a Luján, y diversas actividades deportivas y culturales: carreras de palomas, torneo atlético entre el personal de la fábrica, fiesta de ciclismo, fiesta náutica, partido de fútbol en el estadio del club –contra la tercera de Racing–. El sábado hubo una “fiesta nativa completa”: carreras de sortijas, “polla”, desfile, cantos y zapateos criollos, bailes y payadas. A la noche se representaron varias obras de teatro y, finalmente, los festejos se cerraron con un banquete y baile de los que participaron todo el personal e invitados especiales.

Todo parecía funcionar en perfecta armonía, pero algunas cosas comenzaban a cambiar.

Los avatares del paternalismo

Hasta mediados de la década del cuarenta, habían predominado las relaciones de cooperación y reciprocidad, y los conflictos habían sido muy localizados y aislados. Pero la irrupción del peronismo en la escena nacional y el avance de la sindicalización modificaron las condiciones en las que hasta entonces se habían desarrollado las relaciones entre la empresa y los trabajadores. A ello debe sumarse que la situación económica se complicó durante la Segunda Guerra Mundial, en parte por los problemas que atravesó la empresa, y en parte debido al deterioro en los salarios que causó la inflación.

La política de Steverlynck había consistido en ofrecer una serie de ventajas a los trabajadores, pero dichas ventajas dependían siempre de la voluntad del empresario y no de decisiones externas o de la presión de los operarios. Cuando en 1934 se estableció el régimen de indemnizaciones para los empleados de comercio, la empresa mantuvo una actitud prudente: “no habiéndose aún determinado por los Tribunales los alcances de la nueva ley, hemos preferido postergar para más adelante la reserva que habrá que crear, a los efectos de atender los casos previstos que pudieran presentarse”.

La participación de los obreros de Flandria en la acción sindical no fue inmediata. A principios de la década del cuarenta hubo una propuesta de crear un sindicato, que fracasó por la falta de apoyo de los trabajadores: “nos era muy difícil organizarlos; ellos decían que ya tenían suficiente, que así estaban bien”. Su promotor fue despedido de la empresa, y abrió un almacén en Villa Flandria. Era un trabajador poco comprometido con la firma, ya que era el único miembro de la familia que trabajaba en la fábrica.



Los Steverlynck eran devotos de San Luis Gonzaga, a quien consagraron la iglesia de Villa Flandria. Para la celebración de la fiesta del patrono, en 1952, se realizaron oficios religiosos y una procesión con la imagen del santo, que recorrió las calles de Villa Flandria seguida por los trabajadores y trabajadoras y sus familias. Los festejos fueron presididos por el obispo auxiliar de Buenos Aires, monseñor Bolatti. Para cerrar los festejos la comisión de fiestas de la empresa organizó un espectáculo de fuegos artificiales y una función de cine gratuita.

(Revista El Telar, 1952)

En 1945 la Asociación Obrera Textil (AOT) organizó una huelga de quince días en los establecimientos de la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires para exigir la firma de un convenio colectivo que establecía aumentos salariales y mejoras en las condiciones de trabajo. El nuevo convenio, que comenzó a regir en julio de 1945, no alcanzó a los trabajadores de Algodonera Flandria, ya que éstos se habían mantenido ajenos al conflicto y no habían participado en el movimiento huelguístico.

Al año siguiente se iniciaron nuevas gestiones para la organización del sindicato, y Steverlynck propuso a los promotores que se asociaran sin reconocer la pertenencia a ninguna entidad superior. De esta forma

aceptaría los reclamos que considerasen necesarios, pero se mantendría el antiguo diálogo. La sugerencia fue rechazada, y se conformó la primera comisión del sindicato dependiente de la Asociación Obrera Textil. La iniciativa había partido de un grupo de Buenos Aires, que había llegado al pueblo con la finalidad de organizar a los trabajadores.

Desde mediados de los años cuarenta, Steverlynck intentó contrarrestar la acción del sindicato mediante el apoyo a organizaciones católicas de trabajadores. Si bien la religión había jugado siempre un papel protagónico en Villa Flandria, fue a partir del triunfo electoral del peronismo que la empresa promovió la instalación de los Círculos Católicos de Obreros, a los que también apoyaba en su accionar en otras regiones del país, financiando sus actividades.

Los Círculos Católicos de Obreros tenían como función “promover y defender el bienestar espiritual y material de la clase trabajadora de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia Católica”. Su labor cubría distintos campos, materiales y espirituales: se hicieron cargo de la Sala de Primeros Auxilios, fundada en 1947, y dirigían la Biblioteca San Luis Gonzaga, por expreso mandato de Steverlynck, “debiendo seleccionar material cristiano para la misma”.

También en 1946 se organizó la Juventud Obrera Católica (JOC) de Villa Flandria. La JOC había nacido en Bélgica, fundada por el padre Cardjin, y de allí se había extendido hacia Europa y América. En la Argentina, su creación había sido encomendada a la Acción Católica. Steverlynck admiraba a Cardjin, y lo invitó a Jáuregui ese mismo año, para que conociera la fábrica y los pueblos. Desde la visita de Cardjin la revista *El Telar* comenzó a publicar semanalmente noticias sobre la JOC y consejos para los jocistas del pueblo, que participaban en actos y desfiles gracias al apoyo de la empresa.

A pesar de los esfuerzos de Steverlynck, en agosto de 1946 quedó constituida la sección local del sindicato. En un primer momento hubo enfrentamientos con la empresa. Según uno de los protagonistas, “en ese tiempo ellos lo manejaban todo, no admitían que un trabajador fuera a expresar una inquietud o un pedido; la empresa entonces no reconocía al sindicalismo, pero después tuvieron que reconocerlo por el gran ímpetu que le dio Perón”. Los dirigentes sindicales reclamaron a través de un petitorio la aplicación del convenio de los textiles, con el apoyo de los trabajadores, pero la empresa lo rechazó, lo cual derivó en el primer conflicto generalizado, que se prolongó por casi dos meses.

En esa ocasión, la actitud de los obreros hacia la empresa fue moderada, hecho que les valió fuertes críticas de parte de los grupos socialistas locales. En noviembre de 1946, un periódico de Luján publicó una carta anónima, firmada por “un obrero de Jáuregui”, en la que caracteri-

zaba a los trabajadores de la Algodonera Flandria como “unos pobres tontos manejados por señores que tienen la intención de vivir a costa de ellos”. Dicha carta los acusaba también de ser unos campesinos ignorantes, que sólo sabían trabajar en el campo y “tirar las tetas a las vacas”, que no conocían los baños antes de entrar a la empresa, y que se dejaban encandilar por la posibilidad de tener la casa propia, la quinta y el baño.

Varios “obreros de Jáuregui” (probablemente desde el sindicato) respondieron a esos agravios en una carta a un periódico socialista, señalando que “nos desagrada el papel de tontos; no lo hacemos ni lo queremos hacer. Nos agradan, sí, las relaciones bien claras con nuestro empleador, a quien no tenemos interés en agraviar pero tampoco en adular”. Agregaban que querían “pensar con la cabeza propia”, a través de su sindicato, una práctica a la que debían habituarse por ser una experiencia nueva entre ellos: “Hemos empezado a ver los problemas sociales con criterio muy distinto al que nos dictaba la vieja mentalidad de hombres deshabituados a trabajar en núcleos de centenares o de miles de obreros agrupados bajo un mismo techo. Ahora la misma realidad social nos ha hecho apreciar la fuerza que tiene la unificación de nuestras voluntades”. En lo concerniente a las relaciones con la empresa, afirmaban que “nos desagrada que se nos quieran negar nuevas mejoras invocando el nombre de las que ya gozamos, ya que entendemos que esto último es una posición reaccionaria”.

Una nueva oleada de conflictos tuvo lugar a comienzos de 1947. A raíz de una huelga de un día, declarada para celebrar, en febrero de ese año, el aniversario del triunfo del peronismo en las elecciones presidenciales, Steverlynck despidió a dos activistas sindicales. Después de un mes de gestiones infructuosas para obtener la reincorporación de los despedidos, los trabajadores iniciaron un paro que se prolongó por treinta y cinco días. En él jugó un papel primordial la solidaridad con los despedidos, más que la demanda de reivindicaciones sociales.

Durante el transcurso de la huelga, el padre Filippo, un sacerdote muy relacionado con Perón y Evita, propuso a ésta una reunión con Steverlynck, quien inicialmente se negó. Antes se había entrevistado con Domingo Mercante, gobernador de la provincia, pero las tratativas habían fracasado. El 14 de abril se declaró un paro nacional, exigiendo al gobierno que expulsara a Steverlynck del país. Finalmente Steverlynck accedió a encontrarse con Evita en las oficinas que ella ocupaba en el Concejo Deliberante. Evita comenzó hablando de la trayectoria y la obra de Steverlynck, tocando la rodilla de su interlocutor mientras conversaban, según su costumbre. Y luego empezó con los reclamos: estaba molesta por la ayuda que Steverlynck brindaba a la Juventud Obrera Católica, a la cual el gobierno no prestaba asistencia. Con respecto a la huel-

ga –que Evita había apoyado directamente–, ponía como condición para que fuera levantada que se pagaran todos los días no trabajados. Como Steverlynck se negó, amenazó con deportarlo. Finalmente, se logró un acuerdo a través de gestiones del ministro de Economía, Miranda, que conocía personalmente a Steverlynck. De los treinta y cinco días de paro, la empresa pagaría nueve, y los obreros se comprometían a volver pacíficamente al trabajo.

La segunda huelga importante fue en 1952. A raíz de la muerte de Evita, “todos los días debían acatarse quince minutos de silencio, parando las máquinas”. Tres trabajadores se negaron a seguir las directivas del sindicato, y éste organizó una huelga para que fueran despedidos. El paro duró nueve días. Los tres obreros rebeldes dejaron de asistir al trabajo, pero Steverlynck decidió seguir pagándoles los salarios, y se reincorporaron a la fábrica tras la caída del peronismo.

La participación masiva en los paros no indica necesariamente que los trabajadores se sintieran más identificados con el sindicato que con Steverlynck. En primer lugar, el número de adherentes fue bajo. De acuerdo con el testimonio del miembro del sindicato que iba casa por casa para afiliar a los trabajadores, la gente decía que los beneficios que les ofrecían ya se los había dado la empresa, y que temían perder las ventajas adicionales que ésta otorgaba. En segundo término, las presiones para que los obreros participaran en las huelgas eran muy intensas. Cuando se declaró el paro de 1947, los miembros de la comisión requirieron la ayuda del intendente de Luján a fin de que los pusiera en contacto con Evita, que les ofreció su apoyo directo. Por otra parte, los trabajadores eran presionados para adherir a la huelga: “Yo estaba en la portería y nadie venía a trabajar porque si venía alguno le decían: compañero, estamos en huelga, usted no puede entrar. Lo buscaban persuadir por las buenas, y si no se querían persuadir [...]”. Como hubo casos de persuasión por “las malas”, optaban por quedarse en sus casas.

En busca de un nuevo equilibrio

En el conflicto con el peronismo se combinaban elementos políticos e ideológicos, confrontándose dos modelos muy diferentes de organización social y concepciones diversas acerca de la justicia social. El proyecto de Steverlynck tenía un fuerte contenido tradicionalista y religioso, y se veía amenazado por la irrupción del Estado en el mundo del trabajo y por una propuesta que fortalecía la acción sindical y la autonomía de los trabajadores.

Villa Flandria se había mantenido hasta mediados de la década del cuarenta en un relativo aislamiento, con ciertos rasgos arcaicos, ya que la vida comunitaria estaba mucho más ligada a la empresa que a las institu-



ciones públicas de Luján. Steverlynck no buscaba intervenir activamente en la vida política local, sino más bien mantener a Villa Flandria como un mundo cerrado y autocontenido.

La llegada del peronismo y el avance de la acción sindical crearon un nuevo escenario, obligando a la empresa a acomodarse a las nuevas condiciones y a aceptar una mayor injerencia del Estado y los sindicatos en su actividad.

Sin duda, uno de los rasgos más singulares de la experiencia de Villa Flandria fue que en ella el mundo del trabajo y el mundo privado estuvieron fuertemente ligados, al punto de que no es fácil percibir los límites que separaban a uno del otro. En esa comunidad, en palabras de un trabajador, “mezclaban un poco lo privado tuyo con la empresa. O sea que tu actividad privada, tu vida privada, había siempre quien llevaba sus comentarios a la empresa y había alguno que te llamaba: usted con fulano, con mengano...”.

Los Steverlynck concebían a Algodonera Flandria no sólo como una empresa sino también como un espacio en el cual moldear la existencia y la conciencia de los obreros, haciendo de ellos buenos cristianos dedicados al trabajo y a la familia. Para lograrlo apelaban a diversos recursos: el contacto directo con los trabajadores, la organización de las acti-

En todas las fiestas se celebraban misas, incluyendo el 1° de Mayo, al que la empresa trató de dar siempre un contenido cristiano. A mediados de los años cuarenta, tras el advenimiento del peronismo, Steverlynck se propuso reforzar aun más el papel de la religión, y en 1946 organizó secciones de la Juventud Obrera Católica y de los Círculos Católicos de Obreros. La misa tenía lugar en el patio de la fábrica, donde destacaba la banda de la empresa junto a una banda militar. Los trabajadores asistían a ella de pie, detrás de las autoridades.
(Archivo Algodonera Flandria, 1946)

vidades comunitarias, los beneficios sociales. La idea de una “gran familia” tutelada por el empresario suponía la creación de un ámbito de pertenencia y de una identidad, que eran permanentemente reforzados con la prédica y con la acción.

Los trabajadores se identificaron con esta propuesta, a pesar de sus rasgos autoritarios. La figura de Steverlynck adquirió para ellos perfiles patriarcales, y lo llamaban y siguen llamando todavía hoy “Don Julio”.

Los testimonios de los protagonistas revelan una generalizada satisfacción por la política de la empresa, y la convicción de que trabajar en ella era un privilegio. “En aquel tiempo era la gente mejor pagada en todo el partido de Luján [...] Era, era tremendo la gente que quería venir acá.” “En Jáuregui se vivía muy bien. Se ganaba bien. Cinco o seis pesos diarios. Por eso no me iría de aquí.” “La fábrica organizaba todo y controlaba todo, pero igual preferíamos vivir acá en aquel tiempo, porque teníamos muchas cosas.”

Frente a las nuevas circunstancias, no tuvieron demasiadas alternativas, y en última instancia buscaron la forma de convivir con el paternalismo y el sindicalismo. Tal vez el mejor testimonio de ello sea que el principal gremialista de la Asociación Obrera Textil de Villa Flandria fuera también socio del Círculo Católico de Obreros.

Esta actitud pone en evidencia la tensión entre las estrategias individuales y familiares –alentadas desde el paternalismo– de encerrarse en una sociabilidad autónoma, y los requerimientos sociales e ideológicos que emergían desde las grandes estructuras políticas y públicas.

Al mismo tiempo, ofrece, desde el mundo de lo privado, nuevas claves para el estudio de la vida política.

Fuentes

La reconstrucción de la vida en Villa Flandria se basa en la consulta de diversos tipos de fuentes, escritas y orales, y en trabajos previos realizados por las autoras.

Principales fuentes escritas

Documentación del Archivo de Algodonera Flandria (Actas de Directorio, Memorias del Directorio, inventarios, libros copiadores de correspondencia, libros de pago, Libro de Inasistencias, legajos del personal).

Libros de Actas del Círculo Católico de Obreros de Villa Flandria.

Revista *El Telar*, 1934-1984.

Periódico *La Verdad*, Luján, años varios.

Periódico *El Civismo*, Luján, años varios.

Manuscrito de Marie Jeanne Steverlyneck, mayo, 1991.

A. Giachino, *Recopilación de noticias de Villa Flandria*, Villa Flandria, 1993.

C. Marini, Trabajo presentado en el Congreso sobre la Vivienda, 1939.

Fuentes orales

Entrevistas a: M. Basso, septiembre, 1991; J. Castellón, mayo, 1993; J. C. Ceva, octubre, 1995; L. Fychon, septiembre, 1991; J. Jiménez, septiembre, 1993; M. Lupo, junio, 1993; N. Martínez, junio, 1993; A. De Miguel, septiembre, 1991; L. Parra, mayo, 1993; M. Parra, septiembre, 1991; C. Rolla, junio, 1995; A. Rondón, mayo, 1993; M. Segura, mayo, 1993; P. Swinnen, septiembre, 1993; J. Van Houtte, julio, 1993.

Trabajos de las autoras

M. I. Barbero y M. Ceva, "El catolicismo social como estrategia empresarial: el caso de Algodonera Flandria", en *Anuario IEHS*, Nº 12, 1997.

M. I. Barbero y M. Ceva, "Estrategia, estructura y evolución económica de una empresa textil en la Argentina", mimeo.

M. Ceva, "Movilidad social y espacial en tres grupos de inmigrantes en el período de entreguerras. Un análisis a partir de archivos de fábrica", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Nº 19, 1991.

M. Ceva, "Immigrazione, reti sociali e lavoro. Il caso degli italiani nella fabbrica Flandria (1924-1960)", en G. Rosoli (comp.), en *Identità degli italiani in Argentina. Reti Sociali, Famiglia, Lavoro*, Roma, Studium, 1993.

M. Ceva, "Inmigración y familia. El caso de los andaluces en la fábrica Flandria", mimeo.

M. Ceva, "¿Una Villa Modelo? Dios, Patria y Trabajo", mimeo.

Imágenes y lenguajes

Hugo Vezzetti
Dora Barrancos
Eduardo Archetti
Gonzalo Aguilar

Imágenes y lenguajes se abre ahora con ese extraño lugar de confesión pública que son los consultorios epistolares que surgen en los años treinta en diarios y revistas. Esta forma de “psicoanálisis popular”, “moderna ciencia de interpretación de fenómenos del alma”, articula lenguajes diferentes. “Psicoanálisis por Freudiano” se da como dispositivo de desciframiento que libera efímeramente un inconsciente que desaparece por su sola enunciación. Viva Cien Años piensa qué gestos, qué inflexiones hay que imponer al cuerpo para producir un alma carente de desidia o de timidez. Idilio funda la felicidad en el “carácter” pero, contrariamente a Viva, no busca forjarlo en el cuerpo, sino en la oscilación entre un yo pragmático y una lectura cuya clave es la infancia. Destinados esencialmente a un público femenino, los consultorios epistolares revelan los cambios en las condiciones de enunciación de los afectos, marcados ahora por el triple beneficio de la libertad, la taumaturgia y la contricción.

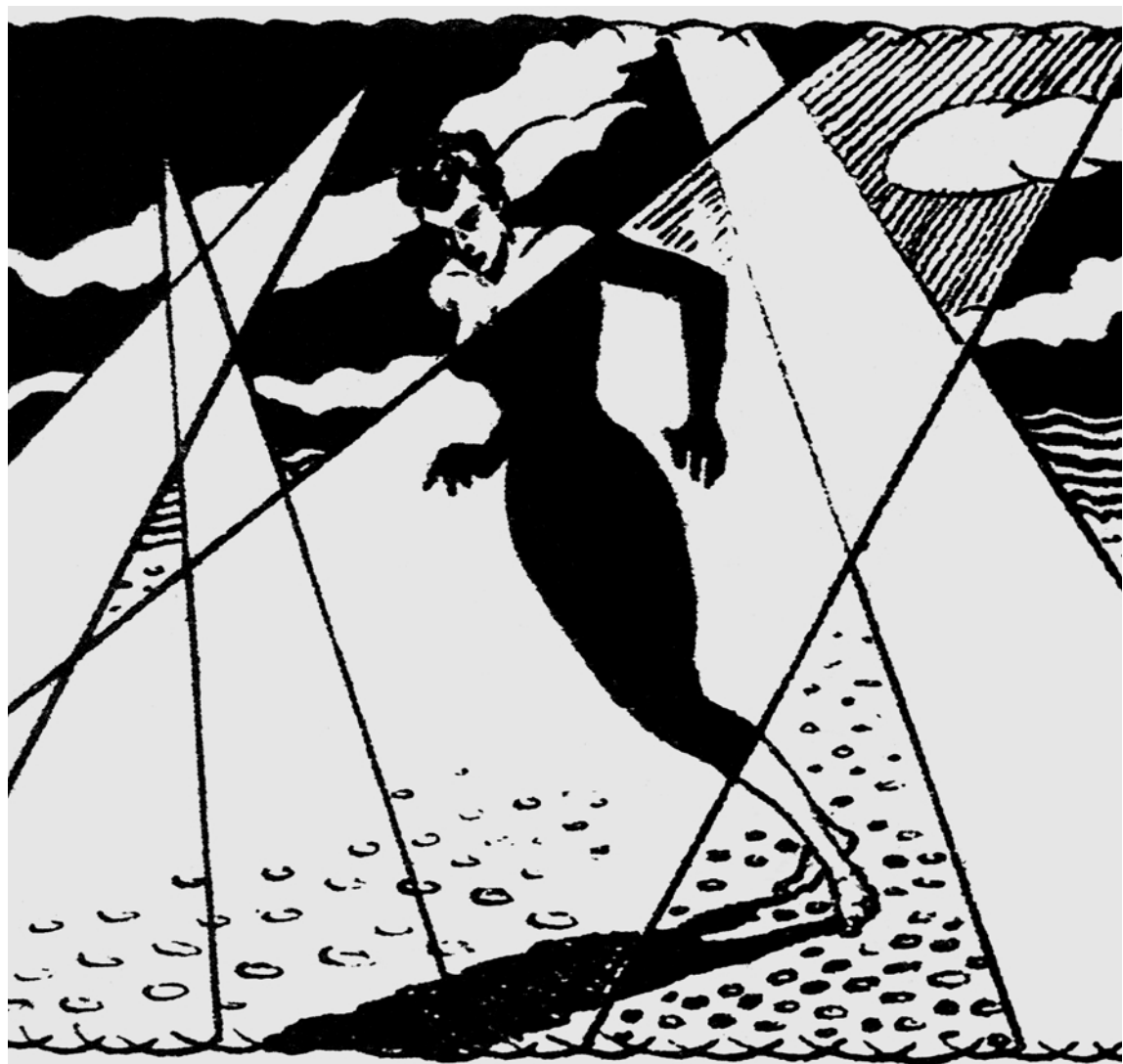
Se verán luego las imágenes de la mujer trabajadora en términos de conducta sexual en el período de entreguerra. El tema de la mujer trabajadora se construye como “problema” en el siglo XIX, no necesariamente como producto de la separación “objetiva” entre domesticidad y trabajo asalariado, sino como efecto del discurso de economistas y patronos, de médicos y legisladores que designan a las mujeres asalariadas como una fuerza de trabajo inferior, un grupo “insólito y vulnerable” (Joan W. Scott). La contracepción, y en particular el aborto, son asimismo temas fuertes de este período. En efecto, la “declinación de la fecundidad” se erigía, después del fin de la guerra franco-prusiana, como el tema central de la demografía, que la veía como síntoma de la debilidad de una nación. Pero existen también otras imágenes: los modelos que el cine, el folletín, la radio, ofrecen al lenguaje del amor romántico o de la pasión.

El fútbol, pensado aquí a través de la constitución del lenguaje del estilo, es en nuestro país un tema central de la experiencia familiar –sobre todo, de las relaciones padre-hijo– y de las amistades masculinas. El “sueño del pibe” como imaginario moral –el amor a la madre, la solidaridad con los hermanos, la lealtad, el fin de una pobreza de la que, sin embargo, no se reniega porque aquí “los cracks se hacen en los potreros”– y las figuras del estilo que hacen de la furia, la resistencia, la astucia, la elegancia o la fantasía valores dominantes que organizan la imagen del individuo o del grupo, son las dos caras de la proyección de una conciencia de sí (personal o colectiva, real o deseada). Practicar o mirar el juego supone, a su vez, el control de las pulsiones, la disciplina de los cuerpos, la aceptación de las

reglas (del deporte o del espectáculo), pero amenaza también el retorno de la violencia. El fútbol desvela así la ambigüedad del proceso que nos ha “civilizado” (para retomar la palabra de Norbert Elias). Incorporó dentro de los individuos las coacciones que aseguran una existencia colectiva más pacífica, que permite en ciertos momentos y lugares el abandono de las conductas requeridas por la esfera pública y la vida privada, pero la irrupción de la barbarie acecha también a esta experiencia ampliamente compartida.

La televisión, por último, elemento central de la sociabilidad familiar en sus primeras décadas, ha pasado a ser, en sectores altos y medios, un objeto pasible de apropiación individual en espacios aislados, mientras que se mantiene, en los sectores populares, como elemento de sociabilidad —baste pensar en la televisión en los bares para los partidos de fútbol o en el único aparato de la sala común—. Ha perdido también el estigma de los años sesenta, que la identificaba con el consumo emblemático de una “felicidad rosada pequeñoburguesa” (Juan José Sebrelli) que glorificaba el encierro doméstico como forma de privacidad. La historia de la televisión es, en efecto, la historia de una conquista progresiva de sectores y momentos, las amas de casa, los niños, la tarde, la Nochebuena... Elemento ineludible de nuestra experiencia de la privacidad, está también en el origen de nuevas formas, nuevas retóricas de lo público y lo privado en tanto hace proliferar los lugares comunes de las más enfáticas intimidades ficcionales, interpela al televidente rompiendo con la pasividad de lo que se da a ver y es un medio privilegiado de exhibición espectacular de privacidades reales.

El recorrido se cierra con la Crónica: *El Coco, tonto del pueblo, ángel “moderno”* que durante veinte años busca hacerse un disfraz de Pantera Rosa, y unas mujeres que higienizan viejitos pobres. Tiene lugar en Pringles. Podría ser pensado como una parábola en la que, por esencia, nunca se descifra todo porque quedan “en el relato primitivo lagunas, pérdidas, blancos, como si la parábola estuviese siempre en exceso con respecto a su interpretación” (Louis Marin). *Fin melancólico*, narra despojos y la innegable miseria que nos rodea. Dice una forma paroxística de la privacidad: la incapacidad de comunicación, el encierro obsesivo en el sueño intransmisible. Dice también una forma de no dejar “privada”, sola, al alma, gesto de esclavos, de caridad, tal vez, de comunión. “Llega a Simón Pedro; éste le dice: ‘Señor, lavarme tú a mí los pies’. Jesús le respondió: ‘Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde’. Le dice Pedro: ‘Jamás me lavarás lo pies’. Jesús le respondió: ‘Si no te lavo, no tienes parte conmigo.’” (San Juan, 13, 6-8.)



**SIENTO MIL OJOS CLAVADOS
EN MI CUERPO. QUIERO CO-
RRER Y MIS PIES PARECEN
ADHERIDOS AL SUELO.**

Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas

Hugo Vezzetti

El concepto de lo privado que interesa destacar para el presente trabajo se refiere a aquello que, en principio, no se exhibe ni se muestra, y se corresponde con una dimensión replegada en la intimidad que encuentra una raíz fundamental en la vida de los afectos, en los vínculos primarios de la vida familiar y en el despliegue de la vida amorosa. En ese sentido, Freud veía en el acto sexual el prototipo de la situación humana que funda la intimidad y que rechaza la socialidad propia del grupo extenso. El *ámbito íntimo*, entonces, es un espacio que, ante todo, se define por la separación y, aun, la oposición al mundo del trabajo, de la política y de la vida social. Sólo es posible un estudio indirecto de los temas marcados por la privacidad y, al mismo tiempo, no hay interioridad que no comunique con los marcos colectivos de formación de esa práctica. En la experiencia contemporánea de la vida íntima, la implantación cultural del psicoanálisis parece haber jugado un papel esencial. En efecto, la disciplina freudiana parece ofrecer para nuestro intelecto un horizonte de significaciones difícilmente superable: la primacía y las determinaciones de lo inconsciente, el peso de la infancia y los vínculos tempranos, las figuraciones interminables de los lugares paterno y materno, en fin, el dominio del pasado y del recuerdo en las formaciones del deseo y los desvíos y desvíos de la represión.

En líneas generales, se admite que una historia de las “mentalidades” y la subjetividad no responde a la misma temporalidad que la historia social o la historia política. Se trata de un tiempo lento, repetitivo, resistente a la innovación que puede, contemporáneamente, imponerse en el dis-

Historia cultural, de las ideas y de la vida privada

Entre los años treinta y cincuenta, diversas revistas inauguran una sección de ayuda personalizada. Con apariencia científica, una renovada narrativa psicológica de alcance popular permite reconstruir pequeños dramas de la vida emocional de las lectoras.
“Darío Malbrán, psicoanalista.”
(Aventuras, ca. 1950)

curso o las costumbres. Si esto es así, es preciso ser prudente frente al discurso o la sensibilidad del cambio, allí donde tiende a afirmar una revolución en las costumbres y las actitudes privadas. Si el psicoanálisis tiene razón, si es en el pasado, la infancia y la memoria donde reside la raíz básica de la vida erótica, la constatación de los cambios manifiestos en la moral y los comportamientos sexuales plantea, antes que un giro que rompe completamente con el pasado, la indicación de un espacio irreductible de conflicto entre el presente de las nuevas actitudes y conductas y el peso de una memoria más conservadora y reacia a las innovaciones. En ese sentido, los historiales psicoanalíticos (si alguna vez estuvieran disponibles para un estudio histórico-cultural) ofrecerían más de una ilustración de esas resistencias y de los desajustes entre la conformación de una sexualidad construida desde el pasado infantil y los cambios manifiestos del discurso y las prácticas culturales.

Las representaciones y las formas de la vida familiar constituyen un componente básico fundamental de la mentalidad de una época. No sólo por el lugar de la familia en la construcción del entramado social sino porque es en el ámbito de los vínculos primarios donde se forman, siempre conflictivamente, los patrones de la vida afectiva y sexual junto con las bases de la moralidad. Ahora bien, es claro que una historia de la familia enfrenta un campo de problemas complejo y, en principio, diversificado entre la institución situada de cara a la sociedad y el reducto replegado de la intimidad que destaca la importancia (y la legitimidad) de los deseos y los afectos.

Es evidente que, por lo menos desde los años veinte, se producen cambios palpables en las ideas y representaciones sobre el amor, la pareja y la vida familiar. Es claro que esos cambios se acompañan de transformaciones en la vida y la conducta familiar que tienen, como condición, los cambios en la sociedad: Gino Germani hablaba, refiriéndose a la Argentina moderna, de la “transición” desde una sociedad tradicional a una sociedad urbana y de masas en un sentido que aludía a la vez a la dimensión “objetiva” y “subjetiva” de esos cambios. Y, contrariando la visión simple de un conjunto que se transformaba armónicamente, admitía desajustes y retrasos: las nuevas formas familiares convivían conflictivamente con formas más tradicionales del autoritarismo patriarcal y las formas de subordinación de la mujer en la familia. Ahora bien, en ese ciclo modernizador aparecía cierta exhibición paradójica de los tópicos de la “intimidad” (del erotismo y la vida sentimental) situados en el centro de un interés extendido: literatura sexológica, novela sentimental, presencia en los medios y, en especial, en el nuevo tipo de publicaciones que se dirigían explícitamente al público femenino. En algunas de esas publicaciones lo más personal era objeto de una confesión pública, una expo-

sición incitada por el dispositivo del *consultorio epistolar* dirigido por un consejero que se presentaba como psicoanalista.

La función del médico consejero que se dirigía a la familia, en particular a las madres, mediante folletos (como el *Libro de las madres* de Gregorio Aráoz Alfaro) y desde los medios de comunicación, para prevenir males físicos y, a veces, morales, había formado parte en la Argentina, desde principios de siglo, de las tareas del higienista. Me interesa explorar un conjunto de transformaciones que acompañó la instalación de la figura popular de “psicoanalista” en un lugar que, en parte, reemplazaba al del higienista y, en parte, inauguraba, del lado del “experto”, un nuevo polo de enunciación y recepción de un discurso de la intimidad sentimental. Al mismo tiempo, y sobre todo, me interesa destacar la aparición de un sujeto de enunciación distinto: el de los lectores (generalmente lectoras) que hacían escuchar sus demandas o el relato de sus sueños. Se destaca así la emergencia de un *yo sentimental* que se sostiene en un régimen de verdad que ya no es el de las funciones naturales o las obligaciones sociales y morales (que fundaban la legitimidad del discurso higienista, desde la exterioridad de la ciencia), sino el de las razones de los afectos y la verdad del corazón. Sin embargo, como se verá, no se trata de un cambio brusco sino de un desplazamiento que incluye transacciones y mezclas entre lo viejo y lo nuevo. En todo caso, más que el imaginario de la vida sentimental, cambiaban las condiciones de enunciación de un orden de la pasión que exponía una interioridad habitualmente escondida, y aunque se sostenía en los tópicos de la literatura sentimental, producía una narración verdadera que sólo podía confesarse en primera persona. Paradójicamente, las peripecias de la intimidad se revelaban (y, de algún modo, se legitimaban) a través de esa exposición pública que ponía en evidencia que en la confesión también operaba una construcción social o, en todo caso, que en ella se combinaban la construcción social y la individualización, la uniformidad y la singularidad personal.

Una de las vías de la expansión de un *psicoanálisis popular*, integrada a la cultura de masas, ha sido la incorporación periodística del “consultorio del psicoanalista”. Y aun cuando algunas de las cartas no provinieran del público sino de redactores de las propias publicaciones, aportan un material ilustrativo acerca de los tópicos y los problemas en los que comenzaba a hacerse posible la intervención de cierto saber del freudismo. El primer consultorio de ese tipo apareció en *Jornada*, el diario de Helvio Botana que reemplazó a *Crítica* cuando éste fue clausurado por la dictadura de Uriburu en 1931. “Psicoanálisis por Freudiano” se llamaba la sección, publicada desde agosto de 1931 hasta comienzos de

*El consultorio del psicoanalista
en el diario Jornada*

1932 –durante unos siete meses– en una etapa en la que no era Botana quien estaba al frente del diario, y en un momento en el cual, ante la persecución, el periódico optaba por ocuparse menos de la política nacional y por aumentar el espacio dedicado a otras secciones de interés general, notas de color y deportes. Cuando Botana retomó la dirección y reintrodujo la política, en el primer número de la segunda época, clausurado el consultorio de psicoanálisis, el diario se ocupaba del caso Lugones (hijo) –el jefe policial a cargo de interrogatorios y torturas durante la dictadura de Uriburu– apelando a la psiquiatría tradicional, en un “estudio clínico” realizado por un profesor de la Facultad. La vieja psiquiatría de la herencia y la degeneración reemplazaba esa divulgación del freudismo que, por unos pocos meses, había encontrado un espacio y un público.

El psicoanálisis era presentado, en agosto de 1931, como la “moderna ciencia de interpretación de fenómenos del alma” y, lo más importante, quedaba sobre todo asociado a la interpretación de los sueños. La sección anunciaba que respondería las consultas y solicitaba relatos de sueños. Al mismo tiempo, incluía notas de divulgación que se ocupaban de una presentación del psicoanálisis desde el punto de vista de su interés general y sus efectos posibles sobre la vida cotidiana: conflictos mínimos, malestares, actos fallidos. El psicoanálisis aparecía, por una parte, como un dispositivo de autoconocimiento capaz de sacar a la luz deseos reprimidos, de revelar cierta interioridad oscura y ciertos rasgos ocultos del propio yo. Y en ese sentido, la interpretación de los sueños era promovida a la posición de un camino directo para el conocimiento de una zona de misterio, “la manifestación del subconsciente en libertad”, una visión popular del sueño que coincidía con la concepción romántica de un inconsciente activo e impulsivo.

Por otra parte, ese acceso personal a través del periodismo de masas reemplazaba la experiencia del análisis personal, de modo que la consulta por carta (y el acceso por parte del público a las consultas y los “análisis” publicados) se ofrecía como una primera versión de un *psicoanálisis popular* y puede pensarse que aportaba una cierta versión vulgar y corriente de lo que podía esperarse del especialista. Se trataba, se dice, de despertar en el público un interés que ya se estaba manifestando en Europa y los Estados Unidos, es decir, de actualizar y modernizar una zona de curiosidades y demandas del público que iba en una dirección semejante a la extensa difusión del freudismo que se produjo desde los años veinte. Una expresión muy influyente de esa recepción popular de un psicoanálisis para todo público fue la biografía que Stefan Zweig dedicó a Freud y que se publicó en Buenos Aires en 1933. En ella el maestro vienés era presentado como un profeta del mundo contemporáneo y su obra representaba una revolución de las costumbres y los valores que venía a soca-

var la moral del disimulo, el rechazo del cuerpo y el aplastamiento del instinto. Es claro que la visión ofrecida por *Jornada* era bastante más ecléctica y moderada y, en todo caso, el perfil del profeta moral parecía menos acusado que el del científico, el consejero médico y, sobre todo, el descifrador de los misterios que se esconden en el fondo del alma humana y que los sueños traen a la luz.

Una lectora, “Aurora”, relataba un sueño en el que luego de un accidente automovilístico paseaba del brazo con un joven conocido. El psicoanalista de *Jornada* le dice que está enamorada y agrega: “Por ser correspondida, usted sería capaz de cualquier sacrificio. Pero es usted casada. El sacrificio al que su sueño disfrazó de accidente no vale la pena, Aurora, de ejecutarlo. La mejor manera de disipar los malos pensamientos es ponerlos en evidencia. Está segura que desde hoy no volverá a soñar con accidentes de autos”. Del lado de la lectora, parece claro que irrumpía cierta insatisfacción, la búsqueda de una revelación de sí que sería correlativa a las aspiraciones de cambio individual y cuyas claves debían buscarse en ese reducto máximo de interioridad que es el sueño. Por otra parte, más que las nociones o el argumento del drama amoroso, lo que aparecía como novedosa era la *posición* de autoexposición de su deseo: lo más personal se implantaba en el discurso cultural justamente cuando se hacía público y se confesaba al universo de los lectores. Del lado del “psicoanalista de masas”, es claro que lo que se ofrecía era una amalgama entre el descifrador que poseería la clave de interpretación de los símbolos (y las asociaciones) y el confesor que con su consejo respaldaba la moral del matrimonio y volvía a poner las cosas en su lugar. Pero es importante considerar que la conclusión moralista que retrotraía el problema al registro de las obligaciones conyugales no cancelaba la admisión de la “verdad” de un amor que irrumpía más allá de las convenciones y las conveniencias.

La sección, entonces, era a la vez un “consultorio” que establecía un diálogo peculiar con sus lectores (generalmente lectoras) a partir del relato de los sueños, y un foro de divulgación del psicoanálisis. Y era claro que éste involucraba al alma más que al cuerpo; en todo caso, a las manifestaciones ocultas del alma, como una ciencia de los secretos del yo. El acento no estaba puesto en la patología, ya que el psicoanálisis era presentado como una vía de indagación y una terapia del hombre y la mujer corrientes. Un sustento destacable del interés que despertaba residía justamente en que se trataba de la difusión de una psicología *desmedicalizada*, separada de la patología y de las tradiciones del manicomio. En ese sentido, el psicoanálisis se presentaba, sobre todo, como una práctica de narración de sí mismo, ligada a ciertos procedimientos de lenguaje; de modo que si bien estaba revestido de la le-



Stefan Zweig. Su biografía de Freud, rápidamente traducida en Buenos Aires, contribuyó decididamente a la difusión del psicoanálisis.

gitimidad de las ciencias, se ofrecía como una medicina sin medicamentos y casi sin médicos. El sueño proporcionaba un terreno apto para esas dos dimensiones de la sección (la del consultorio de *casos* y la de la exposición divulgadora) en la medida en que responde a un relato personal a la vez que es un terreno ejemplar para revelar esa otra dimensión del yo que debe ser explicada.

Un rasgo destacado del dispositivo epistolar, instalado en un periódico que se dirige a decenas de miles de lectores, es que hace posible la expresión de la individualidad en medio de la masa anónima. En ese sentido, el caso de la expansión cultural del psicoanálisis muestra que las formas de implantación de la cultura de masas no conducen simplemente a la disolución del yo en la muchedumbre anónima. En las nuevas condiciones sociales y culturales, la relación entre el individuo y la colectividad no puede ser pensada con los esquemas conceptuales simples que habían planteado, desde Le Bon a Ortega y Gasset, el fantasma de las *masas* como un factor de degradación de la socialidad tradicional. Más aún, esa demanda de exposición personal respondía en verdad a un dispositivo que prometía a la masa una vía para salir del anonimato a través de la exposición del *yo profundo* expresado ejemplarmente en el sueño. En verdad, hay que decir que esa demanda había sido generada a partir de una *oferta* integrada como un resorte central del moderno periodismo de masas: extraer a algunos pocos para convertirlos en protagonistas exhibidos en los medios. Y la expansión del psicoanálisis popular en la sociedad de los seres anónimos no puede separarse de los alcances de esa promesa: el saber y el procedimiento por el cual se alcanza a poseer un yo íntimo en el mismo movimiento por el que se busca conocerlo y confesarlo.

“Freudiano”, como firma de autor, probablemente escondía más de una pluma. En ocasiones era un descifrador que eludía las formas típicas de la ilustración médica; otras veces era un consejero bastante tradicional o un médico en función divulgadora. Lo más importante, en todo caso, era esa incitación a la búsqueda de una verdad que residía en los fondos del yo y que requería de condiciones especiales de relajamiento de los controles de la razón. De allí el estímulo a exponer sin disimulos sueños, conflictos, fantasías y la exhortación a escribir francamente, sin temor por las palabras empleadas. Pero el apego a cierta “regla” psicoanalítica terminaba allí; las respuestas a las consultas impartían toda clase de consejos sobre decisiones personales y actitudes ante los demás, cuando no se inclinaban directamente por una recomendación de tratamiento. En ciertos casos, desde la posición típica del psiquiatra divulgador, las notas tomaban a la familia (sobre todo a la madre) como objeto de una intervención esclarecedora y preventiva. Y los problemas de la infancia en

particular ofrecían la ocasión para diversos consejos. Pero tanto la centralidad de la infancia como la apelación a la responsabilidad de los padres sobre la salud psíquica y la educación moral de los niños constituían tópicos centrales de la tradición médica higienista; en ese terreno no se ofrecía nada nuevo.

En todo caso, si la expansión del psicoanálisis en la cultura modificaba en algo (aunque sin cancelar) las representaciones sociales sobre la salud de la infancia, lo hacía alterando la trama de significaciones que permitían pensar la relación entre el niño y el adulto. La importancia concedida a las “experiencias infantiles” en la formación de la personalidad situaba, de algún modo, la verdad psicológica del adulto en el niño que fue y que, en lo profundo, nunca dejará de ser. En efecto, entre las promesas del psicoanálisis popular figuraba, en lugar destacado, el camino posible de una *reintegración* del niño, es decir de las pulsiones y la memoria de los afectos primarios. Se establecían variadas transacciones, entonces, entre el discurso tradicional sobre la familia y las nuevas formulaciones que invocaban a Freud. Retomando la oposición que Ingenieros había establecido entre amor y “domesticidad”, puede decirse que en cuanto emergían las representaciones de la unidad familiar y su cortejo de obligaciones, el psicoanalista de *Jornada* reencontraba el lugar de enunciación, apenas modernizado, del viejo higienista. En cambio, cuando dominaban las peripecias de la vida amorosa y los desórdenes de la pulsión sexual, ofrecía diversas fisonomías entre el moralista y el consejero sentimental. De modo que, al lado de las intervenciones tranquilizadoras para la moral matrimonial, el vocabulario psicoanalítico (por ejemplo, las referencias al narcisismo y al Edipo) venía a establecer al amor sexual como un territorio que escapaba al control de la razón y el cálculo y, correlativamente, a destacar el papel del psicoanalista como aquel que poseería el saber y las claves de acceso a ese territorio desconocido. Y en las representaciones sobre el amor emergía cierta reivindicación del “deseo natural” y el instinto, de un modo que no coincidía con el consejo del moralista, que simplemente propondría contrariar las inclinaciones pulsionales. Dentro de la mezcla resultante, lo más destacable es que el amor –enseñaba “Freudiano” (y en esto era bastante fiel al maestro vienés)– es el prototipo de la felicidad y no se ajusta fácilmente a las convenciones; es evidente que quien escribía bajo esa firma había leído *El malestar en la cultura* (“La felicidad a través del amor”, 14-11-31).

La sección del diario de Botana enseñaba que la fuerza del instinto y de los poderes “misteriosos” del inconsciente debía ser reconocida y respetada. De modo que no se trataba de recomendar el autodomínio o la fuerza de voluntad para ahogar síntomas o rarezas, ya que “la voluntad ahoga manifestaciones que son benéficas porque significan la solución

de un conflicto”. Aunque no siempre, a veces el consultor respondía como un psicoanalista salvaje que delataba la sexualidad en juego (un papel que se diferenciaba del consejero sentimental o el higienista divulgador) y establecía, al parecer, la vía más clara y efectiva de recepción y difusión de un freudismo distinguible de las formas conocidas del consejo médico o sentimental.

Finalmente, como se vio, la sección desapareció con el retorno de Botana, cuando el diario volvió a llamarse *Crítica*. Y desde comienzos de febrero de 1932 se publicó una sección de “Espiritismo, Ocultismo y Teosofía” que, podría decirse, venía a reemplazar la cuota de misterio antes ofrecida por la interpretación de los sueños. El redactor de la sección destacaba la seriedad científica de esos estudios del mismo modo que lo había hecho antes con la disciplina freudiana. Pero el foco de curiosidad se había desplazado desde el instinto y la vida erótica al conocimiento de la vida y, sobre todo, la comunicación psíquica más allá de la muerte. El reemplazo del psicoanálisis por el espiritismo (más allá de las circunstancias de esa decisión, que, muy probablemente, tenían que ver con las preferencias personales de Botana y su esposa) suponía un relegamiento del individuo y una exaltación de una experiencia del misterio y el sentido que se orientaba en otra dirección: ya no la separación y la singularidad de los impulsos y deseos individuales sino la unidad y la comunicación con un orden de totalidad cósmico-espiritual.

*El psicoanalista de
Viva Cien Años*

Hacia los años cuarenta, la figura del psicoanalista había alcanzado una visibilidad social mucho más extendida que la de la comunidad de especialistas nucleada en torno a la Asociación Psicoanalítica Argentina, creada en 1942. Desde aproximadamente 1935 y por espacio de más de una década, la serie popular *Freud al alcance de todos*, firmada por el “Dr. Gómez Nerea” fue publicada por la editorial Tor y vendió decenas de miles de ejemplares. Y cuando Freud murió, en 1939, el espacio que la prensa y diversas publicaciones dedicaron al acontecimiento mostraba que el creador del psicoanálisis era unánimemente reconocido como uno de los grandes personajes del siglo XX.

A pocos años de la aparición del consultorio en el diario de Botana, la revista *Viva Cien Años* incluyó una sección semejante, aunque el perfil del “psicoanalista” era muy diferente. Presentada como “la revista popular de la salud”, se publicó desde noviembre de 1934 hasta finales 1949, es decir que respondía a un proyecto de divulgación y difusión de largo alcance, algo que contrastaba con la efímera irrupción del psicoanalista en el diario de Botana. *Viva Cien Años* era básicamente una revista de higiene, orientada a una medicina de la familia, en la tradición de

las intervenciones higienistas, y se proponía divulgar los temas tradicionales de la prevención de las enfermedades, en particular las enfermedades infantiles y las enfermedades sociales: tuberculosis, venéreas, alcoholismo. Uno de sus postulados básicos residía justamente en la centralidad de la familia como sostén, como sujeto fundamental de la salud y la moral colectivas. Concomitantemente, las cuestiones de la pareja matrimonial eran encaradas sobre todo con un enfoque *eugenésico*, es decir, una atención destacada a las consecuencias de la herencia en la descendencia, de un modo que subordinaba las cuestiones de la sexualidad a los fines de la reproducción. Hasta aquí no había casi nada nuevo y el marco general acentuaba la visión del matrimonio y la familia como un sistema de obligaciones: hacia los descendientes y la especie y hacia la sociedad, la salud de la raza y la grandeza de la nación.

Sin embargo, en la medida en que la revista colocaba esos tópicos bajo la empresa de favorecer una salud integral —es decir física, emocional y moral— había espacio para una consideración que incluía otras cuestiones que daban cuenta de nociones y representaciones que se desplazaban del grupo familiar a los individuos integrantes. Y en la medida en que se trataba de mejorar la existencia de las personas, la cuestión de la *felicidad* ingresaba como un valor que excedía los marcos tradicionales, puramente utilitarios, del saber médico. En principio, debía reconocerse la importancia de la vida de los afectos y admitir que había “malestares” que dependían de anhelos y demandas que no respondían a la lógica de la salud corporal. Suponía igualmente un creciente reconocimiento de conflictos que empezaban a llamarse “psicológicos” y que incitaban a tomar en consideración el tema de la *personalidad*. “Tener una personalidad” sana, equilibrada y, sobre todo, autoafirmada sería no sólo el correlato sino la condición de la salud del cuerpo. De modo que, frente al esquema de la medicina social, que ponía el énfasis en la salud colectiva, en la especie o la familia como organismo natural, emergía el tema del *individuo* y sus rasgos únicos. Es claro, en un sentido, que esa apelación a la psicología mantenía una visión naturalista, en la medida en que comenzaba por concebir la “personalidad” (lo más propio del individuo) como una extensión de un cuerpo activo y saludable. Esto resultaba particularmente evidente en la aplicación a las nuevas representaciones de la mujer, que se referían al cuidado del cuerpo, la belleza física, incluso algunas armas de “seducción”, como condición de una personalidad autónoma, activa y exitosa. Vale la pena señalar que en esos años, el cuerpo —como objeto de saber y de intervención médicos— emergía como un territorio atravesado por conflictos y significaciones que rompían con la visión mecanicista y “objetivante” de la medicina positivista.

Para el discurso dominante de *Viva Cien Años*, los “malestares” del

La colección en diez volúmenes “Freud al alcance de todos”, dirigida por el doctor J. Gómez Nerea (seudónimo del poeta peruano Alberto Hidalgo), se publicó con gran éxito a partir de 1935.



cuerpo (inhibiciones, fealdades y deficiencias por desidia o ignorancia) eran enfrentados ante todo como una lucha por la conquista del carácter. La sección “Consúltenos” (que es el antecedente directo de la sección de psicoanálisis) recibía las inquietudes y malestares de un público (mayormente femenino) que ofrecía, casi siempre, síntomas del orden de la timidez, los miedos y la depresión. En todo caso, el cortejo de los sufrimientos contenidos en esas cartas ofrecía la imagen en negativo de los ideales de salud y equilibrio psíquicos promovidos por la revista. Y el “psicoanalista” de *Viva Cien Años* ofrecía consejos que iban siempre en la misma dirección: educar y fortalecer el carácter. En su significación moral más tradicional, el carácter aludía a un moldeamiento del yo consagrado al deber (y al honor) a través del sacrificio y, sobre todo, el autocontrol; en ese sentido, no se proponía una consideración psicológica de la individualidad. Pero en la medida en que los redactores de la revista incorporaban la temática de la *personalidad*, el acento se desplazaba de la moral a la psicología, es decir a una identidad fundada en el yo profundo, en los impulsos y anhelos que constituirían el núcleo de la individualidad.

Desde febrero de 1941 (vol. X, Nº 10) se incluyó la sección fija “Un conflicto espiritual resuelto por el psicoanalista”; poco después agregaba un subtítulo suficientemente ilustrativo: “para vencer la timidez”, algo que coincidía, por otra parte, con varias notas referidas al problema de las depresiones. El psicoanalista de *Viva Cien Años* era un consejero que sabía todo y que confiaba (a diferencia de “Freudiano”) en la fuerza de la voluntad y en el valor vital general de una posición activa frente a la existencia. Ahora bien, el tema de la formación del carácter individual como un polo activo, autónomo, creativo incluso, en la lucha con el medio no era ajeno a la concepción de una psicología de base positivista. José Ingenieros, en sus *Principios de Psicología* había expuesto un sistema de psicología evolucionista, en el que la noción de personalidad individual ocupaba un lugar muy destacado. En ese sentido, el esquema conceptual de los redactores de *Viva Cien Años* mantenía una filiación naturalista evolucionista que remitiría, finalmente, a la función del individuo en la “lucha por la vida”. Pero la psicología biológica concebía la formación del carácter (expresión de la personalidad) como el resultado de una afirmación activa frente al medio social, cuyo paradigma, en todo caso, se encontraba en la función, mayormente masculina, de la transformación de la naturaleza; como tal, no se ocupaba de la familia. Puede verse la exposición mayor de una psicología del carácter en *El hombre mediocre*, donde no se hace ninguna mención del papel de la familia y la crianza en su formación.

Ahora bien, en la medida en que el *carácter* (y no los sueños o los



Viva Cien Años: psicoanálisis popular en una revista para la salud de la familia.

(Portada de Viva Cien Años, 3-11-1937)

impulsos eróticos) constituía el tema mayor de la psicología popular expuesta en la revista, puede pensarse que los consejos impartidos en nombre del psicoanalista (ni siquiera “salvaje”) tienen poco que ver con la obra de Freud. Y, sin embargo, si se atiende a las condiciones culturales de esa recepción popular, no puede desconocerse lo que allí se revelaba en cuanto a los cambios en las representaciones sociales de la familia y, sobre todo, a esa focalización y “repliegue” sobre el grupo primario, algo que respondía indudablemente a un ciclo de duración más larga. En todo caso, en cuanto se examinan las condiciones culturales de la implantación

de un psicoanálisis popular, salta a la vista que la historia de la familia moderna y el repliegue sobre el triángulo primario padre-madre-hijo constituye un capítulo ineludible de la historia de la recepción amplia de los nuevos saberes sobre el inconsciente y la sexualidad. Dicho brevemente, en ese ciclo de transformaciones que van de la *familia eugenésica* a la *familia psicológica* hay que buscar las condiciones más generales de una popularización inicial de psicoanálisis, el que, por otra parte, adquiere la significación y el valor propios de la nueva psicología.

Aun cuando, en la revista, la temática psicológica no era la predominante, parece claro que la cuestión de la “psicoterapia” y su eficacia aparecía, ante todo, por la vía de los pedidos de aclaración y consejo de parte del público lector. El psicoanálisis, en esta versión que lo concibe como la base de una psicología moral, se difunde especialmente como una *psicología práctica* que se diferencia claramente tanto de las representaciones de la medicina mental y el “médico de locos” como de los desarrollos de la psicología académica, que ofrecía poco interés desde el punto de vista de los problemas y demandas de la gente. Y ese carácter práctico, es decir un saber y una técnica aplicables sobre uno mismo, lo diferenciaba nítidamente de los usos habituales de la medicina mental o la psicología educativa. Al mismo tiempo, es claro que, en la revista, los usos del psicoanálisis así concebido (y la atención dedicada a la psicoterapia en general) impulsaban la idea y el valor de una “autoeducación psíquica”, un movimiento de conquista de sí mismo que combinaba la autodisciplina y la afirmación individual. Y la importancia de la infancia (un tema característico del saber promovido por el freudismo) radicaba precisamente en que es el período de la vida en el que se forma el carácter y se fijan los rasgos psíquicos y morales del individuo. En todo caso, antes que como una disciplina de conocimiento, lo que se extendía era una *tecnología del yo* (para usar un término de Michel Foucault), y allí radicaba su perfil característico y su atractivo en una revista médica: un procedimiento que otorgaba al sujeto sufriente un lugar activo, al menos, en la iniciativa de exponer sus padecimientos.

A una lectora que describía una vida monótona, de provincia, y expresaba sus aspiraciones a probar una nueva vida en otro lugar, el psicoanalista de *Viva Cien Años* le aconsejaba “ver la belleza a su alrededor” (XIV, N° 8, 20-1-43). Situado en la posición de un confesor laico, ante todo transmitía una confianza básica en la fuerza espiritual que en cada consultante lo hacía capaz de vencer los conflictos por la fuerza de su voluntad. Es claro que se trataba de un discurso moral sostenido en valores genéricamente conservadores, aunque, en forma paralela, incorporaba una flexión que exaltaba la función de un yo activo y autónomo capaz de vencer los obstáculos exteriores tanto como las restricciones interiores.



Los primeros psicoanalistas argentinos reunidos en Río de Janeiro, 1945. De izquierda a derecha, sentados: señora de Oliveira (Brasil), Alberto Tallaferro; parados: Enrique Pichon Rivière, Marie Langer, Arnaldo Rascovsky, Angel Ganna, Eduardo Kropf, Luisa Alvarez de Toledo, Celes Cárcamo, Lucio Rascovsky, arriba: Arminda Aberastury y Matilde Wencelblat.

Los fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina a comienzos de los cuarenta.

Pero, finalmente, ese desplazamiento hacia la interioridad no cancelaba sino que se superponía (y establecía diversas combinaciones) con las visiones naturalistas heredadas del higienismo.

Si hacia los años sesenta se hace visible una transformación bastante extensa de las representaciones de la subjetividad “íntima” (en los lazos afectivos de la vida familiar y de pareja y los vínculos con los hijos) ese cambio requiere ser colocado en un ciclo de “duración” más larga, que se remonta, por lo menos, a las primeras décadas del siglo y que, en todo caso, exhibe sus consecuencias en esa presencia del psicoanalista en los medios de comunicación. En el caso de los nuevos discursos sobre la sexualidad en la pareja, por ejemplo, la expansión del *género sexológico* se remonta, por lo menos, a los años veinte y viene a mostrar, probablemente, cambios en las costumbres sexuales que son bastante anteriores.

De modo que el impacto del freudismo sobre las representaciones de la vida pulsional y el imaginario familiar y erótico y, más en general, sobre esa peculiar representación de la intimidad en el inconsciente que son los sueños, se sitúa en un proceso más largo y propiamente cultural. Ha-

El psicoanálisis y la imaginación amorosa: Idilio

cia finales de los cuarenta, como se vio, Freud y el psicoanálisis habían alcanzado una implantación extendida en la cultura de Buenos Aires. Y si se quiere buscar un indicador de la popularidad del psicoanalista como héroe moderno en el que se reúnen el médico y el sacerdote, el sabio y el detective del alma humana, vale la pena recordar al personaje de la historieta: “Darío Malbrán, psicoanalista” (que se presentaba como “la primera historieta semidocumental de América”), publicada en la revista *Aventuras* desde, aproximadamente, 1948. El protagonista era un médico que, además de atender pacientes con un encuadre más o menos psicoanalítico (incluyendo el diván), utilizaba la hipnosis. Pero al mismo tiempo respondía al perfil del detective colaborador de la policía en la aclaración y resolución de crímenes diversos, y su conocimiento de los caminos al inconsciente jugaba un papel determinante en el descubrimiento de los móviles. En líneas generales, las tramas revelaban el impacto del cine de Hollywood, algo que se correspondía, por otra parte, con el contenido general de la revista, que incluía en cada número una película adaptada al formato de historieta. Más precisamente, la ilustración de los sueños estaba inspirada en la célebre escenografía que Dalí había elaborado para *Spellbound* de Hitchcock, de 1945, que en la Argentina se conoció como *Cuéntame tu vida*. En todo caso, las aventuras de Darío Malbrán revelaban, ante todo, el peso que la cinematografía norteamericana tuvo en la popularización del psicoanálisis en la Argentina y en el mundo.

En 1948, la editorial Abril de Buenos Aires inició la publicación de la revista *Idilio*, que se presentaba como “una revista juvenil y femenina” e incluía como una novedad relatos sentimentales bajo la forma de fotonovelas. También publicaba notas propias de las revistas del corazón: historias de amor, peripecias sentimentales de las estrellas de cine, consejos y remedios siempre referidos a la constelación de problemas de la belleza personal y los pequeños dramas (o felicidades) de la vida amorosa. La mujer de *Idilio* era a la vez parecida y diferente de la de *Viva Cien Años*. En principio, como vimos, el mundo femenino de la “revista popular de la salud” giraba alrededor de los deberes de la maternidad y las exigencias de la vida conyugal, si bien lo hacía con la intención de modernizar tales funciones de un modo que reconocía en ellas la dimensión, tradicionalmente relegada, de los componentes afectivos y ciertas aspiraciones a la felicidad individual. La mujer de *Idilio*, en cambio, parecía vivir sólo en la esfera de los afectos y, sobre todo, de la magia y la aventura del amor; en ese sentido, la revista parecía responder, sobre todo, a esa dimensión imaginaria (compensatoria, si se quiere) en la que casi no había lugar para las obligaciones. Pero, al mismo tiempo, expandía y profundizaba esa imagen de un ser entregado a la fuerza de sus emociones.



El cine de Hollywood fue el mayor difusor de un psicoanálisis de masas. (Cartel publicitario de Cuéntame tu vida (Spellbound), de Alfred Hitchcock, 1945)

En la hiperafectividad, en su condición básicamente sentimental (que no se opone a cierta inteligencia basada en la intuición y el instinto) radicaría, a la vez, su debilidad y su fuerza; en todo caso, su naturaleza esencialmente diferente de la del varón.

Ahora bien, desde el primer número (26 de octubre de 1948), la revista incluía, en un lugar muy destacado, la sección “El psicoanálisis te ayudará”, a cargo del “Profesor Richard Rest”. En la presentación se ofrecía una enumeración significativa de los tópicos en los que el psicoa-

nálisis popularizado buscaba impactar en la comprensión (y la autocomprensión) de la vida personal: “La felicidad en el amor, el éxito en el trabajo, la alegría y el afecto en la familia y en la amistad, es decir el fracaso o el éxito en la vida dependen sobre todo de nosotros mismos, de nuestro carácter”. El psicoanálisis, prometía la revista, permitiría “descubrir aquellos complejos que, ocultos en lo más profundo de nuestra alma, son la verdadera causa de nuestra infelicidad”.

Por una parte, es claro que ese imaginario de felicidad individual se separaba de las obligaciones del orden doméstico. Al mismo tiempo, aun cuando la ayuda del psicoanálisis apuntaba a la revelación y la expresión de lo más íntimo e intransferible (expuesto en el sueño, en los recuerdos infantiles y las fantasías más frecuentes), la felicidad en cuestión no sería un mero estado “interior” y no se separaba de cierto valor de “éxito”, evidenciable en resultados socialmente tangibles: noviazgo y matrimonio, amistades, desempeño laboral.

La sección ofrecía una ficción de ayuda personalizada, una atención a la individualidad que, sin embargo, no quedaba librada a la expresión espontánea en la medida en que las cartas de las lectoras debían responder a un cuestionario bastante extenso. Ofrecía, entonces, un encuadre de apariencia científica, asimilable a lo que la psicología clínica postularía para una situación hipotética de entrevista, pero con un acento puesto en nociones psicoanalíticas, y contribuía indudablemente a presentar al psicoanálisis como el paradigma de una psicología científica. Al mismo tiempo, esa apelación a lo más personal buscaba adquirir un valor ejemplar que justificara la publicidad dada a la respuesta, ya que que el elenco de cuestiones sometidas a interpretación y consejo (y que giraban mayormente sobre la vida sentimental, pero también sobre desajustes diversos de la vida familiar y laboral) resultaba bastante representativo de los temas que, se suponía, poblaban la imaginación de las lectoras: dudas acerca de la propia capacidad de amar o acerca del amor recibido, dudas respecto de la propia estabilidad o madurez, confesiones diversas acerca de carencias afectivas en la niñez o la juventud, inseguridades, pensamientos o acciones incomprensibles, pequeños fracasos, etcétera.

Ahora bien, si el tópico amoroso evoca inmediatamente el universo de la novela sentimental, hay algunos rasgos propios que merecen ser destacados. Por una parte, esa justificación que introducía el modelo de un conocimiento científico de la subjetividad venía resaltada por la incorporación del cuestionario y por la inclusión, a partir del segundo número, de un pequeño recuadro titulado “Definiciones de la Psicología”, que presentaba conceptos provenientes, casi siempre, del vocabulario del psicoanálisis. Pero quizá la diferencia más importante residía en la cercanía de las lectoras con esos “personajes” de carne y hueso que contes-

taban el cuestionario y que, de alguna manera, exponían problemas y fantasmas presentes en la masa anónima que no escribía. Y en el relato de las pequeñas historias de vida y los dramas privados remitidos a la sección (que conocemos sólo a través de las respuestas del “Profesor”) se enunciaban estilos y modos de representación, rasgos de una renovada narrativa psicológica de alcance popular, que parecía aportar ciertos esquemas de significación para los pequeños dramas de la vida emocional en la pareja y los vínculos primarios.

Bajo el disfraz del “Profesor Richard Rest” se ocultaban Gino Germani y Enrique Butelman. Germani era un sociólogo y psicólogo social nacido en Italia que había emigrado muy joven a Buenos Aires; desde finales de los años cincuenta será una figura central de la fundación académica de la sociología en nuestro país. En cuanto a Butelman, formado en filosofía y psicología, cumplirá un papel destacado en los comienzos de la carrera de Psicología en la Universidad de Buenos Aires; en los años de su colaboración en *Idilio* ya era uno de los creadores y responsables de la editorial Paidós. Por otra parte, la revista incluía en cada número un sueño ilustrado por un fotomontaje realizado por Grete Stern, fotógrafa y artista alemana emigrada, que ha sido reconocida por su obra como una gran creadora de las artes fotográficas. Las condiciones y las circunstancias de ese encuentro inusual de Germani y Butelman con Grete Stern, en una revista de esas características, ofrecen un caso ilustrativo de las relaciones novedosas que en esos años mantenían ciertos intelectuales y artistas con zonas de la cultura popular o con el periodismo masivo. Es claro que para los tres se trataba de un modo de ganarse la vida, pero mientras que Grete Stern (en una actitud que en su caso no era despreocupación sino, más bien, un rasgo vanguardista) no tenía reparos en firmar con su propio nombre, Germani y Butelman (confundidos bajo el seudónimo común de Richard Rest) seguramente preferían no aparecer vinculados al género, poco prestigiado, de las revistas del corazón. En cada entrega, entonces, se incluía la interpretación de un sueño (que estaba a cargo de Gino Germani) ilustrado por el fotomontaje, y las respuestas a las cartas de las lectoras, redactadas por Butelman, y es posible apreciar diferencias de enfoque y de estilo entre las dos producciones. La sección, que se mantuvo durante muchos años, tuvo, según el testimonio de Butelman, un gran éxito.

Las respuestas a las cartas casi siempre buscaban las claves del problema en la historia infantil, y en muchos casos ofrecían a partir de ella una síntesis que operaba como una “construcción” que daba sentido a las dificultades y los síntomas. Por ejemplo, en el caso de Pat, “Timidez excesiva ante el hombre que ama”: “Su infancia viose siempre ensombrecida por la figura de su abuelo, terrible tirano de la casa, que prohibía toda manifesta-

“Darío Malbrán, psicoanalista.”
Historieta con argumento de Julián Maldonado y dibujos de N. Puglisi publicada en la revista Aventuras hacia 1948.



ción de alegría. Inconscientemente sigue usted a su abuelo; con otras palabras, formóse en usted un complejo que, a través de toda su vida, la hizo rehuir toda actividad regocijante.” (Año 2, Nº 13, 18-1-49). Por otra parte, las respuestas siempre transmitían aliento y tendían a reducir la gravedad de los problemas traídos a la consulta. Más bien permisivas frente a la expresión de la intimidad, las intervenciones exponían, comúnmente, una moral tolerante, que admitía y fomentaba cierta expresión franca de la dimensión sexual en las fantasías y anhelos. En ese sentido, el valor de la sinceridad en la expresión de la propia vida interior iba de la mano con consejos que estimulaban a seguir la propia vocación, independizarse de los padres, revelarse incluso (discretamente) contra las convenciones. Por ejemplo: “Su amor también está maduro, pero teme usted que la ‘ensucie’. Deseche tales prejuicios. Ningún amor verdadero atenta contra la decencia, usted bien lo sabe, y la corriente de agua cristalina que en su sueño lava los frutos lo expresa maravillosamente bien” (Año 1, Nº 2, 2-11-48).

Pero también se encuentran intervenciones más normativas y prescriptivas. En muchos casos, se respondía simplemente: “Ud. es una persona normal”, de un modo que apuntaba directamente a satisfacer la demanda de la consultante y tranquilizarla. También se incluían en la revista diversos “tests” destinados a la autoexploración de las aptitudes y la personalidad, algo que ha formado parte desde siempre de la psicología popular. En otros casos, el “Profesor Rest” ofrecía esa mezcla ya conocida del psicoanalista salvaje con el moralista. Por ejemplo, le arrojaba a una lectora desprevenida una interpretación que le señalaba una actitud de “protesta viril” al mismo tiempo que le recordaba que “la esencia de lo femenino” es la maternidad.

Si la combinación de divulgación científica (sobre todo en las definiciones de términos) con respuestas de sentido común o la mezcla de novedad y tradicionalismo asemejan esas intervenciones a las del psicoanalista del diario *Jornada*, hay que tener en cuenta que hay allí una orientación (y un límite) establecida por una evaluación anticipada de lo que ese público parecía capaz de absorber. Una lectora que estaba a punto de casarse había soñado que caminaba entre su padre y su novio, tomada de las manos de ambos. La significación edípica se imponía aunque atenuada por una neutralización de la dimensión propiamente sexual: “no quiere usted abandonarlo; cree que su matrimonio habrá de apartarla por completo de su padre” (Año 1, Nº 3, 9-11-48). El consejero intervenía con la evidente intención de apoyar y tranquilizar, y respaldaba con la autoridad del experto una respuesta que, ante todo, descansaba en el sentido común; y en esa función le interesaba menos la profundización de la interpretación que los efectos buscados, aunque es difícil medir su eficacia. En consecuencia, el papel de la sexualidad (que, obviamente, no era

desconocido por los autores), si bien no estaba ausente, quedaba en general atenuado y expuesto en términos que ponían de relieve los conflictos y los pequeños dramas del universo de los afectos. Brevemente, un freudismo socialmente aceptable exigía que la dinámica de la sexualidad fuera traducida en una *dramática de los afectos*.

En cuanto a la serie de las interpretaciones de los sueños ilustrados, se referían siempre a “sueños típicos” resueltos por un simbolismo general y fijados en un título: el sueño de volar, de caída, de fracaso, de puertas cerradas, de peligro, de vegetales. En principio, tanto la “clave” interpretativa como los consejos se separaban de las significaciones presentes en los fotomontajes de G. Stern, fuertemente críticos para los ideales femeninos tradicionales. Y aunque se referían siempre al sueño particular de una lectora, en todos los casos la interpretación buscaba reducirlo al tipo general; de modo que, finalmente, lo que ofrecía era una especie de “clave de sueños” que estaba mucho más cerca de las creencias populares que de la investigación psicoanalítica. Básicamente, el inconsciente poseería un saber (casi premonitorio en algunos casos) que se expresaría, como un mensaje cifrado, en el sueño. De modo que el “Profesor” desplegaba su saber mediante un desciframiento que era una traducción exacta del significado, de acuerdo con un sistema de símbolos fijados de antemano, si bien ese significado quedaba asociado a algunas circunstancias de la vida de la soñante.

Aunque el descifrador onírico citaba a Jung (Año 1, N° 10, 28-12-48) y el estilo de interpretación simbólica remitiría a formas típicas propias de una *inconsciente colectivo*, no puede decirse que se basara en un empleo mínimamente ajustado del pensamiento y el método del discípulo disidente de Freud. En todo caso, tal como sucedía en las respuestas a las cartas, la reducción del sueño a formas abstractas y conflictos generales parece asociarse con esa modalidad de respuesta que evitaba las aristas más chocantes o conflictivas para las convenciones morales. El inconsciente aparecía, en ese marco, como un doble “profundo” que lo sabe todo y, al mismo tiempo, como un yo latente *pragmático*, ya que sus mensajes se referían casi siempre a lo que la soñante debería hacer o evitar. Y el psicoanalista vendría a ser la exacta prolongación de ese inconsciente pragmático, orientado a completar la eficacia del mensaje con el esclarecimiento y el consejo explícito. No había lugar, entonces, para efectos críticos o ambigüedades (las que estaban mucho más presentes en las imágenes de Grete Stern), dado que el encuadre “científico” servía, finalmente, para respaldar el *consejo*, casi siempre sentimental, que se refería a decisiones más o menos inminentes. Por otra parte, estos rasgos correspondían a las características propias del “género” de la psicología popular, que los consultorios epistolares contribuyeron a fundar, y los autores

Psicoterapia popular y fotonovelas en la revista Idilio de la editorial Abril.
(Idilio, N° 1, 26-10-1948)



sólo se ajustaban a esa preceptiva. De modo que, finalmente, la función de divulgación, que se cumplía sobre todo por la inclusión del “diccionario” breve de términos, quedaba reducida a un lugar secundario y derivado respecto del consejo, que respondía directamente a la consulta.

A modo de conclusión

Entre la divulgación, el periodismo de color y la narrativa sentimental, los “consultorios epistolares” del psicoanalista ofrecen una producción discursiva que mezcla y superpone tópicos y registros. En sus aspectos menos novedosos se presentaban como consejo médico e higiene mental, educación familiar y vulgarización psicológica y psiquiátrica. Pero, al mismo tiempo, se implantaban como un saber que anudaba una relación estrecha, originaria podría decirse, con los malestares y las peripecias de la vida amorosa. Y la incitación a las confesiones en torno de la felicidad erótica y la vida sexual a menudo introducía un enfoque distanciado de la concepción médico-social centrada en la higiene del matrimonio y la familia. El psicoanálisis, en ese marco, aparece sobre todo como un saber sobre el instinto y las fuerzas interiores que escapan al control de la razón y la moral convencional. En una de sus facetas, como *ciencia de los sueños*, se abre al territorio casi fantástico del “yo profundo”, un núcleo básico de la personalidad dominado por los afectos y la fuerza de motivaciones que imponen una verdad propia, singular, que sólo se revela en el curso de una narración que compromete al sujeto. Es claro, por otra parte, que el componente mayor de esa reorientación autoanalítica es la complejidad de las pulsiones amorosas y, en este sentido, el psicoanálisis se destaca como una moderna *ciencia de la sexualidad y la vida erótica*. Que la pasión del amor suscita un retraimiento sobre sí, una interminable vuelta sobre el yo, ocupado por las ensoñaciones referidas al objeto amado, es una vieja condición particularmente reconocida, por lo menos, desde el discurso moderno sobre el amor y las pasiones. Y si, como es sabido, los sueños y la sexualidad quedaron reunidos en el nacimiento de la obra freudiana, no llama la atención que en su expansión popular en Buenos Aires (como, por otra parte, en el resto de Occidente) el psicoanálisis se haya implantado sobre todo como ciencia y método de interpretación de la vida onírica y de esclarecimiento de la vida erótica.

El psicoanalista popular viene, en parte, a ocupar el lugar del viejo médico higienista; pero, puede decirse, lo más importante es que promueve condiciones distintas del lado del consultante, en el sentido de esa posición de autoindagación, de narración de sí, de búsqueda de un depositario y una escucha para el drama íntimo puesto en palabras. Y aun cuando la disposición de los “especialistas” no fuera particularmente re-

ción psicológica de sus facetas *utilitarias*: el éxito y la afirmación frente a los demás. De modo que del “yo” íntimo al *carácter* exhibido se desplegaba una trama a la vez individual y social de relaciones y papeles, de temores y deseos. El resultado era un espacio de identidad psicológica atravesado por tensiones, entre la formación de la voluntad orientada al éxito según parámetros sociales y el despliegue expresivo, el ideal de una revelación de sí mismo, de las profundidades de un yo emocional en el que, sin embargo, no dejaban de refractarse valores y aspiraciones de la socialidad burguesa.

Como ha sido señalado, esas demandas, que en principio fundan el género, nacían de un público básicamente femenino, algo muy explícito en el caso de *Idilio*. Se hace necesario, entonces, abordar las características y las condiciones de esa *feminización* de la consulta popular al psicoanalista. En principio, ese repliegue sobre la intimidad se refiere sobre todo al prototipo de un *yo femenino*, volcado sobre el plano de una realización emocional “interna”, de un modo que expone un perfil más complejo de las ideas y autopercepciones de la mujer y su posición en la familia y la sociedad. Parece evidente que interviene un proceso de más largo alcance que pone en crisis los lugares y las representaciones tradicionales de la familia: ese movimiento de cambios en las significaciones de la familia y el individuo, el cuerpo, la sexualidad y la existencia afectiva, constituye el zócalo de la implantación de un freudismo popularizado que queda situado como un saber específico (una versión a la vez moderna y eficaz de la vieja psicología) capaz de ofrecer alguna iluminación sobre las crisis de la vida íntima.

Vale la pena destacar que esa difusión de un psicoanálisis popular produce efectos que son, en principio, ambiguos; de modo que es preciso precaverse de la tentación de atribuirle un sentido único, sea en la dirección de la “emancipación”, sea en la del “disciplinamiento” femeninos. En efecto, en las significaciones diversas que se anudaban en las figuras de la mujer se reunían tanto lo viejo como lo nuevo de la popularización del freudismo. Y las significaciones tradicionales de las obligaciones domésticas (refugio afectivo del esposo, educación primaria y crianza de los hijos) quedaban extrañamente superpuestas con las representaciones del infortunio amoroso y la matriz, en sí misma poco novedosa, del “consultorio sentimental”. Es claro que, en una de sus facetas (y esto es explícito en el psicoanalista de *Viva Cien Años*) esa expansión hacia el público femenino se proponía como una “higiene” psicológica y moral, que sería la exacta extensión de la medicina mental sobre los viejos problemas de la mujer en la familia, el matrimonio y las obligaciones de la crianza. Y sin embargo, no es seguro que los efectos de ese discurso, que al mismo tiempo destacaba la importancia del carácter y los afectos

tos, fueran exactamente los buscados. Los *usos* del psicoanálisis vulgarizado, en ese sentido, parecen operar efectos heterogéneos, a partir de esas demandas, en la medida en que esa “vuelta sobre sí mismo” puede referirse a diversos tópicos y experiencias, entre el núcleo de las *obligaciones domésticas* (que destacan el papel del saber psicoanalítico en la “modernización” de las funciones de crianza) y el de las *aventuras del deseo amoroso*. Al mismo tiempo, no puede desconocerse un uso que alimenta la inteligencia, y que comienza por la implantación de un vocabulario y promueve la obligación (como se decía explícitamente en *Jornada*) de conocerse como una condición del conocimiento y la acción eficaz en el mundo moderno.

Ahora bien, si el nacimiento de la familia psicológica se corresponde con el estrechamiento sobre el triángulo básico padre-madre-hijo, la intensificación de los afectos y el relieve de la personalidad y las motivaciones individuales, el lugar del *niño* resultaba fundamental. Y en el personaje infantil (que siempre encarna una promesa hacia su futuro de adulto), en su figura moderna al menos, coexisten en tensión la criatura instintiva que debe ser educada y el *sujeto primario* de deseo que encarna, simboliza –podría decirse–, ese yo profundo que busca revelarse en algunas de las confesiones dirigidas al consultorio epistolar. Es claro que entre las imágenes del niño y las figuras de mujer se trazan relaciones y equivalencias. El niño es el centro de una literatura sobre la crianza que, como es sabido, se constituyó en una de las vías más importantes de la recepción y la difusión de la psicología popular en Occidente. En ese sentido, cierto freudismo de masas encuentra su lugar en la ampliación y la proliferación de la célula básica madre-hijo. Pero el infante es también el sostén de ese “niño fabuloso”, pequeño mito fundamental de la narrativa psicoanalítica sobre los vínculos tempranos, el Edipo, la castración y todo lo demás: es el “niño interno” que pervive en el centro mismo del yo profundo. De modo que, como ha sido señalado por Christopher Lasch, si en la concepción tradicional el niño era pensado desde el adulto, como el germen de un adulto, en la nueva *cultura terapéutica* que el psicoanálisis contribuye a implantar en el mundo contemporáneo, es el adulto el que tiende a ser concebido como un *niño latente*. Como sea, en la vieja asociación de la madre al hijo las representaciones de la mujer reciben el peso de la hiperemocionalidad (la *hiperpsicología*, podría decirse) que va a cargar el imaginario del deseo femenino, más cerca de ese fondo infantil de pulsiones más o menos ingobernables, que nunca queda del todo atrás, y que es el sostén último de la identidad profunda del yo.

Brevemente, entonces, si hay un espacio de significación para un inconsciente popular, reducto de pulsiones y deseos que giran en torno de la sexualidad, ese inconsciente es a la vez *infantil* y *femenino*. Y el ras-

go distintivo del deslizamiento a la posición femenina (que, obviamente, puede ser ocupada por un hombre) reside en el imaginario de la pasión amorosa, que encontraría su expresión plena en la sexualidad de la mujer. Finalmente, en lo que no aparece (la vida social, el trabajo y la creciente exposición de la mujer en lugares tradicionalmente masculinos) se pueden conjeturar las condiciones más generales aportadas por la crisis de los lugares tradicionales. Y si diversas figuras de mujer (madre preocupada, novia perpleja o esposa en crisis, enamorada o soñadora sentimental) dominaron la recepción popular del psicoanálisis, en los mismos tópicos coexistían los viejos temas (el mundo real de la mujer se reduce a los hijos y el hogar; su mundo imaginario se abre a la interminable ensoñación amorosa) con los signos, incipientes, de una posición nueva en la pareja; algo que no puede separarse de los indicadores de creciente emancipación social y de los cambios culturales que acompañan el nacimiento de las representaciones de la mujer moderna. La prensa (el propio diario *Crítica*), las nuevas revistas y, sobre todo, el cine de Hollywood cumplían en ese sentido un papel muy destacado en la implantación cultural, de masas, de un nuevo estilo de feminidad.

En todo caso, esa “feminización” de los destinatarios del psicoanálisis ofrece un punto de mira importante para un análisis del *boom* del psicoanálisis en la cultura que se producirá en los sesenta; en especial a través de la masiva presencia femenina en la carrera de Psicología. Si hay que ver en esas confesiones y demandas –en las que afloraba el deseo tanto como la represión– los albores de la “revolución sexual” en la Argentina, lo menos que puede decirse es que sus alcances parecen bastante módicos. Finalmente, lo que las fuentes exploradas sacan a luz es la mezcla, la coexistencia de viejos y nuevos valores y actitudes. Ese espacio de confluencia de las obligaciones hacia los hijos y el matrimonio, los malestares de la vida erótica y la escena de los impulsos inconscientes, aparece como un terreno en el que se manifestaba una crisis cultural más amplia que se extendía desde bastante antes y que seguirá produciendo sus efectos en las décadas siguientes.

Bibliografía

- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, *Dialéctica del Iluminismo* (1944), Buenos Aires, Sur, 1970.
- Argentieri, Simona y Saporì, Alvise, *Freud a Hollywood*, Torino, Nuova ERI, 1988.
- Béjar, Helena, *El ámbito íntimo. Privacidad. Individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988.
- Demos, John, "Oedipus and America: Historical Perspectives on the Reception of Psychoanalysis in the United States", en Pfister, Joel y Schnog, Nancy (eds.), *Inventing the Psychological. Toward e Cultural History of Emotional Life in America*, New Haven y London, Yale University Press, 1997.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977.
- Ingenieros, José, *Principios de Psicología*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1919.
- Ingenieros, José, *Tratado del amor* (1925), Buenos Aires, Elmer Editor, 1956.
- Lash, Christopher, *The culture of Narcissism: American Life in the Age of Diminishing Expectation*, Nueva York, Norton, 1978.
- Lowry, Richard S., "Domestic Interiors: Boyhood Nostalgia and Affective Labor in the Gilded Age", en Pfister, Joel y Schnog, Nancy (eds.), *op. cit.*
- Moscovici, Serge, *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961), Buenos Aires, Huemul, 1979.
- Pfister, Joel, "Glamorizing the Psychological: The Politics of the Performances of Modern Psychological Identities", en Joel Pfister & Nancy Schnog (eds.), *op. cit.*
- Plotkin, Mariano, "Tell Me Your Dreams: Psychoanalysis and Popular Culture. Buenos Aires ca.1930-ca.1950", *The Americas*, en prensa, 1999.
- Priamo, Luis, "Los sueños de Grete Stern", en *Grete Stern*, Valencia, IVAM, Instituto Valenciano de Arte Moderno, 1995.
- Roffo, Analía, "Enrique Butelman, o ese destino maldito de amar los libros", entrevista publicada en *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 9-10-83.
- Sáitta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.
- Stern, Grete, "Apuntes sobre fotomontaje", en *Grete Stern*, *op. cit.*
- Torre, Valeria Alejandra, "Freud y el psicoanálisis bajo la óptica de Jornada", *Informe de Horas Investigación*, Facultad Psicología, UBA, 1995.
- Vezzetti, Hugo, "Viva Cien Años: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina", *Punto de Vista*, N° 27, Buenos Aires agosto, 1986.
- Vezzetti, Hugo, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Vincent, Gérard, "¿Una historia del secreto?", en P. Ariès y G. Duby, *Historia de la vida privada*, Tomo 9, Buenos Aires, Taurus, 1990.



Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras

Dora Barrancos

En el período transcurrido entre los años veinte y mediados de la década del cuarenta y en particular en las grandes ciudades del país, se transformaron los criterios de la moralidad sexual y las propias conductas sexuales en los diferentes grupos sociales. Aquí recorreremos la evolución de la sexualidad especialmente en las trabajadoras del medio urbano.

Las mujeres incorporadas al mercado de trabajo en un gran abanico de actividades –aunque reservando su predominio en los servicios, en el comercio y en algunas ramas de la industria tales como la textil, vestimenta, alimentación, calzado y frigoríficos– fueron alcanzadas por los nuevos aires de moralidad. Sin embargo, siguieron operando mecanismos censuradores que sólo pudieron subvertirse a partir de la década del sesenta cuando las mujeres más jóvenes enfrentaron de manera incontestable las convenciones sociales decididamente represivas.

El inicio del momento que nos convoca dejaba atrás las siluetas sometidas a la tortura de los corsés, los vestidos largos casi rozando el suelo, las botitas hasta la pantorrilla y aquella enorme cantidad de tela para interiores, enaguas, calzones largos rigurosamente empuntillados, mucho bordado y gran atención a los detalles con muy poca exposición a la “siempre lasciva mirada de los hombres”, como solía sostenerse. Los cambios vinieron rápidos después de la Gran Guerra y las tiendas comenzaron a exhibir el nuevo figurín que se imponía en Europa, cuyas mujeres acababan de demostrar el significado de su participación en economías de guerra. Las faldas se acortaron y los vestidos se soltaron, aunque los escotes permanecieron al ras del cuello. Los cuerpos se insi-

Después de la Gran Guerra los cuerpos femeninos se insinuaron y las largas cabelleras dieron paso a las “melenitas” que, despertando suspiros o reservas, representaban el nuevo modelo de mujer.

(El Hogar, Año XIX, Nº 719, 27-7-1923)

nuaron con mayor nitidez y las cabelleras largas, propias de la antigua devoción romántica, fueron tronchadas y dieron paso a esas melenas que consternaban a quienes suspiraban por la pérdida del antiguo modelo de mujer. Sin embargo, la evidencia de los cambios entusiasmaba a buena parte del público, especialmente a las mujeres, al ritmo tal vez de “hay una melena / melenita de oro / que me vuelve loco”, como decía la conocida canción en boga por esos años, mientras suscitaban reservas entre los sectores conservadores.

La publicidad dejó asomar cuerpos que anunciaban módicas sumas de erotismo. El desnudo insinuante aparecía en reclames de productos cuyas sugerencias no eran tan inocentes, pues prometían aumentar de todas maneras los encantos para la seducción. Para colmo, las estadísticas demográficas indicaban una clara curva descendente del número de nacimientos. Para quienes estaban de acuerdo con el más importante demógrafo del momento, el católico Alejandro Bunge, el país estaba en riesgo de perder vitalidad y de sumergirse en las peores expresiones de la raza: preocupaciones para alguna gente que veía con mucho temor la expansión de los métodos contracepcionales coincidiendo con la mayor liberalidad que traían los nuevos tiempos.

Adentrémonos ahora en algunos tópicos en torno de la moral sexual y de la sexualidad de las mujeres trabajadoras en un período que anticipaba los grandes cambios sociales y políticos que el país viviría a mitad del siglo.

Relaciones forzadas

Entre las trabajadoras hubo diferencias respecto de las costumbres y normas morales que caracterizaron a la sociedad argentina en el segundo cuarto de nuestro siglo. Un grupo muy vulnerable en materia de sexualidad fueron siempre las empleadas domésticas. Víctimas del poder de sus patrones o de los hijos de éstos, las muchachas –a veces apenas niñas– que se desempeñaban en las residencias tanto de la ciudad como del campo sabían que era muy difícil resistir el acoso, pues se arriesgaban al despido y aun a otras formas de persecución. Las menos calificadas, en general las mucamas o “sirvientas” –como el lenguaje común las identificó por largo tiempo–, a menudo sabían de antemano que serían requeridas en sus propios dormitorios o donde mejor creyera el patrón. La complicidad de los parientes de las muchachas no puede descartarse, especialmente en las regiones del interior del país donde los patrones fuertes, con grandes propiedades –o no tanto–, ejercían con prepotencia no sólo los poderes domésticos. Muchas veces se trataba también de los dueños de la cosa pública. Era muy habitual todavía en las décadas del veinte y del treinta la entrega de hijas o herma-

nas en los dominios rurales, tanto del Noroeste como del Noreste. El “derecho de pernada” constituyó un fenómeno corriente de las prácticas sexuales en cotos privados protegidos absolutamente por poderes incontestables. La Iglesia apenas reaccionaba frente a algún desmadre, pero en general acataba este estado de cosas que servían, en última instancia, para asegurar la castidad del matrimonio y la preponderancia de los varones. Por otra parte, casi no existía la idea de que estas prácticas ancilares pudieran considerarse adulterio, aun cuando rindieran frutos: el número de nacimientos ilegítimos, aunque decreciente, constituyó una expresión de indudable importancia en las regiones norteafricanas. Fue bastante común que los varones de esas áreas mantuvieran concubinas, más o menos protegidas según el caso, fuera de los límites de su propiedad y muchas veces a sabiendas de la familia legítima, tal como venía ocurriendo desde el siglo pasado.

Las mujeres casadas de los sectores de mayor rango social soportaban con diferente grado de complacencia las correrías sexuales de sus maridos. Es evidente que, pasados los años treinta, las más atrevidas pudieron soltarse y devolver con sus propias aventuras amorosas los ultrajes a la fidelidad, sentimiento que se expandió con más fuerza en este período. Pero el genuino sentimiento de humillación derivado de la infidelidad se reservaba a las amantes auténticas, esto es, aludía a otra clase de mujeres que en la enorme mayoría de los casos nada tenía que ver con las sirvientitas que los maridos sometían en sus residencias. El alquiler de *garçonnières* para ocultar intercambios sexuales extramatrimoniales y ofrecer diversión a los solteros se acentuó a partir de los años veinte, cuando aparecieron departamentos pequeños en el centro de Buenos Aires, sin duda destinados a fines de libertad sexual de los varones pudientes.

Las nuevas sensibilidades relacionadas con el amor encontraron un reflejo en la literatura, que cada vez más era adoptada por las mujeres de los sectores populares. Se podía soñar con el verdadero amor, con vínculos francos, desinteresados y apasionados, aunque para obtenerlos debieran sortearse enormes dificultades. En efecto, la literatura de los sentimientos que circuló entre los años veinte y treinta, y especialmente los folletines,¹ insistía en tramas de amores contrariados por obstáculos en principio insalvables, tales como la diferencia social (patrón/empleada), la imposibilidad de realizar el vínculo (casada/soltero), el imperio de otras circunstancias (muerte, enfermedad, viajes a gran distancia), pero que podían tener un final feliz o muy reparador. Fruto de la fecunda imaginación de los autores, rara vez se correspondían con los modelos exis-



Las mucamas fueron comúnmente objeto del reclamo sexual tanto de sus patrones como del resto de los hombres de la casa en la que trabajaban. Reclamo difícil de eludir debido al riesgo de perder el empleo.
(Plus Ultra, Año IV, N° 43, noviembre, 1919)

Amor romántico y pasiones eróticas

Los obstáculos insalvables fueron el tópico común de las tramas amorosas en boga. Los amores contrariados provocaban lágrimas, pero también permitían soñar con la posibilidad de un final feliz.

(Plus Ultra, Año V, N° 53, septiembre, 1920)



tentes pero, tal como ha señalado Beatriz Sarlo, sirvieron para expresar las íntimas ensoñaciones de las lectoras del período que apenas disimulaban las pulsiones de la sexualidad. Se abría paso con mucha lentitud una dimensión erótica de los vínculos, dificultada todavía por la falta de libertad personal. Las preocupaciones conservadoras abundaban, y podrían sintetizarse en el pensamiento de Raúl Ortega Belgrano, a la sazón presidente del Consejo General de la Cruz Roja Argentina, que acusaba como responsables de la inmoralidad femenina a todos los maleficios del momento, a saber “[el] folletín que intoxica moralmente [...] el baile moderno [que] fustiga sus instintos en el íntimo contacto de dos cuerpos dirigidos por un hombre que se esfuerza por despertar reacciones sexuales [...] el cinematógrafo [con] vistas deplorables de la escuela del crimen y del vicio”.

También se habían reducido los discursos libertarios que hasta poco tiempo atrás habían proclamado con radicalidad la idea del “amor libre”. Sin embargo, el ex anarquista Julio Ricardo Barcos, destacado educador, provocaba con un libro precursor *–La libertad sexual de las mujeres–*² aparecido en 1921 y del que hacia 1935 ya se habían realizado cinco ediciones, alcanzando cierta difusión internacional. Barcos denunciaba la hipócrita y retrasada moral sexual de la época, que sojuzgaba a las mujeres bajo la soberanía de los varones. El alegato de Barcos contenía el siguiente programa que, si bien extenso, conviene desarrollar: “Acabar con la tragedia del celibato femenino; libertar a las secuestradas de Barba Azul [...]; romper los candados de la castidad que les hemos puesto a las mujeres; crear un noble comercio espiritual entre los sexos que les permita comprenderse y solidarizarse mejor, para que las mujeres sean más comprensivas; cegar la charca de la prostitución, donde a falta de agua pura, bajan los sedientos a beber el cieno del amor hecho vicio y comercio, dejando insatisfechos el cuerpo y el alma, propagando, en cambio, la pudrición de las fuentes genésicas de la raza; declarar a la comunidad única responsable del criminal abandono de las mujeres pobres, condenadas a venderse para vivir, pues solamente los mentecatos con alma de seminaristas creen que las caídas en el lupanar han ido allí por amor al vicio; llegar a una sociedad que declare como única cosa sagrada la maternidad, donde el único interés público esté concentrado en la protección y felicidad de los niños”.³

El éxito de los folletines entre los sectores populares es el reflejo de las nuevas sensibilidades relacionadas con el amor entre 1920 y 1930.
(El Hogar, Año XIX, Nº 719, 27-7-1923)



*Una imagen persistente:
mujeres pobres y prostitución*

La prohibición de visitas en los camarines de los teatros establecida por la Intendencia Municipal parece no haber resultado muy efectiva. Aquí es precisamente el Inspector quien intenta ingresar.

(Revista Popular, Almanaque, 1919)



Como puede advertirse Barcos, un gran amigo de la causa femenina y en particular de las mujeres pobres, ofrecía un enérgico programa reformista con visiones clásicas y modernas que reivindicaba la liberación sin abandono del mandato de la maternidad.

Tal como el texto de Barcos nos transmite, una figura muy problematizada había sido y era todavía la prostituta, que siguió obsesionando a higienistas, reformadores, espíritus radicalizados, literatos, gentes de izquierda y de derecha durante los años veinte.⁴ Las muchachas de los sectores populares estaban en el centro de la atención, ya que ellas presentaban los mayores riesgos. Quedar soltera en una familia pobre –aunque a menudo las preocupaciones del período abarcaban a cualquier mujer sola y soltera– era una amenaza, ya que podía ser acechada por las redes de traficantes o por ocasionales *cafiolos* cuentapropistas. La caída en la prostitución y los salvatajes ocasionales por héroes bastante románticos inspiraban a autores costumbristas como Manuel Gálvez, cuyas novelas *Nacha Regules* e *Historia de arrabal* son una muestra elocuente de esos dramas entre lo puro y lo impuro vinculando a gentes de linajes contrapuestos.

La transmisión sexual de enfermedades, en las que tanta responsabilidad cabía a la prostitución, todavía constituyó un problema durante buena parte de los años veinte. Algunas agencias seguían alarmando a la población y alertando a las meretrices y sobre todo a los clientes sobre los males derivados de la sífilis. Entre dichas agencias sobresalían en Buenos Aires la acción de la “Sociedad Luz”, en manos del socialismo, y de su más importante higienista, el doctor Ángel M. Giménez, y de la Liga Argentina de Profilaxis Social. Un aspecto central de esta última –y menos subrayado en los objetivos de la primera– era la defensa de un programa integral, que evitara, tal como proponía el eugenismo –doctrina dominante desde fines del siglo XIX– la disminución de la vitalidad de la especie, socavada por malas procreaciones y por el nacimiento de niños débiles o enfermos. La prostitución era un fenómeno grave, pero lo era todavía más su causa última, la situación de los sectores obreros, sus dificultades sanitarias y de hábitat, sus hábitos alimentarios, las enfermedades a las que estaban expuestos –especialmente la tuberculosis– y, por encima de todo, el alcoholismo. A medida que corrieron los años treinta y más aún cuando en 1936 se extinguió el régimen reglamentarista y con él la legalidad de las casas de tolerancia, la prostitución fue matizada con otras preocupaciones acerca de la sexualidad. Entre los sectores trabajadores más calificados y las clases medias se extendió la preocupación íntima de adoptar métodos contracepcionales pues cundió la firme decisión de reducir el número de nacimientos. Y puede decirse que la me-



Si bien la figura de la prostituta fue comúnmente asociada con las muchachas de los sectores populares, las "estrellitas" no estuvieron exentas de sospechas.

(El Hogar, Año XXI, Nº 814, 22-5-1925)

dicina ginecológica acompañó en buena medida esa voluntad de las alcohólicas, por lo menos entre los sectores de opinión más progresista.

Durante la década del veinte se ampliaron las oportunidades del trabajo extradoméstico de las mujeres, aunque muchísimas siguieron produciendo en el propio seno del hogar. Las menos preparadas salían para cumplir funciones en el servicio doméstico, y las más calificadas se empleaban en el magisterio, en los otros servicios públicos o en el comercio. En la industria y la manufactura, los contingentes de mujeres eran importantes sólo en algunas ramas. En la industria textil, desde largo tiempo atrás, eran numerosas y se hallaban especialmente en el sector de hilandería gracias a su habilidad manual. En la rama de la vestimenta se las veía en un enorme número de actividades yendo desde la producción de medias, la lencería, la sombrerería, la hechura de guantes, hasta la confección de todo tipo de prendas. En la industria alimentaria participaban de una producción muy diversificada; en la fabricación del calzado se las encontraba sobre todo como aparadoras; su presencia era muy

Preocupaciones morales según diversos perfiles de trabajadoras

destacada en la industria fosforera y en los frigoríficos. No faltaban mujeres en otras ramas industriales, como la química, si bien se concentraban en los laboratorios medicinales; pero era mucha más raleada la actividad femenina a medida que se ingresaba en otras actividades transformadoras. Sin embargo, en múltiples intersticios de la actividad económica había mujeres: floristas, paragüeras, remenderas, amasadoras, confiteras, esterilladoras, etcétera.

La presencia femenina en trabajos fuera del hogar no gozaba de alta estima social.⁵ La mayoría de los protagonistas, incluidos los sectores trabajadores, no encontraba benéfico el trabajo de las mujeres ya que éstas debían abandonar la atención familiar. Las tareas productivas realizadas en la casa, si bien parecían más compatibles con la maternidad y los cuidados domésticos, fueron denunciadas por los ideólogos próximos al proletariado –socialistas y anarquistas– y por el cristianismo social. La legislación argentina debió acabar con el extendido sistema del “sudor”, forzado por el trabajo a destajo que prolongaba largamente la jornada laboral. El “maternalismo” gozaba de muy fuerte aceptación por parte de las sensibilidades del período, perdurando durante los años treinta, y si bien proclamaba como un valor la retención de las madres junto a sus hijos, debió aceptar que, frente a la grave crisis de inicios de esa década, muchas mujeres tuvieran que salir de sus casas para socorrer a sus familias.⁶

La resistencia a aceptar el ingreso de las mujeres en el mercado laboral fue un escollo persistente que aquéllas debieron sortear. Pero la necesidad hablaba más fuerte; cualquiera fuera la posición ideológica respecto del valor asignado al trabajo femenino, a la hora de tener que sostener familias de numerosos miembros, especialmente frente a la muerte del padre (es necesario recordar que la expectativa de vida era menor y que los varones morían jóvenes), la búsqueda de trabajo por parte de hijas desamparadas se hacía irrepresible.

Salir a trabajar solía ir acompañado de una sombra, de una insidiosa duda sobre la integridad moral. Resultó muy recurrente identificar a las muchachas “fabriqueras” con amores discontinuos, haciéndoles fama de “afiladoras”, de “ligeras”, de provocar con gestos y actitudes al otro sexo. Entre los grupos menos beneficiados se alargaban las imágenes de muchachas que “daban el mal paso”, que cambiaban a menudo de pareja –lo más parecido a prostituirse–, que eran “loquitas”. Las habladoras en los barrios tejían historias morbosas sobre la conducta sexual de las más liberadas. Las vestimentas arrojaban señales, de la misma manera que los maquillajes, más audaces a medida que el tiempo corría. ¿Y qué decir de las primeras mujeres de las clases trabajadoras que se animaron a fumar en público? Veamos las luces y las sombras de la condición femenina, el trabajo y la moral sexual de esos años.

Los maquillajes, al igual que la vestimenta, se hicieron más audaces a medida que corría el tiempo.

(El Hogar, Año XIX, N° 719, 27-7-1923)





Fueron las maestras las asalariadas que ganaron mayor respetabilidad, probablemente debido a que el magisterio no era identificado con las particularidades propias de un trabajo. Ser maestra era ejercer un apostolado, considerado como la proyección de la labor maternal.

(Escuela Normal N° 9, 1940)

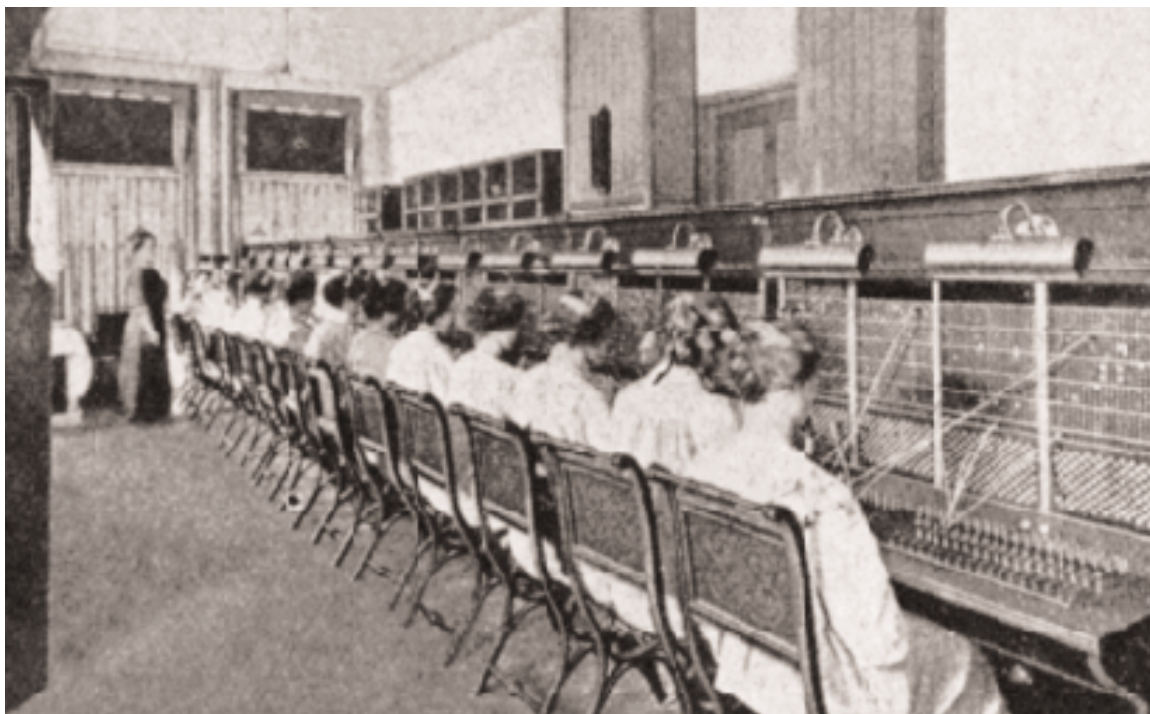
Hay casi unanimidad en señalar a las maestras como el grupo de asalariadas que ganó mayor respetabilidad, y ello fue posible porque probablemente casi ningún contemporáneo del período que analizamos estaba dispuesto a admitir que el magisterio se identificara con las características propias de un “trabajo”. Aun en las concepciones de los docentes dedicados al gremialismo del período, ser maestra, como para el resto de la sociedad, significaba el ejercicio de un apostolado. Digna consecuencia de la labor maternal, la docencia encarnaba valores muy estimados, y el deseo íntimo de la mayoría de las familias de los sectores medios y medios bajos era conseguir que su hija fuera maestra. Los sueldos no eran demasiado buenos –hemos podido constatar que, dependiendo de los años de trabajo y teniendo en cuenta la clasificación de las escuelas, una telefonista podía tener mejor retribución–, pero el reconocimiento social era muy compensatorio.

Numerosas fuentes ilustran sobre esa mayor respetabilidad de la que gozaban las docentes. El problema, en todo caso, era alejarse de las familias siendo todavía solteras para ir a trabajar a otras localidades. La maledicencia solía rodear a esas jóvenes decididas a emanciparse y que podían enfrentar esa adversidad. Tener novio y recibirlo en casa sola eran motivos centrales de habladurías que terminaban minando el apostolado. Y no fueron pocas las veces en que las cosas llegaron al límite y fueron sancionadas con traslados, cuando ellas mismas no terminaban pidiéndolos. Una manera de zanjar este tipo de circunstancias era casarse con otro maestro e ir juntos a ejercer el magisterio a otras zonas. El Consejo Nacional de Educación estimulaba esta circunstancia que evitaba con anticipación los problemas morales de las maestras desplazadas del ámbito familiar. El Digesto Escolar, que databa de la década del diez

era muy exigente respecto del cuadro de conductas y vestimentas tendientes a conformar un orden moral severo. Se prohibía que las docentes fueran a la escuela sin medias, entre otras normas por el estilo. Pero, como hemos recogido de un testimonio, ¿a qué maestra decente se le ocurría ir sin medias a la escuela?

La sanción de la comunidad a las maestras que defraudaron la expectativas de la gente podía significar el fin de una carrera. Las que se animaron a la maternidad siendo solteras debieron mantener en el mayor secreto la circunstancia, armarse de ardidés para solicitar cambios y encontrar luego marido si la vocación las mantenía fieles a la docencia. De lo contrario, era casi forzoso abandonarla. Nada resultaba más gravemente contrariante de la moral y las buenas costumbres que maestras “livianas”, con experiencia sexual premarital o con aventuras colaterales al matrimonio. Las comunidades y las autoridades educacionales resultaban implacables la mayoría de las veces. Ese mismo relato de la testimoniante que ya introdujimos, nos cuenta que a mediados de los años treinta corrió la noticia de que una docente había sido dejada cesante porque se había separado del marido. Muy probablemente en los años de la gobernación de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, que tantas cesantías docentes produjo, muchas estuvieron vinculadas con alcahueterías en materia de moral sexual.

Las trabajadoras con cierta calificación, como las telefónicas, no pudieron evitar sospechas sobre la licitud de sus costumbres.⁷ Ya fuera porque estaban muy expuestas, en virtud de su propio oficio, a alternar con clientes varones o porque la propia invisibilidad del trato les confería cierta impunidad, lo cierto es que las operadoras telefónicas no tenían buena fama. Se trataba en todo caso de un grupo particular que había podido evitar el ingreso en el mundo fabril y que, por lo mismo, estaba en mejor situación, más próximo al ascenso que el resto de sus congéneres menos calificadas. Si bien era relativamente fácil encontrar empleo en la telefonía durante los años treinta y cuarenta, debido a la enorme expansión del sector, incorporarse a sus planteles presentaba algunas dificultades, y es muy probable que si no se tenían amigos o parientes en la Unión Telefónica –circunstancia esta a todas luces habilitadora del ingreso–, la imposibilidad de ingresar para cientos de candidatos –hombres y mujeres– llevase a la idea de que las muchachas que conseguían entrar lo habían hecho gracias a transacciones sexuales. No es posible dirimir qué aspectos seguramente proyectivos animaban la sospecha de que las telefónicas eran “ligeras”, cuando no francamente “putas”, como hemos recogido de diversos testimonios. Muy probablemente estas muchachas, que debían sobrevivir a pesados regímenes de disciplinamiento, aprendieran a tener conductas más libres fuera del



empleo, pudieran salir con novios sin ser acompañadas de familiares o amigas –regla fundamental del período– y, eventualmente, tener discretas relaciones íntimas con ellos. Abundan los casos de telefónicas que pudieron evadir de alguna manera el rígido control interno y el social para dar rienda suelta a impulsos amorios durante la década del cuarenta, aunque a algunas esto les costara también traslados.

En el mundo de las trabajadoras de fábrica solía haber círculos de acuerdo con las pautas de moral sexual exhibidas. Es evidente que, aun cuando pesaran las mismas expectativas de conducta demandadas a las mujeres en general, en los sectores populares podían quebrarse las reglas. Las muchachas de las familias más exigentes y que emulaban las normas canónicas de los sectores medios recelaban de los comportamientos de las compañeras de hijas o hermanas. Algunos testimonios dan cuenta de la existencia de estos círculos de afinidad dividiendo, por un lado, a las probas, rectas, intachables y, por otro, a las “ligeras”, de moral liviana. Aunque en la esfera del trabajo se llevaran bien, la comunicación resultaba mínima. Pero lo cierto es que el círculo de las primeras era mucho mayor que el de las segundas.

Muy probablemente deberían encontrarse diferencias relacionadas con la mayor libertad de las jóvenes, la posibilidad de cambiar de “filo”, de en-

Las operadoras telefónicas habían podido escapar del mundo fabril, pero ingresar en la Unión Telefónica era difícil para quien no contaba con parientes dentro del plantel, situación que hacía suponer que la obtención del empleo se debía a transacciones sexuales.

(Revista Popular [Almanaque], 1919)

contrarse con amigas hasta horas más entradas de la noche –la regla general de mediados de las décadas del treinta y del cuarenta era regresar a casa acompañadas no más tarde de las 22 horas– según contextos familiares, educacionales, étnicos y barriales. Un testimonio evoca la situación excepcional de las empleadas de origen alemán en un gran laboratorio de ese origen: ellas disponían de mayor libertad personal, parecían más dueñas de sí y había evidencias de que podían salir solas, especialmente con otros alemanes. Ninguna trabajadora nativa de los otros sectores, tanto del administrativo como de la planta fabril, parecía igualárseles.

A medida que la familia obrera consiguió empinarse en la escala social y procuró vivir en localidades o barrios que matizaban la identidad de sus residentes, anulando el carácter exclusivamente popular o proletario, la conducta moral exigida a las muchachas se asimiló más a los controles que regían para las capas medias. En éstas era casi imposible que una joven pudiera salir sola, menos aún hacer citas con desconocidos y muchísimo menos ir al cine, a una confitería, a bailar, a un paseo, a un picnic o al club sin la compañía de un familiar, generalmente una hermana. Un relato hace mención de una situación casi absurda: una pareja acompañada por la hermana de la novia pasea por una calle de Buenos Aires en los años treinta, pero quienes van un poco más adelante son la hermana y el novio, un poco más atrás los sigue la custodiada novia...

Sin embargo, resulta innegable un aumento de la sociabilidad femenina con reglas más sueltas, produciendo preocupaciones entre los conservadores y también entre los más dispuestos a aceptar los nuevos tiempos. Sirva como ejemplo la opinión en la *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Social* de un importante médico chileno, el doctor W. E. Cutts, quien escribe: “Cuando contemplamos impasibles la vertiginosa carrera en que se precipita nuestra juventud femenina, cuando vemos la enormidad de muchachas que concurren solas a reuniones sociales, beben, fuman, bailan en forma sensualmente llamativa, flirtean descaradamente con cualquier cosa que lleva pantalones y regresan después, en semiconciencia a todas horas de la madrugada a sus hogares, comprendemos por qué el matrimonio contemporáneo lleva envuelto el germen de la infidelidad”.⁸

Algo está suficientemente claro y es que cualquiera fuera el contexto laboral, una regla resultó dominante durante casi todo el siglo XX: para desprestigiar a una mujer de manera contundente sólo había que poner en duda su moralidad y esto estaba asociado a la mayor libertad personal, al coraje de concurrir a ámbitos de indiscutida sociabilidad para los varones. Y no fueron pocas las que se animaron a correr el riesgo de cargar un bien conocido epíteto.

Noviazgos

El casamiento siguió siendo el destino para las mujeres de todas las condiciones, y la maternidad, el supremo objetivo. Ponerse de novia significaba acatar la siguiente normativa básica:

- a) el “filo” podía comenzar en cualquier lugar, pero esa situación clandestina no podía ir más allá de días, si la muchacha era seria;
- b) el pretendiente debía luego pedir formalmente la mano para poder ingresar en la casa;
- c) si la familia consentía, el pretendiente debía visitarla no más de dos veces por semana y no más de dos horas en cada ocasión. El domingo corría aparte.

Los novios permanecían en lugares de alta visibilidad en los domicilios y, para alcanzar alguna intimidad –algún trueque más o menos furtivo de besos–, era imprescindible aprovechar descuidos; resultaba poco probable que la familia abandonara la discreta vigilancia yéndose a dormir, ya que antes el novio debía retirarse. Si se disponía de algún zaguán, de vestíbulo, de alguna forma de antecámara, de jardín y se trataba de familias más comprensivas, le eran permitidos a la pareja algunos minutos de soledad. La correspondencia entre los novios más alfabetizados fue un código de vinculación muy extendido en los medios urbanos. El intercambio de postales de encantador romanticismo resultaba un imperativo de todas las formas de amor del período. Homero Manzi, en su “Romance de barrio”,⁹ expresa una fórmula bastante completa de la relación entre enamorados: “Primero la cita lejana de abril / tu oscuro balcón, tu antiguo jardín. / Más tarde las cartas de pulso febril / mintiendo que no, jurando que sí. / Romance de barrio tu amor y mi amor / primero un querer, después un dolor...”.



*El “filo” podía comenzar en cualquier lugar, pero esa situación clandestina no podía perdurar más de un par de días si la muchacha era “seria”.
(El Hogar, Año XIX, Nº 719,
27-7-1923)*

Los noviazgos largos no eran extraños en el período. Una testigo narra que el suyo duró algo más de siete años, y que eso era muy común en los años treinta. Las cifras indican, en efecto, un aumento de la edad de las contrayentes. Su opinión presenta un punto de vista que a menudo se nos escapa: muchas veces se trataba de posibilitar una cierta acumulación, pues había que atender también a la madre, esto es, a la futura suegra, generalmente viuda y sin medios, a no ser los recursos de los hijos. En su opinión eso originaba el mentado temor a la suegra, o la idea de la suegra “ogro” que dilataba el día de la boda. Su novio —un hombre de origen suizo-alemán que alcanzó un importante cargo en los ferrocarriles— debió atender la subsistencia de la madre y por esta razón el noviazgo se extendió tanto tiempo.

Pero tal vez la enorme mayoría de los noviazgos no fuera más allá de los dos o tres años. Las familias con mayor número de mujeres aspiraban a resolver rápidamente la situación. Una contemporánea nos cuenta que había cinco hermanas en su familia y, habiendo sido la madre víctima de una repentina viudez, se puso muy exigente con cada candidato: de entrada les hacía saber que no soportaría noviazgos demorados. Esa determinación parece no haber sido un obstáculo ya que pudo casar a todas en menos de tres años. Este tipo de caso, exigente en materia de plazos para casarse, debió de ser por demás común.

No abundan los indicios de que las jóvenes pudieran cruzarse muchas preguntas curiosas o indagaciones en materia de sexualidad. De “eso” no se hablaba. La enorme mayoría siguió yendo al matrimonio sin haber orillado siquiera conversaciones explícitas sobre el sexo. El amor romántico de las novelas, del folletín y del cine, sólo de manera secreta se convertía en manifiesta pulsión sexual. Sin embargo, quienes estaban más cerca de bibliotecas y eran acometidas por la curiosidad podían acceder, sin que nadie se enterara, a los conceptos picantes de la sexualidad que provenían de diccionarios y enciclopedias. En el otro extremo, las que no disponían de la vecindad de esos textos con aquellos nombres de cosas que daban estremecimientos, tenían a mano las confesiones de amigas más experimentadas y decididas a hablar. Pero la vida sexual de la mayoría, ya fuera de orden real o imaginario, con ejercicio o no de prácticas onanistas o aun con experiencia genital, era una cuestión mantenida bajo estrecho sigilo. Ni siquiera la menstruación era anunciada anticipadamente por parte de las madres; más bien había que averiguar por cuenta propia, y a muchas adolescentes les llegaba con entera inocencia. Mucho menos común era comentar aspectos, tópicos, funciones de la sexualidad, incluso entre amigas íntimas. En las familias de clase media y de sectores trabajadores se evitaba hablar de “embarazo”, utilizándose en cambio las consabidas metáforas de “esperar la cigüeña”, “estado interesante” o frases por el estilo.

La mayoría de las mujeres llegaba al matrimonio con una información más rudimentaria sobre el sexo: de "eso" no se hablaba.

(Plus Ultra, Año IV, N° 38, junio, 1919)



El compromiso matrimonial ocurría sólo cuando el vínculo estaba muy arraigado y los novios parecían haber superado todas las dudas y los obstáculos para la boda, especialmente los de orden económico. Era toda una catástrofe romper el compromiso; no obstante, la novedad del momento fue que en muchos casos se revocaron las promesas formales, algunas terminadas en tragedia. La crónica policial todavía da cuenta en este período de diversos crímenes pasionales ocurridos por rupturas de compromisos de matrimonio, algunos muy dramáticos por haber ocurrido en el momento mismo en que el o la contrayente desleal protagonizaba su ceremonia de boda.

Las jóvenes que rompían un largo noviazgo eran objeto de todo tipo de comentarios por largo tiempo, aunque la opinión de su entorno fuera más favorable a la conmiseración que a otra cosa. A menudo, el sacrificio de años para la producción del ajuar, cuyas prendas debían contar con algo hecho a mano por la propia novia, era un aspecto central de las charlas acerca de las jóvenes “largadas” por novios que ya no habían podido ocultar relaciones paralelas.

*Casamiento
y contracepcionalidad*

A medida que pasaron las décadas se acentuó el número de ceremonias religiosas. A principios de siglo algunos barrios de Buenos Aires con población trabajadora presentaban tasas limitadas de casamiento religioso, pero entre 1920 y 1945 aumentó el número de bodas en los templos de las diversas confesiones. Ir de luna de miel a algunos lugares turísticos –hay buenas razones para pensar que Córdoba y sus sierras fue la estación predilecta– constituyó un código para todos los sectores sociales que procuraban ascenso. Para las más restringidas economías ese viaje sólo duraba una semana.

Las nuevas parejas tenían a mano los consejos de un libro de enorme difusión durante la década del treinta, *El matrimonio perfecto*, de T. H. Vandeveld, que estaba a mano en todas las bibliotecas populares¹⁰ y que era mudo en materia de erotismo aunque informaba sobre métodos para evitar embarazos. Aunque la Iglesia se opusiera tenazmente a cualquier forma de relación sexual que no tuviera como fin la procreación, durante esos años, si algo cambió verdaderamente, fue una firme actitud de las mujeres, y con seguridad de muchos hombres también, para limitar el número de hijos. La comunicación en la materia debió aumentar de modo significativo entre las mujeres, aunque se redujera sólo a estrictos aspectos de método. “Cómo cuidarse” fue una preocupación que pudo manifestarse mucho más que antes y ser objeto de reiterada locución entre las interesadas.

Durante las primeras décadas del siglo los más decididos propagandistas locales de la contracepción habían sido anarquistas y grupos de librepensamiento. En el período, una vez más, surgió la defensa del derecho a decidir liderada por un médico anarquista, el doctor Juan Lazarte, cuyo libro *Limitación de los nacimientos*, aparecido en 1934, tuvo cierta difusión, en particular en los medios médicos. Hay muchas razones para creer que gran parte de la opinión estaba de acuerdo con su punto de vista aunque no se manifestara de manera estridente.

Los médicos ginecólogos tuvieron un papel destacado en sus consultorios privados y, en general, la opinión científica médica se expresaba en las revistas especializadas abordando la necesidad de restringir el nú-

mero de abortos mediante la utilización de métodos que evitaran los embarazos. Un ejemplo en este sentido es la opinión del doctor Marcos Glombovsky, cuyo trabajo “Limitación de la maternidad”¹¹ advierte sobre la necesidad de extender el empleo de prácticas contranatalicias a los sectores obreros: “El conocimiento de contraceptivos es manifiesto sobre todo en las clases pudientes; es nuestro deber por lo tanto –y sobre ello insistiremos al hablar de profilaxis del aborto– propagarlo entre el elemento trabajador, que sería realmente el más indicado para ponerlo en práctica, dada su pésima situación económica que les imposibilita la manutención de la numerosa prole”. El articulista mencionaba la existencia de métodos fisiológicos, mecánicos y químicos para regular los embarazos.

Entre los métodos fisiológicos se encontraba la esterilización mediante cirugía, como la vasectomía (seguramente no practicada en el medio local) y la ligadura de trompas (que sólo se efectuaba muy raramente para evitar muertes seguras). Entre los medios mecánicos se distinguían los de aplicación masculina y femenina respectivamente, a saber:

a) Masculinos: preservativos o “capotas inglesas”. El más extendido –según nuestro autor– era el de caucho que había superado de lejos a la antigua técnica que empleaba la “tripa”, o ciego del intestino del carnero, típica de los antiguos “condones”. También se disponía de “capuchones” que sólo cubrían el glande.

b) Femeninos: “Son de dudoso resultado si no se le añaden otros químicos [...] debido a que en casi todos ellos queda el esperma en la vagina después de la cópula” –advertía Glombovsky–. “El más sencillo de todos es un mechón de algodón hidrófilo seco, del grueso de un dedo que se aplica en el hocico de tenca antes del coito. Otro sería el de la borla de seda, que se puede utilizar varias veces lavándola bien” –opinaba este difusor. Luego enumeraba la “esponja”, a la que veía “mucho mejor que los anteriores”, el “pesario”, el “preservativo completo” (también llamado “madre de familia” que “consiste en una vaina de caucho, provista de un reborde o anillo externo en su extremo abierto”, el “tapón uterófilo”, para obturar el conducto cervical. Finalmente, mencionaba el más popular de los métodos contraceptivos, el “*coitus interruptus*”, con el siguiente comentario: “Este método tiene el inconveniente de que priva al hombre y a la mujer de una satisfacción legítima y que según se afirma trae aparejado un enfriamiento, aversión y trastornos nerviosos en la pareja”.

No puede sorprender que este último y tan vulgarizado medio para evitar embarazos haya sido colocado por el autor en la nómina de los que corresponden al género femenino. Una evidencia más de que

Casamientos!
Lo que toda Joven Debe Saber
Antes y Después
Del Casamiento!

Disquisición del autor.
Este libro que Gloria Hordán, Pardo y otros y los
señores Polignos Desprez y Gual, sus colaboradores que
publican en el número de Mayo.
Cuenta con la ayuda de España y otros, editado
por esta casa editorial.
Cuenta con la ayuda de España y otros, que publican
en su periódico editorial.

Este libro que Gloria Hordán, Pardo y otros y los
señores Polignos Desprez y Gual, sus colaboradores que
publican en el número de Mayo.
Cuenta con la ayuda de España y otros, editado
por esta casa editorial.
Cuenta con la ayuda de España y otros, que publican
en su periódico editorial.

Este libro que Gloria Hordán, Pardo y otros y los
señores Polignos Desprez y Gual, sus colaboradores que
publican en el número de Mayo.
Cuenta con la ayuda de España y otros, editado
por esta casa editorial.
Cuenta con la ayuda de España y otros, que publican
en su periódico editorial.

Regulador Gesteira!

REGULADOR GESTEIRA es el Mejor Regulator para
el Tratamiento de la Menstruación. Útil para la Fertilidad, la
Amenorrea, la Dolorosa y la Anormalidad de la Menstruación.
Se vende en todas las Farmacias y Droguerías.

Regulador Gesteira!

Se vende en todas las Farmacias y Droguerías.

“;Hasta el genio de la Mujer puede cambiar y ella, de alegre que era, se vuelve triste y desanimada, enfadándose fácilmente por las cosas más insignificantes! Tratándose todos estos males desaparecerán.” Así era promocionado un “regulador” femenino especialmente destinado a quienes ingresaban en el matrimonio. (El Hogar, Año XXI, Nº 814, 22-5-1925)

eran las mujeres las verdaderas dueñas de la iniciativa para impedir embarazos.

En cuanto a los métodos químicos, la descripción alcanzaba los diferentes modos de acción local sobre la vagina mediante sistemas de limpieza poscoito, el uso de espermaticidas o atenuadores. Los líquidos de limpieza –según nuestro autor y, por otra parte, bien conocidos en el período– eran: agua hervida y caliente (entre 45 y 50 grados), vinagre (se recomendaba el uso de medio vaso para 2 litros de agua hervida), ácido cítrico o tartárico (dosis de 2 a 5 gramos por litro de agua), formol (una cucharadita de la solución al 40% en un litro de agua), bicloruro de mercurio (solución de 1 por 2000 hasta 1 por 10.000), alumbre (10 gramos por litro de agua), permanganato de potasio (proporción de 1 por 2000). Entre éstos, los más eficaces resultaban el formol y el bicloruro de mercurio.

Pero, tal como afirmaba Glombovsky, en las farmacias solía haber un repertorio aun más amplio de métodos químicos que recogían fórmulas con específicos de diversas procedencias. Los grupos naturistas, sin ir más lejos, proclamaban sus propias recetas a base de quinina mezclada en determinadas proporciones con la gelatina como agente. Así, si bien de manera muy discreta, solían encontrarse conos, óvulos, olivas que contenían espermaticidas, disueltos, la mayoría de las veces, en una gelatina glicerinada. Estos dispositivos se aplicaban inmediatamente antes del acto sexual.¹²

La Iglesia confirmaba que el único método lícito era el “natural” y que, frente a los insalvables problemas que podrían derivar de una salud femenina quebrantada y un grave riesgo de vida, el método autorizado era el Ogino-Knauss-Smulders, esto es, evitar las relaciones maritales los días fértiles.

¿Cuáles fueron los métodos más empleados por los sectores medios bajos y populares, y, sobre todo, cuáles fueron los preferidos o más seleccionados por las mujeres de estos sectores convocadas por la experiencia del trabajo productivo? No es difícil concluir que el método de mayor popularidad en todos los segmentos sociales siguió siendo el *coitus interruptus*, más allá de las desventuras psíquicas y emocionales que aparejase. En segundo lugar, se hallaron los preservativos de caucho, comprados subrepticamente por los varones que se entendían con otros varones, los farmacéuticos o expendedores. Los adminículos, una vez ingresados en el hogar, solían guardarse rigurosamente en cajones alejados de las manos de los niños para que no hubiera la menor posibilidad de tener que dar explicaciones. En tercer lugar, las prácticas de lavaje vaginal y, muy de lejos, venían los otros dispositivos químicos. Pero nada era seguro y ello constituyó una fuente permanente de preocu-

pación, pues más allá de los dos hijos era difícil mantener el empleo y mejorar la vida, meta que estuvo siempre cerca de las expectativas de las familias trabajadoras entre las que se contaba la de educar bien a los hijos y “darles un futuro”, como se decía.

Fue absolutamente común la necesidad de recurrir al aborto como última apelación para limitar los nacimientos.

Abortos

A medida que la mitad del siglo se aproximaba, la práctica del aborto se hizo común y aunque no existan cifras precisas sobre este extenso fenómeno de la sociedad argentina, todo indica que la necesidad de recurrir a este medio aumentó geométricamente. Entre los años veinte y mediados de la década del cuarenta cambió hasta el propio lenguaje relacionado con el aborto ya que, en general, las revistas médicas fueron abandonando el adjetivo “criminal” para referirse a “aborto provocado” o “aborto voluntario”. No puede escapar el hecho de que la vecina República Oriental del Uruguay, en plena dictadura del presidente Terra, descriminalizara el aborto en el nuevo Código Penal de 1934, aunque cuatro años más tarde se volviera a la situación anterior. Lo cierto es que el debate político, médico y social de la vecina orilla también se registró en el país, especialmente porque una figura decisiva del progresismo médico estuviera representada por el distinguido ginecólogo uruguayo, el doctor Augusto Turenne, muy conocido en los medios argentinos. Turenne había evolucionado en el reconocimiento de la necesidad de despenalizar el aborto bajo circunstancias más amplias.¹³ En 1939, el doctor Carlos M. Padilla Roqué, en una nota en *La Semana Médica* que tituló “Medicina Social. El problema del aborto voluntario (criminal). Su solución”¹⁴ –nótese la tensión entre el viejo y el nuevo lenguaje– no pudo eludir la respetable opinión del doctor Turenne, de cuya obra *Obstetricia Social* extrajo conceptos fundamentales tales como: “El aborto triunfa porque las causas que lo determinan son más fuertes que las condenas y castigos que se le imponen [...] Es indispensable colocar a esas madres en condiciones de no verse angustiadas por el terror constante de una nueva gravidez, que la va a lanzar locamente a la carrera del aborto”. La acción debía ser exclusivamente preventiva, esto es, basada en la más amplia divulgación de los métodos contraceptivos.

El doctor Padilla Roqué decía: “Sabemos hasta dónde está extendida la práctica del aborto en nuestro medio. No pueden darse cifras a este respecto, pero podemos recordar, en cambio, que es raro el día que no presenten uno, dos o más abortos en curso o incompletos en las guardias de nuestros hospitales ¿Cuántas metrorragias posaborto se atienden en la sala de la especialidad? ¿Cuántas recetas de abortivos se despachan diariamente en las

farmacias de nuestra metrópoli? ¿Para quién es misterio la forma rápida de enriquecerse de ciertos profesionales del aborto? ¿Qué han conseguido la Iglesia y el Estado en su lucha contra este estado de cosas?”.

Su abordaje estaba lejos de ser condenatorio y, como el de muchos médicos del período, tendía a reconocer las razones de la interrupción del embarazo más que a juzgar criminalmente a las afectadas. Podría decirse que la misma comprensión que muchos sectores dedicaban a principios de siglo a las que estaban forzadas a ejercer la prostitución, ahora se dirigía a las víctimas del aborto. “Quien se asome a la vida sin prejuicios morales o sociales –decía Padilla Roqué– y contemple el cuadro aterrador de la miseria, de la promiscuidad, del desamparo que la multinatalidad acarrea a la familia obrera, con los resultados trágicos de la mortinatalidad, mortalidad infantil [...] no puede asombrarse ante la resolución de la infeliz madre que a riesgo de su propia vida se entrega a las manos de una abortadora sin escrúpulos...”

Datos estadísticos precarios de abortos afectando a las mujeres de los sectores populares pueden rastrearse en las escasas investigaciones médicas del período. En la cátedra de Medicina Legal y Toxicología del doctor Gregorio Bermann –un conocido hombre de izquierda y destacado profesional– de la Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba se llevaron a cabo diversos estudios médico-sociales. Uno de ellos estuvo a cargo de los doctores Julio Hernández y Hernán López Balboa y fue publicado en *La Revista Médica* bajo el nombre de “Aborto criminal (estudio de ocho casos)”.¹⁵ Como puede observarse, a pesar del progresismo que invadía la cátedra, todavía se utiliza la figura “criminal”. El trabajo, que se reduce al análisis de un muy pequeño número de casos ingresados a la Sala VI de Ginecología del Hospital de Clínicas de Córdoba, sin embargo ofrece algunos destellos.

Seis eran jóvenes solteras –entre dieciocho y veintiséis años–, una separada y una casada. Una había fallecido a causa de la infección. El tiempo de embarazo en ningún caso sobrepasaba los tres meses y medio. Salvo con relación a una joven, en que la interviniente había sido la propia madre (el informe se refería a ésta como “una alcoholista y persona amorral” y por lo mismo no vacilaba en caracterizar la “causa” del aborto como “una perversión moral”), en las siete restantes los autores habían sido parteras, médicos y un estudiante de medicina. Para producir el aborto las intervenciones habían ido desde el uso de purgantes –era bastante extendida esta receta popular, así como el empleo del sulfato de sodio– hasta la mayor profesionalidad de las parteras y médicos que habían actuado con sonda, colocación de laminarias y realización de un raspado.

La primera novedad de este estudio es que introdujo el dato sobre ocupación en el casillero reservado a “condiciones del medio”. Por lo menos

tres de las muchachas tenían empleos, dos como “sirvientas” y una como enfermera. La segunda novedad es la apreciación de los investigadores sobre las causas que llevaron al aborto: tres eran “morales” –esto es, las mujeres habían tenido que hacerlo para salvaguardar su moral–, otra era el ya aludido, definido como “perversión moral”; dos referían a causas “económicas” y el último –que identificaba a una muchacha cuya ocupación era la “vida galante”– manifestaba como causa “razones profesionales”.

Para los autores, se ponía en evidencia el más absoluto fracaso de los medios persecutorios. “Este fracaso de los medios empleados para combatir el aborto, reside única y exclusivamente en la circunstancia de que su génesis radica en la moral social, en los prejuicios milenarios, en el vilipendio que la sociedad actual tiene por la madre soltera, en primer lugar y en segundo término en las dificultades económicas que se agravan en los hogares humildes.” Y haciendo gala de ideas transformadoras agregaban: “Sólo con una obra de renovación absoluta y sistemas económicos [sic], será posible extirpar el aborto. Para ello se requiere una profunda evolución de la mentalidad social y una más justiciera comprensión de los problemas humanos que encierra el amor”.

El análisis terminaba señalando que no había, de hecho, penalización a quienes practicaban el aborto: ninguna causa legal había originado ni uno solo de los casos vistos en el nosocomio cordobés.

La modificación del lenguaje fue acompañada por otras actitudes menos condenatorias a medida que corrían los años cuarenta. Uno de los estudios realizados tiene como referencia el seguimiento entre 1928 y 1945 de los abortos atendidos en el Hospital de Clínicas, y estuvo a cargo de la cátedra de Ginecología del doctor J. C. Ahumada. El doctor Jorge Calandra, responsable del estudio, inicia el artículo “Consideraciones sobre mil casos de aborto atendidos en el servicio en el período 1928-1945” –publicado en *El Día Médico* el 26 de mayo de 1947– con expresiones optimistas relativas a la cuestión: “Después de largos años de ensayos terapéuticos, hoy tenemos la sensación, gracias a los estudios estadísticos y a los nuevos recursos terapéuticos, de que comenzamos a pisar terreno firme y a unificar opiniones, otrora cambiantes y opuestas como en pocos temas se ha visto”. Es evidente que se han abandonado las opiniones éticas para dar paso al tratamiento exclusivamente médico, pues el estudio trataba todo tipo de abortos, también los terapéuticos, esto es, los indicados por los profesionales. El número de pacientes atendidas por aborto en el Clínicas representaba el 7% del total de las mujeres asistidas en esos casi veinte años, y si bien ese dato parecía alarmante, apenas daba cuenta de una mínima parte de la situación real ya que sólo se refería a las mujeres con complicaciones del aborto en un único hospital de Buenos Aires, aunque, claro está, el más importante. El estudio muestra el avance en mate-



Desde el uso de purgantes hasta la profesionalidad de parteras y médicos, la práctica del aborto se hizo común hacia mediados del siglo.

(El Hogar, Año XIX, Nº 719, 27-7-1923)

ria terapéutica: sólo el 1% de las internadas había fallecido. Otro aspecto significativo es el de la edad: más de la mitad de los casos se debían a mujeres menores de 30, y el 30% no sobrepasaba los 25 años, lo que obliga a concluir que una buena proporción de estas pacientes eran solteras.

Pero una de las cuestiones más importantes era la disminución de internaciones en el quinquenio 1940-1945, y aquí el doctor Calandra advertía que “no nos hará caer en el error de creer que ello se debe a la menor frecuencia de los abortos provocados, que son los que engrosan todas las estadísticas, sino a la mejor técnica con que se los practica, agregando a ello la disminución de los abortos terapéuticos y los espontáneos”.

En efecto, las mayores transformaciones que beneficiaron a las mujeres que decidieron abortar en la década del cuarenta, en especial la de los sectores sociales menos protegidos, estuvieron dadas por la mayor profesionalización de los oficianes, los cuidados con la asepsia y la introducción de los antibióticos. Pero muchas trabajadoras sin recursos no podían optar y se sometieron a las prácticas populares, a la intervención de amigas y comadres, si bien entre estas últimas no dejó de haber bastante sabiduría y fueron pocas tal vez las que aceptaron eliminar embarazos muy avanzados.

Modelos para soñar y ser

Junto con el folletín, leído en el transcurso del viaje de tranvía primero y de colectivo más tarde –todo indica que el uso del colectivo por parte de las mujeres demoró, ya que al principio fue un transporte típicamente masculino–, en Buenos Aires un gran proveedor de modelos de imaginación y ensoñación fue el cine. El teatro no dejó de tener importancia pero no competía en términos de masividad. El papel de la radio –de alto voltaje imaginativo– se parangona con el del cine. Las vistas fueron adoptadas por todas las clases sociales pero fervientemente por los sectores populares de las ciudades y los pueblos. Ir al cine era la distracción predilecta de hombres y mujeres que vivían de salarios y esta lealtad al medio se profundizó aun más en los años cuarenta, cuando la cinematografía nacional alcanzó un punto singular de madurez.

Las jóvenes que se cansaban en trabajos repetitivos y extenuantes o matizados por lo heterogéneo, penosos o de mayor significación social, disciplinantes y al mismo tiempo con márgenes para la sociabilidad, asediadas sexualmente o con menores riesgos o más protegidas, encontraron en el cine un vehículo de descanso, de esparcimiento, de proyección de deseos y erotización, y también modelos para “ser”. La exaltación de las figuras femeninas del cine, modelos de afirmación personal y de erotismo, promovida por la industria cultural, tuvo eficaz apropiación por las propias mujeres, que querían imitarlas, y esto se debe a una subjetividad femenina todavía en tránsito hacia el acontecimiento del deseo, mientras pe-

saban las obligaciones y los estereotipos, al punto de ligar a esa suerte la propia experiencia de la sexualidad genital.

Modelos maravillosos eran esas mujeres del cine, heroínas que emocionaban hasta las lágrimas y que presentaban conductas transgresoras propias de argumentos muchas veces truculentos. Ida Lupino, Greta Garbo, Pola Negri, Marlene Dietrich, y más tarde, Rita Hayworth y Ava Gardner figuraban a la cabeza; a ellas se agregaban otras actrices cuya osadía y silueta se envidiaban, como Lucille Ball y Lana Turner. Entre las actrices argentinas, los sueños de llegar a ser diferentes eran inspirados por Olinda y Sofía Bozán, Delia Garcés, Paulina Singerman y Libertad Lamarque, entre tantas otras.

Pero si el estímulo visual del cine y auditivo de la radio despertaban tantos calores, probablemente nada fuera más sensual que los roces al bailar tangos, milongas y, en mucha menor proporción, valsos y rancheras. El *fox-trot* también hizo lo suyo. Pero seguramente el tango fue incomparable porque simbolizaba toda la potencia “del oscuro objeto de deseo”. Nuevamente Manzi, en la letra del tango “De ayer a hoy”, advierte sobre los cambios que trasuntan las pistas de bailes: “La gente moralista rezonga sin razón / que el mundo va en pendiente, materia de moral / que las mujeres de antes en contra de las de hoy / cuidaban el pudor y todo lo demás. / Así mirando el bulto se puede transigir / pero las cosas cambian si entramos a mirar / [...] Lo grave es ser virtuosa con el ropaje de hoy [...]”.

Algunos acontecimientos fundamentales ligaron ficción y realidad. En 1945 miles de trabajadoras encontraron en Eva Perón una imagen que unía vida real y sueños, tangibilidad e imaginación, bajada del mundo idealizado del celuloide pero al mismo tiempo protagonista de carne y hueso de un pasado de privaciones y penurias que había conseguido dejar atrás. Despojada de sexualidad para sus seguidores, mujeres y hombres, sobresexualizada para los enemigos, su belleza y juventud, la fuerza de su carácter y la osadía de haberse empinado tan alto, era un símbolo de la ensoñación del “verdadero ser” de millares de obreras y empleadas. Eso no debe hacer olvidar que, si bien la enorme mayoría encontró una razón y un modo para ser como Evita, algunas resistieron su influjo y encontraron imágenes alternativas de independencia, como las simpáticas del comunismo que deseaban las mismas transformaciones que disfrutaban las soviéticas, de las que se decía que, además de verdadera protección social, gozaban de libertad sexual.

Para muchas mujeres que conocían la experiencia del trabajo extradoméstico, la irrupción del peronismo significó no sólo una nueva identidad política sino la apertura hacia una nueva subjetividad basada en mayores permisiones. Habían sido antecedidas por un gran número de militantes de causas sociales, algunas decididamente contestatarias de las costumbres, co-

Un gran proveedor de modelos de imaginación y ensoñación fue el cine. Muchas jóvenes encontraron en el celuloide una vía para proyectar sus deseos.

(Programa del cine Monumental, 1938)



mo las identificadas con el viejo ideario anarquista, y para quienes la institución matrimonial era absurda por opresiva y por ser la “tumba del amor”.

El nuevo modelo que se abrió paso gracias a los cambios sociales y políticos de los años cuarenta, si bien no autorizaba a vivir espontáneamente y todavía censuraba la prodigalidad de los vínculos, permitió sujetar menos a las mujeres. Aunque todavía muy pequeño, el número de trabajadoras que se plegó a la actividad sindical debió aprender a mantener nuevas relaciones con los varones, a menudo impulsadas por la frase “hacerse valer” que era equivalente a hacerse respetar. Pero obreras y empleadas tampoco tuvieron sosiego en esos ámbitos, donde los compañeros varones solían reclamar algo más que amistad. El acoso sexual fue una fórmula repetida hasta el hartazgo, un lugar común de las relaciones laborales que borraba cualquier consideración de clase. No sólo los patrones y jefes lo practicaban.

Los *tailleurs* ceñidos, la silueta de avispa que se impuso, el calzado con plataformas, las faldas a la altura de las pantorrillas o más cortas aún, enmarcaron cuerpos con nuevos hábitos, como el de fumar y beber, exponiéndose en confiterías, en pistas de baile y en las costaneras de ríos y playas atlánticas para tomar baños con trajes muchos más despojados, mientras llegaba la hora de la ciudadanía. Ella arribó mucho más rápido que la modificación de la mentalidad masculina. Hubo que esperar hasta que los hombres entendieran que la mujer podía exhibir el cuerpo como quisiera, sin que esto les otorgara derecho alguno.

Sin que dejaran de afectarlas los malos comentarios, los “chusmeríos” del barrio, de oficinas y de fábricas, y hasta la sanción disciplinaria en los propios lugares de trabajo, seguramente cientos de mujeres pudieron ser un poco más felices en materia de sexualidad en los albores de la década de 1950; aun cuando el tributo debiera ser las relaciones clandestinas. Por suerte, si algo las contenía era ver a menudo proyecciones de su propia situación en la radio o en el celuloide, así como incentivos para anular el sufrimiento y ayudarse a vivir. Debieron encontrar también un papel compensatorio a las dificultades con la sexualidad, siendo seguramente la más conocida la frigidez. No puede sorprender que la mayoría de los anuncios relacionados con la atención ginecológica en los años cuarenta haga referencia a “debilidad sexual”, lo que parece haber sido un extendido mal femenino.

Coda

El período de entreguerras fue desde todo punto de vista una larga transición para la condición femenina en general, pero especialmente para las muchas mujeres que llevaron adelante tareas productivas en el seno del hogar y sobre todo para las que lo abandonaron a fin de ejercer empleos, sus-



pendiendo así el duro mandato de las devociones a la familia. Durante este período se expandió el trabajo femenino en el magisterio, los servicios, las casas de comercio, la manufactura y la industria. Cada uno de estos espacios resultó un campo de ejercicios de sociabilidad entre los sexos, a lo que se unió una gran diversidad de nuevos ámbitos para el esparcimiento, desde confiterías a clubes y estaciones de vacaciones, con una marcada expansión de los medios de comunicación, especialmente la radio y el cine.

Aunque este momento arrancó con promesas de mayor liberalidad en materia de moral sexual, las normas siguieron siendo rígidas y se impusieron los miedos sociales a que las mujeres perdieran su esencia femenina—concentrada en los valores maternos—si persistían en el trabajo extradoméstico. Sin que esta opinión general cambiara del todo, la necesidad de trabajar y las aspiraciones de ascender fueron motores suficientes para atraer a muchas mujeres a los empleos. Algunas encontraron alta respetabilidad, como las maestras—a cargo de una labor que daba continuidad a los cuidados maternos—, aunque no fueron pocas las que tuvieron que desafiar los riesgos de la maledicencia por sus conductas independientes. Las menos calificadas que tuvieron que emplearse como domésticas fueron casi siempre presas del acecho de patrones o próximos. Y si bien algunas trabajadoras resultaron objeto de mayor reserva que otras, debían tener mucho cuidado para no ser identificadas

Heroínas capaces de provocar lágrimas y que presentaban conductas transgresoras, las mujeres del cine eran modelos para ser “diferentes”.

A la izquierda, fotograma del film Besos Brujos.

A la derecha, Sofía Bozán. (1936)



A pesar de los códigos morales, nuevas sensibilidades y sensaciones eróticas pudieron proyectarse a través de los folletines, de la radio y del cine. Lady Addison (El Hogar, Año XIX, N° 719, 27-7-1923)

con prostitutas, mujeres estas que siguieron preocupando a los reformadores sociales por bastante tiempo.

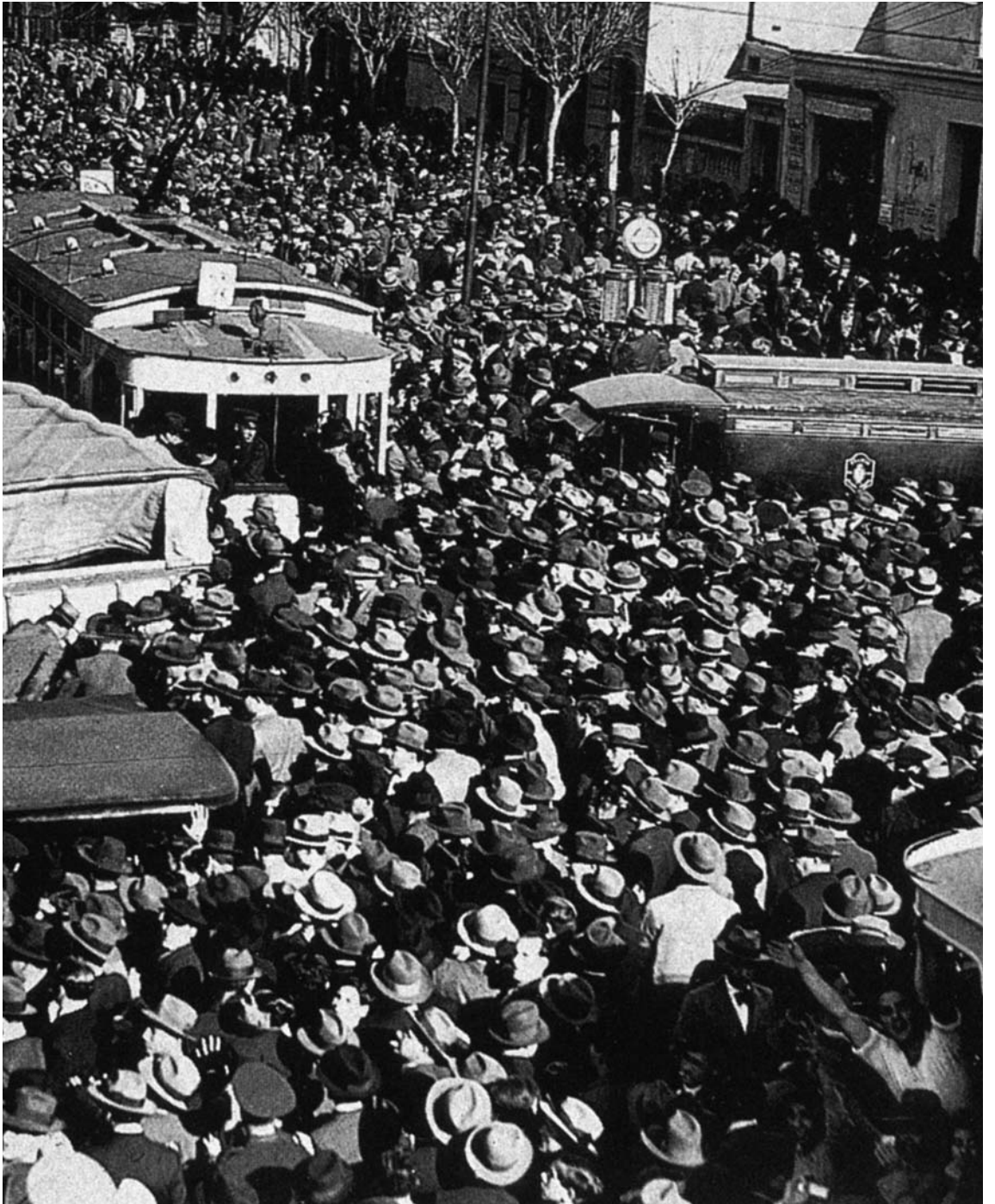
A pesar de los códigos morales que implicaban determinadas formas de vestir, de actuar en público, de enamorarse –experiencia crucial para probar la rectitud– o de casarse, los tiempos que corrían terminaron amenizándolos. La mayoría de las trabajadoras recurrió a métodos contracepcionales, lo que contribuye a explicar la irremediable caída de la natalidad, y cuando éstos fallaban, innúmeras mujeres –casadas y solteras– debieron recurrir al expediente del aborto. Puede constatarse que a lo largo del período se asistió a un cambio significativo del discurso médico, que pasó de un lenguaje condenatorio y que hacía uso de la misma denominación del Código Penal, “aborto criminal”, dando lugar a figuras más técnicas y moralmente más neutras, tales como aborto provocado o voluntario. También es necesario concluir que la aparición de nuevas técnicas y terapéuticas, en particular de la penicilina, disminuyó la mortalidad por esa causa.

Nuevas sensibilidades y sensaciones eróticas pudieron proyectarse a través de los folletines, del cine y de la radio. Danzar tango permitió acortar las distancias entre los sexos, aunque finalmente los avances que las pistas de baile prometían se redujeron a imaginación y culminaron en continencia. Sin embargo, muchas más jóvenes de medios urbanos de habitación popular o de clase media baja pudieron probar la fruta prohibida. Algunas pagaron con la intolerancia pero otras tantas, seguramente, no detuvieron el vuelo hacia la felicidad personal, decisión que contó con la voluntad de no reprimir la sexualidad. Para ello cambiaron de lugar o de empleo y hasta se alejaron de sus familias. Muchas trabajadoras fueron también sexualmente felices en matrimonios que se permitieron comportarse con mayor libertad. Pero muchísimas padecieron infelicidad y se acostumbraron, como autómatas de alcoba, a débitos conyugales sin ninguna retribución placentera; sublimaron con los deberes de la maternidad y hasta prodigaron buenos cuidados a maridos muy poco atentos a sus sentimientos y sensibilidades, a menudo también embrutecidos por el trabajo. El empleo fuera de casa también fue una válvula de escape en muchos casos.

Los tiempos sociales, culturales y políticos inaugurados hacia 1945 ayudaron a modificar la condición femenina, alterando sobre todo las formas de conducirse públicamente con los varones, pero en materia de auténtica libertad sexual legitimada por el medio, trabajadoras y no trabajadoras tuvieron que esperar mucho más tiempo. Queda una amarga constatación: la represión sexual femenina y la condena por la libertad sexual han sido constantes durante la mayor parte del siglo.

Notas

1. Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1988.
2. Julio Ricardo Barcos, *La libertad sexual de las mujeres*, Buenos Aires, Araujo, 1935.
3. *Ibid*, p. 32.
4. Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1975-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
5. Catalina Wainermann y Marisa Navarro, “El trabajo de la mujer en la Argentina: un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX”, Buenos Aires, *Cuadernos del CENEP*, N° 7, 1979; Marcela M. A. Nari, “De la maldición al derecho. Notas sobre las mujeres en el mercado de trabajo. Buenos Aires, 1890-1940”, en VVAA, *Temas de mujeres - Perspectivas de género*, Universidad Nacional de Tucumán, 1998.
6. Marcela M. A. Neri, “Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad y el debate médico, 1890-1940”, en Mirta Zaida Lobato (ed.), *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos – Universidad de Mar del Plata, 1996.
7. Dora Barrancos, “Vida íntima, escándalo público: las trabajadoras telefónicas en la década de 1940”, ponencia en las V Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género, Universidad de La Pampa, 1998.
8. W. E. Cutts, “El adulterio. Evolución de la mujer a través de las civilizaciones y períodos de la historia, en la relación con su situación social y legal, frente al concepto biológico del delito”, en *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*, Buenos Aires, 1927, pp. 689-717.
9. Vals, con música de Anfbal Troilo.
10. Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, “Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares, Buenos Aires 1920-1945”, en *Desarrollo Económico*, N° 113, 1989.
11. En *Revista Médica*, Círculo Médico de Córdoba, 1935, pp. 39-55.
12. Dora Barrancos, “Contraconcepcionalidad y aborto en la década de 1920: problema privado y cuestión pública”, en *Revista Estudios Sociales*, N° 1, 1991.
13. Graciela Saprizza, “Mentiras y silencios: el aborto en el Uruguay del Novecientos”, en *Historias de la vida privada en el Uruguay - El nacimiento de la Intimidad, 1870-1920*, Tomo 2, dirección de J. P. Barrán, G. Caetano y T. Porzecansky, Montevideo, Taurus, 1996.
14. *La Semana Médica*, 27-7-1939, pp. 230-231.
15. Año 1935, p. 22-27.



Fútbol: imágenes y estereotipos

Eduardo Archetti

En 1994, en un café de Boedo, uno de mis informantes, en un apasionado intercambio de ideas sobre las múltiples performances de los hombres argentinos, me dijo: “hemos exportado, y seguimos exportando, carne y cereales, y todavía somos conocidos en el mundo por la calidad de esos productos, pero no debemos olvidar que a lo largo de este siglo hemos exportado tantos pibes, tanto talento corporal. Pienso en los cientos y cientos de jugadores de fútbol que hemos exportado a Europa, a tantos países sudamericanos, a México, Guatemala y hasta a Canadá. Nuestra historia está marcada por estos viajes. No hay que olvidar que, en parte, somos lo que somos, para bien o para mal, por esa gente, por esos pibes”.

Indudablemente, esta afirmación no es excepcional y tiene ecos del pasado. El semanario deportivo *El Gráfico* defendía ya en 1933 la importancia social y simbólica del éxodo de jugadores argentinos a Europa:

“A Orsi, Monti, Cesarini, Demaría, Stábile, Pratto, Orlandini y otros más hay que sumar ahora Stagnaro, Scopelli, Guaita y Ferrara, con los que habría más que suficiente para la base de un excelente combinado representativo [...] Con ellos le devolvemos a la tierra que nos enviara sus hijos para labrar nuestro progreso con el esfuerzo del músculo y el sudor de su frente, retoños hábiles en el manejo de la pelota. Estos cracks argentinos serán en Italia y toda Europa una propaganda fehaciente de nuestros altos valores futbolísticos”.¹

En esta cita está presente la lógica de la reciprocidad: la sangría de jóvenes europeos que emigraron a la Argentina se paga con los jugadores de fútbol, embajadores de la calidad futbolística criolla. Esos *cracks*, de origen italiano en su inmensa mayoría, muchos de los cuales llegaron

En la década del treinta el fútbol ya convocaba multitudes. Debido principalmente al peso económico de los clubes locales, Buenos Aires se consolidó rápidamente como capital nacional de ese deporte.
(Archivo Beatriz Cabot)

a jugar en los seleccionados italianos como lo había hecho antes Libonatti— el primer jugador argentino en pasar al fútbol italiano en 1924—, ponen a la Argentina “en la vidriera del mundo” y permiten que los “otros” puedan mirarnos a través de ellos —los mejores— e imaginar un mundo donde la “calidad de nuestros jugadores abunda”. Los historiadores Papa y Panico llaman al proceso temprano de incorporación de “oriundos” al fútbol italiano, “el segundo descubrimiento de América”.²

Este capítulo discutirá la formación discursiva de imágenes y estereotipos del fútbol jugado en la Argentina. Veremos cómo no sólo se exportan nombres y cuerpos sino también estilos. La reflexión sobre el estilo permitirá identificar el contexto de producción de significados, valores y símbolos que hacen posible la construcción de identidades en el sentido más amplio. La búsqueda de la identidad en el fútbol está asociada al estilo, tanto a nivel individual como colectivo. Esto implica el logro de un balance entre características individuales y pertenencia comunitaria en un juego que es básicamente colectivo. Los grandes jugadores pueden trascender el estilo de equipos determinados, pero, sin embargo, en la búsqueda de identidades los grandes héroes aparecen, casi siempre, asociados al éxito de sus equipos. Este capítulo argumentará que tanto los discursos como la práctica del fútbol se desarrollaron, a partir de 1930, en dos direcciones: una esencialista, donde lo central es la delimitación de un estilo típico representado por “equipos míticos” y “jugadores excepcionales”, y otra relativista, donde la oposición de estilos permite una presentación contextual y pragmática. En la presentación relativista se puede aceptar que los argentinos representan un estilo sudamericano más amplio, en algunos momentos cercano al modo uruguayo de practicar el fútbol, o que el estilo contemporáneo argentino combina la disciplina europea con la improvisación latinoamericana.

Es importante recordar que, desde sus tempranos inicios en 1870, el fútbol argentino ha sido, y es todavía, parte de una historia global donde los logros de países periféricos han sido tan importantes como los de los países europeos, incluyendo los ingleses, inventores del juego. Esta historia ha creado un movimiento doble: la consolidación del modelo exportador simbolizado por el permanente éxito de jugadores argentinos —algunos de ellos representando el estilo “esencial” y, al mismo tiempo, un panorama relativizado sobre las condiciones del éxito en Europa, dados por la necesidad de fuerza física, continuidad y disciplina—. En la mitología argentina, Di Stéfano representa el jugador universal, que combina algunos aspectos esenciales del estilo nacional (habilidad técnica y la creación de situaciones inesperadas) con algunas propiedades del estilo europeo (disciplina táctica, coraje, liderazgo y mentalidad ganadora).

Maradona, por el contrario, está mas cercano al estilo esencial basado en la virtuosidad técnica y la improvisación permanente.³

Este ensayo describe un proceso en el que valores, eventos y significados crean y reproducen una arena simbólica pública y se instalan en el mundo privado de los argentinos, y debe verse como una reconstrucción histórica basada en un trabajo de campo prolongado –de allí la autoridad otorgada a alguno de mis informantes– y en la lectura selectiva de la prensa.

Es importante recordar que hacia finales de la década del treinta el fútbol argentino ya ha obtenido reconocimiento internacional pese a las dos derrotas traumáticas contra Uruguay, en la final del campeonato olímpico en 1928 en Amsterdam, y luego en Montevideo en 1930, en la final del primer campeonato mundial. La derrota en Amsterdam no fue tan trágica y los diarios argentinos festejaron el “triunfo del fútbol rioplatense” ya que “argentinos y uruguayos demostraron ser los mejores del mundo” y consagraron la técnica brillante, variada, y la “chispa momentánea”. El fútbol rioplatense, dirá *El Gráfico* en el año 1928, “supera al británico porque tiene inspiración; porque es más bello; porque no anula el prestigio personal de los mejores, de los más hábiles y nada se pierde porque todo se suma a la eficacia común”. La derrota de 1930, en cambio, será realmente traumática no sólo porque fue en Montevideo, con miles de argentinos en el estadio, sino por sus características: el equipo argentino que ganaba en el primer tiempo por 2 a 1 terminó “borrado” en el segundo, perdiendo por 4 a 2. El mito de la “sangre charrúa”, basada en la fuerza física, el trabajo y el aplomo, nace junto con el de “la debilidad psicológica de los argentinos”.⁴ Brera, uno de los grandes historiadores del fútbol italiano, comenta esa final de la siguiente manera: “Argentina juega un fútbol con mucha fantasía y elegancia pero la superioridad técnica no puede compensar el abandono de la táctica. De los dos equipos nacionales ‘rioplatenses’, las hormigas son los uruguayos, las chicharras los argentinos”.⁵ La historia registró las dos victorias uruguayas, y la mitología, la superioridad del estilo de juego argentino.

En esa época, el fútbol era en Buenos Aires, el gran Buenos Aires, La Plata y Rosario, un espectáculo multidinario, una pasión barrial y ciudadana, y la práctica del amateurismo marrón estaba muy extendida.⁶ El enfrentamiento en las asociaciones del fútbol organizado no sólo estaba vinculado a esta práctica económica sino a la oposición de los clubes de Buenos Aires y La Plata con las asociaciones del interior del país. El enfrentamiento culminó con la introducción del profesionalismo en 1931, impulsado por los clubes más ricos que tenían más asociados y re-

1930-1957: la consolidación de un estilo

cursos, y la formación de la Liga Argentina de Football que nucleó a los clubes más importantes. Los “cinco grandes” del fútbol argentino (River Plate, Boca Juniors, San Lorenzo, Independiente y Racing) tenían en 1930 un total de 55.000 socios. Estudiantes de La Plata, con 8000 socios, era también un club muy importante. La Liga Argentina de Football y la Asociación Argentina de Football se fusionaron en noviembre de 1934 y al castellanizar “football” adoptaron el nombre de Asociación del Fútbol Argentino que perduraría hasta la actualidad. Los clubes del Interior, pese a formar parte de la Asociación a través de la afiliación de las diferentes ligas, quedaron marginados de este proceso por su escaso poder económico. El interior del país quedó así relegado y pasó a funcionar como semillero para los clubes ricos. Los clubes rosarinos sólo se incorporarán en 1938. El llamado “campeonato nacional”, basado en la competencia anual de equipos representativos de las provincias junto al equipo de la Capital Federal, perdió importancia y pasó a ser una reliquia. La posibilidad de que fueran llamados al equipo nacional jugadores que jugaban en clubes de las provincias (como fue el caso del equipo que llegó a la final de la Olimpiada en Amsterdam en 1928), se hizo cada vez más remota.

Buenos Aires pasó a ser la capital del fútbol y del tiempo libre con sus teatros, cines y cabarets, y el peso popular del tango. El profesionalismo permitió, asimismo, convertir a los clubes en verdaderas asociaciones de masas, articulando gran parte de la vida social de los barrios de Buenos Aires y las ciudades de sus alrededores, como Lanús, Avellaneda, Quilmes, Tigre y Banfield. El dominio del fútbol porteño se acentuará en la década del treinta, con las giras anuales a ciudades de provincias y con el reclutamiento de los mejores jugadores de las mismas. Los aficionados del Interior pasarán a “hinchar” por dos clubes: su club de provincia y un club grande porteño. Esta hegemonía emocional y simbólica se acentuará con los años. Los jugadores profesionales se convierten en ídolos populares –nacionales, me atrevería a afirmar–, y el proceso de apropiación de las hinchadas pasa por la asignación de sobrenombres, una práctica de sociabilidad extendida en la Argentina. Bernabé Ferreira, primer *pase* “millonario” en 1932 de Tigre a River Plate, va a recibir en su carrera, entre otros, los siguientes sobrenombres: “La Fiera”, “El Cañonero”, “Fulminante”, “El Perforador” y “El Artillero”. Un jugador podía, con el tiempo, recibir varios sobrenombres a medida que su “estilo” de juego cambiaba. Carlos Peucelle, por ejemplo, comenzó su carrera como “Barullo” y terminó como “Maestro”.⁷

La década del treinta consolidará el fútbol profesional a pesar de sus balbuceos iniciales, y la construcción de nuevos estadios e inversiones en infraestructura social fortalecerá a los clubes grandes. Los modernos es-

tadios de River y Boca fueron inaugurados en 1938 y 1940, respectivamente. A nivel sudamericano, la hegemonía uruguaya se mantendrá y será común en esos años organizar copas de verano entre los cinco grandes argentinos y los mejores equipos uruguayos. En la liga profesional, la rivalidad entre Boca Juniors y River Plate comienza a perfilarse y pasará a ser dominante en la década del cuarenta. En este período toma forma la construcción ideológica de un estilo “criollo” de juego opuesto al estilo “industrial y disciplinado” de los ingleses, quienes siguen siendo los enemigos principales, por ser los inventores del fútbol y por negarse a participar en las competencias internacionales.⁸ La percepción de los ingleses como verdaderamente imbatibles cristalizará en esta época. Es una paradoja que la apertura al mundo del fútbol argentino, a partir de la venta de sus jugadores, la importación de directores técnicos europeos –práctica común en esa época–, la llegada de algunos pocos árbitros ingleses para enseñar a los locales y la importación de grandes jugadores brasileños y paraguayos, coincida con la decisión de no participar en los campeonatos mundiales de 1934 y 1938.

Al Mundial de 1934, jugado en Italia, se envía un equipo amateur de segunda categoría con un director técnico italiano de nombre Pasucci. Este equipo pierde su primer partido contra Suecia y vuelve a casa sin pena ni gloria. Los argumentos para no participar con los mejores jugadores son varios: el grave perjuicio económico a los clubes porque el campeonato profesional debería suspenderse, el cumplimiento de la promesa a los uruguayos de boicotear a los países que se negaron a participar en el Mundial de Montevideo, como es el caso de Italia y, fundamentalmente, porque, dice *El Gráfico* en 1934, “Italia es un enemigo nuestro, porque ha tratado, por todos los medios, de arrebatar nos nuestros jugadores más destacados”. Los conflictos habían comenzado en 1928 cuando el club italiano Juventus ofreció a Orsi, uno de los héroes de las Olimpíadas de 1928, un contrato que en esa época parecía un milagro: 8000 liras de sueldo al mes, una hermosa mansión y un auto con chofer. Esta compra fue considerada una ofensa nacional –los héroes no estaban en venta– y es probable que, debido a esta reacción popular, *El Gráfico* (1930) iniciara una campaña en defensa de la venta de jugadores al exterior. Orsi tuvo que esperar un año antes de que su traspaso fuera efectivo y recién debutó en el equipo nacional italiano en diciembre de 1929.

La victoria de Italia en la Copa del Mundo de 1934 será una ratificación de la imagen del “arrebato” de los jugadores argentinos de origen italiano. En el equipo que juega la final hay tres argentinos: Luis Monti, el centromedio y veterano del Mundial de 1930 con la casaca albiceleste, y los dos punteros, Guaita y Orsi; entre los suplentes se encuentra Demaría, entrea la derecha, que será una figura clave en los equipos italia-

nos de años posteriores.⁹ En la percepción italiana, la llegada de los argentinos permite consolidar un estilo híbrido donde el sentido táctico y la fuerza física local se nutre del estilo “agonístico” de los delanteros sudamericanos, especialmente de los punteros como Guaita y Orsi. Esta “contribución latina” colocó al fútbol italiano en la vanguardia del fútbol mundial.¹⁰ Luis Monti, el caudillo del equipo argentino que fracasara en la final de 1930, se convierte en el caudillo “italiano” en 1934, representante de un fútbol basado en la furia y en una mentalidad apasionadamente ganadora.¹¹ Para *El Gráfico* (1934), la victoria italiana es también una “victoria argentina”, ya que fue posible por la “ayuda” de los *cracks* argentinos, que pudieron demostrar que “el fútbol argentino sigue ocupando un lugar preponderante en el concierto mundial”. Las derrotas anteriores contra los uruguayos no tuvieron el sabor agrídulce de la consagración italiana. El sentimiento de “despojo” se mantiene aunque los argumentos serán diferentes; la victoria italiana es un producto de la globalización del fútbol y la consolidación de un mercado capitalista en donde los jugadores se transforman en mercancías. Y no sólo en Europa. En esa década, se constituye un mercado profesional importante con la circulación de jugadores en los países que han introducido el profesionalismo en sus ligas: Argentina, Brasil y Uruguay. La venta de jugadores será, obviamente, imposible de detener. Estas “derrotas” internacionales no sólo ayudan a aislar a la Argentina, ya que no se irá al Mundial de 1938 utilizando el argumento de las pérdidas económicas de los clubes, sino que son experiencias importantes en la construcción del mito del estilo argentino. En esa dirección, es importante recordar el excelente desempeño de los brasileños en el Mundial de 1938. Perdieron la semifinal contra los italianos por reservar su mejor jugador, Leónidas, para la “final”, a la que descontaban llegar sin problemas. El consuelo fue la medalla de bronce al vencer a Suecia por 4 a 2. Ese mismo equipo había perdido el año anterior el campeonato sudamericano contra los argentinos en el partido de desempate. Queda otra vez flotando la idea de que, de haber participado, pensar en el triunfo era realista.

En este período, los pensamientos dominantes en la prensa son los de los jugadores y, desde luego, los de los periodistas. La hegemonía intelectual de los directores técnicos vendrá mucho más tarde. No es de extrañar, en este contexto, que los jugadores argentinos con experiencia europea positiva hayan sido fundamentales en la creación de la imagen superior del estilo criollo. Scopelli, uno de los grandes jugadores argentinos en el fútbol italiano, declaraba en 1936 en *El Gráfico* que la calidad del fútbol europeo era inferior a la de los argentinos y sudamericanos en general y que “los pases cortos y la gambeta los desconciertan”, agregando, enfáticamente, que la única competencia podría venir de los jugado-

res ingleses. Pratto, jugador del equipo de Huracán que triunfó en Génova, comentaba que la “brillantez austríaca es de carácter colectivo”, mientras que “la argentina surge de acciones individuales y es insuperable” (*El Gráfico*, 1937). Guillermo Stábile, triunfador en el fútbol italiano y luego director técnico del equipo argentino por casi veinte años (hasta la catástrofe de Suecia en 1958), elaboraría la teoría de que en la Argentina no se “fabrican jugadores sino que nacen” en los potreros, completamente libres y lejos del alcance de los mayores. Los “argentinos nacen con pasta e intuición creadora”, mientras que en Europa “a los chicos se les enseña a jugar, se les pule a tiempo, y así pocos llegan a poseer ese don, esta intuición criolla”. Por lo tanto, “la intuición, la creación, la velocidad mental para concebir eso que llamo el genio futbolístico, no hay entrenador en la tierra que sea capaz de brindarlo” (*El Gráfico*, 1939). La ideología de que el fútbol del potrero garantiza lo impensado mientras que el fútbol de escuela asegura la disciplina, se convierte en esa época en el estereotipo dominante a través de la pluma de Borocotó y Chantecler, periodistas estrellas de *El Gráfico*.¹² Esa ideología no sólo estaba en las salas de las redacciones de diarios y revistas sino que era posible encontrarla entre los jugadores y el público.¹³ Sin embargo, a la idea del estilo nacional uniforme en gestación, se oponen los estilos diferentes a nivel de los clubes. Veamos.

En 1936, los cinco equipos grandes de Buenos Aires tienen 105.000 socios y un capital de 3.555.709 de pesos, mientras que los otros diez equipos del campeonato profesional, sólo 55.895 socios y un capital de 1.351.845 (*El Gráfico*, 1936). Entre 1930 y 1935, la cantidad de especta-



La combinación entre fútbol de potrero y fútbol de escuela fue conformando paulatinamente el estereotipo del “estilo futbolístico nacional”, dentro del cual, sin embargo, cada club desarrollará características distintas. Boca Juniors campeón, 1934. (Archivo Beatriz Cabot)

dores en el campeonato oscila entre los dos y los dos millones y medio con un claro predominio de taquilla de los equipos exitosos.¹⁴ Estas diferencias apreciables consolidarán durante esta década y los años cuarenta la hegemonía de estos clubes, tanto en el campeonato local como en sus giras por los países vecinos y el interior del país. En 1945, las diferencias se achican con la entrada de los clubes rosarinos producida unos años antes: los cinco grandes tienen 135.000 socios frente a los 92.000 de los otros once equipos que participan en el campeonato profesional.¹⁵ Al mismo tiempo, la competencia genera estilos diferentes y en conflicto. San Lorenzo –“los gauchos de Boedo” o “el Ciclón”– y Boca aparecerán como representantes del fútbol “serio y eficaz”, donde predominan la garra, el empuje, la batalla y el corazón. Racing, Independiente y River Plate serán los exponentes del fútbol criollo “alegre y artístico”, donde la filigrana, el juego vistoso y la técnica consumada se sobreponen a la tenacidad. Por ejemplo, Boca Juniors triunfa en el campeonato de 1935 con el extraordinario defensor brasileño Domingos da Guia en su equipo, con un estilo “firme y agresivo”, pero Independiente es considerado “el mejor equipo”, ya que practica de un modo ejemplar la “técnica criolla, la vistosidad y la elegancia” (*El Gráfico*, 1936). Las hinchadas se perfilan a partir de estas características. De la de San Lorenzo se dice que es prepotente, ama la guapeza y no el fútbol académico; de la de Boca Juniors, que le importa mostrar su superioridad y dominar al adversario; y de la de Independiente, que sabe mucho de fútbol y aprecia verdaderamente lo académico. El mundo público del fútbol en Buenos Aires desarrollará esos estereotipos y condicionará, junto a la lealtad barrial representada por los clubes, la construcción de “gustos y estilos de juego” que explicarán la contratación y el éxito de determinados jugadores frente a otros en los diferentes equipos. La lucha de Boca Juniors y River Plate por ganar el campeonato en 1943 es un ejemplo de la coexistencia de los estilos contrapuestos: “el certamen de 1943 deparó una lucha extraordinaria entre dos estilos notablemente diferenciados. Boca, con su típica garra y empuje, sobradamente efectivos, se enfrentó con la técnica depurada de River, muy superior en calidad, pero seguramente menos rico en reservas anímicas. El enfrentamiento de estas tendencias antitéticas generó una segunda rueda como no hubo otra en los primeros cincuenta años del fútbol argentino”.¹⁶ No resulta sorprendente que la dicotomía entre habilidad y fuerza articule las contradicciones en la representación del fútbol y que, con el correr de los años, se mantenga en el imaginario de los aficionados.¹⁷ La Segunda Guerra Mundial es un freno brusco al éxodo de jugadores a Europa. Los mercados colombiano y mexicano pasarán a ser muy importantes. Estos países se convierten en tierra de misión del estilo criollo. Esto posibilita, en la década del cuarenta, no sólo el claro dominio argentino en los campeonatos



En 1941 aparece en las canchas el equipo de fútbol que pasará a la historia bajo el nombre de La Máquina. La efectividad de su juego estaba basada en una novedad de entonces: la rotación de puestos entre los jugadores.

(Archivo Beatriz Cabot)

sudamericanos, con los tres triunfos consecutivos de 1945, 1946 y 1947, sino la aparición de River Plate en el campeonato local de 1941 con un equipo excepcional, que será bautizado como “la Máquina”. Hemos visto que el simbolismo del fútbol argentino descansa sobre dos pilares: la gambeta como expresión del ingenio individual y el pase como medida del talento, la coordinación colectiva y el sentido estratégico. En 1925, la célebre gira de Boca Juniors por Europa había consagrado un estilo donde no sólo se “juega al fútbol” sino que, por el virtuosismo individual, semejante al de un pianista o un violinista, los europeos dicen que los argentinos “tocan el fútbol” y legitiman la idea del “toque” como un sello de marca (*El Gráfico*, 1941). Con la aparición de River Plate, a la metáfora de la música de orquesta se le agrega la de la máquina. Se sigue “tocando” en ese equipo pero esto se acompaña con una gran efectividad, y la idea de que la belleza puede ser sincronizada y no sólo espontánea pasa ser central, ya que una máquina puede llegar a “jugar de memoria” y de un modo perfecto. “La Máquina” pasó a ser “el fútbol mismo” en el imaginario nacional.¹⁸ Pedernera, que jugaba en ese equipo de centrodelantero retrasado, una verdadera revolución para la época, y uno de los máximos exponentes de ese estilo, lo define de la siguiente manera: “Un juego que siendo sobrio en su finalidad no deja de brindar espectáculo, llegando en ocasiones al preciosismo y en el cual tiene vital importancia la colocación. Todos han observado cómo cambiamos de puesto y cómo, mediante una rotación sistemática, vamos cubriendo los claros y haciéndolo todo de memoria. El mismo estilo se encuentra en las inferiores [...] es el carácter, es la fisonomía, surgida como consecuencia de ese estilo mantenido a través de los años. Son rasgos de familia” (*El Gráfico*, 1946).

La gira exitosa de San Lorenzo a Europa, en 1946, ayuda a consagrar ese estilo en Europa. San Lorenzo “cumple una misión”, que es la de “demostrar la modalidad, la calidad, la ciencia y la gracia del fútbol argentino”. Ésta se basa en “la táctica defensiva de marcación y la ciencia ofensiva del pase corto”, “en la desmarcación y la posibilidad de que cualquiera de los cinco delanteros haga el gol” (*El Gráfico*, 1947). La esencia pasa a ser el “pase corto” porque debe hacerse al centímetro, entre una maraña de piernas, porque exige precisión y técnica, y porque es el más difícil de realizar. La victoria por 6 a 1 frente al seleccionado español se convierte en mitológica, no sólo en Buenos Aires. Los españoles definen ese estilo como revolucionario, ya que el estilo aparentemente cansino y disciplinante de los pases cortos es un modo efectivo de buscar espacios para los cambios de ritmo. Los aficionados y periodistas españoles definieron a San Lorenzo como “equipo mítico, capaz de competir con la máquina de River Plate”, aunque a ésta no la hayan visto jamás jugar en sus tierras.¹⁹

En la década del cincuenta se abre el mercado europeo de jugadores, y el seleccionado sale de gira tanto a Europa como al resto de América. La derrota por 2 a 1 del equipo nacional contra Inglaterra en el estadio de Wembley en Londres, en 1951, abrió discusiones sobre el valor del estilo criollo, ya que los ingleses demostraron ser claramente superiores contra lo que se esperaba del equipo del país. El mejor jugador de ese partido fue Rugilo, el arquero, bautizado como “El León de Wembley”. Borocotó, desde *El Gráfico*, se vio obligado a defender el estilo nacional: “Los ingleses son ingleses y nosotros somos criollos. Ni ellos pueden jugar como nosotros ni nosotros como ellos. Existen marcaciones, tácticas, planes [...] Pero existe un algo que no se puede cambiar ni acepta adaptaciones de ninguna índole y que está ligado a la idiosincrasia de cada uno. Hay una manera de pensar, de sentir, de ejecutar y que está en la sangre, en el churrasco y el mate o en la avena con leche y el jamón con huevo”.

En los años siguientes habrá dos grandes victorias contra los ingleses, esperadas desde los inicios del deporte en la Argentina. La primera es la victoria por 4 a 3 —el 2 de febrero de 1952— de River Plate contra el Manchester City en Manchester. Se dirá que esta victoria vale por tres, ya que los ingleses son, en principio, imbatibles en sus canchas. La segunda es la más importante, pero realmente sometida a polémica. El seleccionado inglés devuelve la visita argentina en 1953 y pide jugar dos partidos: el primero, el jueves 14 de mayo con mayoría de suplentes, y el segundo, el oficial, el domingo siguiente. La Argentina gana con su equipo titular por 3 a 1 en el primer partido, y el segundo partido debe suspenderse a causa de la lluvia que anega la cancha de River Plate. De más

está decir que para la prensa argentina la victoria del jueves fue “la esperada victoria contra la Rubia Albión” que demostró la superioridad del fútbol criollo: “capacidad de ingenio creador, admirable manejo de la pelota, dominio en el pase y suma destreza para eludir al rival”. A fin de año se recibe la visita del seleccionado español y la Argentina gana con claridad. Pese a su aislamiento, que se daba incluso en el ámbito regional ya que no se participaba en los campeonatos sudamericanos, la Argentina seguía siendo “una potencia mundial en el mundo del fútbol” cuando se apelaba al “estilo criollo” (*El Gráfico*, 1953).

El respeto a la tradición es siempre una garantía de éxito. El triunfo en el Sudamericano de 1957 en Lima, con la victoria inapelable por 3 a 1 contra la potencia brasileña y la aparición milagrosa y mágica de los “ángeles con la cara sucia” –los delanteros-pibes Maschio (20), Angelillo (17) y Sívori (19)–, auguraba el mejor de los éxitos para el Mundial de 1958 cuando, por fin, la Argentina regresaba al concierto internacional. Sin embargo, las tres esperanzas del fútbol argentino son vendidas a Italia a fin de año: Maschio al Bologna, Angelillo al Inter y Sívori al Juventus. La discusión sobre el llamado o no para el Mundial de los jugadores que estaban en el exterior se salda por la negativa, con el argumento de que en el país hay jugadores suficientes de gran calidad y nunca en el pasado se utilizaron jugadores que estaban fuera. Se decide, por lo tanto, ir a Suecia con un seleccionado local, sin convocar ni a los “caras sucias” ni a otros profesionales que triunfaban en Europa.

La radio y el cine, junto al periodismo deportivo de gran calidad presentado por la revista *El Gráfico*, consolidan al fútbol como el deporte nacional por excelencia. “Gran pensión El Campeonato”, un programa deportivo de Martínez Delbox –locutor consagrado a fines de la década del veinte–, en el que se mezclaban los deportes con un radioteatro humorístico, fue un gran éxito de audiencia entre 1939 y 1952. En el programa los personajes principales representaban a los clubes más importantes y populares –los cinco grandes y Huracán– y el premio al campeón era el casamiento con la hija de doña Asociación.²⁰ En esa década y en la siguiente se consagraron dos estilos contrapuestos de transmisión deportiva: el de Fioravanti, sobrio y formal, y el de Lalo Pellicari, campechano, desprejuiciado y espontáneo. El fútbol profesional y los partidos del seleccionado llegan a todos los rincones del país y los aficionados pueden elegir su locutor favorito. Las transmisiones de fútbol permiten, a partir de las voces, simbolizar un espectáculo distante en el que lo central son las imágenes y los eventos corporales. A fines de esa década se incorpora a Radio Rivadavia, pasando rápidamente a formar parte de la “terna do-

El sueño del pibe

minante”, José María Muñoz, admirador confeso del estilo de Pellicciari. Su estilo pujante, algo exagerado e intenso, estuvo acompañado por una pasión obsesiva por los detalles en las transmisiones. Esto lo llevó a ser el inventor de las conexiones simultáneas con todos los estadios donde se jugaban los partidos de la fecha. Su larga carrera, prolongada hasta 1992, lo convirtió en el locutor del fútbol por antonomasia.

El cine, entre 1930 y 1950, va a contribuir en la difusión de gran parte de los estereotipos sociales y culturales del fútbol. En 1933, Enrique Sussini filma *Los tres berretines*, basado en un sainete de gran éxito. Frente a la ideología del trabajo y del estudio, representada por el padre inmigrante y dueño de una ferretería, los hijos eligen caminos diferentes, marcados por las pasiones de la época: cine, tango y fútbol. La elección de Lorenzo de convertirse en jugador profesional le merece la expulsión de su casa: el fútbol no es ni trabajo ni estudio, sino pasatiempo sin futuro, según su padre. El éxito de Lorenzo no sólo traerá dinero a su familia sino reconocimiento social, e incluso la posibilidad de que su hermano arquitecto construya el nuevo estadio de su club.²¹ Las otras películas de esa década, *Goal* (1936) de Moglia Barth y *El cañonero de Giles* (1937) de Romero, tienen menos impacto. *Pelota de trapo*, en 1948, dirigida por Leopoldo Torres Ríos, con libro de Borocotó y con Armando Bo como protagonista, se convierte en un clásico. En la primera parte, el retrato de la vida de los pibes pobres en los potreros del barrio que sueñan convertirse en jugadores profesionales para ayudar a la familia, para que la madre deje de lavar ropa con el fin de mantenerlos, y para permitir que los hermanos “pataduras” estudien, es un clásico del “neorealismo argentino” de la época.²² Como es de esperar, “el sueño del pibe” se realiza y el protagonista no sólo será jugador profesional reconocido sino que ayudará, arriesgando su vida —ya que tiene una enfermedad congénita del corazón—, a que el equipo argentino salga campeón sudamericano. *El hincha*, de 1951, dirigida por Manuel Romero, con guión de Discépolo y Porter, y con la actuación estelar del mismo Discépolo y Diana Maggi, consagra la lealtad y el sufrimiento del aficionado, lealmente comprometido con su club. El hincha es de un equipo de barrio, pequeño y pobre, siempre con problemas para mantenerse en la primera división. El film es una exaltación de la esperanza que nunca se pierde, la continuidad, el amor por la camiseta y la confianza en los jugadores que nacen y crecen en el barrio, aunque luego, como en el film, sean vendidos a los clubes grandes. Es fácil ver en estas películas tres de los grandes mitos fundadores del fútbol “criollo” y su contexto social: los *cracks* nacen en los potreros cuando son pibes, no se hacen en las escuelas de fútbol como en Europa; la carrera profesional permite el ascenso individual y la solución de los problemas económicos familiares, sobre todo



El cine de las décadas de 1930, 1940 y 1950 se hizo eco de la difusión de los grandes estereotipos sociales y culturales que constituyeron la base fundacional del fútbol criollo.

Escena de Pelota de trapo.

(Foto: Beatriz Cabot)

que la madre deje de trabajar y los hermanos estudien, y, finalmente, la condición de hincha pasa por la máxima lealtad y la capacidad de aguante, especialmente en las malas, cuando el club preferido desciende –como efectivamente ocurre en el final de *El hincha*–.

Al cine se suma el tango. “El sueño del pibe” (1943) y “Desde el tablón” (1971) son los únicos tangos que han sobrevivido el paso de la historia, y no es casual: el primero cuenta la misma historia que la película *Pelota de trapo* contará años después, y el segundo reproduce el mundo emocional del hincha. Como es de esperar, se escribieron muchos tangos (alrededor de cien) con el fútbol como tema, y la mayoría de ellos fueron comentarios de eventos –un campeonato ganado por un club, como el tango “Campeón” (1931) en homenaje a Boca Juniors, o “Bravos nuestros campeones” (1929), que nombra a todos los integrantes del equipo campeón sudamericano–, exaltación de los héroes –grandes jugadores como Orsi, Cherro, Evaristo, Ferreira, Lazzatti, Varallo, Botaso, Monti y otros tuvieron su tango–, miradas irónicas y críticas –como en el tango “Patadura” (1929) donde se le pide al mal jugador que le deje el puesto a otro “porque siempre está en orsay”, o en “El referí” (1941), en el que se denuncia a los malos árbitros que con su injusticia generan reacciones violentas en las hinchadas–, y, desde luego, los innumerables tangos escritos en homenaje a los clubes. Es obvio que tangos tan situados históricamente no se tocan hoy en día y sólo fueron comentarios que permitieron vincular esas dos prácticas corporales populares cuando todavía no había competencia con otras músicas y otros deportes.

Sin embargo, lo más notable del tango es su importancia entre los jugadores que pasaban del estadio a los bailes, confiterías danzantes y cabarets de la época, y que al hacerlo eran reconocidos públicamente. Pe-

dernera describe a la perfección el estado de ánimo de los grandes jugadores de esa época, al decir que “nosotros queríamos ganar guita, pero el progreso técnico [como jugador] valía tanto como el dinero. Soñábamos con Cobián y Cadícamo, y no con el pase a Europa o el auto último modelo. La mayoría era así, más líricos”.²³ Decir que se soñaba con Cobián y Cadícamo, dos figuras legendarias del tango de esa época, no bastaba. Moreno, otro integrante de “La Máquina”, definió al tango como una práctica corporal imprescindible para jugar bien al fútbol: “Mucha gente protestaba por mis noches de baile, pero no sabían lo importante que eran para nosotros los jugadores. Se obtenía ritmo, se aprendía a cambiar de ritmo en una milonga, se aprendía a controlar los perfiles del cuerpo y se trabajaba con el pecho y las piernas mientras se hacían las figuras. Mirá, quizá yo fui tan bueno en el fútbol porque bailaba el tango cada noche” (*Clarín*, 11-1-98). Frascara en *El Gráfico* (1954) le dio la razón cuando, al describirlo como jugador, escribió: “No es posible precisar si se trata de un artista que se dedicó al fútbol o de un jugador que hizo del fútbol un arte. Jugador completo, a la vez útil y vistoso. No juega: baila, es un malabarista de la pelota que avanza en la cancha, como por su propia vida, balancénándose al ritmo de un bandoneón”. El potrero se completaba en las milongas cuando los pibes pasaban a ser hombres.²⁴

*La consolidación
de una sociabilidad privada*

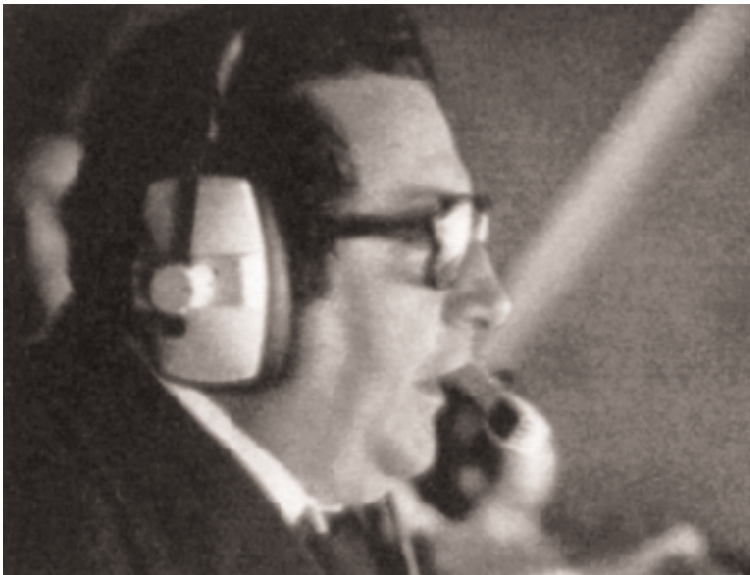
Ha quedado claro que el desarrollo del fútbol permite la consolidación de un mundo privado opuesto a lo público y estatal: la proliferación de los clubes que son asociaciones privadas sin fines de lucro, a pesar del profesionalismo, que articulan el tiempo libre y las pasiones ordinarias de miles y miles de argentinos, y los mundos del cine, la radio y el tango con sus héroes y sus espacios particulares. Es un mundo hecho de elecciones que, en principio, se contraponen al mundo ritual de la escuela pública y el servicio militar obligatorio controlados por la disciplina estatal. Sin embargo, al lado de esta acepción de lo privado, el fútbol marca procesos individuales y familiares de un modo especial. Veamos esto más de cerca.

En primer lugar, el fútbol consolida una arena masculina a través de la práctica misma que es y seguirá siendo por mucho tiempo “cosa de hombres”. En segundo lugar, la elección del club y la asistencia a los estadios está marcada por la relación privilegiada entre padres –y tíos o abuelos– e hijos –sobrinos o nietos–, entre hermanos y primos, y entre amigos. La elección del club es, en este sentido, paradigmática, ya que en muchas ocasiones la rebelión del hijo pasará por elegir un club distinto al del padre. Sin embargo, lo común es que la pasión siga la relación filial, ya que es el padre quien socializa al hijo en el mundo de la cancha

de fútbol, un mundo sometido a reglas y rituales particulares. El fútbol se instala en el mundo familiar como tema de discusión y definidor de identidades primarias, en el que la lealtad está siempre en juego tanto como la capacidad de experimentar un conjunto de emociones importantes: placer y alegría por la victoria y por la estética del juego, así como resignación y tristeza cuando se pierde con justicia o no. De esa manera, el mundo de la lealtad al club y a la camiseta del seleccionado nacional es algo muy privado y al mismo tiempo eminentemente compartido.

En esta época, el fútbol es el deporte y el pasatiempo usual de los domingos y está asociado al almuerzo familiar antes de ir al partido. “Comer raviolos” o la “raviolada del domingo”, antes de sentarse en el tranvía, el colectivo o el auto particular, es un acto de comensalidad que une lo masculino y lo femenino y, al mismo tiempo, lo separa, ya que las mujeres, en su gran mayoría, quedan en sus casas. La presencia de los clubes en los barrios transforma este ritual en una suerte de peregrinaje dominical.

Como hemos visto, la radio se convierte en el medio de comunicación principal y, con ella, el fútbol nacional llega a todos los rincones del país. Escuchar los partidos, antes de la llegada de la radio a transistores, es también parte del ritual masculino y familiar de los domingos donde tantas siestas se interrumpen o se prolongan de acuerdo con el volumen de las radios. El experimento de transmitir por radio la final entre Uruguay y Argentina en 1930 desde el edificio del diario *La Nación*, que fue un acto ceremonial público, se privatiza de una manera radical. Tener una



Con las transmisiones deportivas radiofónicas y la aparición de locutores con estilo propio, la radio contribuyó decisivamente a la consolidación del fútbol como deporte nacional.

José María Muñoz.
(Archivo Beatriz Cabot)

radio en la casa pasará a ser no sólo un privilegio sino, con el correr de los años, una necesidad. Lo nacional penetra lo privado y una pasión particular se transforma en ordinaria.

En las décadas que siguen habrá dos cambios fundamentales: la aparición de la televisión y la consolidación de las apuestas vinculadas al fútbol. Las apuestas posibilitan la incorporación de la mujer en el mundo del azar en el fútbol (y en el que, al menos teóricamente, algún conocimiento es necesario), al mismo tiempo que la televisión convierte al fútbol en un fenómeno omnipresente en la vida privada familiar. Sólo tardíamente se incorpora la televisión a los bares y, con ello, la posibilidad de ver los partidos fuera de la casa. Posteriormente, como veremos a continuación, los éxitos argentinos en los mundiales de 1978 y 1986 convierten al fútbol en un fenómeno masivo en el que las mujeres terminan integrándose. La violencia que se generaliza en la década de los ochenta ayuda a privatizar el fútbol.

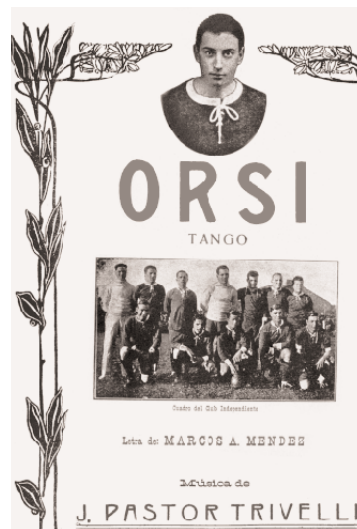
La derrota de 1958: crisis, confusión y búsqueda de una nueva identidad

Lo que se pensaba iba a ser un “encuentro con la historia”, es decir, demostrar que se estaba, al menos, entre los mejores del mundo, terminando siendo una pesadilla, sólo comparable con la brasileña cuando perdieran en el Maracanã la final contra Uruguay en el Mundial de 1950.²⁵ La humillación sufrida en Suecia contra Checoslovaquia, una apabullante derrota por 6 a 1, puso a la nación en un estado de crisis y confusión, y transformó a los jugadores, de héroes, en un grupo de traidores. El entrenador alemán, Hebergger, había sido premonitorio al decir que no temía a los argentinos, porque habían estado ausentes del fútbol internacional y no estaban al tanto de los cambios ocurridos en el fútbol mundial (*El Gráfico*, 1958). El máximo anacronismo y expresión de la confianza ciega en un estilo fue la presencia en el equipo titular de Labruna, con casi cuarenta años, sobreviviente de “La Máquina” de 1941. La derrota fue percibida por directivos, jugadores y parte de la opinión pública como una consecuencia directa de la política aislacionista seguida por el país, y no solamente en el campo del fútbol. La respuesta debía ser una política de apertura basada en la importación de nuevos modelos (sistemas de juego) e influencias culturales (directores técnicos y jugadores). Brasil, vencedor ese año y luego en 1962, y Europa pasaron a ser fuentes de inspiración para el alicaído y traumatizado fútbol argentino. La paradoja es que, mientras esto ocurría, Di Stéfano, otro sobreviviente del River de los cuarenta, era el mejor jugador en Europa, y Sívori y los otros argentinos triunfaban en Italia.

La crisis trajo consigo un cambio sustancial: la formulación de ideas y conceptos para entender el fútbol pasaba a manos de los directores téc-

nicos que, hasta ese momento, habían tenido un papel secundario por el peso hegemónico de los periodistas y los jugadores que hablaban a través de ellos. El retorno, en la década del sesenta, de Juan Carlos Lorenzo a la Argentina marcó el comienzo de la “revolución europea”. Jugador activo en Italia, Francia y España, con éxitos como entrenador en España y en Italia (Lazio y Roma), fue responsable del equipo nacional en los mundiales de 1962 y 1966, que tampoco trajeron las anunciadas victorias. Su virtud fue la de introducir un debate profundo ya que, como “revolucionario” que era, se opuso ferozmente al “estilo argentino tradicional” que definió como un falso “tradicionalismo anacrónico que incita al estancamiento”.²⁶ Lorenzo consideraba nefasta la ideología de producir buenos gambeteadores pero malos futbolistas. Su modelo de fútbol era la Alemania de 1954 basada en el trabajo colectivo y la inteligencia táctica. Incluso argumentaba que los triunfos brasileños se debían a los cambios del sistema jugado, el famoso 4-4-2 de Feola, más que a la capacidad de sus jugadores. Su filosofía se resumía en el siguiente eslogan: “antes se jugaba al fútbol; hoy se corre al fútbol”.²⁷ De más está decir que estas ideas, así como la falta de éxitos en los mundiales, con la excepción del triunfo en la Copa de Naciones en Brasil en 1964, terminaron con la carrera de Lorenzo como director técnico del equipo nacional. Sus ideas tuvieron la fuerza de provocar, fundamentalmente a los periodistas defensores del “estilo criollo” representados por Dante Panzeri, periodista estrella de *El Gráfico*, que años antes, en 1958, había definido ese estilo como “corto, rasante, penetrante, sutil, desde atrás hacia adelante”. La lucha contra la gambeta y el pase corto tenía aliados importantes en los *cracks* argentinos que triunfaban en Europa. Para Maschio, había que desterrar el “viejo vicio del pascito de más o de la gambeta de lujo innecesaria” y para Di Stéfano, “los argentinos tienen que olvidarse de la pisadita y el jueguito de media cancha, frente al fútbol europeo, eso no tiene ningún valor” (*El Gráfico*, 1966).

Otra revolución se gestaba a nivel local con la aparición de Zubeldía como director técnico de Estudiantes de La Plata y las victorias de su equipo en el campeonato local en 1967 y, posteriormente, en las copas Libertadores e Intercontinental. Por primera vez un club chico ganaba un campeonato profesional; hasta ese año, todos habían sido propiedad de alguno de los cinco grandes. El triunfo en 1967 se da en un contexto de cambios institucionales importantes: el campeonato se divide entre Metropolitano, con los equipos de siempre, y Nacional, con la participación de los equipos provincianos. Al mismo tiempo, se resuelve televisar un partido por jornada y al año siguiente llegará la televisión privada, que rompe con el monopolio deportivo del Canal 7, estatal. La multiplicación de partidos y el peso de la televisión frente a la radio pasan a dominar el



La música popular no estuvo ajena al fenómeno futbolístico. Más de cien tangos –muchos de ellos ya olvidados– expresan en sus letras la pasión futbolera.

Portada del tango Orsi.
(Foto: Beatriz Cabot)

desarrollo del fútbol en el país. La costumbre de cambiar reglamentos y modificar la tradición de tener pocos equipos en primera división comenzaba y se convertiría en una práctica que llega hasta hoy en día. La crisis de estilo era también “una crisis institucional”.²⁸ La violencia también comenzaba en los estadios con la muerte de Héctor Souto en el partido entre Huracán y Racing.²⁹ El fútbol perdía su tono amistoso, familiar y barrial. El estilo defendido por Panzeri pertenecía a ese mundo social y simbólico que estaba ya en plena transformación.

La filosofía de Zubeldía era similar a la de Lorenzo; lo colectivo sobre lo individual, la fuerza sobre la técnica, y a estos principios se sumaba un maquiavelismo que sorprendería al mismo Helenio Herrera, el inventor del fútbol especulativo moderno. El público y parte de la prensa acepta el hecho de que con Estudiantes aparece otra ética en el fútbol: la del trabajo y disciplina al servicio de la victoria. El fin último es la victoria y el éxito, y no el “juego bonito”. Para esta ideología se necesitan otros hombres, otros jugadores dispuestos a aceptar el trabajo a destajo; el sudor, se supone, no mata automáticamente al talento. Los futbolistas-pibes son reemplazados por los futbolistas-hombres (*El Gráfico*, 1968). Los partidos contra los equipos uruguayos y brasileños en la Libertadores, y contra los equipos escoceses, ingleses e italianos en la Intercontinental, se planeaban como verdaderos combates: el fútbol se transformaba en guerra. Estudiantes de La Plata gana su primera copa Intercontinental contra el Manchester United en 1968. Los dos partidos son verdaderas guerras, “duelos fragorosos, pródigos en incidentes y acciones antideportivas”.³⁰ Bilardo, jugador emblemático de ese equipo por su capacidad de trabajo y su maquiavelismo, al explicar ese triunfo, dice: “Si nosotros tocamos no ganamos la copa, nosotros tenemos que morir con la nuestra o, en todo, vivir de la nuestra” (*El Gráfico*, 1968). Aparecía otra “nuestra” que no era el “viejo estilo criollo” y que estaba latente en la distinción entre fútbol “alegre” y fútbol “serio” de las décadas anteriores. Los éxitos en las copas internacionales de clubes no sólo fueron de Estudiantes de La Plata sino también de Racing y de Independiente. Estos éxitos no se reflejaron a nivel de la selección nacional, que no clasificó para el mundial de 1970 e hizo un más que pálido papel en el mundial de 1974 en Alemania, en donde fueron derrotados claramente por Holanda por 4 a 0. La modernización del fútbol y la aceptación del nuevo estilo no trajeron los triunfos esperados; el “mejor fútbol del mundo” quedaba reducido a nivel de los clubes.³¹

El debate entre los estilos no se cerraba con los éxitos de Zubeldía y Estudiantes de la Plata. La sede del Mundial de 1978 le había sido otorgada a la Argentina. Menotti, un lento y talentoso delantero en la década del sesenta con roce internacional (ya que jugó en Brasil y Estados Uni-

dos), gana con Huracán el Campeonato Metropolitano de 1973 y es nombrado director técnico del seleccionado en octubre de 1975. Su filosofía del fútbol se opone a la filosofía de Estudiantes de La Plata, que desde 1972 tiene a Bilardo como director técnico. Menotti declara que en sus equipos “el talento y la habilidad deben predominar siempre sobre el despliegue y la fuerza física” (*El Gráfico*, 1972). Su plan de trabajo se basaba en la incorporación de jugadores del Interior y en la consolidación de los equipos nacionales juveniles. En 1976, la Argentina de Menotti gana



Alfredo Di Stéfano, el primer gran jugador moderno, fue declarado en 1991 el mejor futbolista europeo de todos los tiempos. Di Stéfano, hijo de inmigrantes, en su regreso a Europa se convierte en un exponente del fútbol que se practicaba en la Argentina en la década del cuarenta, definida como nuestra época dorada.

(Archivo Beatriz Cabot)

el prestigioso campeonato juvenil de Toulon jugando con “estilo”. En ese equipo se destacaron jugadores como Passarella, Valdano, Gallego, Tarantini y Valencia, quienes triunfarían posteriormente en la selección mayor. Antes del Mundial, Menotti declaraba que el “fútbol es un deporte, está para defender el prestigio del fútbol argentino. Jugando no protegemos nuestra frontera, ni la Patria, ni la bandera. Con la selección nada se muere ni nada se salva” (*El Gráfico*, 1977). El contexto político creado por el golpe militar de 1976 y la feroz represión desatada contra las “fuerzas subversivas marxistas” que no tenían “ni patria, ni religión, ni familia”, había creado un contexto en el que la relación entre fútbol y nación era más compleja. Menotti trata de volver a las esencias del estilo criollo, desvinculando el fútbol del nacionalismo de Estado, mientras que los militares usan el discurso nacionalista para legitimar la represión y, posteriormente, la victoria. La historia produce, algunas veces, coincidencias inesperadas. En este caso, la presencia en el mismo campo simbólico de los militares reaccionarios y un “esencialista progresista”. El primer gran éxito y el más esperado se produce ese año: la Argentina gana su primer campeonato mundial y su destino de “gran nación futbolística” se hace realidad. Para la Junta Militar gobernante, la victoria del equipo nacional es la mejor respuesta a la campaña “antiargentina” orquestada desde el exterior. La hora de gloria había llegado.³² Los festejos y la euforia nacional no tuvieron parangón. El periodista Onesime describió lo que, quizá, muchos sintieron el día de la victoria contra Holanda en la final de la siguiente manera: “Levanté mi puño derecho. Me volví a sentir pibe. Lloré. Me abracé con amigos y desconocidos. Temblé. Grité. Sentí orgullo, miedo y pena. Argentina campeón del mundo. ¿Quién me habrá observado en mi butaca acaso pareciendo atrapado por un extraño exorcismo? Argentina campeón del mundo. ¿Quién habrá observado mi alma más pura que nunca, más limpia que nunca? Argentina campeón del mundo. ¿Quién me habrá visto el corazón convertido –mágicamente– en una turbina rugiente? [...] Argentina campeón del mundo. Gracias por hacernos sentir pibes otra vez. Ya no grito, ni tiemblo ni lloro. Cierro los ojos. Creo que vi a Dios” (*El Gráfico*, 1978).

El fútbol y esa victoria permiten volver a ser pibe, volver a las fuentes de la pureza de los sentimientos y del estilo. Onesime reproduce, de un modo exorbitante, el mito central del fútbol argentino: un juego creado por pibes y alimentado por sus sueños. Onesime no se siente más argentino ese día, simplemente pibe. Es probable que muchos experimentaran lo mismo que Onesime pero también lo que Videla, el líder de la Junta Militar, sintió: “el contenido emocional y patriótico de esa comunión que se vivió en los hogares y en las calles, al grito de Argentina” (*El Gráfico*, 1978), o lo que algunos de mis informantes cantaron con gran



Los fracasos como el de Suecia en 1958 habían debilitado la idea de que la Argentina podía estar entre los mejores del mundo.

Campeonato mundial de 1978.
(Archivo Beatriz Cabot)

alegría: “Y llora, y llora, y llora, Brasil llora / Brasil mirá qué cosa / andá a buscar la copa al Emporio de la Loza” o “Y siga, siga el baile, al compás del tamboril / que Argentina está de fiesta / y el velorio es en Brasil”. La Argentina salía de su destierro y comenzaba la caza de Brasil, el tri-campeón y modelo del estilo sudamericano en el mundo entero. Era el primer grito argentino al mundo.

Menotti declara en la revista *Humor* que la espera había sido larga, “cuarenta y ocho años desde la derrota de 1930”, pero que valía la pena y que esa victoria consagra una filosofía que no está sustentada por el “sacrificio”, porque el día en que “el fútbol sea sólo eso y trabajo dejará de ser un juego”. Terminaba la entrevista afirmando que “el juego es otra cosa. No sólo lo sacrificado es valioso en la vida, y pensar que el juego no merece ser premiado es rumbear bastante feo en la escala de valores” (*Humor*, 1978). La Junta Militar utilizó el triunfo para mostrar al mundo las calidades del espíritu argentino; el fútbol no sólo era un juego sino “el rasgo de una estirpe y una raza de hombres.”³³ Menotti, muchos años después, con la tranquilidad que da el paso del tiempo y el reestablecimiento de la democracia, tomó distancia de su vinculación histórica con la Junta Militar: “Alguno podrá decir que yo también he dirigido equipos en épocas de dictaduras, en épocas de gobiernos con los cuales no sólo no compartía nada sino que contradecían mi forma de vida. Y yo pregunto, ¿qué tenía que hacer? ¿Equipos que jugaran mal, que hicieran trampas, que traicionaran el sentimiento del pueblo? [...] El asunto es saber para quién y por qué se juega o se realiza cualquier actividad. Nosotros fuimos conscientes y sabíamos que jugábamos para el pueblo [...] Noso-

trous jugamos de la mejor manera posible porque entendíamos que había que devolver el espectáculo al pueblo, que es su único dueño. Devolvérselo en triunfo si era posible pero, sobre todo, en el halago de hacer un fútbol honesto. Cada uno de nosotros tenía una consigna al entrar al campo el día de la final: mirar a la gente. No vamos a mirar al palco para saludar, les dije a los jugadores, vamos a mirar hacia arriba, a toda esa gente, donde puede estar el padre de cada uno de ustedes, porque ahí están los metalúrgicos, los panaderos, los carniceros y los taxistas”.³⁴

El año 1978 fue también el año en que Maradona, a último momento y contra las expectativas de la gente, había sido excluido del equipo que ganara el mundial. En 1976, con quince años, había debutado en primera división con el equipo de Argentinos Juniors, pero, ya desde hacía años, asombraba a quienes seguían las divisiones inferiores de los clubes profesionales. Una nueva época comenzaba: Menotti y los otros directores técnicos que dominaban el mundo del fútbol tenían, de pronto, un competidor de calibre. Maradona fue tempranamente definido como un superdotado, “una decisión de la naturaleza, una jugada del destino, en el que la única circunstancia ajena al jugador es que ha nacido en un país donde la habilidad y el dominio de la pelota es una tradición” (*Humor*, 1979). La gambeta imprevisible, los caños, las pisadas, las rabonas y los sombreros volvían en los pies y el cuerpo de un pibe endiablado.

*Epílogo híbrido: Bilardo
y Maradona*

Maradona, en la época de Menotti como director técnico, ganó en Tokio en 1979 el título de campeón mundial juvenil. La Argentina confirmaba con los menores lo que los mayores habían obtenido el año anterior. La participación de Maradona en el Mundial de 1982 en España fue mediocre, y el desempeño de la selección nacional, del mismo tenor. En el movimiento pendular de las ideologías del fútbol, Bilardo –lo opuesto de Menotti– se hace cargo del seleccionado en 1983. Es el regreso al trabajo, la disciplina, el orden y el método, pero en un contexto dominado por la inmensa capacidad creadora de Maradona, que adquiere su madurez como jugador en Europa en los años anteriores al Mundial de México en 1986. Es quizá paradójico que el triunfo argentino en ese Mundial fuera posible por la confluencia del trabajo, representado por Bilardo, y el genio creador e imprevisible, la gambeta pura, condensado en la figura del pibe Maradona. Sus éxitos, especialmente en el Nápoli donde se convierte en el “Bambin Gesù” –el joven Cristo–, convencen a Maradona de que se pasa a la historia no sólo por poseer una técnica inigualable sino por los resultados y las victorias. En 1987, Menotti, una vez instalada la polémica entre los esencialistas representados por él y los modernistas representados por el Bilardo exitoso del año anterior, expresa su decepción por el cambio ideo-



Ferrocarril Oeste es un ejemplo de club chico, exitoso en la década del ochenta, con el que se identifican tanto los hombres como las mujeres del barrio. Un ejemplo de pasión templada y local frente al despropósito de las hinchadas de los clubes grandes
 Festejo en Ferrocarril Oeste, 1984.
 (Archivo Beatriz Cabot)

lógico de Maradona: “Yo vi a Maradona hacerse grande; tuvimos una relación afectivamente fuerte, casi paternal. Yo quería hacerle portar un estandarte de buen fútbol. Veía en él a un nuevo rey que mostraría al mundo la verdad del fútbol. Después lo escuché declarar que sólo el resultado importaba y yo sufrí bestialmente” (*Humor*, 1987).

El equipo de Bilardo en 1986 no capturó la imaginación de millones y millones de televidentes que vieron su triunfo. Incluso en la Argentina, ya dividida entre menottistas y bilardistas, uno de mis informantes defi-

nió ese equipo como “genio-enfermo-dependiente”: “Maradona es el genio, hay dos buenos jugadores, Burruchaga y Valdano, y el resto son japoneses que trabajan y trabajan”. La Argentina no entra en la mitología; el que entra, y por la puerta grande, es Maradona y, con él, el mito del pibe y el potrero de Villa Fiorito se hacen realidad para millones de argentinos. La confluencia es entre un “pibe-jugador” y un estilo de jugar, y, por lo tanto, no es la “nuestra” –el estilo criollo– la que triunfa colectivamente. Maradona nunca se sintió representante del estilo criollo creado en décadas anteriores, ni se percibió como la prolongación de una gran tradición nacional. Su talento es, según sus propias palabras, un “talento divino” porque imagina siempre que “Dios juega a través de él”, “se expresa en su cuerpo” (*Corriere della Sera*, 11-11-1985). No acepta ser comparado con otros jugadores; es único y no es el producto de una cultura, ya que por accidente nació en ella, pero, sobre todo, es una potente manifestación de la capacidad creadora de lo divino. Que luego del partido contra Inglaterra en 1986 dijera que el primer gol lo había hecho con “la mano de Dios” no es, entonces, una ocurrencia del momento. Maradona es visto –y no sólo en la Argentina– como “elevando al fútbol a nivel de la abstracción musical, a la más absoluta pureza”.³⁵ En un mundo dominado por sistemas y tácticas, por el bilardismo, su desempeño en 1986 marca el regreso del héroe solitario y de la gambeta. En el modelo esencialista y en la imaginación de uno de mis informantes, la gambeta es una suerte de “maravilloso arabesco” que, de un modo eficaz, “puede oponerse a la velocidad, la fuerza, el pragmatismo y el eficientismo europeo”. Si en el Mundial de 1978 Menotti estuvo por encima de sus propios jugadores, en el de 1986 Maradona está por encima de Bilardo y sus compañeros. En el panteón de los héroes futbolísticos nacionales nadie puede competir con el “pibe de oro”, como ha sido bautizado. Di Stéfano y Sívori, sus posibles competidores, porque fueron como él adorados y reconocidos mundialmente, nunca ganaron nada para la Argentina y jugaron en una época realmente global, o sea que representaron el país de nacimiento y luego a España y a Italia respectivamente. Maradona es el primer gran héroe nacional global en un mundo donde el fútbol sigue permitiendo que el país sea visto y sea reconocido por los otros.³⁶

En este capítulo he desarrollado dos ideas. La primera se relaciona con la construcción de imágenes y estereotipos asociados a un estilo nacional y criollo. En la búsqueda de rasgos primordiales, determinados equipos y jugadores se convierten, por las características escogidas, casi en modelos ahistóricos. El fútbol aparece como una arena simbólica donde se producen discursos y se articulan narrativas sobre el carácter limitado e imaginado de lo nacional. Los esencialistas enfatizan la continui-



Nunca hubo tanta justicia en el fútbol: Maradona, el "pibe" y prototipo del jugador habilidoso criollo, transforma su vida en un mito.

(Archivo Pablo Ramírez)

dad y la presencia de una herencia cultural (y en algunos casos genética). Espero haber demostrado, aunque más no sea parcialmente, que la tradición futbolística argentina depende de un conjunto de individuos y de sus *performances* extraordinarias. El estilo puede, entonces, verse como un mito: lo histórico son los individuos y los eventos marcados por grandes equipos circunstanciales. Una tradición es más fácil de inventar que la historia real de los individuos y los equipos.

La segunda idea es simple: el campo discursivo del fútbol está marcado por la presencia histórica de interpretaciones y marcos conceptuales en conflicto y por el cambio de actores hegemónicos. Puede verse como una suerte de teatro en el mundo, un campo hecho de realidades y máscaras, y, por último como una escena dominada por ideas e intereses contrapuestos. La división, por años, entre menottistas y bilardistas ilustra esta observación y nos permite entender la identidad, los valores y los significados, canalizados a través del fútbol, como un complejo sistema de referencias sociales y culturales. Finalmente, en el mundo social y simbólico del fútbol, lo público se transforma en privado y viceversa.

Notas

1. Creo que el uso de *El Gráfico* como una fuente primordial en la producción de imágenes y estereotipos escritos es fundamental en el pasado, aunque su impacto actual haya disminuido (Archetti, 1995 y 1999). *Humor*, luego del Mundial de 1978, y especialmente su suplemento “La Pelota”, es una fuente importante para conocer el pensamiento de los esencialistas.
2. Antonio Papa y Guido Panico, *Storia sociale del calcio in Italia*, Boloña, Il Mulino, 1993, p. 158.
3. Eduardo Archetti, “The *Potrero* and the *Pibe*: Territory and Belonging in the Mythical Account of Argentinean Football”, en Nadia Lovell (comp.), *Locality and Belonging*, Londres, Routledge, 1998.
4. La Nación, *Historia del fútbol argentino*, Buenos Aires, 1994, Tomo I, 2, pp. 28-30. Véase también Osvaldo Bayer, *Fútbol argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 34-37.
5. Gianni Brera, *Storia del calcio italiano*, Milán, Tascabili Bompiani, 1978, p. 98.
6. Ariel Scher y Héctor Palomino, *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, CISEA, 1988, pp. 26-28.
7. Miguel Ángel Bertolito, *River Plate. El campeón del siglo*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 1997, p. 82.
8. Eduardo Archetti, “Estilos y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en *Desarrollo Económico* 35, 1995, pp. 419-442.
9. Gianni Brera, *op. cit.*, Tomo II, pp. 540-548.
10. Antonio Papa y Guido Panico, *op. cit.*, p. 163.
11. Gianni Brera, *op. cit.*, Tomo I, p. 113.
12. Eduardo Archetti, “Estilos y virtudes...”, *op. cit.* y “Playing Styles and Masculine Virtues in Argentine Football”, en Marit Melhuus y Kristi Anne Stolen (comp.), *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*, Londres, Verso, 1996.
13. Eduardo Archetti, “The *Potrero*...”, *op. cit.*
14. *La Nación*, *op. cit.*, Tomo I, p. 71.
15. *Ibíd.*, p. 187.
16. *Ibíd.*, p. 156.
17. Eduardo Archetti, “And Give Joy to my Heart. Ideology and Emotions in the Argentinian Cult of Maradona”, en Gary Armstrong y Richard Giulianotti (comp.), *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, Londres, Routledge, 1997.
18. Miguel Ángel Bertolito, *op. cit.* p. 95.
19. Manuel Laguineche, Patxo Unzueta y Santiago Segurola, *Athletic. Cien conversaciones en La Catedral*, Madrid, El País-Aguilar, 1998, p. 24.

20. Carlos Ulanovsky, Marta Merkin, Juan José Panno y Gabriela Tijman, *Días de radio*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1995, pp. 178-180.
21. Véase Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez, *Cuestión de pelotas*, Buenos Aires, Atuel, 1996, pp. 193-200; y Eduardo Romano, "Cuando los berretines emigran del escenario a la pantalla", en Pablo Alabarces, Roberto Di Giano y Julio Frydenberg (comp.), *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
22. Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez, *Cuestiones...*, *op. cit.*, p. 182.
23. Miguel Ángel Bertolito, *op. cit.*, p. 120.
24. Eduardo Archetti, "The Meaning of Sport in Anthropology: A View from Latin America", en *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 65, 1998, pp. 39-51.
25. Osvaldo Soriano, *Artistas, locos y criminales*, Buenos Aires, Bruguera, 1984, p. 78; José Sergio Leite Lopes, "Successes and Contradictions in 'Multiracial' Brazilian Football", en Gary Armstrong y Richard Giulianotti (comp.), *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, Londres, Routledge, 1997.
26. Juan Carlos Lorenzo y Jorge Castelli, *El fútbol en un mundo de cambios*, Buenos Aires, Freeland, 1977, p. 31.
27. *Ibíd.*, p. 49.
28. *La Nación*, *op. cit.*, Tomo II, p. 402-407.
29. *Ibíd.*, p. 429.
30. Roberto Di Giano, "Avatares de la modernización del fútbol argentino", en Pablo Alabarces, Roberto Di Giano y Julio Frydenburg (comp.), *op. cit.*
31. Alejandro Turner, "25 millones de argentinos: fútbol y discurso en el Mundial 78".
32. Gasparini y Ponsico, *El director técnico del Proceso*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.
33. César Luis Menotti, *Fútbol sin trampa*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986, p. 27.
34. Michel Darwish, "Maradona. Plegarias al héroe de nuestro tiempo", en *El País Domingo*, 14-12-1986, p. 18.
35. Eduardo Archetti, "And Give Joy...", *op. cit.*

DESDE LA A HASTA LA Z

CLASE FAMILIAR • CALIDAD SUPREMA • CUALIDAD MORAL

ESTO ES EL NUEVO 9

Con calidad, con sentido moral
y familiar, un permanente mensaje
artístico para ganar desde la A hasta
la Z el abecedario de la teleplatea
y merecer el aval de los anunciantes.



Televisión y vida privada

Gonzalo Aguilar*

El 17 de octubre de 1951, siete mil hogares de Buenos Aires fueron inundados por una nueva luz. Con la transmisión del acto del Día de la Lealtad, realizado en Plaza de Mayo, se instalaba oficialmente en nuestro país la televisión. Desde las casas o los bares se podía “asistir” al multitudinario acto político que emitía Canal 7, la única señal entonces existente. Para aquel que seguía los acontecimientos desde el sillón de su casa, la experiencia era singular y extraña, que anunciaba, sin embargo, una práctica a la que debía habituarse. En pocos años, ese aparato raro, extraño, novedoso y difícil de adquirir se convertiría en un objeto necesario y familiar, que casi todos podían poseer. ¿Qué es lo que deberían incorporar esos espectadores en aquella experiencia? ¿Qué transformaciones y discontinuidades introduciría el televisor en la vida de las personas?

Al menos tres dimensiones fundamentales de la vida privada fueron modificadas por el nuevo medio: la noción de lugar, la vivencia de la intimidad y el contraste con la vida pública. El espacio, sostiene Michel de Certeau, es un *lugar practicado*, y un lugar se define por las “relaciones de coexistencia” y la “configuración instantánea de posiciones”.¹ La experiencia televisiva básica consiste, entonces, en que los lugares donde las personas tienen que inscribir su experiencia y sus prácticas se alteran. Para comprender cómo se produjeron estas transformaciones históricamente, es necesario establecer el crecimiento cuantitativo de la red televisiva y la constitución gradual de sus funciones. La aparición de la tele-

Los comienzos

En la década del cincuenta llega a nuestro país la televisión. Su carácter doméstico, pese a que durante mucho tiempo se la veía en bares y vidrieras, modificó profundamente las formas de la vida privada.

(Publicidad de Canal 9, Diario El Mundo, 2-5-1964)

* Agradezco a Ana Isola, Gabriela Samela, Mirta Varela, Marcelo Cohen, María Flores y Beatriz Cabot por la ayuda que me brindaron para realizar este trabajo.

visión en la vida íntima, con su nuevo modo de interpelación, redefinió algunas características de la vida privada así como las formas de ingreso de la vida pública en el hogar, y de ésta manera lo habrán experimentado –confundidos y maravillados– quienes asistieron sentados cómodamente desde sus casas o en un bar al acto del 17 de Octubre.

Primeros años

En sus primeros nueve años de vida, la televisión mantuvo un solo canal, y su lento crecimiento hizo que se demorara en tener una presencia amplia en la vida cultural. Durante la década del cincuenta –como lo ha demostrado Mirta Varela–, la televisión compitió con otros eventos que convocaban multitudes e imponían un tipo de sociabilidad. “Estamos en una etapa fuertemente volcada hacia lo público. El espacio público es la mítica Plaza de Mayo, pero también las calles de paseo, los cines, los teatros, los restaurantes, los bailes, el carnaval.”² Como se transmitía a través de aparatos muy caros y que no muchos podían tener, su consumo también se acoplaba a esas otras formas de sociabilidad: los chicos del vecindario se apiñaban frente al televisor de la familia afortunada y todo el barrio se reunía para asistir a un partido de fútbol o a una pelea de box. El año 1960 es el *annus mirabilis* de la televisión: se ponen en funcionamiento nuevas señales, se produce una fuerte inversión económica en el medio, y los aparatos, lenta pero progresivamente –por fin–, se abaratan.³ Para las familias, tener un televisor era, cada vez más, una necesidad.

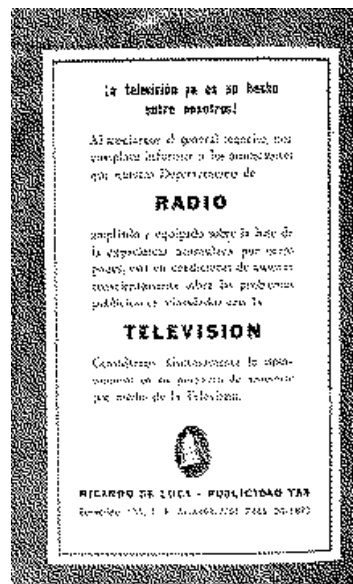
La euforia que provocó en un primer momento la llegada de la televisión estaba asociada a una concepción que tenía (y todavía tiene) un gran arraigo en el imaginario colectivo: el determinismo tecnológico. Al anunciar la instalación en Argentina de la antena más grande de América Latina a principios de los cincuenta, el noticiero cinematográfico “Sucesos Argentinos” proclamaba que con la televisión llegaba el tan ansiado “progreso”, el “futuro”, la solución de nuestros problemas.⁴ En las conversaciones cotidianas y también en algunos estudios críticos, se le atribuían a las innovaciones tecnológicas cambios en la vida social, en la historia y hasta en la naturaleza humana. El modo en que la televisión se fue incorporando a la vida social, sin embargo, indica que la interacción con las fuerzas sociales y culturales fue mayor de lo que una mirada determinista estaría dispuesta a conceder. Los usos y las funciones de la televisión se fueron modificando históricamente y, en ningún país, las funciones que se le asignaron *a priori* se cumplieron de manera estricta.

Como señala el crítico inglés Raymond Williams, “los medios de comunicación precedieron a su contenido”, y sus usos y funciones se fueron sedimentando con el paso del tiempo. Así, el surgimiento de la radiofonía, en la década del veinte, puso en crisis la asignación de funcio-

nes específicas lábiles, aunque operativas, que tenían hasta ese entonces los medios de difusión. Según Williams, estaba “la prensa para la información política y económica; la fotografía para la comunidad, la familia y la vida personal; la cinematografía para la curiosidad y el entretenimiento; la telegrafía y la telefonía para la información sobre negocios y algunos mensajes personales importantes”.⁵ Sin necesidad de que esta asignación haya sido tan rigurosa o compartimentada, el uso social de la radiofonía (con grandes emisoras de largo alcance) significó la aparición de un medio que se instalaba en el seno del hogar y que podía combinar informaciones políticas, entretenimientos, publicidad y composiciones artísticas como la poesía o la música. Lo mismo —con mayor presencia física y más atributos— podía hacer la televisión, que comenzó a desplazar de su lugar a la radio en el momento en que ésta adquiría movilidad y salía de las casas con la aparición, a fines de los años cincuenta, de la radio portátil.

La cantidad de funciones que cumple el medio televisivo habla de una *especificidad flexible* que trabaja con los discursos y las imágenes más diversas y heterogéneas. Esta elasticidad ha permitido que sus usos fueran variando, y que si en su primera década de vida se le asignó a la televisión de nuestro país una función educativa y cultural,⁶ algunos hechos —como la descripción legal de los futuros propietarios, el carácter comercial del canal oficial, la inestabilidad política y la historia cultural del espectáculo— condicionaron un tipo de televisión muy distinto del esperado previamente. Fueron las políticas culturales y no las innovaciones tecnológicas las que más decidieron en las orientaciones del nuevo medio. Sin embargo, hay aspectos específicos de los aparatos que posibilitaron una serie de usos que también se fueron modificando históricamente: si en los años cincuenta el televisor provocaba reuniones comunales, en los sesenta pasó a ser parte del grupo familiar y, en las décadas siguientes, se convirtió, cada vez más, en un objeto personal que hasta podía servir para establecer una distancia con la propia familia (“mi hijo se encierra en el cuarto a ver televisión”). Este proceso de apropiación individual creciente es, sin embargo, *social* y no responde sólo a la tecnología televisiva o mediática. Es evidente que esto fue posible —entre otras cosas— porque el televisor se transformó en un artefacto accesible económicamente, pero la tendencia a disgregar la autoridad familiar y a establecer relaciones individuales con los objetos en espacios aislados es propia de la modernidad. De hecho, nada en la tecnología atenta contra un uso comunitario del aparato.

El crecimiento producido a partir de 1960 hizo que la red audiovisual se expandiera en todas direcciones: los hogares se incorporaban a una comunidad de audiencia que compartía las mismas imágenes y, cada vez



La televisión comenzó a desplazar de su lugar a la radio en el momento en que ésta adquiría movilidad y salía de las casas gracias a la aparición de la radio portátil.

(La Nación, 18-10-1951)

con más insistencia, las imágenes televisivas entraban en los hogares para ser consumidas.

*Procesos de difusión:
expansión y contacto*

La televisión se difunde en el tejido social de dos maneras: por *expansión* y por *contacto*. El primero, histórico y acumulativo, es un crecimiento cuantitativo constante que depende de la cantidad de aparatos, del crecimiento de las redes y de la instalación y uso de los satélites. El segundo, en cambio, es variable y puede considerarse según los diferentes grupos de pertenencia —edad, clase, sexo, ocupación, nivel cultural— y según el modo en que estos grupos consumen e interpretan los mensajes televisivos. Los dos procesos interactúan ya que, en la medida en que expande la red, los contactos son más frecuentes. Si en los años sesenta, para muchos sectores intelectuales, podía ser un rasgo característico no tener televisor, la distinción consiste hoy en día en no encenderlo (o en *decir* que no se enciende). Y si en una época, para los sectores de bajos recursos económicos (y anteriormente aun para familias con buenos ingresos) poseer un televisor era un signo de estatus, a partir de los años ochenta la posesión de un aparato deja de ser un rasgo diferenciador.

La fiebre de las cifras y las estadísticas creció en esos años y la televisión se convirtió en uno de sus objetos privilegiados: cuántos aparatos hay en el país, cuáles son los programas más vistos, cuántas horas se ven por día. El volumen de ensayos *Argentina 1930-1960* es un claro exponente de esta pasión por las estadísticas en la que parecía ocultarse la clave del desarrollo social. Según uno de los ensayos, los aparatos estaban distribuidos de la siguiente manera: 42.460 en la clase alta, 165.650 en la media inferior y 75.540 en la clase baja.⁷ Sean o no exactos estos números, comparados con los de finales de la década, muestran que los televisores también tuvieron su *boom*, y si éste resultó más silencioso que el de otros fenómenos culturales, no por eso fue menos persistente. En 1960 se calcula que existían 450.000 aparatos en el país y en cinco años ya llegan a 1.600.000. Desde entonces —al contrario de lo que pasó, por ejemplo, con las salas de cine— el crecimiento no se detuvo: dos millones y medio en 1968, cuatro millones en 1973 y, finalmente, la gran explosión durante los años de la dictadura y la década del ochenta con la televisión en color.⁸

Pese a este crecimiento desmesurado, la televisión sobrellevó —por mucho tiempo— el estigma de no pertenecer al mundo de los objetos culturales interesantes: el televisor sólo sería un emblema “pequeñoburgués”. En 1964, Juan José Sebreli escribe: “Todos los objetos cotidianos que lo rodean, y entre los cuales juegan el papel de tótems la radio y la televisión, dejan de ser instrumentos prácticos para convertirse en espe-

jos de la supuesta felicidad rosada pequeñoburguesa, glorificando el encierro doméstico, la clausura del hogar, la intimidad de la vida privada, y propagando la moral del *statu quo* que considera como inmoral y peligroso salirse de la propia condición de la propia clase”.⁹

La adquisición de televisores no ingresaba en el mundo de los consumidores de cultura prestigiosa y libresca (quienes veían a la televisión como una amenaza para la cultura tipográfica), sino en la escalada de consumo de electrodomésticos que se produjo a principios de la década del sesenta, cuando era tanto un signo de progreso como de *confort* familiar y del *american way of life*. Sin embargo, a medida que avanzaba la década, la increíble expansión de la red audiovisual y la inclusión cada vez más frecuente de acontecimientos de la vida pública —además de la dificultad de establecer un corte riguroso por clases o estamentos— mostrarían lo deficiente de esta descripción.

Si en la vida privada los efectos de la televisión fueron fluctuantes, en la vida cotidiana su triunfo fue total. Todos los horarios y todos los días del año fueron conquistados, poco a poco, por la transmisión televisiva. El 31 de diciembre de 1958, Canal 7 cortó la transmisión a las once de la noche. Las autoridades se excusaron diciendo que era para que los espectadores pasaran el fin de año en familia. Frente al respeto por el ritual que tuvieron las autoridades del entonces único canal, el público se quejó como si un familiar hubiera faltado a la fiesta.¹⁰ En relación con los tiempos hogareños, la historia de la televisión puede entenderse como una expansión que crece, primero, avanzando sobre los horarios del día y, después, creando ella misma —sobre todo en la televisión por cable— horarios paralelos e independientes al de los ritmos hogareños.

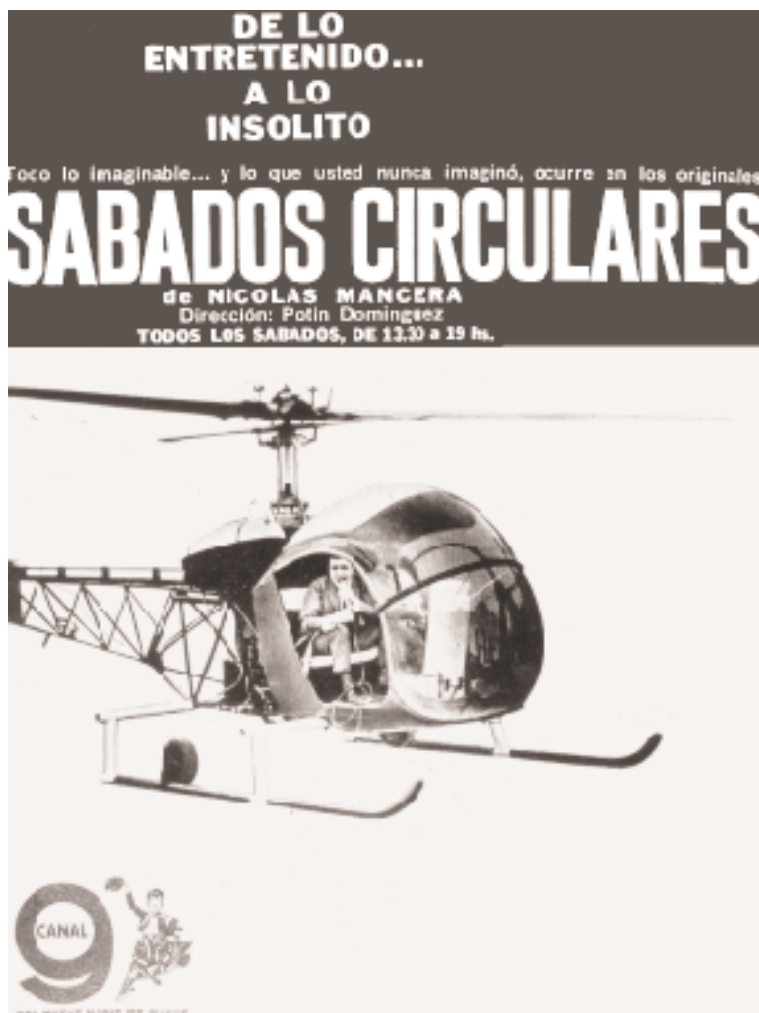
En 1959, el Canal 7 anunciaba que a partir de mayo comenzaría la transmisión al mediodía y ya no a las cuatro o seis de la tarde. En 1961, los cuatro canales iniciaban su transmisión a las 13 y terminaban, generalmente con una película, después de la medianoche y, hacia 1967, ya podía considerarse que la televisión había colonizado los horarios matinales, tradicionalmente pertenecientes a la radio. La transmisión de los fines de semana, con la primigenia lógica televisiva de ocupar el tiempo libre, se iniciaba bien temprano y continuaba hasta pasada la medianoche. La gente que no iba al club o que no salía de su casa podía quedarse viendo los programas ómnibus cuyos títulos sugerían la idea del eterno retorno: “Siempre en domingo” o “Sábados circulares”. Parecía alentador que el tiempo libre pudiera consumirse interminablemente en el mundo del espectáculo. Pero la televisión no sólo se adueñó de los horarios, también avanzó sobre todos los días del año: en 1961, uno de los flamantes

*Expansión horaria
y ritmos hogareños*

canales creó el eslogan “en el 13 no hay verano”, en una política comercial que transformó en competitivo un período al que antes no se le prestaba mucha atención.

Desde el punto de vista de los géneros, la programación se mimetizaba –a la vez que reforzaba– con los ritmos hogareños de una “familia tipo”.¹¹ A la mañana se transmitían algunos programas educativos; a la tarde, programas dedicados a la mujer y a los niños; durante la cena se podía asistir a algún programa de tema familiar como “La Familia Falcón” o el “Show de Dick Van Dyke”¹² y, en el último horario, alguna película o serie de acción: el día hogareño se alargaba y el televisor comenzaba a ocupar ese discreto pero poderoso espacio de los adultos antes de irse a dormir. Ubicada en este lugar, la televisión disponía de formas suaves, persuasivas y orgánicas de dominación en la medida en que la mayoría de los televidentes se ubicaban frente a la pantalla con el fin de “pasar el tiempo” y no en disposición de hacer grandes inversiones simbólicas. La televisión se consumía en ese clima de *relax* que es la recompensa de la vida privada frente a la tensión que impone el espacio social y público. Esta disposición relajada del televidente fue ingeniosamente explotada por los personajes cómicos que encabezaban casi siempre los *ratings* (Dringue Farías, Pepe Biondi, Tato Bores, Luis Sandrini, Alberto Olmedo y Jorge Porcel, o el grupo de cómicos uruguayos) y que, en algunos casos, lograban procesar muchos datos de esa exterioridad social y descargarlos, de forma humorística, en el ámbito familiar (el *relax* en estos programas estaba reforzado por la “risa enlatada” que estimulaba y marcaba el fin del *gag* pero que también reía por el espectador).

Además del uso del tiempo libre, más vinculado al grupo familiar, la televisión también trataba de acompañar las tareas y las actividades domésticas. A la tarde, la programación estaba reservada a ese mito argentino tan reverenciado que es “el ama de casa”: el ciclo “Buenas tardes, mucho gusto”, que comenzó en 1960, la ayudaba en su difícil tarea con sus simpáticas locutoras sin apellido (¿se los había llevado el marido?): Maricarmen, primero, y Annamaría después. La utilidad, complementada con la capacidad emocional que ponían en juego las telenovelas, era uno de los atributos imaginarios que la televisión le asignaba a la mujer que pasaba la tarde en su casa. Pero también estaba la mujer “inteligente” e independiente que las animaba a expresarse y a romper tabúes, como lo hacía Blackie cuando pasó, en 1969, a su nuevo horario de las cuatro de la tarde: “Recibo una correspondencia que nunca hubiera soñado; las amas de casa me piden consejo sobre las cosas más inverosímiles, pero, sobre todo, la pregunta central, angustiosa, terrible, que nunca me hacen personalmente, pero se adivina como único tema es: ¿qué puedo hacer con mi vida?”¹³



Desde los canales, se imaginaban una familia tipo que tenía una serie de horarios asignados y géneros determinados. La televisión trataba de mimetizarse con los horarios de la vida hogareña, porque era en el uso del tiempo libre que encontraba a su público.

(Publicidad de “Sábados circulares”, Panorama, septiembre, 1963)

En ese tiempo vacío de las tardes hogareñas, sin el marido y sin los hijos, la televisión podía ser una buena compañía y hasta una guía espiritual.

Pero la tarde (“la hora de la merienda”) también estaba dedicada a los chicos. Los padres, enfrentados a esta nueva situación, debían comenzar a administrar la relación con ese artefacto que competía con la escuela y la autoridad paterna. ¿Cómo serán en el futuro los niños que consumen televisión? ¿Tendrán todos la vista dañada? ¿Serán unos violentos intempestivos y apenas podrán leer un libro?

Casi todas las preguntas se dirigían a preguntarse sobre los efectos, como si la vida privada estuviera marcada por la precariedad y el televi-

sor cargara un poder casi mágico. El político socialista Alfredo Palacios, en una encuesta realizada por la revista *Radiolandia*, resumió los tópicos que preocupaban a muchos: “En realidad, no soy amigo de la función que hasta ahora desempeña la televisión. Es más, creo que se malogra lo que podría ser un instrumento magnífico de educación. He presenciado con alarma cómo los chicos quedan hipnotizados ante espectáculos de bandoleros, revólveres por doquier y amores ilícitos. No debemos olvidar que los chicos son grandes clientes de la televisión. No puedo opinar sobre mi gusto por todo lo que acabo de decirle. De todas formas creo que hay exceso de publicidad y de divismo por parte de muchos, incluso de políticos”.¹⁴

Los niños, víctimas de los afanes didácticos de sus mayores, fueron el objeto privilegiado de aquellos discursos que alertaban sobre la televisión: educadores, psicólogos, sacerdotes y pedagogos, desilusionados en su pretensión de hacer de la televisión un medio puesto al servicio de la enseñanza, empezaban a preocuparse por las consecuencias que la programación podía tener sobre la infancia. Comenzaron a multiplicarse los congresos, y la bibliografía sobre la influencia en los niños fue, sin duda, la más abultada de la época en el tema de los medios, tanto en los grupos que provenían del catolicismo y el conservadurismo –desde una mirada moralista– como en los sectores más progresistas –con los conceptos políticos claves de “alienación” y “manipulación”–. El prestigioso médico *massmediático* (otro de los mitos culturales argentinos) Florencio Escardó publicó, en 1972, “El mundo alienado de Antejito y Antifaz”, personajes que “llevan cada día, por medio de la televisión, su mensaje inoculante a miles de niños sin que hayan merecido, a lo que yo sepa, el menor reparo”.¹⁵ Sin embargo, consciente del papel que jugaba socialmente, fue el mismo Florencio Escardó quien, junto con Eva Giberti, llevó a cabo una tarea casi experimental en los medios, reflexionando sobre las nuevas condiciones que planteaba la televisión para la pedagogía.¹⁶

Si este discurso giraba alrededor de la “deformación” de las expuestas mentes infantiles, otro sujeto y otro tópico concentraron al mismo tiempo la atención de los discursos: las alienadas masas juveniles. Las multitudes, que antes aullaban por sus ídolos de cine, de la canción popular o de la radio, lo hacían ahora (con un corte generacional más nítido) por las flamantes estrellas de la pantalla chica. “La gente parece negarse a hablar de otra cosa, a ver otra cosa, a bailar otra cosa”, escribe un periodista alarmado en la revista *Primera Plana* a propósito del fenómeno de la “nueva ola” del “Club del Clan”, programa que promovía cantantes jóvenes y pasos de baile.¹⁷

Los intelectuales o los televidentes cultos miraban con espanto o lástima a esos jóvenes alienados o a esas familias que “perdían” el tiempo

con el animador “Pipo” Mancera o “La Familia Falcón”, uno de cuyos hijos parodiaba al joven lector “existencialista” con sus anteojos y su libro en la mano.¹⁸ Frente a ese frenesí que hablaba de la manipulación que podían ejercer los medios, había un público que quería distinguir una televisión culta y de calidad frente a otra invadida por los entretenimientos y el mal gusto. Para la revista *Primera Plana*, esta televisión culta podía estar representada por el humor de Tato Bores, los programas de Rodolfo Kuhn o del grupo de David Stivel (quienes se manejaban con destreza en un medio que conocían desde hace tiempo) o por las diferentes

vacaciones con Leoncio!

a pedido del público,
los cuatro capítulos más importantes!

6 de enero: "Humano"
13 de enero: "Los Muertos"
20 de enero: "El Desierto"
27 de enero: "El Hombre"

Preparados por un elenco excepcional, con la dirección de
DAVID STIVEL

NORMA ALEANDRO **EMILIO ALFARO**
BAREARA MUJICA **CARLOS CARELLA**
MARLINA ROSS **JUAN CARLOS GENE**
 FEDERICO LUPPI

“COSA JUZGADA” **NUEVO HORARIO**

MARTES 22.30
TELEONCE
el suceso 1970

Libro: JUAN CARLOS GENE

Había un público que quería distinguir una televisión culta y de calidad frente a otra invadida por los entretenimientos y el mal gusto. El grupo de David Stivel se contaba entre quienes representaban la televisión culta.

Publicidad de “Cosa juzgada”.
(Panorama, enero de 1970)

adaptaciones de obras prestigiosas, entre las que fue un acontecimiento el *Hamlet* de Shakespeare interpretado por Alfredo Alcón.¹⁹ El carácter casero de la producción televisiva atentaba, sin embargo, contra estos programas, ya que el televidente entrenado podía descubrir un maquillaje demasiado evidente o detectar que las “chinas” de la adaptación televisiva del *Martín Fierro* hecha por David Stivel en 1967 tenían –según una reseña de la época– “el aspecto de señoritas que frecuentan Mau-Mau”.²⁰ Producciones de diferente procedencia y que exigían competencias diversas convivían en el espacio televisivo, y la audiencia podía pasar de una a otra poniendo en crisis una división –sobre todo entre cultura de elite y cultura popular– que anteriormente tenía asignados los espacios con mayor claridad. En la televisión, la audiencia podía pasar del *Otelo* de Shakespeare con Rodolfo Bebán, a “Otelito” con Osvaldo Pacheco, Alberto Olmedo y Jorge Porcel.²¹ Sin llegar a eliminar los rasgos distintivos de cada repertorio, la televisión los ponía en crisis en el seno mismo del hogar.²²

*Expansión territorial:
otros espacios y otra temporalidad*

La expansión, además de ocupar horarios e incluir diferentes grupos, también avanzaba territorialmente. En Argentina, la televisión fue, desde el inicio, un factor fundamental de unidad territorial que reafirmaba, una vez más, el poder de Buenos Aires.²³ Hogares de diferentes partes del país se alimentaban de las mismas imágenes y escuchaban los mismos mensajes (y los lugares más alejados, mediante la televisión, se sentían más integrados en el imaginario nacional y colectivo). Pero, a la vez, era el concepto mismo de *territorio* el que se modificaba, sobre todo a partir del uso de los satélites que distorsionaban las distancias entre un lugar y otro al disminuirlas.

Una inflexión importante en esta nueva vivencia del territorio la constituye, en nuestro país y posiblemente en todo el mundo, un hecho que los televidentes siempre mencionan cuando se los interroga sobre sus recuerdos televisivos: la llegada del hombre a la Luna en 1969. Transmitido en directo pasada la medianoche, el acontecimiento (que concretaba antiguas fantasías del imaginario colectivo) provocó el desplazamiento callejero de grandes contingentes de personas que buscaban un televisor para presenciar el evento. Sin darse cuenta, la gente asistía a otro hecho no menos importante: la conquista televisiva del espacio terrestre.

La llegada del hombre a la Luna *sólo* podía verse por televisión. En nuestro país, ésta fue la primera transmisión por satélite a través de la flamante estación de Bahía Blanca fundada ese mismo año. Su consecuencia era obvia: la cámara podía llegar a partir de ese momento a



La revista Primera Plana trata de imponer sus gustos y de diferenciar los productos de calidad, como el Hamlet interpretado por Alfredo Alcón, de la televisión "barata y comercial".

Hamlet en la TV argentina.
(Portada de Primera Plana, 4-8-1964)

cualquier lugar. La Luna, símbolo del misterio y de lo inalcanzable, develaba su imagen de territorio pedregoso y transitable en el mismo living del televidente. Si el registro de imágenes y su transmisión en directo podía alcanzar lo que en el imaginario popular era lo más lejano, no había entonces lugar al que no pudiese llegar. A partir de entonces, la expansión de la televisión se volvía virtualmente universal y los hogares que antes estaban apegados a una región pasaron a formar parte de una red que llegaba hasta donde, antes, sólo las ficciones o los mensajes lingüísticos podían llegar.

Los hombres deberían comenzar a convivir con un nuevo lugar, un nuevo territorio que no era el geográfico convencional sino el que crea-

ban las imágenes televisivas. Dos espacios se vinculan en el hogar: el tridimensional de los cuerpos y el virtual de la pantalla. En tanto crea un lenguaje propio, el discurso televisivo hace de la pantalla un lugar, otro lugar. En él, las imágenes más alejadas son contiguas, los discursos más heterogéneos se yuxtaponen y los tiempos pueden ser relativamente manipulados coincidiendo o no con los del espectador. En la década del cincuenta, la gracia del nuevo medio estaba en las tomas en directo: actores que se olvidaban la letra, ruidos que cuestionaban la verosimilitud de las escenas, intervalos sin motivo y un amor por los accidentes que continúa hasta el día de hoy. La llegada del *tape* modificó esta situación y admitió la manipulación de los tiempos “en directo” y “en diferido”, aunque su capacidad para registrar la contingencia se mantuvo como una de las características del medio: es este fluir del tiempo abierto –como el nuestro– lo que permite hablar de una convivencia entre el espectador y la imagen.

Pero este encuentro es, a la vez, el inicio de una divergencia profunda. En la televisión, los tiempos se aceleran: todo es entretenido, las imágenes son elegidas por su poder de impacto, los conflictos desplazan a los procesos, la emoción se produce en serie. Casi todos los programas debieron incorporar esta lógica, lo que explica que Eva Giberti haya dicho, en relación con los programas educativos, que “hasta el momento la dramatización ha demostrado ser uno de los caminos más eficaces para la comprensión de los conceptos emitidos”.²⁴ Se trata de una inclinación de los medios hacia lo narrativo, lo emocional y lo corporal antes que hacia los discursos informativo-argumentativos.

Así como la televisión acelera los tiempos, también modifica las presentaciones espaciales. A diferencia de la radio, la televisión produce una sensación de estar presenciando el acontecimiento, de que éste es en cierto modo inmediato. Los “exteriores” de la televisión significan el ingreso de múltiples espacios en el ámbito hogareño. A principios de los sesenta había cierta lentitud y sólo excepcionalmente la televisión podía atrapar aquellos sucesos no anunciados (su capacidad tecnológica de desplazamiento era reducida y sus camiones de exteriores, poco ágiles). Cuando el evento estaba preparado de antemano, la televisión podía armar el registro del acontecimiento como una puesta en escena, y así se hizo con la ascensión de Frondizi (filmada con once cámaras, la transmisión duró desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde) o con las visitas del presidente francés Charles De Gaulle o del norteamericano Eisenhower en 1960, transmisión que (como era muy frecuente) fue afectada por desperfectos técnicos. A medida que avanzaba la tecnología, un equipo muy reducido podía captar acontecimientos “en vivo y en directo”, sintagma que se transformó en uno de los objetivos del

medio, como sucedió con el asesinato imprevisto de Lee Harvey Oswald, el presunto asesino de Kennedy, filmado por una cámara el 24 de noviembre de 1963. El accidente constituía un límite: el asesinato fue tomado en primer plano y sorprendió al camarógrafo. Una vez registrado, la muerte podía ser observada una y otra vez desde las casas (en nuestro país, en diferido). Según la revista *Primera Plana*, “las 48 horas que el Canal 13 ganó al Canal 11 al proyectar el asesinato de Lee Harvey Oswald se recuerdan, todavía, como el paso de la adolescencia a la adultez de la televisión”.²⁵ Comienza a acelerarse el proceso de reproducción y a multiplicarse los impactos de acontecimientos del exterior en la vida privada. Ya no se trata solamente de las intensidades que puede transmitir la ficción o el espectáculo; la información misma se transforma en algo espectacular.



00:45 de la mañana: el hombre llega a la luna. Nadie puede dejar de ser testigo de ese acontecimiento. El escritor Jorge Luis Borges –quien ya por entonces era ciego–, el presidente de facto Onganía –seguramente más preocupado por lo que pasaba en Córdoba–, y el público que no tenía televisor son testigos de la llegada del hombre a la Luna en las vidrieras de los negocios.

El cambio se hace sentir, sobre todo, en el modo como los estudios de las emisoras editan y difunden la información. Si a principios de los sesenta predominaba el noticiero breve de quince minutos que se inspiraba en el formato radial de lectura de informativos (como “El Reporter Esso” desde 1963), a partir de 1966 “Telenoche” inicia un formato específicamente televisivo en el que predominan la yuxtaposición de informaciones de diferentes ámbitos y un trabajo centrado en las potencialidades audiovisuales del medio.²⁶ Cuando “Telenoche” se convierte en el noticiero central, su eslogan es elocuente: “su ojo en la noticia”. Ya no se trata de llevarle noticias al televidente como un mensajero sino de arrastrar su ojo al lugar mismo de los hechos.

Este nuevo tipo de espacialidad transforma, entre otras cosas, el ámbito hogareño. Los muros de separación que eran el índice más claro de la constitución de una vida privada en el siglo XIX, son reforzados por un aparato (el televisor) que, a la vez, los desintegra. Los refuerza porque ya no es necesario ir a buscar las noticias afuera: la televisión proporciona la cantidad suficiente de chismes, acontecimientos, noticias y tramas ficcionales que, en otra época, ofrecían los periódicos y la radio pero también el vecindario y los espectáculos. La televisión reemplaza parte de los movimientos corporales y refuerza una actitud sedentaria que sin llegar a ser absoluta modifica las costumbres. Hay un nuevo modo de vivir la vecindad con el entorno barrial y urbano. Pero desintegra esos muros de separación porque genera un nuevo espacio en el que se interpenetran imágenes de la esfera social, del poder público y de la vida privada. En la red emocional del hogar, el espacio tradicional de la casa tendrá que procesar los numerosos datos que trae ese objeto que des-cansa en el comedor.

*La intimidad:
índice de la vida privada*

La televisión se consume generalmente en las casas e ingresa así en la vida doméstica, como uno de los basamentos materiales más necesarios para la construcción de la dimensión simbólica de la vida privada. En la práctica cotidiana de todos los días y en el espacio material de la casa, los integrantes del grupo familiar reafirman esa red emocional que constituye el hogar. “El hogar –escribe Roger Silverstone– es un constructo. Es un lugar, no un espacio. Es el objeto de una emoción más o menos intensa. Es el lugar al que pertenecemos.”²⁷ ¿Qué sucede entonces cuando, en esa red emocional que es el hogar, se instala un artefacto –el televisor– que produce *otro* lugar no menos poderoso y de no menor densidad simbólica?

Según Hannah Arendt, la intimidad es el índice más importante de la vida privada en la modernidad, y su teorización, a fines del siglo XVIII,

inició una importante revalorización de esa instancia.²⁸ Aunque el avance de la esfera social puso en crisis tanto la vida privada como la pública, para los individuos o las comunidades la intimidad –aquello que sólo se comparte con las personas en quienes se confía– continúa siendo la experiencia y el concepto que los reenvía del modo más seguro hacia la consolidación de su vida privada.

Cuando el Código Civil consagra la intimidad como un derecho de las personas, hace referencia explícita a los medios de comunicación y al carácter dañino que puede tener en ellos la difusión de la vida ajena. El reconocimiento legal de este delito en la reforma de 1968 indica cómo los medios se vinculan con la redefinición de lo privado y lo público. Pero más que esta instancia legal (que actúa generalmente sobre situaciones de hecho y de presunto carácter delictivo), importa cómo la televisión representa la intimidad y cómo los televidentes, en su convivencia con el aparato, deben redefinir la vivencia que tienen de ella.

El discurso televisivo habla de lo privado casi todo el tiempo. Uno de sus géneros más populares, la telenovela, construye los vínculos hogareños en clave melodramática con un éxito que permite pensar que está plasmando fuertes configuraciones del imaginario colectivo. Pero la televisión no se limita a crear mundos íntimos más o menos ficcionales; hay tres hechos que son decisivos para su producción de intimidad: la interpelación directa a la audiencia, el registro de los cuerpos y la exhibición espectacular de privacidades reales.

Podría pensarse en tres tipos de programas según los modos en que se interpela al espectador: en algunos (como en las películas o en las series televisivas que tuvieron gran éxito a principios de la década del sesenta: “Laramie”, “Mike Hammer”, “Cheyenne”) predomina la lógica del lenguaje cinematográfico con la distancia que impone y con la necesidad de la mirada descorporalizada del televidente (el espectador no es advertido por las imágenes). Un segundo tipo de programas materializa la interpelación con la mirada a la cámara: un conductor o animador que le habla al espectador en un aviso publicitario y en los programas hechos en estudio (donde al hacerse simultáneamente el rodaje y el montaje se crea una sensación de espontaneidad). En el tercer tipo de programas (sobre todo en las series para televisión realizadas en nuestro país), hay un carácter mixto, como en los programas humorísticos de “Viendo a Biondi” con sus frecuentes miradas a la cámara, o en el personaje de Osvaldo Miranda, en la comedia familiar “La Nena”, cuando busca la complicidad de quien está del otro lado de la pantalla. Cuando termina la serie cómico-policial “Carola y Carolina”, las protagonistas Silvia y Mirtha Le-

Interpelación

grand, se enfrentan a la cámara, se dirigen al público y le agradecen a los actores, a los técnicos y realizadores. Sus protagonistas (¿actrices o personajes?) reconocen su carácter de artificio enfrentando y haciendo referencia a la cámara (algo que en el cine es propio, generalmente, de los filmes de vanguardia) y desestabilizan, así, las fronteras entre la ficción y lo real.²⁹

Las frecuentes interpelaciones transforman al televidente en un destinatario potencial y hacen que el discurso adopte el simulacro de un diálogo. Esta interpelación puede concretarse materialmente como sucede con aquellos sorteos en los que se llama a la casa del afortunado (y quién nos dice que uno mismo no pueda ser el favorecido), o como le sucedió a un televidente que, en una carta a *Primera Plana*, acusó de “oficialista” a Augusto Bonardo, el conductor del programa “La gente”. En su programa, Bonardo leyó la carta en el aire e interpeló directamente a quien la escribió. El lector de *Primera Plana* ilustra su experiencia con la siguiente frase: “Al terminar de leer el comentario crítico, Bonardo lanzó una invitación al diálogo, cuyo *sorprendido destinatario* fui yo mismo”.³⁰

La figura televisiva específica de esta interpelación la constituye el animador o locutor, que tenía una gran importancia en la radio pero que en la televisión adquirió cuerpo, mirada y una gestualidad que lo enfrentaba cara a cara con el televidente. El locutor se movía como si estuviera en el escenario de un teatro de revistas o de un salón bailable y buscaba la cámara como si fuesen los ojos del espectador. Esta interpelación, la acción de dirigirse a aquellos que están sentados en el living de su casa, no puede compararse con los “apartes” dramáticos ni con la cálida voz del locutor radial. El animador televisivo no imponía la distancia ni la belleza de los *stars* cinematográficos sino la apariencia del hombre común: el “negro” Brizuela Méndez en los años cincuenta y “Cacho” Fontana, el conductor de “Odol pregunta”, cuyo rostro ilustró el primer número de la revista de espectáculos más importante desde mediados de 1965, *Gente y la actualidad* (lo más popular del espectáculo estaba representado por la televisión y ya no por la radio o el cine). El locutor televisivo juega a la comunicación, al contacto, a producir un tipo determinado de televidente (aunque éste posea sus propias estrategias de respuesta) y, de este modo, crea una sensación de intimidad con el espectador a la vez que registra, imaginariamente, su cuerpo.

La magnitud que tuvo desde un comienzo en la televisión argentina la publicidad, género en el que también eran imprescindibles las miradas a cámara, acentuó la interpelación directa y, en este caso, con connotaciones mercantiles. En esta materia, el decreto-ley de 1957 –fundamen-

tal porque, entre otras cosas, definió a los futuros propietarios de los canales como personas ligadas al empresariado y al lucro excluyendo sociedades no comerciales e iniciativas independientes— señaló, en su artículo 6º, que “la difusión de publicidad comercial podrá realizarse siempre que su proporción, su carácter y su forma no afecten la calidad y jerarquía de los programas”. Esto hizo que la televisión argentina dependiera profundamente del mercado y que la irrupción de la exhibición de mercancías en el interior del hogar —pese a los precarios límites de tiempo que se proponían desde los organismos de control— tuviera una brutalidad sólo equiparable a su poder de seducción. El televisor se transfor-

Ué, coina, piensa, sufra, tiene un problema, vive, es uno más de a multitud... y la ciudad lo ignora. Ahora contaremos su historia. Con valentía, aunque duela. Eso nos torá bien a todos. Encuentrese a sí mismo en HISTORIAS DE UNA GRAN CIUDAD, el programa más valiente para expresar nuestra realidad social.

Línea de HUGO MOSER
Dirección de EMILIO ARIÑO

**HISTORIAS
DE UNA
GRAN
CIUDAD**

Actuación de un gran actor encabezado por Eduardo Rul

Todos los miércoles a las 21.30 hs
CANAL 9

Las frecuentes interpelaciones transforman al televidente en un destinatario potencial y hacen que el discurso adopte el simulacro de un diálogo.

Publicidad de “Historias de una gran ciudad”.

(Panorama, julio, 1963)

maba en una vidriera y la programación dependía de la publicidad para su propia supervivencia. Un aviso de Canal 11, que se llamaba a sí mismo “industria de *emoción*”, se pregunta: “¿Cuánto cuesta cada minuto de emoción?”.³¹ Ningún debate sobre la televisión en nuestro país puede desconocer esta falla de origen –la entrega del medio a las fuerzas del mercado– que las leyes posteriores no sólo no modificaron sino que profundizaron.

A la relación auditiva del *jingle* radial había que agregarle –con la televisión– un contacto visual en el que la mercancía se experimentaba como presencia y ausencia en el propio living o comedor de la casa. Sin embargo, esta seducción no comenzó siendo tan sofisticada como la conocemos actualmente. En los primeros tiempos, cuando las tomas eran todas directas porque no había *video-tape*, los televidentes estaban siempre a la espera de la *gaffe* del locutor, y hasta hay quienes recuerdan al locutor que escupió la pastilla que había recomendado fervorosamente pensando que la cámara ya no lo enfocaba. En esos años, y particularmente en los sesenta, la mayoría de los programas eran auspiciados por una empresa cuya marca figuraba en el título: “La Familia Gesa”, teatro de revistas auspiciado por General Electric S.A., “El Teatro Palmolive del Aire”, en el que productos de belleza reforzaban el carácter femenino del teleteatro,³² y “Odol pregunta”, marca de dentífricos que auspiciaba un celeberrimo programa cultural de preguntas y respuestas. Después, las tandas se realizaron con productos diversos y su lenguaje se hizo más elaborado, permitiendo la formación de muchos realizadores cinematográficos y de futuros agentes publicitarios de la política. En esas imágenes seductoras no sólo se incluía al hogar en la red de consumo; también se difundían normas de limpieza y de conducta y hasta modelos de heroicidad de la épica consumista.

Registro de los cuerpos

En la pantalla, además, se presentan cuerpos cada vez más liberados de las restricciones normativas. Este proceso de “liberación” de los cuerpos fue social, y la televisión sólo dio cuenta de él fraccionariamente, aunque su fuerza descansaba en su carácter doméstico. Estas modificaciones en la exposición de los cuerpos son, a menudo, imperceptibles en sus pequeñas alteraciones concretas y, por su carácter íntimo, indocumentadas. El 21 de abril de 1960, *TV Guía* publica una carta que señala algunas malas costumbres que observa en la pantalla de su televisor: algunos animadores, protesta la lectora, usan remeras y no traje. ¿Cómo leer este documento? ¿Condenar a la lectora por su moralismo estrecho o generalizar su sensación como el indicio de un cam-

bio de época que, en este caso, se visualiza en la pantalla televisiva? Y si cada ámbito tuvo sus propias estrategias (la moda hacía a los cuerpos provocativos, la música glorificaba su movimiento), la televisión tuvo ese rasgo que consistía en una rara química entre espacios de intimidad y espectacularidad que se filtraban mutuamente de un modo permanente. Una lectora de *Canal TV* lo expresa, con una gracia inconsciente, de este modo: “El sábado 15 de julio tuve oportunidad de ver un programa lamentable que, bajo el título de ‘Bailemos’, se televisó por Canal 9. ¿Qué enseñanza puede dejar en un hogar, donde la familia enciende el televisor con deseos de observar un programa de calidad artística, ver a un grupo de desenfrenados jovencitos que en la mayoría de los casos no llegan a los dieciocho años, haciendo las más diversas cabriolas y moviéndose de las más disparatadas maneras? [...] Entiendo que los bailables están muy bien para transmitirlos por la radio, pero por la televisión, decididamente no.

”Conste que me gusta y practico el baile, pero puedo asegurarle que jamás yo, ni la mayoría de la juventud argentina, baila en esa forma desenfrenada. Creo que *cada cosa en su lugar*, y los bailes en los clubes, salones, casas, etcétera pero no en televisión (3 de agosto de 1961)”.

Cada cosa en su *lugar*, exige la lectora de la revista. ¿Pero cómo definir lugares cuando irrumpe un nuevo espacio que, ubicado en la homogeneidad relativa del hogar, puede transmitir —mucho veces impulsado por la novedad— una moralidad más amplia que la de sus receptores? La televisión pone en crisis la noción misma de lugar, entendido como espacio de estabilidad. En dosis muy pequeñas, lo inapropiado e inadecuado (frente a los cuales se definen las fronteras del pudor privado) avanzan en las pequeñas alteraciones de los cuerpos, del lenguaje y de los comportamientos que se ven en la pantalla.

En la esfera social, los espectáculos representaban la intimidad, que solía estar recubierta por la ficción o la distancia —explicitadas en el foso que separa al escenario del público—. El rito del espectáculo era también un rito de pasaje e implicaba el abandono del hogar, lo que marcaba claramente el traslado a otra esfera en la que prevalecían otras reglas. También había producción de intimidad en las narraciones que se leían en el hogar, pero ninguna de estas formas (ni siquiera la radio) alcanzaba esa dimensión visual de distancia y fascinación que caracteriza al espectáculo y que sí posee la televisión. Con la televisión se produce el ingreso del espectáculo en el hogar, que se mezcla así con la intimidad dominante en este espacio. El eslogan del canal privado más poderoso en el primer año de existencia de la televisión privada (Canal 9) lo dice clara-

Exhibición de la intimidad

A fines de 1972, el casamiento de dos enanos consigue el mayor rating de la televisión hasta ese momento. El programa "Yo me quiero casar... ¿y Ud?" salió al aire por primera vez el 15 de noviembre de 1971 por Canal 11. Las bodas entre famosos siempre fueron eventos masivos en los que el público invirtió una gran carga afectiva y simbólica, pero los que realizó Roberto Galán estaban fuera de toda clasificación. Mezcla de juego y vida íntima no es el amor el que une a las parejas sino el azar y las consideraciones estéticas, emotivas, sociales y económicas que hacen durante el transcurso del programa. La vida íntima de los solitarios como espectáculo.

Roberto Galán junto a Teresita y Héctor.

(La Semana, 19-3-1973)



mente: "El mejor espectáculo en su hogar". La televisión comienza a combinar dos lógicas que están en tensión: la distancia del espectáculo y la cercanía que pretende la interpelación. Espectacularización de la intimidad, intimidad de lo lejano. La producción de intimidad es la apuesta más fuerte de la televisión: está en el aparato que la transmite (voz e imagen) y en la relación de complicidad permanente que quiere tener –y a menudo tiene– con el televidente. Muchos programas –pero no todos, porque la flexibilidad de la televisión permite también que se suspenda esta modalidad intimista– se basaron en esta lógica y así se instalaron en la memoria colectiva.

A principios de los años sesenta, como la realización de exteriores era muy cara y llevaba cierto tiempo, la televisión transmitía esa sensación de pequeños ámbitos: muchos programas transcurrían en los estudios, que se mimetizaban con un escenario teatral (pero incluyendo a veces a los espectadores en la escena) o con los espacios domésticos. Si "Escala musical" o "Sábados circulares" utilizaban la pantalla como una caja italiana, programas como "Buenas tardes, mucho gusto" transcurrían en la cocina (y allí raramente entraban los hombres) o los de actualidad convertían al estudio en un living en cuyos sillones se sentaban confortablemente los invitados. Sin duda, la innovación más radical en esta mimetización con la vida doméstica la constituyó el programa diario "Almorzando con las Estrellas" que se inició el lunes 3 de junio de 1968 y que conducía la estrella cinematográfica y televisiva Mirtha Legrand (*née* Rosa María Juana Martínez Suárez). En el período de 1968-1969 se produjo una renovación de la programación televisiva provocada, sobre todo, por la reacción de los diferentes canales frente a la hegemonía del Canal 13. Programas con referencias más locales, de un estilo más popular y con horarios inusuales (como el de Mirtha Legrand o el de Roberto Galán) inician una etapa de euforia en la que se reproduce, todos los días, lo que antes estaba reservado para los fines de semana. "Si lo sabe, cante", por ejemplo, conducido por Roberto Galán, detiene al país todos los mediodías y suscita polémicas y mesas redondas.³³

El programa de Mirtha Legrand es un buen ejemplo de la mezcla de intimidad y opinión política, comentario ocasional y conflictos sociales de alta densidad. El argumento se inspira en la escena hogareña de los amigos que "vienen" a comer. Alimentándose –argumentalmente– de la vida privada, "Almorzando con Mirtha Legrand" utiliza el hecho cotidiano y hogareño de los almuerzos y basa su éxito trasladando su intimidad característica a una conversación entre gente famosa. Como en el caso de la misma Mirtha Legrand, el efecto es que se confunden figura pública y figura privada, personaje de ficción y persona de la vida real.



El espacio ambiguo que ocupa el televisor puede verse en el escándalo que se produjo cuando se levantó el programa "Almorzando con Mirtha Legrand" el viernes 13 de septiembre de 1974. Según las autoridades del canal, el programa comprometía al proceso mismo "de unidad y reconstrucción nacional". Varias organizaciones que agrupaban a trabajadores de la televisión emitieron el comunicado "Almorzando con la oligarquía": los almuerzos representan a la "reacción y el gorilaje" y su objetivo es "pretender desvirtuar y finalmente destruir el proceso de estatización de la televisión argentina". El asunto llegó a la esfera pública: el 18 de septiembre de 1974, suscitando la reacción de diferentes partidos y del Ministerio del Interior. Mirtha Legrand. (Siete Días, 5-3-1973)

La vida pública: la política

En el argumento invariable del programa, los invitados llegaban desde el fondo como si surgieran del centro mismo de la televisión, y después de la presentación de cortesía se dirigían a la mesa descendiendo del alejado mundo de las estrellas al cotidiano de las necesidades orgánicas. En lo de Mirtha no sólo se comía bien; los platos eran, además, fotogénicos. El *refinamiento* hacía que el paso de lo sublime (el estrellato cinematográfico) a lo grotesco (comer ante cámaras) sea elegantemente evitado.

Pero ella no sólo es *Legrand* (seudónimo de su vida en el espectáculo), también se refiere a sí misma en el programa con el apodo hogareño y opuesto de *Chiquita* (como si a la televisión le gustara el apodo amistoso y al cine, el seudónimo exótico). El programa explota el mito de las estrellas y otro opuesto aunque, en cierto modo, complementario: el del *ama de casa*. El ama de casa habla desde la "realidad"; su experiencia privada y cotidiana destruye cualquier posibilidad de construir la escena pública. Por eso un cronista de la época se equivocó cuando escribe, en la revista *Panorama*, que "más allá del ámbito del teatro y del cine argentinos, sus conocimientos flaquean notoriamente y las preguntas derivan a superficialidades". Si Legrand hace preguntas superficiales es porque se comporta como una mujer cualquiera, pero el hecho de pertenecer al ámbito del espectáculo reviste de cierto aura todos sus comentarios. En su cuerpo, ella entrelaza intimidad y espectáculo.

En la interpelación directa, en sus temas y modo de manipular los tiempos, en el registro de los cuerpos, la intimidad y lo contingente, la televisión generó un nuevo lugar que, en el corazón mismo del hogar, transportó una dimensión diferente. No se trata —a fines de los años sesenta— de tenerla o no, de encenderla o de dejarla apagada: la imagen televisiva ya es un nuevo dato con el que debe contar toda delimitación de una vida privada propia.

El uso del tiempo libre que hacen Mafalda y sus amigos tiene tres modalidades claramente diferenciadas: los juegos en la plaza del barrio, la relación con sus padres en el espacio doméstico y sus encendidas críticas del mundo simbolizado en un globo terráqueo y en una radio. Cuando Mafalda, una apocalíptica sin duda, enciende la televisión es para conectarse con el mundo de la ficción como esparcimiento o para sorprenderse con la novedad de los avisos publicitarios. Para informarse, Mafalda escucha la radio o, como su padre, lee los periódicos (sólo hacia el final de la tira el televisor se transforma en fuente de información).³⁴ El proceso por el cual la televisión comienza a adueñarse del suministro de

las noticias de la esfera pública es lento y, al menos en esa década, sólo difícilmente puede competir con la velocidad de la radio. El editorial de *Radiolandia* de abril de 1963 elogiaba la labor periodística “objetiva” de la televisión, a la que oponía la de una radio que, en “su condición de vehículo aún no sustituido, en función de la difusión sin límites o instantánea”, se convierte en “la base de las campañas psicológicas, factor vital en la guerra moderna”. Para los “tiempos comunes”, sostenía la nota editorial, la TV se transforma en un medio insuperable, pero cuando “graves sucesos afligen a la Nación” hay que acudir a la radio. La actualidad estaba todavía en sus manos.

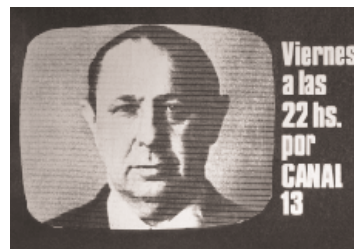
Recién en 1969 la televisión se erigió –sobre todo para las zonas alejadas del hecho– en la protagonista de un evento histórico-político, el “Cordobazo”, e impactó a los televidentes con la virulencia de sus imágenes. Fue aproximadamente a partir de entonces que se convirtió en un escenario central del debate político, y ya en las campañas presidenciales de 1972 y 1974 no hay acto partidario o hecho político en el que no se vean micrófonos de los distintos canales.³⁵ En un período en el que la movilización en las calles era el modo privilegiado de hacer política, una buena parte de la población también podía participar desde sus casas. Un hecho confirma esta conjunción: Juan Domingo Perón, quien utilizaba la plaza y la radio como ámbitos “naturales” de sus discursos, cerró la campaña de 1974 con una entrevista televisiva en la que participaron los periodistas Jacobo Timerman, Roberto Maidana y Sergio Villarruel (*el* periodista del “Cordobazo”) y que fue vista por seis millones de televidentes. Fue también para esos comicios que los partidos utilizaron elementos de la publicidad convencional como los *jingles*, con sus efectos visuales y sonoros, para seducir al público.³⁶

Así como los vínculos hogareños debieron reparar en las nuevas modalidades con las que se introducía el espacio público, también aquellos que se desempeñaban en la vida pública debieron tener en cuenta cómo su imagen y su voz se reproducía en el comedor de cada casa. La conferencia de prensa que dan en el aeropuerto de Trelew los presos políticos fugados de la cárcel es un claro ejemplo del encuentro de dos culturas claramente diferenciadas: la del código televisivo y la de los militantes políticos. Mientras los militantes hacen apelaciones jurídicas e ideológicas, el periodista privilegia las apelaciones sentimentales y dramáticas: Pedro Bonet (militante del ERP): “Acá hay compañeros obreros, tucumanos, trabajadores de la zafra, campesinos, compañeros intelectuales, compañeros obrero-industriales. Ésa es la composición social de los diecinueve, no son estudiantes en su totalidad. Nada más”.

Periodista: “Para tranquilidad de los familiares de la gente que se encuentra retenida en este aeropuerto diremos que, a pesar de que en estos

momentos el local del aeropuerto de la ciudad de Trelew se haya rodeado por fuerzas policiales y del ejército, acaban de manifestar miembros de las fuerzas armadas FAR, ERP y Montoneros que, después de haber realizado esta entrevista y haber llegado a la masa de la población a través de la prensa escrita, es factible —y ellos lo han decidido así— entregarse incondicionalmente sin ningún tipo de violencia. Reiteramos que esto es por si llega nuestro *video-tape* a tiempo a la imagen de vuestros televisores”.³⁷

Sin embargo, los políticos que participaban más activamente de los medios se convertían, necesariamente, en personajes televisivos, sobre todo cuando iban a los estudios. Una anécdota tal vez nos pueda ayudar a comprender este fenómeno: después del golpe de 1955, Blackie condujo “Prensa visual”, “el primer programa periodístico de la televisión argentina” según sus palabras.³⁸ Cuenta Blackie que Alfredo Palacios (después de ser trabajosamente convencido) accedió a ir al programa y llegó al estudio mientras se filmaba un programa humorístico y satírico. Uno de los técnicos, que pasaba por ahí, se detuvo frente al político y le dijo, entusiasmado: “Che, qué bien te disfrazaron de Palacios...”. El malentendido (la confusión de papeles) marca el inicio de una dura carrera para los políticos (aunque no sólo para ellos): en un medio flexible como la televisión, su participación siempre será contigua a otros tipos de discursos y gestualidades. La declamación de la tribuna debe dejar paso a un diálogo en el que a los valores del discurso se le sumarán el de su simpatía, su vida íntima, su “costado humano”. Al potenciar este aspecto íntimo del hombre público (proceso que, como ha demostrado Richard Sennett, comenzó en el siglo pasado), no sólo juegan su papel los momentos de debate argumentativo sino también las apelaciones emocionales y los momentos fríos, aquellos en que los discursos encendidos y las efusiones corporales dejan paso a *relax* de la vida cotidiana y a la intimidad del personaje.³⁹ La visita de un político a un programa en el que dialoga de los temas más diversos, los cuestionarios en los que entra en juego su vida privada (Blackie produjo un escándalo, a principios de los setenta, al preguntarle a un político si era homosexual) o la imagen de Perón desde Madrid jugando con su caniche blanco son hechos semipolíticos pero que sirven para construir la imagen del hombre público. En el caso del líder justicialista, su cada vez más frecuente aparición en los noticieros de los años setenta cambiaba la naturaleza de su exilio ofreciendo nuevos materiales (gestos, bromas, tonos intimistas) para una de las pasiones argentinas de esos años: la hermenéutica de sus mensajes. Aun políticos muy impopulares como Álvaro Alsogaray, funcionario conservador de gobiernos civiles y militares, podían transformarse en personajes televisivos gracias a sus mensajes con eslóganes (“hay que



Los políticos que participaban más activamente en los medios se convertían, necesariamente, en personajes televisivos, en particular cuando concurrían a los estudios. Publicidad de una presentación televisiva de Alvaro Alsogaray, (Confirmado, octubre de 1970)

pasar el invierno”) y a su presencia en programas humorísticos como el de Tato Bores.⁴⁰

El político, con el crecimiento de la televisión, debió redefinir su rol público teniendo en cuenta dos nuevas variantes: las marcas íntimas de la vida privada y su convivencia con otras prácticas y discursos.

Notas

1. Michel de Certeau *L'invention du quotidien (I. arts de faire)*, París, Gallimard, 1990, p. 173.
2. En Mirta Varela: "Del televisor a la televisión. La incorporación de la TV en la Argentina (1951-1966)", en *Causas y Azares*, N° 4, invierno, 1996.
3. La primera etapa de la televisión, en la que había un solo canal, termina en 1960 con la creación de tres señales nuevas (el 9 de junio se inicia Canal 9, el 1º de octubre Canal 13 y el 21 de julio del año siguiente, Canal 11). En el Interior se instalan dos señales: Canal 8 de Mar del Plata y Canal 12 de Córdoba. Otro hecho fundamental fue la llegada ese mismo año del *video-tape*, sistema que permitió grabar programas en diferido y una difusión más rápida del material ya que no necesitaba revelado. Anteriormente, la televisión salía al aire en directo y en tiempo continuo.
4. La antena se instaló en el actual edificio del Ministerio de Obras y Servicios Públicos. Los noticieros que cito están reproducidos en la película de Andrés di Tella, *Apuntes sobre la historia de la televisión*. Los noticieros cinematográficos tenían una gran importancia y, todavía en 1967, "Sucesos Argentinos" y "Noticias de América" publicitaban en los diarios los temas que contenían. Respecto de la sobrevaloración de la televisión, un estudioso como Néstor García Canclini ha advertido acerca de la necesidad de buscar otras unidades de estudio para evitar el exclusivismo de los medios comunicacionales en el que erróneamente se cae a menudo para explicar las transformaciones culturales. Cf. *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1990, p. 264.
5. Raymond Williams, "La tecnología y la sociedad", en *Causas y Azares*, N° 4, invierno de 1996, pp. 165, 167.
6. El decreto-ley 15.460 (Régimen de los servicios de radiodifusión y televisión) del 25 de noviembre de 1957 define esta elasticidad de la siguiente manera: "Estos servicios tendrán por objeto transmitir programas culturales, artísticos, informativos, educativos y de entretenimiento", artículo 4º. El orden de las atribuciones surge de la asignación de una función cultural-educativa que predominó en los debates político-culturales y, en este caso, parlamentarios. De hecho, el primer encargado de la programación de Canal 7 (designado por su fundador, Jaime Yankelevich) fue Enrique Susini, hombre que venía —como casi todos los primeros trabajadores del medio— de la radio, y que puso en el aire programas artísticos asociados a la "alta cultura". Cesó en su cargo al poco tiempo de asumir.
7. José Enrique Miguens, "Un análisis del fenómeno", en *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Sur, 1961, p. 348.
8. Casi todas las cifras que se refieren a la televisión deben ser tomadas con mucho cuidado, tanto por tratarse de un consumo hogareño como por la carencia de mediciones exhaustivas en los años sesenta. Lo que sí puede asegurarse es el crecimiento constante e ininterrumpido. Las cifras que se presentan a continuación son una síntesis de diferentes fuentes:

RECEPTORES DE TELEVISIÓN EN ARGENTINA (en miles)

| | | | | | | | | | | | |
|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| 1951 | 1954 | 1956 | 1959 | 1960 | 1963 | 1965 | 1968 | 1969 | 1970 | 1972 | 1973 |
| 7 | 11 | 80 | 280 | 450 | 850 | 1600 | 2500 | 3100 | 3500 | 3700 | 4000 |

Fueron consultadas, entre otras, las estadísticas proporcionadas por la Unesco y por los libros *Argentina 1930-1960*, *op. cit.*, la *Historia de la televisión argentina*, de Héctor Silvio, y revistas y periódicos de la época.

9. Juan José Sebrelli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo XX, 1975 (15ª ed.), p. 80.
10. *Radiolandia*, 9-1-1959.
11. Como señala Jesús Martín-Barbero, si en Latinoamérica la televisión “tiene aún a la familia como unidad básica de audiencia es porque ella representa para las mayorías la situación primordial de reconocimiento”. *De los medios a las mediaciones (Comunicación, cultura y hegemonía)*, México, GG, 1997, p. 233.
12. El programa “La Familia Falcón” comenzó en 1962 y fue durante más de cinco años uno de los programas con más éxito (su género costumbrista familiar tuvo varios seguidores). “El Show de Dick Van Dyke”, serial cómico norteamericano, fue estrenado a mediados de 1963, duraba media hora y se lanzó simultáneamente en cinco canales (el 13 en dúplex con el 7, ambos de Buenos Aires, el 12 de Córdoba, el 7 de Mendoza y el 8 de Mar del Plata), hecho que habla, además, de un efecto de sincronización y homogeneización de aquello que se hacía en las casas de diferentes puntos del país.
13. *Primera Plana*, Nº 336, año VII, 13-5-1969.
14. “Personajes distinguidos de distintos círculos opinan de la TV”, en *Radiolandia*, 7-4-1960.
15. *Clarín*, en “Cultura y nación”, del 2-11-1972. El trabajo está inspirado en un *best-seller* de la época: *Cómo leer al Pato Donald*, de Armand Mattelart y Ariel Dorfman.
16. En su ensayo “La responsabilidad de los padres y los medios de comunicación masiva”, en *Revista Argentina de Psicología*, Nº 8, año II, 1971, Nueva Visión, Eva Giberti describe con lucidez la construcción de la escena de interpelación en los programas de educación para la salud. Además, Giberti consigna sus experiencias en el medio: microprogramas (128) de 1958 a 1960 (Canal 7, 15’), microprogramas con el doctor R. R. Canepa en 1962 (Canal 11), “Escuela para padres” en 1967 (Canal 2, 30’), microprogramas desde 1968 a 1971 (Canal 13), “Dramatización” con Florencio Escardó y A. Nocetti Fasolino, 1968-1969-1970 (Canal 9, 30’), y “Dramatización” en 1969 (Canal 9, 60’).
17. El número dedicado al fenómeno de los ídolos populares en *Primera Plana* (17-3-1964, Nº 71) llevaba por título “Palito Ortega: el triunfo de los orangutanes”, título que parodiaba un conocido éxito del músico Chico Novarro, otro miembro del Club del Clan.
18. El término “existencialista” está tomado de la carta indignada de un lector de *Radiolandia*: “En el programa ‘La Familia Falcón’, que televisa Canal 13, el actor Fernández de Rosa protagoniza algo así como un joven intelectualoide y existencialista. Su actitud es permanentemente negativa, y el cúmulo de sus errores frente a todos los problemas que se le presentan, lo colocan siempre fuera de lugar. Me pregunto por qué el autor de esos libros se ensaña de este modo con este personaje. ¿Acaso estos intelectuales y existencialistas están siempre equivocados? [...] no hago la defensa de un tipo de argentino joven, sino que advierto una deprimente parcialidad en quien se encarga de estereotipar en determinados personajes la familia argentina tipo que, como todos sabemos, no es igual a la familia Falcón” (*Radiolandia*, 4-1-1963).
19. La portada del Nº 25 de *Primera Plana*, 30-4-1963, tiene una foto de Tato Bores y el título “Tato Bores: un año sin Alsogaray”. La del Nº 91, 4-8-1964, una foto de Alfredo Alcón con el epígrafe “*Hamlet* en la TV argentina”. Los ciclos de “Gente de Teatro” dirigidos por David Stivel fueron innumerables, siendo su ciclo más conocido “Cosa juzgada”, que se inició el 3 de abril de 1969 y fue un emblema de la te-

levisión de calidad (así como, antes de 1960, lo fue “Historia de jóvenes”, que significó el ingreso al medio de escritores que venían de la literatura). Stivel realizó, además, la puesta en escena de *Hamlet* con Alcón y otras obras teatrales para televisión. En sus inicios dirigió “La Familia Falcón”, aunque él mismo lo consideraba un producto menor.

20. “Un Happening de gauchos”, en *Gente*, 19-10-1967.
21. *Otelo*, adaptada y dirigida por Miguel Bebán, se transmitió en “El Mundo del Espectáculo” (Canal 13, viernes 27 de junio de 1969, 21:30). “Otelito” se pasó en el mismo horario por Canal 9, como respuesta. Según un empresario de Canal 9, cuando comenzaron ambos programas, la versión seria se ubicaba primero en el *rating*, situación que se fue invirtiendo a medida que transcurrían ambas versiones, quedando la humorística en primer lugar.
22. El desarrollo de un canal cultural que dejase en segundo plano las exigencias económicas estuvo impedido en nuestro país porque el canal que quedó en manos del Estado (Canal 7) tuvo la particularidad de ser tan comercial como los otros (es decir, debía sostenerse con publicidad). Pero, además, el Estado, que se hizo cargo de esta señal (pese a los diferentes gobiernos), tenía un idea muy pobre de las diferencias culturales y establecía una vinculación automática entre gusto minoritario y elite (transmitir, por ejemplo, una ópera) y entre arte popular y expresiones folklóricas (o, en el peor de los casos, seudofolklóricas).
23. Como el sistema de cadenas no estaba permitido, surgieron canales en el Interior pero que, por limitaciones económicas, terminaron dependiendo en buena medida de lo que producían los canales capitalinos. También estos canales tuvieron que asociarse, mediante compañías paralelas –porque la ley no autorizaba la entrada de capitales extranjeros en el medio–, con cadenas norteamericanas (Canal 13 del empresario cubano Goar Mestre se asoció con la Columbia Broadcasting System –CBS–, Canal 11, con Time-Life, American Broadcasting Company –ABC– y Canal 9 Cadete con la National Broadcasting Company –NBC–). Para profundizar en el tema de las inversiones de capital en los medios de comunicación en la Argentina, son indispensables los trabajos de Heriberto Muraro.
24. Eva Giberti, *op. cit.*, p. 104.
25. *Primera Plana*, N° 97, 15-9-1964. Según Furio Colombo, este hecho significó un viraje en el uso de los medios masivos como medios de información (*Televisión: la realidad como espectáculo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1976, p. 11). También Roman Gubern le atribuye una gran importancia a este acontecimiento en *La mirada opulenta (Exploración de la iconosfera contemporánea)*, Barcelona, Gustavo Gili, 1994 (3ª ed.), p. 343.
26. Los primeros noticieros se ilustraban con fotos y el comentario de un locutor. “Telenoche” se inició el 3 de enero de 1966 y sus primeros conductores fueron el periodista y escritor Tomás Eloy Martínez (que venía de *Primera Plana*), la actriz Mónica Mihanovich y el conductor Andrés Percivalle, quien, junto a María José Andrés, conducía el programa “Universidad del Aire” (Canal 13, domingos de 11 a 13 hs.). La elección de estos dos conductores significa el predominio de lo fotogénico sobre lo impersonal, que caracterizaba a los locutores tradicionales (en 1964, se había visto como una novedad que Canal 7 incorporara a una locutora, Mercedes Harris, al noticiero). En su primera época, “Telenoche” (que duraba 45 minutos, todos los días de 23:00 a 23:45 y era patrocinado por Kaiser Argentina) ofrecía noticias, música, personalidades mundiales, entrevistas, cine, deportes y “pronostika” (los pronósticos del tiempo). Siempre había una sección de política en la que opinaba una figura conocida y se tocaban temas tan diversos que iban desde “Costo de la vida: ¿alcanza un 15% más en los sueldos?” a “Juan Carlos Paz: un toque de genio en la música argentina” (7-1-1966).

27. Roger Silverstone, *Televisión y vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 199, p. 54.
28. Hannah Arendt, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 1993 (1ª ed. en inglés: 1958). “En la actualidad –dice Arendt– llamamos privada a una esfera de intimidad”, p. 49.
29. En el cine, a diferencia de lo que pasa en la televisión, la prohibición de la mirada a cámara es institucional. Según Noel Burch, la “película clásica nos interpela únicamente en tanto que *individuos incorpóreos*” (no conocemos, a diferencia de lo que sucede en la televisión, ninguna película que nos ordene explícitamente lo que tenemos que ir haciendo mientras la vemos). Noel Burch, *El tragaluz del infinito*, Madrid, Taurus, 1995, 3ª ed., p. 250. Nótese que Burch habla de la “narración clásica”, que es a la que me refiero aquí y la que predomina, de todos modos, en el cine de gran consumo.
30. *Primera Plana*, Nº 91, 4-8-1964. El destacado es nuestro.
31. *Primera Plana*, Nº 98, 22-9-1964. Podría agregarse, como hecho histórico, que la mayoría de la gente –durante los años cincuenta y buena parte de los sesenta– tuvo su primer contacto con la pantalla televisiva en la vidriera de los negocios. Mirta Varela señala: “Los lugares privilegiados eran las vidrieras, sobre todo para los eventos deportivos”, en “De cuando la televisión era una cosa medio extraña”, en M. Margulis, y M. Urresti (comps.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural*, Buenos Aires, CBC-UBA, 1997, p. 424. En este ensayo se demuestra también la importancia de los televisores en confiterías y bares y en las unidades básicas durante el segundo gobierno justicialista.
32. “El Teatro Palmolive del Aire” tuvo, como muchos programas televisivos, un origen radial. La telenovela “El Amor tiene cara de mujer”, de René Casacallar, que estuvo en pantalla desde 1964 hasta 1970, se ambientó en un instituto de belleza para promover los cosméticos que lo auspiciaban. Cf. Nora Mazziotti, *La industria de la telenovela (La producción de ficción en América latina)*, Buenos Aires, Paidós, 1996, p. 61.
33. La revista *Gente y la Actualidad* realiza la mesa redonda a la que titula “Si lo sabe, juzgue” (27-3-1969). Participan del debate Domingo Di Núbila, Ernesto Sabato y David Stivel (quien recupera el programa como fenómeno barrial), entre otros. Uno de los temas que se discute es si debe usarse el “voseo” en televisión. Se estimaba que el programa tenía una audiencia diaria promedio de 1.500.000 televidentes. El programa comenzó a mediados de 1968 en Canal 7 como parte del programa “Galan... terías”, y después, como programa autónomo, pasó a Canal 11 a las 13:00 de lunes a viernes.
34. La tira *Mafalda* del humorista Quino comenzó a salir en 1963 (fue publicada en *Primera Plana*, *El Mundo* y el semanario *Siete Días*) y dura, como tira cómica gráfica, hasta 1973. Ese mismo año, la tira es adaptada para la televisión.
35. Según la revista *Primera Plana* en su artículo “Guerra de carteles: balsámicos, descriptivos y encubiertos”, la campaña electoral de 1963 es *tibia*, lo que constituye un hecho inédito para un país en el que la actividad política se desarrollaba, con mucha pasión, en las calles. Una modernización de los carteles y de la publicidad política y una serie de discursos que se distribuían entre los medios de comunicación y las plazas son los signos que sorprenden al periodismo de la época. Sin embargo, no hay que olvidar que este enfriamiento se explica más por la proscripción del peronismo que por la presencia de los medios.
36. El primero en utilizar la publicidad mediática como estrategia electoral *básica* para las elecciones de 1972 fue un partido de derecha (Nueva Fuerza). Este partido, que contaba entre sus personajes más importantes a Álvaro Alsogaray, llevó como can-

didato a presidente a Julio Chamizo, quien sacó el 2% de los votos aunque, todavía, su *jingle* resuena en la memoria de los que vivieron esa época (“Los argentinos queremos goles...”).

37. La entrevista completa puede verse en *Ni olvido ni perdón*, film de Raymundo Gleyzer. Tanto quienes dan la conferencia como los otros militantes que se quedaron en el aeropuerto por haber perdido el avión que los llevaría a Chile, se rindieron y fueron posteriormente encarcelados, torturados y fusilados por las autoridades militares en agosto de 1972 sin ningún juicio previo. Este hecho fue conocido como “la masacre de Trelew”.
38. El programa estaba conducido por un equipo de entrevistadores provenientes de diversos ámbitos y Blackie, quién apareció durante todo el ciclo de espaldas. Tomo estos datos y la anécdota de Ricardo Horvath: “Memorias y recuerdos de Blackie”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, 1979, pp. 97 y ss.
39. Para ver la crítica de Richard Sennet a los medios masivos, véase *O declínio do homem público (As tiranias da intimidade)*, pp. 344 y ss. y pp. 411 y ss.
40. En *Primera plana* hay un chiste de Flax sobre Alsogaray, el primer político que se asume como personaje televisivo, en el que éste descansa en el diván de un psicólogo con su cabeza convertida en un televisor (Nº 93, 18-8-1964).

Crónica



El Coco

Arturo Carrera

Dicen que para obras sublimes como la fundación de una ciudad, se traza un círculo.

Para la fundación de la ciudad de Pringles, se trazó un cuadrado... Al que siguieron, después, cuadrados en cuadrados, y desde el aire, se puede ver un gran cuadrado general, de veinticuatro cuadraditos de lado, ligeramente dorado,

como una pintura de Agnes Martin.

“Frente al televisor sin pantalla, el jardín del pasito...”

(Foto Elías Ramón Alfano)

I

¿Pero dónde queda? ¿En este garabato de líneas?

¿Hay un centro nodal o muchos nudos?

¿Un espacio de convergencia hacia el que van atraídos flujos humanos, económicos, sociales y culturales desde partidos limítrofes, o más bien un área de atracción sin límites ni centro sino “frangas de indecisión”, económicas, que van de un centro virtual a otro: *áreas funcionales* sin fines asignados ni trazados de gran complejidad más que la ciudad cabecera, que puede ser Pringles, y una telaraña esquizofrénica de población decreciente como: Krabbe, Reserva, Pillahuinco, El Pensamiento, Indio Rico, El Divisorio, Las Mostazas, Lartigau, Coronel Falcón, Stegmann y La Virginia?



“Buenas tardes, Coco, ¿quién ganó el partido?”

(Foto Elías Ramón Alfano)

II

“El Boulevard 13 y la Avenida 25 de Mayo dividen la ciudad en cuatro cuadrantes.

En medio hay un monolito,
¿te acordás?”

III

“Y el barrio del Coco está al este, allí, arriba, en el cuadrante superior derecho.”

IV

“Primero estaba Chola, después llegó Adriana para hacer toda la papeleta después llegó la ‘porruda’ o Guille. Ellas iban conociendo a las familias del nuevo barrio que eran cien y eran muy pobres. Acá decían: ‘la identidad histórico cultural de cien familias que vivían en distintos

barrios del pueblo, se combinan en este complejo habitacional donde la comodidad no deja lugar para las costumbres de cada familia...’.

”Querían sembrar zapallo en el jardín, criar gallinas en el fondo. Tuvieron que renunciar a la huerta del rancho, al olor de la leña recién hachada, a los perros que cuidaban a los chicos.”

V

“El barrio está al este de la ciudad de Pringles. Limita con los otros barrios más nuevos y con el sector de chacras.

”Está emplazado sobre un terreno muy llano, alledaño al arroyo Pillahuinco.

”Empezó a poblarse por el mil novecientos; después construyeron una escuela primaria, la siete, y alrededor todavía quedan algunas casas que se hicieron por la época.

”Después galpones, los enormes galpones para el lavadero de lana y la curtiembre.”

VI

“Las calles son de tierra, muy bacheadas, un sector está pavimentado y otro ya tiene cordón cuneta.

”Hay pocos árboles, salvo los antiguos eucaliptos a la vera del bulevar, que dan sombra a los que van al cementerio y al centro. Y otros, que plantamos nosotros que se llaman *catalpas* y *acacias-bola*.

”La escuelita siete es vieja, pero es muy linda, la hizo Perón en los cincuenta. Se parece a las colonias de vacaciones, a los hoteles tipo Llao-Llao del arquitecto Bustillo.

”El gabinete pedagógico tiene una maestra recuperadora y dos asistentes. Dan clases de carpintería y clases de tejido a mano con el eje alfabetizador. ¿Qué será el eje alfabetizador?”

VII

“No hay trabajo, pero la mayoría son cuentapropistas, empleadas domésticas, chicos que hacen changas y trabajadores golondrina; el resto son policías, unos pocos empleados ferroviarios, peones de campo, empleados de comercio, municipales y jubilados.”

VIII

“Cuando nos entregaron las casitas del barrio tenían un poco de humedad.”

IX

“...algo parecía volverse verdadero.”

X

La discapacidad hace difíciles retratos:

Coco es chiquito, morrudo, un poco barrigón.

Sus brazos son fuertes, sus manos regordetas, lisas, muy blancas. De atrás, por momentos parece que lleva un guardapolvo blanco, arrugado, y por momentos una sotana negra y una tonsura en redondel en la cabeza rubia. En todo caso, un escolar desaliñado, un cura joven que se toma todo el vino de la misa.

Su voz es muy grave,
aguardentosa.

XI

Dice tres o cuatro palabras y me mira. Sigue. Tres o cuatro palabras más y me mira. Ojito de tucán, anaranjado, pupila renegrida, brillante.

XII

La primera vez yo volvía del cementerio. Fue en el túnel de eucalip-
tos del Boulevard 1, el principal acceso.

Coco volvía del trabajo, a los saltitos.

Los chicos que justo salían de la Escuela N° 7 se acercaron a hablar-
le. Le dijeron algo que no comprendí. Hubo un forcejeo. Se le tiraron

“...un ángel discapacitado...”
(Foto Elías Ramón Alfano)



encima. Gritaban. En el remolino era un chico más. De golpe, el Coco se puso de pie y salió corriendo.

Cada tanto se detenía y miraba hacia atrás,
con la cara enrojecida.

XIII

Es un ángel discapacitado
que trabaja como barrendero.

Su obsesión: disfrazarse de Pantera Rosa.
Cada año, para cada corso, lo intenta, desde el '89.

XIV

Trato de imaginar el adoquinado de esas calles en otoño, casi invierno, cuando las hojas se desploman del todo. Cuando la bruma anaranjada y casi rojiza como las mismas hojas secas parece también caer en finas plumillas frías. Cuando empieza a formarse esa capa achocolatada y aceitosa que las ruedas de los autos hacen *freír* cuando pasan.

Y el cepillo del Coco, el carrito recién pintado, los pies enormes.

Y otra vez el ruidito chirle del chocolate y las hojas aplastadas, pegadas, difíciles de despegar de cada piedra esta mañana.

XV

Cuando fuimos a verlo la casa estaba cerrada.

Se oyó una vozecita lejana primero; después, muy cerca, su gran vozarrón:

—¿Quién es?

—¡Coco, soy yo, Guille! ¿Estabas durmiendo? —dijo Guillermina.

—No —dijo el Coco—, estoy en la cama con la abuela, viendo cómo termina el partido. Esperá un cachito.

—Bueno, terminalo de ver; nosotros te esperamos aquí afuera —dijo dulcemente Guillermina.

XVI

Y así lo hicimos.

XVII

Mientras lo esperábamos, desde la entrada de la casa, vimos pasar por la vereda a una pareja. El Señor Corvalán y su mujer, Helena, “que es chilena y sabe hilar la lana” —dijo Guille.

Ella cargaba unas ramas secas y las apoyó en el piso para conversar. Yo, que estaba un poco apartado, escuché que Corvalán le decía a Ernesto: “...estamos como las hormigas, meta juntar leña”. Vestía saco y corbata y

un kepis rojo con visera y anteojos de armazón amarillo, de insecto, que acentuaban su reflexión casi íntima: "...malas hormigas y...".

XVIII

Hasta que terminó el partido Boca y Talleres de Córdoba.

Y hasta que Coco se vistió, y vistió a la abuela.

Guillermina nos dice con voz de Lobo de Caperucita: "Seguro que ahora está vistiendo muy despacito a la abuela".

Y en efecto, la estaba vistiendo según dijo después: "...pero no la peiné, ¿viste Guille?".

Y cuando abrió la puerta le decimos:

–Buenas tardes, Coco, ¿quién ganó el partido?

–¡Ninguno! ¡Ninguno! ¡Ninguno! ¡Empatamos! ¡Empatamos! ¡No ganó nadie! ¡Pasen! ¡Pasen!

¡Ahora traigo a la abuela!

XIX

Desde la puerta vi a la abuela que venía como una marioneta con los hilos cortados y enredados; pero se movía, apenas, como si bailara. Daba unos aéreos pasitos cortos, inexpertos y cuidados. Temblaba entera; gritaba; y todo lo hacía como entre estallidos de platillos y címbalos que ella en un sueño dirigía.



"Sé que un tal Salamone... estudió en las veredas geometrías..."
(Foto Elías Ramón Alfano)

Sacudía un pie, que le dolía. En la cara traía el mismo dolor y la misma serenidad que un títere del *bunraku*.

El mismo gesto trágico de máscara que tensa en nosotros instantáneamente las cuerdas de una disonancia infinita que nos hace o llorar o reír.

El Coco la acercó a la silla. Una vez sentada, se tocaba la cara con una mano y agitaba la otra como un sonajero. Y empezó a gritar otra vez, pero se le entendía todo: "...sé váaaaa, sé váaa, sé váaaa...". La miré a Guillermina y le dije: "¡Vamos!". Pero siguió: "Cé báaa... únos máates".

XX

Coco había ido a la habitación para buscar la caja con el disfraz de Pantera Rosa que empezó a ponerse.

Se sacó los pantalones y tenía puestos unos *boxers* a cuadritos de colores. Guillermina lo miró y dijo (inexplicablemente): "fíjate que esos calzoncillos lo hacen más joven...". Mientras, el Coco, torpemente, intentaba calzarse los *pantys* de la Pantera con los zapatos puestos. Tuvimos que ayudarlo. Ernesto se levantó y lo sostuvo de los brazos y Guille y yo tratábamos de que los zapatos pasaran por los *pantys*. (Como la tela es muy elástica, al mismo tiempo que facilita impide el paso de cualquier cosa.) Pero después de un difícil momento los zapatos pasaron, ¡nacieron!, como toscos niños de un parto dificultoso.

XXI

La abuela festejaba. Aplaudía todo el tiempo por el Parkinson que la afecta, gritando siempre entrecortadamente y acentuando las primeras sílabas o a veces la primera palabra de la frase, lo que transforma cualquier conversación en un Pequeño Tratado de Prosodia.

Y aprovechó para preguntarme si tenía hijos, si estaba todavía casado, qué edad tenía...



“Después construyeron una escuela primaria, la N° 7.”

(Foto Elías Ramón Alfano)

XXII

“La Guille me tiene siempre de Linyera –me dice el Coco–, pero el año que viene nos vamos a disfrazar todos juntos. Yo, la Guille –se ríe–, el marido de la Guille...” Me mira fijamente y dice: “¿Quién otro?”. Y agrega: “Nos vamos a disfrazar yo de Pantera Rosa y los demás de osos. ¿Usted no quiere hacer de Osa, de mamá Osa, señor?”. Y con los ojos medio llenos de lágrimas y muy exaltado, moviendo nerviosamente los dedos afirma: “Mire, yo de Pantera y la Guille de osito joven, y usted y Alfano de osos viejos” –se había agarrado a la cola del disfraz para decir esto último.

XXIII

Intento captar qué ritmo, qué remota prosodia rige lo que habla la abuela.

Lo que yo atribuí a la voz del Parkinson, muy pronto se apropió de nosotros. Empezamos a hablar –yo, sobre todo– con esos “tremores”, con ese grito oscuro. Y lo que había empezado en la abuela hacía unas horas, se extendía ahora como las rachas del grillo...

Al salir, ya de noche, de la casa del Coco, comprendemos que los chicos hablan así también; comentan el partido así.

Como si más allá de la voz y de los acentos laboriosos, otros timbres nuevos, otras intensidades se hubieran despertado para nosotros como un brío,

como otra inesperada tonalidad.

XXIV

Estaba fresco pero había chicharras.

Pasamos por la plaza, la hilera de los arbolitos famosos, las *catalpas* y las *acacias-bola* –nombres desagradablemente misteriosos.

“Dos en cada casa.”

Ernesto me muestra una cabina telefónica olvidada, deshecha.

(“Fue la primera cabina, la dibujé yo”, dice.)

A pocos pasos la casa de la gorda Roteri, la dueña del prostíbulo.

Y las chicas parecen moverse dentro todavía –entre esas sombras forjadas– como las hijas del antiguo herrero.

Y veo al Coco ahí en medio, a los saltitos, con sus ojos vivaces y sus frases estentóreas que no piden ni se quejan de nada.

Sólo la sorpresa de una alucinación simple que con el deseo acicatea el cuerpo y –tal vez como él– se disfraza.

XXV

Estaba en el hospital pidiendo un turno.

¿Cuántas veces?

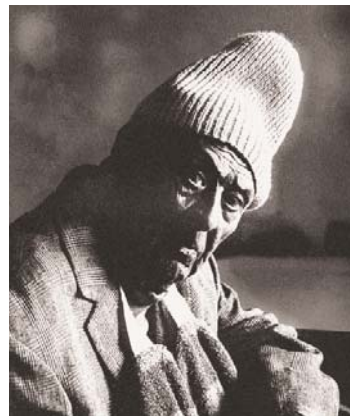
Las mujeres y los chicos esperando.

¿Y esas colas de unos mismos viejitos que se pierden?

De pronto oí la voz de la abuela del Coco. Sus aullidos. Lo llamaba porque no se podía calzar la endemoniada alpargata: ¡Cóoco! ¡Cóoooco! (Ninguna grafía puede dar cuenta de ese grito.)

Y en la otra punta del pasillo la enfermera trataba de explicarle al Coco cómo tenía que darle la medicación a la abuela. Al principio él prometía: ¡sí! Pero no le entendía. Cada doce horas, le decía la enfermera. No, no entiendo. (¿Qué son para él las horas?)

Pareció entender cuando le dijo: “Cuando te vayas a trabajar, le das una; cuando te vas a dormir, la otra”.



“Pero quedó brillante ese abuelo...”

(Foto Elías Ramón Alfano)

XXVI

“Con el retardo mental se nace. Después, se va acentuando. El Coco fue a la EEE-501: Escuela de Educación Especial. En esas escuelas no hay grados, hay niveles a los que se va accediendo. Bueno, niveles para nosotros, para el Coco son maestras: Marta, Mónica, Emilia, Zule, Ana...

“A las tres hermanas De la Fuente (Mónica, Adriana y Vicky) las visita porque las ama. Un día les propuso que se disfrazaran: ellas, de Trillizas de Oro, y él, de Pantera Rosa.”

XXVII

Habla el Coco: “...trabajo”.

“¿Me separó, mi padre, para siempre, de la amenaza de su estorbo?

”¿Me abalanzo, yo ahora, sobre las niñas y maestras y busco en su belleza la careta blanda? No sé.

”Pero busco la careta blanda.”

XXVIII

Sueño con el Coco: mezcla con un documental de la tele sobre la dispersión de las semillas.

El viento sacude una palmera rosa. Un coco cae y rueda por la pendiente de una duna. El viento, las olas cercanas, poco a poco lo arrastran hacia el mar. El coco inicia un viaje extraordinario por el mar. A los pocos días ya tiene adherencias marinas: crustáceos, algas. Se le acerca un tiburón y lo muerde, pero no puede romperlo. El coco resiste. El coco está preparado para largos viajes. Eso me gusta. Guarda un mensaje su láctea teleonomía. Prepara incluso otro viaje más, otros viajes.

Y sin embargo es una semilla que lleva su potencia a otro mundo distante.

“Me despierto, llueve.”

XXIX

Voy a visitarlo un día que estoy triste. Coco, le digo, vengo a tomar mate. Nadie me responde. En la casa veo una empalizada, una curva de óleo gris. Y la casa, con su jardincito a la entrada, sin flores, tiene un césped de niebla clara, también gris. Una señora se acerca y me dice que no haga ruido. “Un niño está encerrado... hace mucho tiempo...” –aclara.

XXX

La discapacidad, la sensación.

La cabeza de un ángel sumergido en el azul del Giotto. Sólo la cabeza emerge. Y una mano, lejos.

El cuerpo fibroso y el cuerpo de plomo se disimulan en el rugoso cobalto.

La cabeza desprendida flota.

Un ángel “moderno”.

XXXI

“La *crónica* moderna empieza cuando el hombre mismo no vive más su unidad como una esencia sino más bien como un accidente. Continuamente hay una caída, un riesgo de caída; la forma se pone a expre-

“Las calles son de tierra, muy
bacheadas...”

(Foto Elías Ramón Alfano)



sar al accidente, ya no más a la esencia...” (Deleuze).

XXXII

Mi capacidad incierta es también una expresión del accidente.

Comienza por sorpresa; tenemos, como los cubanos, al lezamesco “ángel de la jiribilla”: el Coco, el Humty Dumpty del humo con sabores de frutos –la sensación.

Sorpresa precaria de la discapacidad de la forma.

La manifestación de la forma como es “ella” siempre, siempre tras él: *el ángel de la jiribilla*. Pura energía.

Su contorno tangible, sin organización extremada.

Ese trazo húmedo en la pared azul
que el Coco roza.

XXXIII

Para las fiestas parece un ekeko. Esos fetiches para que no falte nada en la casa. Un muñeco boliviano cargando los regalos de lo impensable –pero siempre se ve un dólar de miniatura y unas botellitas entre sus

portátiles propiedades.

“El último día que barro meto los regalos en el carrito: me dan de todo, sí; pandulces, empanadas, vino, cordero, chiches... Y a veces, plata.”

XXXIV

“A veces vienen a buscarla y la bañan a la abuela.”

XXXV

Esther (36 años) comenta en casa: “¿La abuela del Coco? ¡Qué la vamos a bañar a esa zorra, si es más limpita!”

Y añade: “Yo baño a viejitos más pobres todavía, ¿vio? Son de otro barrio. Ellos mismos vienen a decirnos que los bañemos y hay que ir a buscarlos”.

XXXVI

“Hoy bañamos a tres mujeres muy limpititas –me cuenta. Y a los varones que bañamos les cortamos los bigotes también.

”Hay viejitos que son crotos. ¿Vio?

”Y los bañamos. Y los dejamos relimpitos. Les ponemos ropa nueva. Ropa usada, claro. Pero limpia.

”Ayer bañamos a Pedrito Almada. Un viejo chiquitito. Fuerte. Nada más que flaquito. Tenía el pelo duro como alambre. Ni le cuento cómo tenía los pies. Las uñas como pezuñas. Todas negras de hollín. Ayer no tenía a mano el cepillo y le pasé la esponja. Y se le quebraban las uñas. Salían cascaritas como tienen los árboles en los troncos.

”La jefa nuestra le dijo: ‘Tenés que venir el lunes; si no venís las chicas no van a tener trabajo’.

”Y él se fue, y al ratito, volvió.

”Y preguntaba: ‘¿Tengo que volver el lunes, señoritas?’.

”¡Un personaje!

”¡No quiere estar en el Hogar ni en ningún lado!

”Hay otro que tiene el cerebro al revés. Está enfermo. Así quedó. Si uno le dice: ¿te gusta tal cosa?, dice ¡no!, y es ¡sí!

”Si está frío él dice está caliente. Si le dice, un suponer, ¿quierés caminar?, dice no. Y es sí.”

XXXVII

“El baño es de piso de pórtland todo alisado. Ponemos una ducha de mano en la canilla. El agua sale y llega hasta afuera. En este tiempo no es nada. Trabajamos entre el agua. Pero lo hacemos tan normal que no nos damos cuenta.

”Le decimos: ‘Vení, sacate la ropa y ponela en la bolsa’. Se traen ellos a veces una bolsa toda sucia. Nosotros tenemos un ropero. Allí se recolecta la ropa usada, limpia y planchada.

”Martes y miércoles son los días de baño.

”Ayer bañamos a dos varones, que nos llevan más tiempo porque hay que afeitarlos.

”Hoy bañamos a tres.

”Yo tengo otros viejitos. Una clienta que voy los jueves. Ésa es muda. Tuve otra depresiva; fue depresiva toda la vida. Las mujeres no son vergonzosas, las viejas, digamos. Los varones menos. Había un chileno que tenía vergüenza. Decía... bueno, me voy a poner así para sacarme el calzoncillo. Y después se daba vuelta y caminaba muy nor-



“...ropa tendida en la casa del Coco”.
(Foto Elías Ramón Alfano)

mal, como si nada, como si estuviera vestido. Bueno, nosotras no les damos lugar para nada. Incluso la parte íntima, si pueden, se las hacemos lavar a ellos.

”Después con desodorante Axe envase negro los rociamos todos.

”¡Se ponen de contentos con ese olorcito!”

XXXVIII

“El primer día que bañé a ese chileno para nosotras era una experiencia nueva. Lo metimos en la bañera y le largábamos el agua y no lo podíamos jabonar de tanto humo que tenía, de tanto hollín pegado que no agarraba el jabón. Estábamos tan preocupadas y estaba tan sucio que le echamos un chorro de lavandina.

”En esa casa que fue la primera teníamos bañera y la aprovechamos (sin silla de socorro). Las sillas de socorro son para los que se les traban las patitas o si son muy altos.

”De las uñas y los ombligos no hablemos. Corchitos son los ombligos. De la mugre. ¿Y las orejas?”

”Ese chileno debe haber sido la primera vez que se bañaba en la vida. Nosotras quedamos salpicadas con manchas de hollín que no salían. Y eso que habíamos llevado unas chaquetitas para protegernos.

”Pero quedó brillante ese abuelo.”

XXXIX

“Las que bañamos hoy tienen 68 y 71.

”Una es ciega y la otra es soltera y es una pinturita.

”A la ciega la bañamos sentada porque no tiene estabilidad. La soltera es flaquita, se corta sola el pelo: ¡se lo tiñe sola!

”Y se trae toda la ropita ordenadita y la de la cieguita: sus mudas completas.

”Pero como en la casa no tienen baño con agua caliente porque viven donde termina el cuarenta, en una casita sola, sin comodidades...

”Les damos el café con leche a las dos y son muy agradecidas.

”La soltera habla pero es un poco sorda. Después que se baña se

pone el aparatito.

”Y la ciega escucha muy bien y habla sólo lo que uno le pregunta; nada más.

”Los viejitos que bañamos hablan poco.

”El más conversador es Pedrito. Nos dijo que va al arroyo a buscar leña casi todos los días.

”¿Se imagina lo que puede llegar a traer, a pie, en una bolsa, tan chiquitito, con ese físico que tiene?”

XL

“Hay viejitos muy mañeros para bañarse.

”No vuelven más. Y otros no se movieron nunca de la casa y hay que forzarlos ¿vivo?

”A Pantaferro lo sacaron de la casilla que tenía allá yendo para el Atalaya en el último monte. (Porque hubo dos Pantaferros acá en Pringles: uno que vivió en un rancho y otro más famoso que vivía en una casilla con miles de perros como el viejo Vizcacha.)

”El otro que le digo cuando salió del rancho se lo voltearon. Ahora... ¡es de lindo!

”Es un hombre de cutis blanco, bronceado; y muy dulce. Pero tenía pulgas. Era todo pulgas. Le habían llevado una cama con colchón pero él los colgó –el colchón, y la cama– de un árbol. Y dormía sobre sacos y sobretodos que le regalaban.

”Y eso ardía de pulgas. ¡Pero es tan bueno!

”Ahora vive en el Hogar y tiene una pensión graciable.”

XLI

“Tenemos una lista de gente. Sabemos que tenemos que bañar a ése. El del ranchito con el monte.

”A veces vamos a buscarlo póngale a Santiaguito y lo vamos a buscar personalmente. Y le decimos: ‘Venimos a buscarte’. Y él le puede decir: ‘Pero yo me estaba por ir al arroyo a buscar leña para hacer fuego’. Y le decimos: ‘Pero vos tenés que venir porque te tenemos todo listo, la ropita, el alimento...’. Y así él viene. Y entra despacito y dice: ‘¡Buen día!’. Y ahí

”es como que él ya se olvidó de que no se quería bañar.”

XLII

“...de la plaza que yo amaba, dice Guille, lo que menos me gusta es la torre de la Municipalidad.”
(Foto Elías Ramón Alfano)



“Me dijo que lo que más quiere es seguir disfrazándose de Pantera Rosa. Pero cuando era chiquito se disfrazó de Linyera, para el corso del Boulevard 13, y de Payaso, en el de la Estación Roca.”

XLIII

E-mail a Mario Peredo.

Querido Mario.

Me enteré de que el Coco llama a las radios de Pringles.

Me enteré de que el Coco se hizo amigo de una nenita *down* y que juntos van haciendo adeptos para el Club de Admiradores del bailarero Daniel Lezica. ¿Es cierto?

Me enteré de que se lo pasa ensayando el paso de la Pantera Rosa durante las vacaciones. Que llega a la casa, baja todas las persianas, enciende el televisor y ensaya el pasito frente al espejo. Todos me cuentan lo mismo.

Escribime.

Lo que viste de reajo en la Mac, son cosas que me fue diciendo el Cacha y que yo anoté. Guillermina es más precisa.

Un abrazo.

XLIV

Estoy en lo del Coco tomando mate.

La abuela se durmió sobre los grandes duraznos y los racimos de uvas –el mantel de hule que cubre la mesa.

Suena un reloj de pared, a pila, que el Coco le regaló a la abuela para el cumpleaños. Una musiquita chillona como la de la espera del teléfono.

La abuela sobresaltada, llorando, con gestos como de director de orquesta empieza a rezar.

(Frente a ella, en la pared descascarada hay un Sagrado Corazón y un póster: El Nuevo Boca.)

XLV

El tobogán de metal: "...los chicos están con el Coco en la calesita de mano."

(Foto Elías Ramón Alfano)



“Te conseguí otros datos del Coco.

”El otro día salí dos horas antes de la escuela y me mandé a lo del Coco. Y estaban con la abuela tomando mate y me invitaron. Pero él hizo tanto lío, mirá, dio tantas vueltas con el agua, el fuego, la yerba nueva, que nunca me llegó ese bendito mate.

”Y mientras yo le preguntaba.

”Tiene 37 años. Segundo hijo de Tuca Valceintes, que lo abandonó a los pocos meses, como a todos los otros hijos. El Coco dijo que eran cinco hermanos varones y ocho mujeres y empezó a nombrarlas: Tita, Pocha y Negra (de un padre); Eliana, Fabiana, Morgana, Tati y Norita (con El Cabeza, dijo). Y otros con un peruano, otros muertos y otros ‘que se sacó’.

”Y estaba muy entretenido contándome esto. Y yo le pregunté haciéndome la distraída: ¿y novias? Y contestó rápido: ‘...no, no, no, ¿para qué?; para problemas mejor solo que acompañado’. Y la abuela añadió: ‘conmigo tiene suficiente’.”

XLVI

“Tiene teléfono, pero para que no se lo pidan y le hagan cuentas como la otra vez que se lo cortaron, lo tapa con un trapo como a la jaula de un pájaro.”

XLVII

“...la Tuca le hace la tintura del pelo. Una semana oscuro y otra claro. Ahora que tiene ochenta y dos está un poquito descuidada, pero antes era ir a visitarla y la veías rubia barba de choclo hoy, y a la semana siguiente negro azabache.

”Mientras le hablaba sostenía un oso de peluche con los colores de Boca, con el escudito pegado del lado del corazón.”

XLVIII

La madre de C. A.:

“...cómo decirte, el Coco es un mito. Haga lo que haga el pueblo lo festeja. Pero, ¿qué hace? Barre prolijito, a la mañana, nada más. Después, se la pasa llamando a las radios (a DP1, a la de Carlitos Valenti...) y saluda a todos los amigos uno por uno y a las chicas, que le encantan. Si se encariña con una chica, dale, y la llama y la llama y la llama al programa... mil veces. Y los locutores lo cargan. Pero él sigue. Y con el fútbol, lo mismo.

”Pero para los carnavales nos enloquece a todos. Empieza a querer disfrazarse de Pantera Rosa. Y quiere que nadie se entere de que va a ser él, pero lo dice en las radios, a cada rato, imagínate. Y entonces todos estamos muy pendientes de lo que se va a poner esa noche. Y siempre es un fracaso. Porque vamos con una imagen que ya tenemos de la Pantera Rosa. Pero él se pone cualquier cosa. Los disfraces están muy preparados y le ayudan los vecinos, pero todavía no se parece a la Pantera. No, ¡qué se va a parecer! Parece un croto, no tiene ni pies ni cabeza ese disfraz...

“...la cola y el pasito sí, eso lo cuida muy bien.”

XLIX

“Yo también soy el que mira el plano de la ciudad de su infancia y no comprende.”

Que yo traduzca hacia mi otro sentido: el de la lejanía, que nos acerca a la infancia. El sentido de una “medida de la discapacidad” que me transforma en el que busca disfrazarse, ensayar el pasito, saltar apenas para medir cada piedra, cada diferencia de tierra entre las piedras. Y alcanzar así una noción dificultosa: algo que me estrecha en lo viviente a la saliva que salta cuando empieza a hablar el Coco. Yo negro como la noche y él reluciente como un dios que escupe con estrellas. Para que nadie y todos seamos esas mismas siluetas encendidas por el atardecer, cuando todo parece estirarse hacia la vida de la luz más débil, que también se aleja.

[...]

Y yo.

Y vos.

L

Sin embargo, me falta elocuencia. Algo me discapacita. La lengua de los otros, que es la mía, al hablarla, pero inciertamente mal; la memoria aun más ostentosa y por momentos tan precisa, brillante, nunca aceptada como un don, siempre anhelada como un terrón de sensaciones, perdido.

¿Y el tiempo? ¿Qué es?
¿Qué son los 90? ¿Qué eran?

¿Qué, sino esas certidumbres apenas vislumbradas en la dispersión de cada gesto?

Voy a abrir la puerta; grito: “¡Ya voy, ya voy, Chiqui! ¡Estoy mirando el partido! ¡Esperame un cachito!”.

LI

Y afuera de la casa del Coco y de la abuela parecen silbar unas golondrinas, pero aquí no hay golondrinas. Sólo a veces, unas, que llegan, extraviadas, de California. Ignoradas por todos. Salvo los niños.

LII

Otra historia atestada de historias, otras celdillas en las celdillas, enjambres en enjambres y hiel en la miel.

Imágenes e imágenes que pululan,
ellas mismas iconoclastas.

Pero hay que resignarse a comprender que la evidencia de esa otra unidad, cuando por momentos parece alentar todavía la Historia, acá y allá, el misterio, no sabe detenerla con su majestad: imagen perdida, dolor, que confunde todos los relatos.

LIII

“Me gusta el fútbol, sí señor, y peleo, ¿vio?, con los muchachos, los vecinos.”

Y escupe; su saliva me va mojando la cara.

“...y ellos me pelean a mí también. Hoy fui a lo del tano que había vino y empanadas porque es radical y está haciendo la campaña. Y cuando vio que estaba yo, me echó. Sí, sí, me dijo, andate –porque yo la otra vez fui y le denuncié a los pibes que me tiraban piedras. El Rodrigo ese es fatal. Me agarran por la escuela siete y me empiezan a hablar de fútbol y yo me caliente y ahí empiezan a los cascotazos...”

[...] ¿cuál discapacidad?

Y cuando me iba: “Ojalá vuelva pronto señor (*con una cortesía y unos saludos forzados*): felices fiestas (*sic*), atentamente, hasta luego (*manteniendo su mano apretada en la mía*) la próxima vez le vamos a preparar alguna cosa...”.

LIV

Toda una crónica, toda una nada.

Sólo para decirles eso: *nada*. El Coco vive cerca de nosotros. En el barrio La Unión.

Todo su empeño es cambiar el mundo. Buscar un *disfraz eficaz* para cambiar el mundo.

La cola larga de la Pantera Rosa. Hacer el pasito cuidando de no pisarla. La cara, los bigotes, que por un instante le hacen recordar y olvidar todas las otras caras, todos los otros bigotes.

El color rosa, borrado por el viento en la mañana.

Un color raspado por la fuerza de un gesto que está lejos de toda evidencia y cerca de nuestro cada día: sobre las hojas secas, el polvillo dorado de los plátanos cuando los frutos estallan sobre la calle Stegmann –mi calle–, que él suele barrer todavía atentamente.

Arlés, 1999

Bibliografía general

- AAVV, *Temas de mujeres. Perspectivas de género*, Universidad Nacional de Tucumán, 1998.
- Zadoff, Efraín, *Historia de la educación judía en Buenos Aires (1935-1957)*, Buenos Aires, 1994.
- ACIBA, *Memoria*, Buenos Aires, 1942.
- Adorno, Theodor y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo (1944)*, Buenos Aires, Sur, 1970.
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela, *Cuestión de pelotas*, Buenos Aires, Atuel, 1996.
- Alabarces, Pablo; Di Giano, Roberto y Frydenberg, Julio (comps.), *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Alberti, Rafael, *La arboleda perdida*, Barcelona, 1959.
- Alió, E., *Historia de una hermosa ciudad balnearia*, Buenos Aires, TGA, 1924.
- Aráo de Díaz, Elvira, *Veraneos marplatenses*, Buenos Aires, Baicco, 1923.
- Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Argentieri, Simona y Saporì, Alvise, *Freud A Hollywood*, Torino, Nuova ERI, 1988.
- Ariès, Ph. y Duby, G. (dir.), *Historia de la vida privada*, Buenos Aires, Taurus, 1990.
- Arlt, Roberto, “Pueblos de los alrededores”, en *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*. Buenos Aires, Alianza, 1993.
- Armstrong, Gary y Giulianotti, Richard (comps.), *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, Londres, Routledge, 1997.

- Armus, Diego (comp.), *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires, CLACSO, 1984.
- Barcos, Julio Ricardo, *La libertad sexual de las mujeres*, Buenos Aires, Araujo, 1935.
- Barili, Roberto, *Mar del Plata, ciudad de América para la humanidad*, Mar del Plata, MGP, 1964.
- *Mar del Plata, una historia urbana*, Bs. As., Fundación Boston, 1991.
- Barrán, J. P.; Caetano, G. y Porzecansky, T. (dirs.), *Historias de la vida privada en el Uruguay*, Montevideo, Taurus, 1996.
- Bayer, Osvaldo, *Fútbol argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Béjar, Helena, *El ámbito íntimo. Privacidad. Individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988.
- Bertolito, Miguel Ángel, *River Plate. El campeón del siglo*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 1997.
- Brera, Gianni, *Storia del calcio italiano*, Milán, Tascabili Bompiani, 1978.
- Bruce, James, *Those Perplexing Argentines*, Londres, 1954.
- Buda, Blanca, *Cuerpo I, Zona IV*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Cacopardo, Fernando A. (ed.), *Mar del Plata, ciudad e historia*, Buenos Aires, Alianza Editorial-Universidad Nacional de Mar del Plata, 1997.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Coghlan, Eduardo A., *La condición de la vivienda en la Argentina a través del censo de 1947*, Buenos Aires, Rosso, 1959.
- Corbin, Alain, *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa. 1750-1840*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1993.
- de Certeau, Michel, *L'invention du quotidien (1. arts de faire)*, París, Gallimard, 1990.
- del Solar, Benjamín (con el seudónimo Bonsiú Kurile), *La vida en Mar del Plata. Pinceladas realistas*, Buenos Aires, 1907.
- Devoto, F. y Míguez, E. (comp.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, Buenos Aires, CSER-CEMLA-IEHS, 1988.
- Feitlowitz, Marguerite, *A Lexicon of Terror*, Oxford University Press, 1998.
- Ferns, H. S., *La Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977.
- Gaggero, Horacio y Garro, Alicia, *Del trabajo a la casa. La política de vivienda del gobierno peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, Biblos, 1996.
- Galiani, F., *Dialogo sulle donne ed altri scritti*, Milano, Feltrinelli, 1978.
- Gasparini y Ponsico, *El director técnico del Proceso*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.
- Gasparini, Juan, *Montoneros, final de cuentas*, Buenos Aires, de la Campaña, 1999.
- Giachino, A., *Recopilación de noticias de Villa Flandria*, Villa Flandria, 1993.
- Göni, Uki, *Judas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

- Groussac, Paul, "Mar del Plata en 1887", en *Viaje intelectual*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1920.
- Gubern, Roman, *La mirada opulenta (Exploración de la iconosfera contemporánea)*, Barcelona, Gustavo Gili, 1994 (3ª ed).
- Guy, Donna, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1975-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Hareven, T., *Family Time and Industrial Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- Huret, Jules, *En Argentine*, Vol. II, París, 1913.
- Ingenieros, José, *Principios de psicología*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1919.
- *Tratado del amor* (1925), Buenos Aires, Elmer Editor, 1956.
- Jackish, Carlota, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina. 1933-1945*, Buenos Aires, Fundación Editorial de Belgrano, 1989.
- Korn, Francis, *Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, 1974.
- Kurt, Julio, *Un proyecto migratorio judeo-alemán: cincuenta años después. El grupo Riegner en la Argentina (1938-88)*, Buenos Aires, 1988.
- Laguineche, Manuel; Unzueta, Patxo y Segurola, Santiago, *Athletic. Cien conversaciones en La Catedral*, Madrid, El País-Aguilar, 1998.
- Levin, Elena, *Historias de una emigración (1933-1939): alemanes judíos en la Argentina*, Buenos Aires, 1997.
- Liernur, Jorge F. (proyecto) y Aliata, Fernando (dirección operativa), *Materiales para la historia de la arquitectura, el hábitat y la ciudad en Argentina*, La Plata, Universidad de La Plata, 1996.
- Liernur, Jorge F. y Silvestri, Graciela, *El umbral de la metrópoli. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- Lobato, Mirta Zaida (ed.), *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos-Universidad de Mar del Plata, 1996.
- Loncán, Enrique, "Pira del olvido, pira del recuerdo", en *La Conquista de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1936.
- Lorenzo, Juan Carlos y Castelli, Jorge, *El fútbol en un mundo de cambios*, Buenos Aires, Freeland, 1977.
- Lovell, Nadia (comp.), *Locality and Belonging*, Londres, Routledge, 1998.
- Margulis, M. y Urresti, M. (comps.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural*, Buenos Aires, CBC-UBA, 1997.
- Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones (Comunicación, cultura y hegemonía)*, México, GG, 1997.
- Mazziotti, Nora, *La industria de la telenovela (La producción de ficción en América latina)*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Melhuus, Marit y Stolen, Kristi Anne (comps.), *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*, Londres, Verso, 1996.

- Melón Pirro, J. C., y Pastoriza, E. (eds.), *Los caminos de la democracia, 1900-1943*, Buenos Aires, Biblos, 1996.
- Menotti, César Luis, *Fútbol sin trampa*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986.
- Merton, R., *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1995.
- Moscovici, Serge, *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961), Buenos Aires, Huemul, 1979.
- Mossé, G., *La nazionalizzazione delle masse*, Bologna, Il Mulino, 1982.
- Papa, Antonio y Panico, Guido, *Storia sociale del calcio in Italia*, Bolonia, Il Mulino, 1993.
- Pfister, Joel y Schnog, Nancy (eds.), *Inventing the Psychological. Toward a Cultural History of Emotional Life in America*, New Haven and London, Yale University Press, 1997.
- Plotkin, Mariano, "Tell Me Your Dreams: Psychoanalysis and Popular Culture. Buenos Aires ca. 1930-ca. 1950", en *The Americas*, en prensa, 1999.
- Priamo, Luis, "Los sueños de Grete Stern", en *Grete Stern*, Valencia, Instituto Valenciano de Arte Moderno, 1995.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.
- Rosoli, G. (comp.), *Identità degli italiani in Argentina. Reti Sociali, Famiglia, Lavoro*, Roma, Studium, 1993.
- Rubio, Javier, *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, Tomo I, Madrid, 1977.
- Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.
- *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1988.
- Scher, Ariel y Palomino, Héctor, *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, CISEA, 1988.
- Schwarz, Alfredo J., *Y a pesar de todo... Los judíos de habla alemana en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- Schwarzstein, Dora, "Actores sociales y política inmigratoria en la Argentina. La llegada de los Republicanos Españoles", en *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, Nº 5, Ceric Centre d'études et de recherches inter-européennes contemporaines, París, Université Paris 7, 1998.
- Soriano, Osvaldo, *Artistas, locos y criminales*, Buenos Aires, Bruguera, 1984.
- Taboada, Rodolfo, "El veraneante (tipo marplatense)", en *De la fauna porteña*, Buenos Aires, El Ateneo, 1946.
- Tarde, G., *L'opinion et la foule*, París, Presses Universitaires de France, 1989.
- Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Torre, Valeria Alejandra, "Freud y el psicoanálisis bajo la óptica de *Jornada*", en *Informe de Horas Investigación*, Fac. Psicología, UBA, 1995.

Ulanovsky, Carlos; Merkin, Marta; Panno, Juan José y Tijman, Gabriela, *Días de radio*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1995.

Vezzetti, Hugo, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

Sobre los autores

FERNANDO DEVOTO se graduó con diploma de honor como profesor de Historia en la UBA y realizó estudios de posgrado en la Universidad de Roma. Actualmente es profesor titular de Teoría e Historia de la Historiografía en las universidades de Buenos Aires y de Mar del Plata e investigador del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Ha sido profesor invitado en las universidades de Barcelona, Santiago de Compostela y Valencia (España); Ancona, Nápoles y Sassari (Italia); Burdeos, París VII y École des Hautes Études en Sciences Sociales (Francia). Es autor de los libros *Los nacionalistas* (1983, en colaboración con M. I. Barbero), *Estudios sobre la inmigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX* (Sassari-Nápoles, 1991), *Entre Taine y Braudel* (1992), *Migraciones internacionales: historiografía y problemas* (1992) y *Le migrazioni italiane in Argentina: un saggio interpretativo* (Nápoles, 1994).

MARTA MADERO se doctoró en Historia en la Université Paris VII - Denis Diderot. Es especialista en historia cultural e historia del derecho, y profesora en la UBA, la Universidad Nacional de General Sarmiento y la Université Paris XIII. Ha colaborado en *Historia de las mujeres*, dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot y es autora del libro *Manos violentas, palabras vedadas. La injuria en Castilla y León (siglos XII-XV)* (1992).

ANAHI BALLENT es arquitecta, graduada en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata. Se doctoró en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Actualmente es docente e investigadora de la Universidad Nacional de Quilmes y del Conicet.

ELISA PASTORIZA es egresada de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde obtuvo los títulos de profesora, licenciada y Master en Historia. Actualmente se desempeña en dicha unidad académica como profesora adjunta regular en la cátedra Introducción a la Práctica Histórica y como investigadora y directora del Departamento de Historia, donde además tiene a su cargo seminarios del área. Ha publicado numerosos artículos en libros y revistas especializadas y es autora de *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas del peronismo* (1993), y coautora de *Mar del Plata, una historia urbana* (1991) y *Los caminos de la democracia* (1997).

JUAN CARLOS TORRE se licenció en Sociología en la UBA, y obtuvo su doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París) Ha sido investigador visitante en los centros de estudios latinoamericanos de las universidades de Londres y de Oxford y profesor visitante en las universidades de São Paulo y Campinas. Recibió la Guggenheim Fellowship y fue Visiting Scholar en el Institute for Advanced Study, Princeton. En 1996 obtuvo el premio Konex en Sociología. Actualmente es investigador jefe en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella y director de la revista *Desarrollo Económico*. Ha publicado numerosos artículos sobre historia y sociología del movimiento laboral argentino y es autor de los libros *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976* (1983), *La formación del sindicalismo peronista* (1988, compilación), *Perón y la vieja guardia sindical* (1990), *El 17 de Octubre* (1995, compilación) y *El proceso político de las reformas económicas en América latina* (1998).

ANDRÉS DI TELLA es cineasta. Sus películas incluyen *Montoneros, una historia*, el primer documental referido a la experiencia guerrillera argentina; *Prohibido*, acerca de la represión cultural durante la última dictadura militar, y *Apuntes para un film sobre la televisión*. También realizó documentales para las televisiones inglesa y norteamericana. Se desempeña como director artístico del Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente. Estudió Letras en la Universidad de Oxford y trabajó como periodista en distintos medios. Fue distinguido con la Beca Guggenheim para 1996-1997.

DORA SCHWARZSTEIN es egresada de la Universidad Nacional de Rosario e hizo sus estudios de posgrado en la Universidad de Londres. Es profesora de Historia Argentina Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. En la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad dirige el Programa de Historia Oral. Integra desde su creación el Comité de la Asociación Internacional de Historia Oral. Ha sido becaria “Rene Thalmann” en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París e investigadora visitante en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge. En 1998 y 1999 dirigió el proyecto “Historia Oral en Escuelas de las Zonas de Acción Prioritaria (ZAP)”, ganador del Concurso de Innovación en Educación de la Fundación YPF.

MARÍA INÉS BARBERO es profesora de Historia, graduada en la UBA. Es docente e investigadora en la UBA y en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ha escrito (en colaboración con Fernando Devoto) *Los nacionalistas* (1983) y compiló el volumen *Historia de empresas. Aproximaciones historiográficas y problemas en debate* (1993). Publicó diversos artículos en revistas nacionales y extranjeras, y es autora del capítulo “Argentina. Industrial growth and enterprise organization” del volumen *Big Business and the Wealth of Nations* (1997), editado por Alfred Chandler y otros.

MARIELA CEVA se licenció en Historia en la Universidad Nacional de Luján y obtuvo su doctorado en la UBA. Es docente en las cátedras Historia de las Ideas Políticas en la Argentina e Historia Social Argentina, de la Universidad Nacional de Luján. Es autora de “Inmigrazione, famiglia e lavoro. Il caso della fabbrica Flandria”, en G. Rosoli (comp.), *Reti sociali. Famiglia. Lavoro*; “Las imágenes de las redes sociales de los inmigrantes en ámbitos laborales”, en Otero y Bjerg (comp.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, y “El catolicismo social como estrategia empresarial. El caso de Villa Flandria” (en colaboración), publicado en *Anuario IEHS*.

HUGO VEZZETTI es licenciado en Psicología por la Universidad del Salvador y profesor titular de Historia de la Psicología en la Facultad de Psicología de la UBA. Es investigador del Conicet y se ha ocupado extensamente de la historia de las ideas y de las instituciones en el campo del psicoanálisis, la psicología y las ciencias humanas. Es miembro del Consejo de Dirección de *Punto de Vista*, donde publica habitualmente. Entre sus libros se destacan: *La locura en la Argentina* (1983), *El nacimiento de la psicología en la Argentina* (1988), *Freud en Bue-*

nos Aires (1989) y *Aventuras de Freud en el país de los argentinos* (1996).

DORA BARRANCOS es socióloga egresada de la UBA y doctora en Ciencias Humanas - Área Historia por el Instituto de Filosofía e Ciencias Humanas - UNICAMP, Brasil. Es investigadora independiente del Conicet y profesora titular de la cátedra de Historia Social Latinoamericana de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Ha escrito numerosos artículos y es autora de los libros: *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores. 1890-1930*, *Cultura, educación y trabajadores. 1890-1930* y *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*.

EDUARDO ARCHETTI es egresado de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Francia) y actualmente se desempeña como profesor de Antropología en la Universidad de Oslo. Ha realizado trabajos de campo en la Argentina (Norte de Santa Fe y Buenos Aires), Zambia, Ecuador y Noruega. Es autor de *Guinea Pigs. Food, Symbol and Conflict of Knowledge in Ecuador* (1997) y *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina* (1999).

GONZALO AGUILAR es docente de Literatura Latinoamericana en la UBA, donde también obtuvo su licenciatura en Letras. Es autor de los libros *El cine de Leonardo Favio* (1993, en colaboración con David Oubiña) y *Lautaro Murúa* (1994). Compiló dos libros de ensayos: *Informes para una academia (La crítica de la ruptura en la literatura latinoamericana)* y *El guión cinematográfico* (1997, en colaboración con David Oubiña). Publicó varias antologías de literatura brasileña, entre las que se cuentan *Escritos antropófagos* (1993) de Oswald de Andrade (en colaboración con Alejandra Laera), *Poemas* (1994) de Augusto de Campos, y *Galaxia concreta*, sobre el movimiento brasileño de poesía concreta (México, 1999).

ARTURO CARRERA cursó estudios de Medicina y de Letras en la UBA, y de psicoanálisis con Oscar Massotta. Dictó cursos y conferencias en la UBA, en el Centro Cultural Ricardo Rojas, en el Centro Cultural San Martín y en el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Buenos Aires (ICI). Se desempeñó como profesor de Literatura y Poética en el Abroad Program de las Universidades de Illinois, Texas y Carolina del Norte. Es colaborador permanente de diarios y revistas nacionales y extranjeras. Tradujo textos de Agamben, Passolini, Maurice Roche, Mallarmé, Hraval, Bonnefoy, Michaux, Penna y Zanzotto, entre otros.

Obtuvo el Primer Premio Municipal de Poesía (1998), el Premio Nacional de Poesía M. Kohen (1985), la Beca Antorchas (1990) y la Beca Guggenheim (1995). Publicó *Escrito con un nictógrafo* (1972), *Momento de simetría* (1973), *Oro* (1975), *La partera canta* (1982), *Mi padre* (1983), *Ciudad del Colibrí* (1982), *Arturo y yo* (1983), *Animaciones suspendidas* (1985), *Ticket* (1986), *Children's Corner* (1989), *Teoría del cielo* (en colaboración con Teresa Arijón), *Negritos* (1993), *Telones zurcidos para títeres con himen* (en colaboración con E. Cerro), *La banda oscura de Alejandro* (1993), *El vespertillo de las parcas* (1997) y *El libro de las criaturas que duermen a nuestro lado* (1997). Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, italiano y portugués.

ÍNDICE

Introducción, Fernando Devoto, Marta Madero

Espacios y lugares

La “casa para todos”: grandeza y miseria de la vivienda masiva, *Anahi Ballent*

Mar del Plata, un sueño de los argentinos, *Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre*

La vida privada en los campos de concentración, *Andrés Di Tella*

Sociabilidades

Entre la tierra perdida y la tierra prestada: refugiados judíos y españoles
en la Argentina, *Dora Schwarzstein*

La vida obrera en una empresa paternalista, *María Inés Barbero y Mariela Ceva*

Imágenes y lenguajes

Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas, *Hugo Vezzetti*

Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras
en el período de entreguerras, *Dora Barrancos*

Fútbol: imágenes y estereotipos, *Eduardo Archetti*

Televisión y vida privada, *Gonzalo Aguilar*

Crónica

El Coco, *Arturo Carrera*

Bibliografía general

Sobre los autores